

ALGUNAS HISTORIAS PUEDEN
CAMBIARLO TODO

Kristen Ciccarelli

ISKARI

Traducción de Carmen Torres
y Laura Naranjo



NOCTURNA
EDICIONES

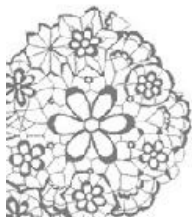


Kristen Ciccarelli

ISKARI

Traducción del inglés
Carmen Torres y Laura Naranjo

 NOCTURNA
EDICIONES



Título original inglés: *The Last Namsara*

© de la obra: Kristen Ciccarelli, 2017

Publicado por acuerdo con Lennart Sane Agency AB

© de la traducción: Carmen Torres y Laura Naranjo, 2018

© de las guardas y encabezados: Baleika Tamara/Shutterstock
VA_Art/Shutterstock

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición: enero de 2019

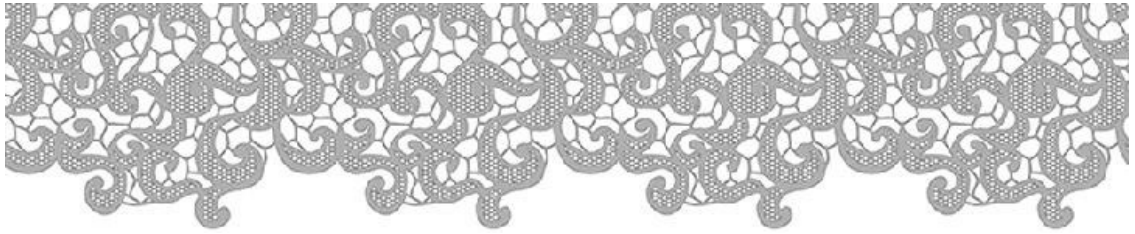
Edición Digital: Elena Sanz Matilla

ISBN: 978-84-16858-96-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Joe:
Compañero, amado y paladín de todos mis sueños.*

ISKARI



Uno

Asha atrajo al dragón con una historia.

Era una historia antigua, más vieja que las montañas que tenía a su espalda, y debía desenterrarla del profundo y latente escondrijo en su interior, donde yacía.

Odiaba hacerlo. Contar aquellas historias estaba prohibido y era peligroso, por no decir mortal. Sin embargo, después de acechar a esa criatura por tierras bajas y pedregosas durante diez días, sus esclavos de caza se habían quedado sin comida, por lo que debía elegir entre volver a la ciudad con las manos vacías o infringir la prohibición de su padre con respecto a los viejos relatos.

Nunca regresaba sin haberse cobrado una pieza y no iba a empezar ahora. Después de todo, era la Iskari y tenía cupos que cumplir.

De modo que contó la historia.

En secreto.

Mientras los cazadores creían que estaba afilando su hacha.

El dragón salió culebreando del cieno dorado rojizo como el ser

traicionero que era. Por el cuerpo le caían granos de arena en cascada que centelleaban como el agua y revelaban unas escamas gris mate, igual que el de la roca de la montaña.

Con un tamaño tres veces superior al de un caballo, se cernió sobre ella mientras azotaba una cola bífida y clavaba su mirada hendida en la chica que lo había convocado. La chica que lo había engañado con una historia.

Asha silbó para que los esclavos se pusieran a salvo tras sus escudos y luego hizo una señal con la mano a sus arqueros. Aquella bestia había pasado la noche agazapada bajo la fría arena del desierto y, como el sol apenas había despuntado, su cuerpo aún no había alcanzado la temperatura óptima para volar.

Estaba encallado. Y los dragones encallados presentaban batalla.

Asha agarró con la mano izquierda un escudo oblongo mientras con la derecha alcanzaba el hacha arrojadiza de su cadera. La basta hierba de esparto se agitaba a la altura de sus rodillas mientras el dragón dibujaba un círculo a su alrededor a la espera de que bajase la guardia.

Ese fue su primer error: ella nunca bajaba la guardia.

El segundo fue escupirle una llamarada.

Había dejado de temerle al fuego desde que el Primer Dragón le dejó una fea cicatriz por todo el lado derecho del cuerpo. Ahora, una armadura ignífuga, hecha con la piel de todos los dragones que había abatido hasta la fecha, la cubría de la cabeza a los pies. El cuero curtido ajustado y su yelmo favorito —uno con cuernos negros que imitaba la cabeza de esas criaturas— la protegían de dicho elemento.

Mantuvo el escudo en alto hasta que la llamarada se apagó.

Entonces, lo bajó. Disponía de cien latidos antes de que el ácido de los pulmones de la bestia se repusiera y le permitiera volver a escupir fuego. Tenía que matarlo antes de que eso ocurriera.

Blandió el hacha. Su filo de hierro curvado capturó los primeros rayos de sol de la mañana. A través de sus dedos llenos de cicatrices sentía el mango de madera, suave por el uso, que se ajustaba cómodamente a su palma.

El dragón siseó.

Ella entrecerró los ojos. «Hora de acabar contigo».

Antes de que la alimaña tuviera oportunidad de avanzar, apuntó y le lanzó el hacha..., directa al corazón latiente. El arma hizo diana y la bestia lanzó un rugido. Empezó a revolverse y a revolcarse mientras su savia se derramaba por la arena. Después apretó las fauces y clavó en ella una mirada furibunda.

Justo entonces, alguien se plantó a su lado, distrayéndola. Desvió la mirada y se encontró con su prima, Safire, que hincaba el extremo de una puntiaguda alabarda en la tierra. La chica contemplaba al dragón, que no paraba de agitarse y de chillar. Tenía el pelo negro cortado a la altura de la barbilla, lo que resaltaba sus pómulos angulosos y la sombra de una magulladura en la mandíbula.

—He dicho que os quedarais detrás de los escudos —gruñó Asha—. ¿Dónde está tu yelmo?

—No veía nada con él puesto, así que lo he dejado donde los esclavos cazadores.

Vestía un equipo de caza de cuero curtido que le había confeccionado a toda prisa y llevaba las manos protegidas con sus guantes ignífugos; no había tenido tiempo de hacer un segundo par.

El ensangrentado dragón se arrastró por la arena, absorto en Asha. Sus escamas rechinaban. Resollaba.

La Iskari alcanzó la alabarda. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última llamada? Había perdido la cuenta.

—Atrás, Saf. Detrás de los escudos.

Safire no se inmutó. Se quedó allí embobada contemplando a la

moribunda criatura mientras sus latidos se ralentizaban.

Pum-pum.

Pum... pum.

El sonido rechinante cesó.

El dragón echó la cabeza hacia atrás y profirió un chillido de odio hacia la Iskari. Justo antes de que su corazón dejara de latir, unas llamas se precipitaron por su garganta.

Asha se colocó delante de su prima.

—¡Agáchate!

Su mano desnuda seguía estirada. Expuesta. El fuego le envolvió los dedos y la palma, chamuscándole la piel. Reprimió un grito mientras el dolor la laceraba.

Cuando el fuego se apagó y el dragón cayó a plomo, muerto, se giró y se encontró a Safire de rodillas, sana y salva en la arena. Protegida.

Dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Asha... —Safire le miró la mano—. Te has quemado.

Su prima se quitó el casco y se llevó la palma de la mano a la altura de la cara. La piel chamuscada burbujeaba. Latía dolorida, brillante y llena de ardor.

El pánico la atravesó. Hacía ocho años que un dragón no la quemaba.

Echó un vistazo a sus esclavos cazadores, que en esos momentos bajaban sus escudos. No llevaban armadura, sólo hierro: hierro en sus flechas, alabardas y lanzas, hierro en los collares que les rodeaban el cuello. Tenían la mirada clavada en el dragón. No habían visto lo que había sucedido.

«Bien. Cuantos menos testigos, mejor».

—El fuego de dragón es tóxico, Asha. Necesitas curarte eso.

Ella asintió. El problema era que no se había llevado el material necesario para tratar una quemadura. Nunca lo había necesitado.

Para guardar las apariencias, se dirigió a su morral de caza.

—Creía que ya no echaban fuego —dijo Safire a su espalda casi en un susurro.

Asha se quedó petrificada.

«No echan fuego si no les cuentan historias», pensó.

Safire se puso en pie y se quitó el polvo de la armadura de cuero. Evitó la mirada de su prima cuando le preguntó:

—¿Por qué iban a empezar a escupirlo justo ahora?

De repente, Asha deseó haberla dejado en casa.

Aunque, de haberlo hecho, no sólo tendría restos de una magulladura en la mandíbula. Habría sido mucho peor.

Dos días antes de emprender aquella batida, había encontrado a su prima arrinconada por unos soldados en su propia habitación. Sólo podía aventurar cómo habían accedido sin llave.

En cuanto ella entró, se asustaron y se dispersaron; la presencia de la Iskari los intimidaba. Pero ¿qué ocurriría la próxima vez? Estaría de caza durante días y su hermano, Dax, seguía en las tierras baldías tratando de negociar la paz junto con Jarek, el comandante. No quedaba nadie que pudiera echarle un ojo a la joven de sangre skral mientras tanto. De modo que se la había llevado consigo, porque, si había algo peor que volver a casa con las manos vacías, era volver y encontrársela de nuevo en la enfermería.

Su silencio no disuadió a Safire en lo más mínimo:

—¿Recuerdas cuando partías al alba y regresabas con un dragón antes de la cena? ¿Qué ha sido de aquellos tiempos?

Aunque el dolor agudo de la piel chamuscada comenzaba a marearla, hizo todo lo posible por mantener la mente despejada.

—Tal vez las cosas fueran demasiado fáciles entonces —respondió. Acto seguido, silbó a sus esclavos y les hizo señas para que empezasen a

descuartizar—. A lo mejor prefiero los retos.

La verdad era que el número de dragones llevaba años menguando y cada vez resultaba más difícil ofrecerle las cabezas a su padre, motivo por el que había recurrido a narrar las viejas historias en secreto: como señuelo. Atraían a los dragones del mismo modo que las joyas atraían a los hombres. Ninguna de esas bestias podía resistirse a una contada en voz alta.

Pero las historias no sólo los seducían; también los hacían más fuertes.

De ahí el fuego.

Funcionaba de la siguiente manera: allí donde se contaban viejas historias en voz alta, había dragones, y allí donde había dragones, había destrucción, traición y quema. Sobre todo quema. Asha lo sabía mejor que nadie; tenía la prueba impresa directamente en la cara.

Safire suspiró y se dio por vencida.

—Ve a curarte —le aconsejó, dejando su alabarda clavada en la arena para dirigirse hacia la mole descomunal. Mientras los esclavos se arremolinaban en torno al dragón, ella describió un círculo completo alrededor del cadáver, escrutándolo. Sus escamas de un gris polvoriento eran perfectas para camuflarse con la montaña, y sus cuernos y púas eran de un ébano impecable, sin roturas ni grietas.

Una vez que su prima se hubo alejado, Asha probó a flexionar los dedos heridos. El agudo dolor que experimentó hizo que se mordiera con fuerza los labios y que las tierras bajas que la rodeaban se difuminaran y se convirtieran en un paisaje emborronado de arena roja, hierba de un amarillo pajizo y rocas grises desperdigadas. Allí se encontraban en la línea divisoria. Ni en las llanuras desérticas situadas inmediatamente al oeste ni en las montañas oscuras y escarpadas del este.

—¡Es una belleza! —gritó Safire.

Asha hizo un esfuerzo por centrarse en su prima, que empezaba a

desdibujarse como todo lo demás. Sacudió la cabeza para intentar aclarar la vista. Como aquello no funcionó, recurrió a la alabarda de Safire para recuperar el equilibrio.

—Tu padre se pondrá muy contento.

Su voz sonaba densa y amortiguada.

«Si mi padre supiera la verdad...», pensó ella con amargura.

Quería que el paisaje dejara de dar vueltas a su alrededor. Se agarró con más fuerza a la alabarda y se concentró en su prima, que iba abriéndose paso entre los esclavos, cuyos cuchillos destellaban. Oyó que agarraba el mango del hacha clavada. Oyó que utilizaba el tacón de su bota para apuntarse contra la piel escamosa del dragón. Incluso oyó cómo desincrustaba el arma de un tirón mientras la sangre borboteaba y se derramaba en la arena, densa y pegajosa.

Pero no la vio. Ya no.

El mundo entero se había tornado turbio y blanco.

—¿Asha? ¿Te encuentras bien?

La Iskari apoyó la frente en el acero plano de la alabarda. Los dedos de su mano ilesa se curvaban como garras alrededor del mango de hierro en un intento por superar el mareo.

«Debería disponer de más tiempo».

Unos pasos apresurados se acercaron levantando arena.

—Asha, ¿qué ocurre?

El suelo se hundió a sus pies. Sintió que se ladeaba. Sin pensar, estiró la mano para alcanzar a su prima, que, según la ley, tenía prohibido tocarla.

Esta contuvo la respiración y dio un paso atrás para quedar fuera de su alcance, aumentando la distancia que las separaba. Asha trató de recuperar el equilibrio, pero no lo consiguió y se hundió en la arena.

Aunque la mirada de Safire se desvió hacia los esclavos cazadores —pese

a que Asha sabía que su prima no tenía miedo de ella, sino de lo que estos pudieran pensar—, le dolió. Siempre le dolía.

Pero los esclavos se iban de la lengua y su prima lo sabía mejor que nadie: los esclavos chismosos habían traicionado a sus padres. Y, precisamente ahora, estaban rodeadas de ellos. Esclavos que sabían que a Safire no le estaba permitido tocarla, ni siquiera mirarla directamente a los ojos. No con sangre skral corriendo por sus venas.

—Asha...

De repente, el mundo volvió a su lugar. Pestañeó. Había arena bajo sus rodillas. Había un horizonte en la distancia, una mancha de oro rojizo recortada en un cielo turquesa. Y un dragón abatido ante ella: claro, gris y muerto.

Safire se acuclilló. Demasiado cerca.

—No —soltó en un tono más cortante del que pretendía—. Estoy bien.

Al levantarse, se tragó el dolor abrasador de la mano. No tenía sentido que las toxinas hicieran efecto tan pronto. Estaba deshidratada..., eso era todo. Sólo necesitaba agua.

—Ni siquiera deberías estar aquí —la riñó Safire a su espalda, con una voz teñida de preocupación—. Faltan siete días para tu enlace. Deberías estar preparándote, no huyendo de él.

Asha se tambaleó. A pesar de la mano abrasada y del sol que continuaba elevándose en el cielo, un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Yo no huyo de nada —replicó con la mirada fija en el manto verde que se extendía en la distancia. El Rift. Su libertad.

El silencio, interrumpido tan sólo por los sonidos que los esclavos emitían al afilar sus cuchillos desolladores, se hizo entre ellas. Lentamente, Safire se le acercó por la espalda.

—He oído que los corazones de dragón están muy de moda últimamente.

—Asha detectó una cauta sonrisa en su voz—. Sobre todo como regalo de compromiso.

Ella arrugó la nariz ante aquella idea. Acto seguido, se acuclilló al lado de su morral de caza, hecho de duro cuero de dragón, y sacó un odre de agua bajo la atenta mirada de su prima.

—Asha, dentro de siete días tendremos una nueva luna roja. ¿Te has parado a pensar siquiera en tu regalo de compromiso?

La Iskari se levantó para gruñirle una advertencia y el mundo volvió a girar. Consiguió estabilizarlo a base de mera fuerza de voluntad.

Por supuesto que había pensado en ello. Cada vez que alzaba la vista hasta la cara de esa horrible luna —que menguaba cada día un poco más—, pensaba en ello: el regalo, la boda y el joven al que pronto llamaría *marido*.

Aquella palabra se endureció como una piedra en su interior. Le devolvió la nitidez a todo cuanto la rodeaba.

—Vamos —continuó Safire, esbozando una ligera sonrisa y con la mirada puesta en la cima de las montañas—. El corazón sanguinolento de un dragón es el regalo perfecto para un hombre que carece de él.

Asha negó con la cabeza, pero la sonrisa de su prima era contagiosa.

—¿Por qué tienes que ser tan desagradable?

Justo entonces, por encima del hombro de la joven, una nube de polvo de color oro rojizo se levantó en la distancia procedente de la ciudad.

Lo primero que pensó fue que se había desatado una tormenta de arena y a punto estuvo de dar una orden a toda prisa, pero allí los rodeaban las rocosas tierras bajas, no el desierto abierto. Escudriñó la distancia y divisó dos caballos que se dirigían hacia la partida de caza: uno iba sin jinete; el otro llevaba a un hombre vestido con un manto cuya basta lana se había teñido de rojo por la tierra que levantaba su montura. Alrededor del cuello lucía un collar de oro, que titilaba con la luz del sol y lo identificaba como uno de los

esclavos de palacio.

Al verlo acercarse al galope, escondió la mano quemada a la espalda.

Cuando la nube de polvo se asentó, vio al anciano refrenando a su yegua. El sudor le empapaba el pelo entrecano y entornaba los ojos ante el sol candente.

—Iskari —dijo sin aliento tras la dura galopada. Clavó la mirada en las crines revueltas de su montura, evitando obedientemente los ojos de Asha—. Vuestro padre desea veros.

Ella se agarró la muñeca oculta.

—Ha elegido el momento oportuno, esta noche le entregaré esta cabeza de dragón.

El esclavo hizo un gesto de negación con la mirada puesta en el caballo.

—Debéis regresar a palacio de inmediato.

Asha arrugó el entrecejo. El rey dragón nunca interrumpía sus batidas.

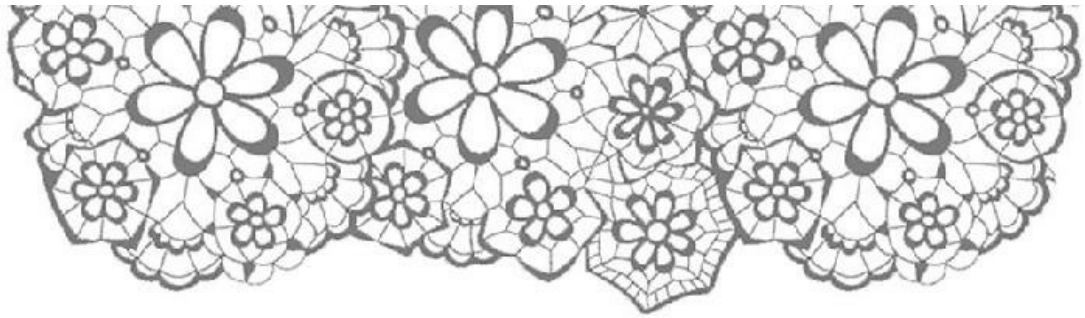
Se fijó en el caballo sin jinete. Era *Oleander*, su yegua. Su pelaje cobrizo resplandecía por el sudor y una mancha de arena roja cubría el lucero blanco de su frente. En presencia de su amazona, cabeceó nerviosa.

—Ya termino yo —se ofreció Safire. Asha se giró hacia ella, pero esta no se atrevió a mirarla a la cara. No bajo el escrutinio de un esclavo real—. Nos vemos en casa. —Se desató las tiras de cuero de sus guantes de caza prestados—. No deberías habérmelos dado. —Se los desenfundó y se los tendió—. Vete.

Asha se los puso, haciendo caso omiso del dolor lacerante de su piel descarnada y ardiente para que el esclavo de su padre no le viera la mano herida. Se apartó de Safire, tomó las riendas de *Oleander* y se subió de un salto a la silla. La yegua relinchó y se revolvió nerviosa; acto seguido, espoleada levemente por sus talones, inició una carrera al galope.

—¡Te reservaré el corazón! —gritó Safire mientras su prima se dirigía a

toda velocidad a la ciudad levantando remolinos rojos—. ¡¡Por si cambias de opinión!!



En el principio...

El Viejo estaba solo, así que creó dos compañeros. El primero de ellos fue concebido a partir del cielo y el espíritu, y lo llamó Namsara. Namsara era un niño dorado: cuando reía, sus ojos despedían estrellas rutilantes; cuando bailaba, las guerras cesaban; cuando cantaba, los enfermos sanaban. Su mera presencia era una aguja que cosía el mundo.

La segunda fue moldeada a partir de sangre y luz de luna, y la llamó Iskari. Iskari era una niña apesadumbrada: allí donde Namsara llevaba risas y amor, ella llevaba destrucción y muerte; cuando paseaba, la gente se refugiaba en sus casas; cuando hablaba, la gente lloraba; cuando salía de caza, nunca perdía el rastro.

Afligida por su naturaleza, se presentó ante el Viejo y le pidió que la rehiciese. Odiaba su esencia; deseaba ser más como Namsara. Cuando el Viejo se negó, ella le preguntó el motivo. ¿Por qué su hermano creaba cosas, mientras que ella las destruía?

—El mundo necesita un equilibrio —le respondió el Viejo.

Furiosa, Iskari dejó al dios soberano y salió a cazar. Estuvo fuera durante días. Los días se convirtieron en semanas. Conforme su furia crecía, su sed de sangre se volvió insaciable. Mataba sin piedad y sin resentimiento y, entretanto, el odio no paraba de crecer en su interior. Odiaba a su hermano por ser feliz y amado. Odiaba al Viejo por hacer que fuera así.

De modo que, cuando volvió a salir de caza, puso trampas para el propio Viejo.

Pero aquello fue un tremendo error.

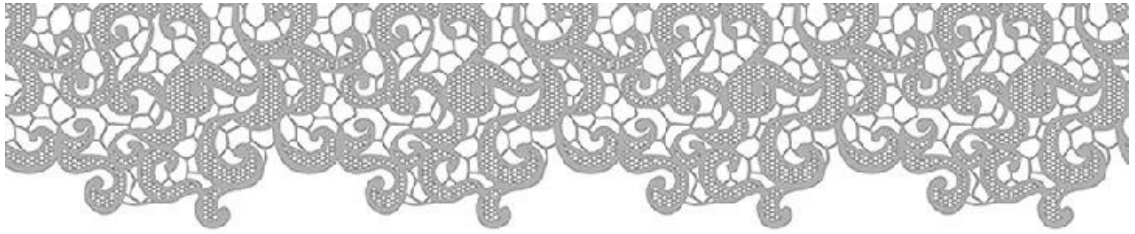
El Viejo la derribó de un golpe y le dejó una cicatriz tan larga y ancha como la cordillera del Rift. Como castigo por intentar arrebatarse la vida, la despojó de su inmortalidad, arrancándosela de cuajo como un vestido de seda. Con objeto de que expiara su delito, maldijo su nombre y la desterró al desierto para que vagase perseguida por vientos punzantes y tormentas de arena aulladoras. Para que se marchitara bajo el sol abrasador. Para que se congelara bajo el manto helado de la noche.

Pero ni el frío ni el calor la mataron.

Lo hizo una insoportable soledad.

Namsara la buscó por el desierto, y el cielo cambió siete veces antes de que encontrara su cuerpo en la arena: el sol le había levantado ampollas en la piel y las cornejas se habían comido sus ojos.

Al ver a su hermana muerta, cayó de rodillas y rompió a llorar.



Dos

Normalmente, después de una cacería, Asha se bañaba. Quitarse la sangre, el sudor y la arena del cuerpo era un ritual que la ayudaba en la transición de ese mundo duro y salvaje al otro lado de los muros del palacio a una vida que se le ceñía alrededor de las costillas y la exprimía como un fajín demasiado apretado.

Aquel día, sin embargo, se saltó el baño. A pesar de la convocatoria de su padre, burló a los guardias y se dirigió a la enfermería, una habitación blanqueada que olía a cal donde se guardaban las medicinas. La luz del sol se derramaba por la terraza abierta, iluminando el mosaico con patrones florales del suelo y pintando de amarillos y dorados los frascos de terracota de los estantes.

Ocho años atrás, se había despertado en aquella misma habitación después de que *Kozu*, el Primer Dragón, la quemara. Lo recordaba con toda claridad: estaba tumbada en una camilla con el cuerpo vendado y una horrible sensación de opresión en el pecho que la aplastaba como una losa y le aseguraba que había hecho algo horrible.

Se sacudió de encima ese recuerdo y franqueó la arcada. Se desabrochó la armadura y los guantes y se los fue quitando pieza por pieza; a continuación, dejó el hacha en lo alto del montón.

Uno de los peligros del fuego de dragón —además de que te derretía la piel hasta el hueso— era su toxicidad. La quemadura más pequeña podía matarte por dentro si no se trataba correctamente o si se hacía demasiado tarde. Una quemadura grave, como la que ella había sufrido ocho años antes, tenía que tratarse en el acto e, incluso entonces, las posibilidades de que la víctima sobreviviera eran escasas.

Asha conocía un remedio para eliminar las toxinas, pero el tratamiento exigía tapar la zona afectada durante dos días, tiempo del que no disponía. Su padre la había convocado y lo más probable era que ya se hubiera enterado de su regreso. Disponía de unos brevísimos instantes, no de días.

Abrió unos armarios y sacó tarros llenos de raíces y cortezas secas en busca de un ingrediente en particular. Con las prisas, se valió de la mano quemada y, en cuanto agarró el suave frasco de terracota, el dolor la abrasó y la obligó a soltarlo.

El frasco se estrelló contra el suelo y se rompió, provocando un estallido de trozos de barro rojos y vendas de lino.

Soltó una maldición y se arrodilló para recoger aquel estropicio. Tenía la mente tan ofuscada por el dolor que no se dio cuenta de que alguien se arrodillaba a su lado y la ayudaba a recoger los pedazos.

—Ya lo recojo yo, Iskari.

La voz la sobresaltó. Alzó la vista y se encontró con un collar plateado y una maraña de pelo.

Vio cómo las manos del chico barrían aquel desastre. Conocía aquellas manos pecosas. Eran las mismas que le llevaban las bandejas de la cena a Jarek. Las mismas que le servían a ella el té con menta en sus copas de

cristal.

Se puso tensa. Si el esclavo de su prometido se encontraba en el palacio, este último también debía de estarlo. Jarek debía de haber regresado de las tierras baldías, adonde lo habían enviado a supervisar las negociaciones de Dax.

«¿Es ese el motivo de que mi padre me haya mandado llamar?».

Los dedos del esclavo se quedaron quietos de repente. Cuando Asha levantó la vista, lo pilló mirándole la quemadura.

—Iskari... —El chico frunció el ceño—. Tenéis que curaros eso.

El enfado llameó por su cuerpo como un fuego recién avivado. Ya sabía que tenía que curárselo. Ya lo estaría haciendo si no hubiera sido tan descuidada.

Pero tan importante como tratarse la quemadura era asegurarse del silencio de su acompañante. Jarek solía utilizar a sus esclavos para espiar a sus enemigos, así que, en cuanto despachara a aquel, iría corriendo a su amo y se lo contaría todo.

Y, en cuanto Jarek se enterara, su padre también lo haría.

Y, en cuanto su padre lo supiera, sabría que había estado contando viejas historias. Sabría que seguía siendo la misma chica corrompida de siempre.

—Como le cuentes esto a alguien, skral, lo último que verás será mi cara mirándote desde lo alto de la palestra.

La boca del chico se convirtió en una línea recta y su mirada se clavó en el mosaico a sus pies, en el que elegantes namsaras —flores del desierto poco comunes que curaban todo tipo de males— se repetían por el suelo formando un patrón elaborado.

—Perdonadme, Iskari —dijo, mientras sus dedos continuaban barriendo los fragmentos de terracota—, pero se supone que no puedo acatar vuestras órdenes por mandato expreso de mi señor.

Los dedos de Asha apuntaron hacia el hacha, que estaba en el suelo contra la pared, junto al resto de su armadura.

Podía amenazarlo, pero eso lo incitaría a tomarse la revancha y a divulgar sus secretos. Sería mejor sobornarlo.

—¿Y si te doy algo a cambio de tu silencio?

Los dedos del chico se detuvieron sobre la pila de fragmentos.

—¿Qué te gustaría?

La comisura de su boca se curvó hacia arriba mínimamente y a Asha se le erizó el vello de los brazos.

—No tengo todo el día —le instó, de pronto incómoda.

—No —convino él, y su sonrisa se fue difuminando conforme contemplaba su piel quemada y en carne viva—. No lo tenéis. —El cuerpo de Asha comenzaba a temblar por la infección—. Permitidme pensarlo mientras os curáis.

Lo dejó allí. En realidad, la tiritera le preocupaba, así que, mientras el esclavo terminaba de recoger el estropicio, volvió a los estantes y encontró el ingrediente que necesitaba: ceniza de hueso de dragón.

Era igual de mortal que el fuego, pero envenenaba de manera diferente; en lugar de infectar el cuerpo, le extraía los nutrientes. Nunca había visto a nadie morir así, pero había una vieja historia sobre una reina dragón que quería dar una lección a sus enemigos, para lo cual los invitó a palacio como huéspedes de honor. Cada noche les ponía una pizca de ceniza de hueso de dragón en la cena y, de este modo, la mañana de su partida fueron hallados muertos en sus camas. Sus cadáveres estaban huecos, como si les hubieran extraído la vida.

A pesar del peligro que entrañaba, si se empleaba la cantidad exacta y en combinación con las hierbas adecuadas, el hueso de dragón era lo único que podía eliminar las toxinas del fuego, precisamente por sus cualidades extractoras. Descorchó el frasco y midió la cantidad.

Un buen esclavo se distinguía por prever lo que había que hacer antes de que se lo pidieran, y Jarek sólo compraba lo mejor de lo mejor. De modo que, mientras Asha reunía los ingredientes y luego los machacaba y los hervía hasta formar una gruesa pasta, el esclavo de su prometido hacía jirones el lino e iba elaborando vendas.

—¿Dónde está? —le preguntó ella sin dejar de remover, intentando acelerar el proceso de enfriado. No hacía falta que mencionara el nombre de Jarek, el esclavo ya sabía a quién se refería.

—Durmiendo a causa del vino. —Dejó de desgarrar el lino para mirarle las manos—. Creo que ya está bastante frío, Iskari.

Asha posó la vista en el mismo sitio que él: sus manos temblaban de manera descontrolada. Soltó la cuchara y se las llevó a la altura de la cara para mirárselas.

—Ojalá tuviera más tiempo...

El esclavo le quitó el frasco con perfecta calma.

—Sentaos —le indicó, y le señaló el tablero de la mesa con la barbilla. Como si él estuviera al mando y ella debiese obedecerle.

A Asha no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, pero aún le gustaba menos aquel violento temblor. Se aupó a la mesa con una mano mientras el chico sacaba una cucharada de pasta negruzca y soplaba con delicadeza hasta que dejó de humear. Luego ella posó la mano quemada en el muslo y él le untó la pasta granulosa con la cuchara en la palma despellejada y en los dedos llenos de ampollas.

Asha silbó entre dientes al sentir la quemazón. El chico se detuvo más de una vez, preocupado ante los sonidos que hacía, pero ella lo alentó a que continuara con un asentimiento. A pesar del horrible olor, como a huesos quemados, notaba que la ceniza hacía efecto: un frescor penetrante que se iba extendiendo hacia fuera y le aliviaba el dolor abrasador.

—¿Mejor?

El esclavo mantuvo la mirada baja mientras le soplaba a la siguiente cucharada.

—Sí.

Cubrió la quemadura dos veces más y cogió la primera tira de lino.

Sin embargo, cuando fue a ponérsela, ambos vacilaron. Asha se retiró mientras él se cernía sobre ella y se paraba en seco. El lino blancuzco se quedó colgando de sus manos como un dosel conforme el mismo pensamiento cobraba vida en sus mentes: para vendarle la quemadura, tendría que tocarla.

Un esclavo que tocara a un draksor sin el permiso de su amo podía ser condenado a pasar tres días en las mazmorras sin comida. Si la ofensa era más grave —tocar a un draksor de alto rango, como Asha—, también sería azotado. Y en el rarísimo caso de que el roce fuera de carácter íntimo, como una relación amorosa, al esclavo lo mandarían a morir en la palestra.

Sin el permiso de Jarek, el esclavo no la tocaría, no podía hacerlo.

Asha se acercó para coger el lino e intentar vendarse la mano ella misma, pero él lo apartó, por lo que no le quedó más remedio que observar en silencio cómo el chico retomaba la tarea de manera lenta y concienzuda, evitando con agilidad que sus manos se rozaran en todo momento.

Levantó su cara larga y estrecha llena de pecas. Pecas tan numerosas como las estrellas del cielo nocturno. El joven estaba tan cerca que sentía su calor. Tan cerca que olía la sal de su piel.

Si sabía que lo estaba mirando, no lo demostró. El silencio se hizo entre ellos mientras continuaba vendándole la palma, ahora aliviada.

Examinó sus manos: eran grandes y con dedos largos con callos en las puntas.

«Qué raro que un esclavo doméstico tenga callos ahí».

—¿Cómo os la habéis hecho? —le preguntó el chico mientras trabajaba.

Ella se dio cuenta de que estaba a punto de mirarla a la cara, pero se refrenó. Cogió la siguiente tira, una más pequeña, y empezó a vendarle los dedos.

«Conté una vieja historia».

Se preguntó cuánto sabría un skral acerca de la relación entre las viejas historias y el fuego de dragón.

No lo dijo en voz alta. Nadie podía saber la verdad: después de todos esos años intentando enmendar sus errores, seguía estando tan corrompida como siempre. Si alguien la abriera y mirara en su interior, vería que este se correspondía a la perfección con su exterior surcado por aquella cicatriz: era horrible y repugnante.

«Conté una historia sobre Iskari y Namsara».

Iskari era la diosa de la que procedía el título que ostentaba. En ese momento, Iskari significaba «quitavidas».

El significado de Namsara también había cambiado con el paso del tiempo y se refería tanto a la flor sanadora que aparecía reflejada en los suelos de aquella estancia como a un título que se le otorgaba a alguien que luchaba por una causa noble, por su reino o por sus creencias. La palabra «namsara» evocaba la imagen de un héroe.

—Maté a un dragón —contestó al fin—, y me quemó al morir.

Él le remitió los extremos del vendaje mientras permanecía a la escucha. En busca de un mejor asidero, sus dedos le rodearon levemente la muñeca, como si se hubiera olvidado por completo de quién era.

En cuanto notó que la tocaba, ahogó un grito y, cuando lo hizo, él se percató de la infracción que había cometido y se quedó muy quieto.

Una orden remoloneó en la punta de la lengua de Asha, pero, antes de que pudiera lanzársela, él le preguntó en una voz apenas audible:

—¿Qué tal?

Como si le importara más la quemadura que su propia vida.

Como si no tuviera miedo de ella en absoluto.

Así que la orden murió en su boca. Observó los dedos que le rodeaban la muñeca. No eran temblorosos ni vacilantes, sino cálidos, fuertes y seguros.

¿No tenía miedo?

Como no respondió, el joven hizo algo peor aún: levantó la vista hacia ella.

Un calor repentino la atravesó cuando sus miradas se encontraron. Los ojos del chico eran tan penetrantes como el acero recién afilado. Debería haber apartado la vista, pero esta se dirigió de sus ojos —negros, como los de su madre— a la cicatriz arrugada que le surcaba la cara y el cuello, y desaparecía bajo su camisa.

La gente siempre la miraba, así que ya estaba acostumbrada, y los niños hasta la señalaban con el dedo. Aunque la mayoría desviaba la vista en el acto en cuanto veía esa cicatriz. Aquel esclavo, en cambio, parecía recrearse en ella. Su mirada era curiosa y atenta, como si Asha fuera un tapiz y no quisiera perderse el menor detalle.

Sabía lo que veía. Ella misma lo contemplaba cada vez que se miraba al espejo. Un parche de piel moteada, picada y descolorida que empezaba en la parte alta de la frente y le bajaba por la mejilla derecha, le cortaba el extremo de la ceja, le mordía el nacimiento del pelo y se extendía por encima de su oreja, que nunca había recobrado su forma original y se había convertido en una colección de bultos deformes. La cicatriz le ocupaba un tercio de la cara y la mitad del cuello, y continuaba por el lado derecho de su cuerpo.

Safire le había preguntado una vez si no odiaba verla, pero la verdad era que no. Le había quemado el dragón más fiero de todos los dragones y había salido con vida. ¿Qué más podía pedir?

Exhibía su cicatriz como si fuera una corona.

El esclavo bajó la mirada. Como si imaginara el resto de la cicatriz por debajo de sus ropas. Como si imaginara el resto del cuerpo por debajo de sus ropas.

Algo se quebró en su interior. Afiló la voz como un cuchillo:

—Si sigues mirando, skral, te quedarás sin ojos.

La boca del chico se curvó hacia arriba por uno de sus extremos. Como si lo hubiera desafiado y aceptara el reto.

Aquello le trajo a la memoria la revuelta del último año, en la que un grupo de esclavos se había hecho con el control de uno de los fosos, había tomado a draksors como rehenes y había matado a todo aquel soldado que había osado acercarse. Fue Jarek quien se infiltró entre ellos, puso fin a la revuelta y se encargó de sentenciar a muerte a todos los responsables.

«Este skral es igual de peligroso que el resto».

De pronto, sintió la necesidad de recuperar el hacha. Se apartó de la mesa y se alejó de él.

—Ya he decidido lo que quiero como pago —le dijo desde atrás.

Asha aminoró el paso y se giró hacia él. El chico había enrollado la venda sobrante y en esos momentos raspaba el unguento del fondo del tarro.

Como si no acabase de quebrantar la ley.

—A cambio de mi silencio —la cuchara de madera repiqueteaba en la terracota mientras arañaba el recipiente—, quiero un baile.

Asha lo observó fijamente.

«¿Qué?».

¿Primero se atrevía a mirarla a los ojos y ahora le exigía que bailara con él?

¿Estaba loco?

Ella era la Iskari. La Iskari no bailaba. Y, aunque lo hiciera, nunca sería

con un skral. Era absurdo. Impensable.

Estaba prohibido.

—Un baile —repitió. Sus ojos se clavaron en los suyos. De nuevo, el impacto la atravesó—. En el lugar y momento que yo elija.

Asha se llevó la mano a la cadera, pero su hacha seguía en el suelo, en lo alto de la armadura.

—Elige otra cosa.

Él negó con la cabeza y observó su mano.

—No quiero otra cosa.

Ella lo miró.

—Estoy segura de que eso no es cierto.

Él le devolvió el gesto.

—Un necio puede estar seguro de cualquier cosa, pero eso no le da la razón.

Una ira abrasadora y fulgurante llameó por su cuerpo.

¿Acababa de llamarla necia?

En tres zancadas, cogió el hacha, acortó distancias y le presionó la garganta con el borde destellante. Le arrancaría la voz de cuajo si era menester.

El tarro cayó de las manos del chico y se estrelló contra el suelo. La línea de su mandíbula se tornó dura y tirante, pero no apartó la mirada. El aire silbó y chispeó entre ellos. Le sacaba media cabeza, pero Asha estaba acostumbrada a doblegar a presas más grandes.

—No me pongas a prueba, skral —lo amenazó, presionando con más fuerza.

Él bajó la vista.

«Por fin». Debería haber empezado por ahí.

Le empujó el hombro izquierdo con la punta del mango del hacha, lo que

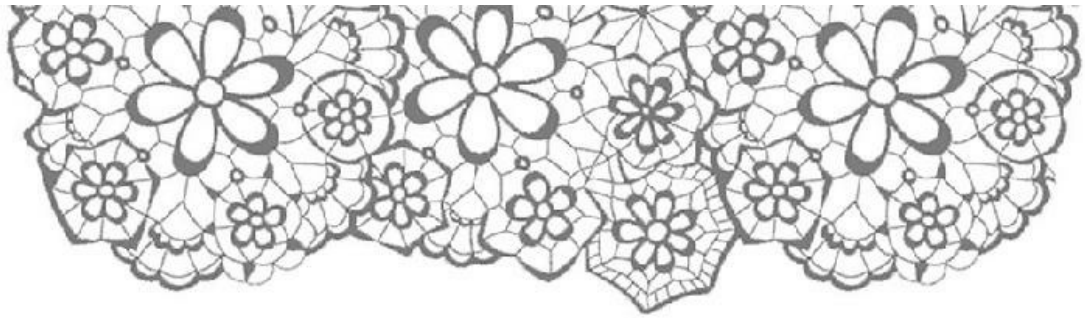
provocó que se tambalease y se diese de espaldas contra los estantes llenos de tarros, que tintinearón y estuvieron a punto de caerse.

—Mantendrás esto en secreto —le ordenó—, porque ni siquiera Jarek podrá protegerte si no lo haces.

Él mantuvo la mirada gacha mientras recuperaba el equilibrio sin decir nada.

Asha giró sobre sus talones y lo dejó allí. Tenía cosas mejores que hacer que llevar a aquel esclavo ante su prometido y enumerarle sus ofensas. Debía encontrar sus guantes de seda, ocultar la mano vendada y fingir que todo iba bien mientras hablaba con su padre..., que seguía esperándola.

Ya se encargaría más tarde del esclavo de Jarek.



Los orígenes de una cazadora

Había una vez una niña que se sentía atraída por las cosas malas.

Cosas como las historias antiguas y prohibidas.

No le importaba que esas viejas historias hubieran matado a su madre. No le importaba que hubieran matado a muchos antes que a ella. La niña permitía que entraran, le carcomieran el corazón y la corrompieran.

Su corrupción atraía a los dragones. Los mismos que habían quemado las casas de sus antepasados y habían masacrado a sus familias. Dragones venenosos que escupían fuego.

No le importaba.

Bajo el manto de la noche, trepaba a los tejados y reptaba por calles solitarias. Culebreaba hasta las afueras de la ciudad y se adentraba en el Rift, donde les contaba historias a esas bestias.

Tantas contó, que despertó al más mortífero de todos. Uno tan oscuro como una noche sin luna. Tan viejo como el tiempo.

Kozu, el Primer Dragón.

Kozu quería a la niña para sí. Quería acaparar el poder letal que manaba de sus labios. Quería ser el único al que le contase historias. Por siempre jamás.

Kozu le hizo darse cuenta de en qué se había convertido.

Eso la asustó y dejó de contar las viejas historias.

Pero no fue tan fácil. La criatura la acorraló, azotó la cola y le siseó una advertencia. Le dejó bien claro que, como lo rechazara, acabaría mal.

Ella tembló y lloró, pero permaneció firme. Mantuvo la boca cerrada.

Sin embargo, nadie desafiaba al Primer Dragón.

Kozu montó en cólera y, cuando la pequeña intentó huir, le lanzó una llamarada mortífera que la quemó.

Pero no fue suficiente.

Así que desplegó el resto de su rabia sobre su hogar.

Vertió su ira sobre sus paredes encaladas y sus torres llenas de filigranas. Exhaló su fuego venenoso mientras el pueblo chillaba y lloraba al oír a sus seres queridos atrapados bajo sus casas en llamas.

Fue el hijo del comandante quien encontró a la niña malvada que habían dado por muerta en el Rift. Quien acarreó su cuerpo quemado hasta la enfermería del palacio mientras su padre salvaba la ciudad.

Este último reunió al ejército y espantó al Primer Dragón, ordenó a los esclavos que extinguieran el fuego y reparasen los daños. El comandante salvó la ciudad, pero no logró salvar a su esposa. Cuando oyó sus gritos moribundos, corrió hasta su hogar en llamas... y nunca salió.

La pequeña, no obstante, sobrevivió.

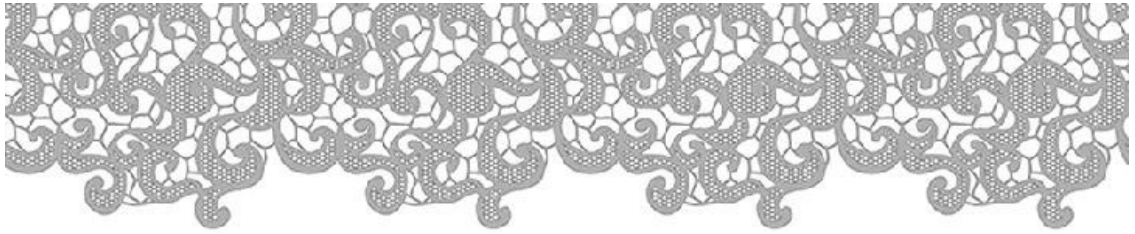
Se despertó en una cama extraña, en una habitación extraña, sin recordar lo que había pasado. Al principio, su padre le ocultó la verdad. ¿Cómo le dices a una niña de diez años que es responsable de la muerte de miles de

personas?

En vez de eso, no se movió de su lado. Se sentó junto a ella durante todas aquellas noches dolorosas y envió a expertos en quemados a curarla por completo. Cuando estos le dijeron que nunca recuperaría la movilidad, buscó a otros mejores. Y, poco a poco, fue llenando las lagunas de su memoria.

Cuando la niña se disculpó en público y el pueblo escupió a sus pies, su padre se mantuvo a su lado. Cuando prometió redimirse y le silbaron el nombre de una diosa maldita, su padre hizo acopio de todas esas maldiciones y las convirtió en un título.

Dijo que si a los viejos héroes se les llamaba Namsara por un dios querido, a ella se la llamaría Iskari por una letal.



Tres

La sala del trono, con sus dobles arcadas, sus soldados alineados en las paredes y sus meticulosos mosaicos, estaba construida para atraer la atención hacia un sitio concreto: el trono del rey dragón. Sin embargo, cada vez que Asha atravesaba la gigantesca arcada, era la llama sagrada lo primero que captaba su interés. Sobre un pedestal de ónice pulido, a medio camino entre la entrada principal y el trono bañado en oro, reposaba un pebetero de hierro en cuyo interior ardía, blanca y susurrante.

Cuando era una cría, sacaron la llama sagrada de las cavernas del Viejo y se la llevaron allí para mantener la sala del trono iluminada. Entonces a ella le causó una enorme impresión.

Ya no.

Ahora la llama parecía contemplarla del mismo modo que ella la había contemplado en su día.

¿Un fuego incoloro que ardía en el aire? Era sobrenatural. Ojalá su padre lo devolviera a las cavernas. Pero era su trofeo, un símbolo de lo que había conseguido.

—Siento haber interrumpido tu jornada de caza, querida.

La voz de su padre resonó en la sala y atrajo su atención. Asha escudriñó las destellantes paredes blancas, interrumpidas por tapices con los retratos de los reyes y reinas dragón de la antigüedad.

—No la has interrumpido. Maté a uno justo antes de que llegara tu mensaje.

Vestida ahora con unos guantes de seda que le llegaban a los codos y un caftán índigo que hacía frufrrú a cada paso, cruzó la sala mientras los retratos de los tapices la seguían con la mirada. Caminaba sin hacer ruido por el mar de baldosas azules y verdes, y la luz del sol atravesaba la claraboya del tejado de cobre abovedado, iluminando las motas de polvo que flotaban en el aire.

El hombre que la esperaba tenía un verdadero porte de monarca: llevaba el blasón real, un dragón con un sable atravesado en el corazón, bordado en el hombro derecho de su túnica, y del cuello le colgaba un medallón de cuarzo. Unas zapatillas doradas con elaboradas puntadas blancas ocultaban sus pies.

Él fue la primera persona que se encontró al despertar en la enfermería hacía casi ocho años. Al verlo le vino un recuerdo a la cabeza.

Las llamas candentes de *Kozu*

Era lo único que recordaba: el fuego. Todo lo demás lo había olvidado.

—Ha sido tu cacería más larga hasta la fecha —continuó. Asha se detuvo ante los escalones dorados del trono—. Empezaba a preocuparme.

La joven miró al suelo. La vergüenza que sintió hizo que le pinchara la garganta como si se hubiera tragado un puñado de espinas de cactus.

Su padre tenía demasiadas cosas de las que preocuparse como para que ella añadiera otras: la guerra que se estaba fraguando contra los habitantes de las tierras baldías, los rebeldes, la sempiterna amenaza de otra revuelta de los esclavos, la tensión con el templo y, aunque él nunca hablaba del tema con ella, el creciente poder de su comandante.

La mano vendada le palpitaba bajo el guante de seda, como si gritara a los cuatro vientos el delito que había cometido aquella misma mañana. Como si quisiera traicionarla. Se la presionó contra el costado con la esperanza de que su padre no le preguntara por los guantes.

—No te preocupes por mí, padre, siempre encuentro a mi presa.

El rey dragón le sonrió. Tras él había un mosaico grabado en el trono dorado, un patrón de formas que englobaban otras formas y líneas que cruzaban por encima de otras líneas, igual que las calles laberínticas de la ciudad, o la maraña de corredores y pasadizos secretos del palacio.

—Esta noche quiero que muestres públicamente tu presa. En honor de nuestros invitados.

Ella alzó la vista.

—¿Invitados?

La sonrisa de su padre se quebró.

—¿No has oído las noticias?

Negó con la cabeza.

—Tu hermano ha vuelto con una delegación de baldíos.

A Asha se le secó la boca. Los habitantes de las tierras baldías moraban al otro lado del mar de arena y se negaban a reconocer la autoridad del rey. No estaban de acuerdo ni con lo de matar dragones ni con lo de tener esclavo. Ese era el motivo por el que su padre había tenido tantos problemas para manejarlos en el pasado: ese y el hecho de que seguían tratando de asesinarlo.

—Han accedido a firmar una tregua —le explicó—. Están aquí para negociar los términos de un acuerdo de paz.

¿Paz con los baldíos? Imposible.

Asha se acercó más al trono, con la voz tensa:

—¿Se encuentran dentro del palacio?

¿Cómo era capaz Dax de meter a sus más viejos enemigos en casa?

Nadie había albergado la esperanza de que su hermano saliera victorioso de las tierras baldías. A decir verdad, nadie esperaba que sobreviviese.

—Es demasiado peligroso, padre.

El rey dragón se inclinó hacia delante desde su trono y le dedicó una mirada cálida. Tenía la nariz larga y fina, y una barba perfectamente recortada.

—No te preocupes, querida. —Su mirada recorrió la cicatriz que le estropeaba el rostro—. En cuanto te vean, no volverán a cruzarse en mi camino.

Asha frunció el ceño. Si no temían a la decapitación, que era el castigo por intento de regicidio, ¿por qué iban a temer a la Iskari?

—Pero esa no es la razón por la que te he convocado.

El rey dragón se levantó del trono y bajó los siete escalones que conducían al suelo. A continuación, entrelazó las manos a la espalda y comenzó un lento recorrido por los tapices del ala izquierda de la sala. Asha lo siguió, ignorando a los soldados que montaban guardia entre cada uno de ellos: sus miradas quedaban ocultas por morriones con crestón y sus corazas bruñidas destellaban con la polvorienta luz del sol.

—Quiero hablarte de Jarek.

Asha levantó la barbilla en el acto.

Cuando el pueblo de Firgaard perdió vidas, hogares y seres queridos a consecuencia del incendio provocado por *Kozu*, reclamó la muerte de la malvada niña responsable de la masacre. El rey, incapaz de sentenciar a muerte a su propia hija, le ofreció a cambio una oportunidad de redimirse: prometió su mano a Jarek, el chico que la había salvado. El chico que había perdido a sus padres en el incendio que se había desatado por su culpa.

Su enlace, dijo, sería su último acto de redención. Cuando fueran mayores de edad, Jarek se uniría a Asha y, al hacerlo, evidenciaría que la había

perdonado. Él, que lo había perdido todo por su culpa, demostraría a todo Firgaard que ellos también podían perdonarla.

Además, como recompensa por su heroísmo, el rey lo había preparado para que asumiera el puesto de su padre como comandante.

Era un acto de fe y de gratitud.

Con el paso de los años, aquel chico heroico se había convertido en un joven poderoso. Ahora, a los veintiún años, comandaba todo un ejército cuyos soldados le eran completamente leales. «Demasiado», pensaba Asha. Una vez que se casara con ella, se situaría muy próximo al trono. Un trono que sería muy fácil de tomar por la fuerza, cosa que le preocupaba.

—No debe saber que hemos mantenido esta conversación, ¿entiendes?

Asha, que estaba perdida en sus pensamientos, alzó la mirada y se vio ante un tapiz de su abuela, la reina dragón que había conquistado y esclavizado a sus enemigos más acérrimos, los skrals. El artista había elegido tonos rojos y granates intensos para el fondo, y plateados luminiscentes y azules oscuros para su pelo. Los ojos de la reina dragón parecían observarla desde el tapiz con profunda desaprobación. Como si pudieran perforarle el corazón y contemplar todos los secretos que allí guardaba.

Pegó la mano herida aún más a su cuerpo.

—No debes contarle a nadie lo que estoy a punto de decirte.

La joven apartó la vista de la vieja reina y la fijó en su padre, cuya cálida mirada estaba posada en ella.

«¿Un secreto?». Debía a su padre toda su lealtad. Y la vida, dos veces.

—Por supuesto, padre.

—Se ha avistado un dragón en el Rift mientras cazabas —empezó—. Uno al que llevábamos sin ver ocho años. Uno negro con una cicatriz en un ojo.

Un relámpago le subió titilando por las piernas y a punto estuvo de apoyarse en la pared por si estas cedían.

—¿*Kozu*?

No podía ser. No se había visto al Primer Dragón desde el día en que atacó la ciudad.

Su padre asintió.

—Esta es tu oportunidad, Asha. Y debes aprovecharla. —Esbozó una sonrisa lenta y radiante—. Quiero que me traigas su cabeza.

De improviso, le llegó un olor a carne quemada y sintió que los gritos se le quedaban atascados en la garganta.

«Eso fue hace ocho años —pensó, tratando de combatir aquel recuerdo—. Hace ocho años era una cría, pero ya no lo soy».

Consciente de la batalla que se había desatado en el interior de su hija, el rey levantó la mano para tocarla..., cosa que nunca hacía. Pero algo destelló en sus ojos. Lo mismo que siempre destellaba en los ojos de los demás cada vez que la miraban.

A su padre no le gustaba que saliera a relucir, porque la quería, porque no pretendía herirla, aunque a veces se colaba entre las rendijas.

El rey dragón temía a su propia hija.

Un segundo después, aquel destello había desaparecido. Su padre dejó caer la mano y la apoyó en la empuñadura dorada de su sable ceremonial.

—Si das caza al Primer Dragón, los fanáticos religiosos ya no tendrán motivos para desafiar mi autoridad. Los baldíos se verán obligados a admitir que las viejas costumbres ya no tienen razón de ser. Todo volverá a estar bajo mi mando. Pero sobre todo, Asha, tu matrimonio con Jarek ya no será necesario. —Volvió la vista hacia el tapiz de la pared. Hacia la imagen de su madre—. Esa será tu redención.

Asha tragó saliva tratando de asimilar esas palabras.

Los anecdotistas —los cuentacuentos sagrados de la antigüedad— advertían de la muerte de *Kozu*<. Decían que este era el origen de todas las

historias y, como tal, era el vínculo viviente del Viejo con su pueblo.

Si alguna vez lo mataban, las viejas historias se borrarían de un plumazo de las mentes, las lenguas y los pergaminos como si nunca hubieran existido, el Viejo sería olvidado y el vínculo que lo unía con su pueblo se rompería. En cambio, mientras el dragón viviera, las historias también lo harían y el pueblo continuaría sometido al yugo del Viejo.

Ni los cazadores más impíos se atrevían a darle caza. El rey lo sabía y por eso se lo estaba pidiendo a ella, que tenía más razones que nadie para matarlo.

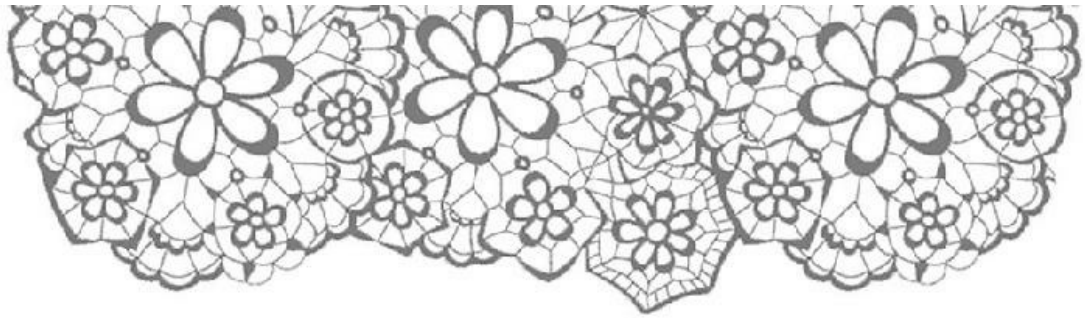
Serviría como última disculpa. Como un modo de arreglar las cosas.

—¿Me has oído, Asha? Si me traes la cabeza de *Kozu*, ya no habrá ningún motivo para que te cases con Jarek.

La joven salió de su ensimismamiento y, al mirar a su padre, descubrió que le estaba sonriendo.

—¿Qué me dices, Asha? ¿Lo harás?

Por supuesto que lo haría. La única duda era: ¿sería capaz de lograrlo antes de la luna roja?



El último Namsara

Hubo un tiempo en que los draksors eran una fuerza poderosa. Eran el azote de la noche. Eran el fuego que llovía del cielo. Eran lo último que veías.

Nadie osaba enfrentarse a ellos.

Pero una tormenta estaba barriendo el desierto. Los invasores llegados de más allá de los mares, un pueblo llamado skral, habían conquistado las islas del norte y ansiaban más. Tenían los ojos puestos en Firgaard, la estrella rutilante de un reino en el desierto. Una capital bulliciosa que se extendía por una línea que dividía leguas de arena blanca de un manto montañoso. Si lograban conquistarla, gobernarían el mundo.

Los skrals llegaron al amparo de la noche con la esperanza de atacar a los draksors por sorpresa.

Pero, cuando cae la noche, el Viejo enciende una llama.

Este oyó que el enemigo se aproximaba, así que rebuscó por entre los pueblos polvorientos y las dunas desérticas hasta que encontró al hombre

apropiado para su propósito.

Un hombre llamado Nishran.

Con el simple susurro de aquel nombre, el Viejo despertó de su duermevela al Primer Dragón, que sobrevoló el desierto a toda velocidad en su busca.

Nishran era un tejedor. Estaba sentado frente a su telar cuando el Primer Dragón lo encontró. En el instante en que alzó la vista hasta esas escamas negras como una noche sin luna, los pedales dejaron de repiquetear y la lanzadera dejó de tabalear.

El miedo colmó su corazón.

Pero el Viejo lo había elegido para que fuera su Namsara y al Viejo no se le podía contradecir.

Para ayudarlo, le concedió la habilidad de ver en la oscuridad. Al amparo de la noche, Nishran condujo a la reina dragón y a su ejército por el desierto, directamente hasta el campamento de los skrals bajo la negrura más absoluta de la luna nueva.

Los invasores norteños no estaban preparados para la lluvia de flechas y el fuego de dragón con el que despertaron, de modo que fueron vencidos por aquellos a los que pretendían conquistar.

Cuando todo hubo acabado, la reina dragón no expulsó al enemigo de su territorio, ya que, si los dejaba libres, sembrarían el caos en otro lugar o volverían, con las fuerzas renovadas, en busca de venganza; se negaba a ser responsable de la destrucción de otro pueblo. De modo que, con el Namsara a su lado, ordenó que les colocaran collares de hierro a todos y cada uno de los skrals como castigo por los horrores que habían desencadenado en las islas del norte.

Con los enemigos herrados, la paz reinó entre los draksors. Las noticias sobre los invasores conquistados corrieron como la pólvora y los

gobernantes de países remotos cruzaron el desierto, las montañas y el mar para jurar lealtad a la reina dragón.

Pero el júbilo duró poco.

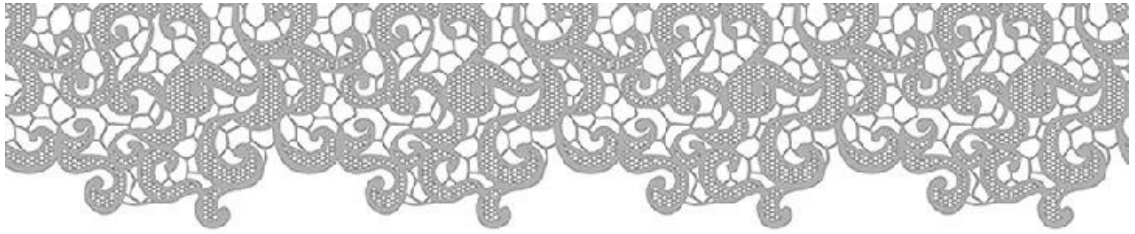
La oscuridad cayó una vez más sobre Firgaard cuando, sin previo aviso, los dragones se volvieron en contra de sus jinetes, atacaron a sus familias y redujeron sus casas a cenizas. En lugar de encenderse con canciones y bailes de celebración, Firgaard se encendió con fuego y sus terrazas, sus patios y sus jardines ardieron. A la luz del día, el humo colapsó el aire y unas sombras negras sobrevolaron las estrechas calles cuando los dragones se dirigieron al Rift para nunca volver.

El caos desgarró la ciudad. Algunos draksors corrieron a apoyar a su reina, que maldecía a los dragones por su traición; otros se aprestaron a apoyar a la suma sacerdotisa, que culpaba a la reina de la destrucción.

Los draksors se enfrentaron entre ellos. Ardieron más casas. Firgaard cayó en desgracia.

Aquella fue la primera traición.

La segunda llegaría en forma de historias.



Cuatro

Había una larga tradición en Firgaard: cada vez que se mataba un dragón, se presentaba su cabeza al rey. Era la parte de la cacería que más le gustaba a Asha. La entrada triunfal, el sobrecogimiento de los espectadores y, sobre todo, la mirada de orgullo de su padre.

Aquella noche, sin embargo, el dragón más grande y viejo de todos deambulaba por las tierras agrestes al otro lado de los muros de la ciudad y Asha estaba impaciente, ansiosa por clavarle el hacha en el corazón.

«Pronto», pensó mientras Safire y ella franqueaban la arcada que daba acceso al patio mayor del palacio. La música flotaba como humo en el aire. El sonido de un laúd susurraba por debajo de las notas de una trompeta estridente y el ritmo rápido y marcado de los tambores.

Antes de entrar en el patio, escrutó a su prima como de costumbre en busca de nuevos cardenales; no encontró ninguno. Al contrario, a Safire se la veía deslumbrante con su caftán verde claro con flores de madreSelva bordadas.

—Creía que los odiabas —dijo esta, señalando los guantes de seda de su

prima. Eran de un estilo extranjero. Jarek se los había regalado hacía casi un año por su diecisiete cumpleaños.

Sí que los odiaba. Hacían que le sudaran las manos y se le bajaban, pero escondían la quemadura.

Se encogió de hombros por salir del paso.

—Iban bien con el caftán.

Un caftán que llevaba mucho tiempo esperando en una caja plateada junto a su cama. Otro regalo de Jarek.

—Ajá —repuso Safire, averiguando la auténtica razón—. Como las botas.

Asha se miró los pies, que sobresalían por debajo del dobladillo. Con las prisas, había olvidado cambiarse las botas de caza por las zapatillas doradas. Maldijo en voz baja. Ya era demasiado tarde.

Unas lámparas de bronce brillaban a lo largo de las galerías del patio; sus cristales de colores bañaban a los bailarines de una luz resplandeciente. En el centro, un amplio estanque de agua se extendía a lo ancho del recinto; su superficie calmada resplandecía bajo el negro cielo estrellado.

Lo normal era que las galerías estuvieran bulliciosas y los suntuosos divanes, llenos de gente que bebía té dulce y cuchicheaba animadamente. Pero esa noche no era así. Para celebrar el regreso del heredero, tras un mes de ausencia, las galerías se habían quedado desiertas y el patio estaba atestado de draksors que hablaban tapándose la boca con las manos y que miraban los sofás vacíos.

Safire fue la primera en darse cuenta del motivo.

—Fíjate.

Señaló a un grupo de invitados vestidos con un extraño atuendo que se congregaban bajo la galería y que observaban a los draksors del patio como si esperasen que se produjera una emboscada. Estos últimos deslumbraban bajo el cielo estrellado con sus caftanes de colores o sus túnicas entalladas hasta la

rodilla, decoradas con complejos bordados y abalorios delicados. Los otros invitados, en cambio, llevaban ropas mucho más sencillas: unas pañoletas de algodón para protegerse de la arena que les envolvían los hombros y unas espadas curvas enfundadas en la cadera.

—Baldíos.

Enemigos en el seno del palacio. En la casa del rey al que habían intentado matar en tres ocasiones distintas.

¿En qué estaba pensando Dax?

Para tratarse de un grupo de gente tan chapada a la antigua, los habitantes de las tierras baldías parecían curiosamente deseosos de desafiar a su propio dios e ignorar la ley ancestral contra el regicidio. Esa era una de las pocas leyes antiguas que su padre permitió observar. Tenía sus raíces en el mito de la diosa Iskari, que había intentado matar al Viejo, y establecía que cualquiera que se atreviera a arrebatarse la vida al rey o a la reina dragón sería condenado a muerte. Lo que significaba que todo aquel que intentara asesinar a su padre estaría cometiendo un suicidio en cuanto pasara a la acción.

Safire la llamó y la sacó de sus pensamientos.

—¿Sí? —dijo Asha, dándose la vuelta.

—¿Hmm?

Safire asimilaba la escena, contaba a los baldíos y trataba de averiguar cuál sería el mejor entrenado y cuál llevaría algún arma de más escondida entre la ropa. Era lo primero que hacía cada vez que entraba en una habitación. Lo llevaba en las venas. Era puro instinto de supervivencia.

—Acabas de decir mi nombre —explicó su prima.

—No, qué va.

Asha volvió la vista atrás, hacia la arcada y el corredor ensombrecido del otro lado, y luego hacia los soldados que estaban apostados como lanzas a lo largo de las paredes. No había nadie más en los alrededores.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas al asunto, se hizo un silencio sepulcral. La música cesó. Y supo por qué antes de girarse siquiera.

Acababan de verla.

«Mejor que te lo quites de encima cuanto antes».

Salió de debajo del arco y entró en el patio.

Todos los ojos se posaron en ella. Sintió el peso de sus miradas del mismo modo que sentía el de su abominable corazón latiendo en su pecho. Algunas eran de furia, puñales afilados; otras frenéticas, como las de los animales acorralados. Las sostuvo todas.

Una a una, se fueron clavando en el suelo. Uno a uno, todos los presentes se apartaron y le abrieron un pasillo silencioso directo hacia su padre, que confrontó su oscura mirada desde el otro lado del patio.

A su lado se apostaba un joven vestido de oro que parecía casi la viva imagen del rey dragón: pelo rizado, cálidos ojos marrones y una nariz ganchuda que le habían roto dos veces, ambas por su culpa.

Aquel muchacho era Dax, su hermano mayor.

Pero le pasaba algo.

Después de un mes en las tierras baldías, parecía mucho menos alegre de lo habitual: sus típicos ojos traviosos, su sonrisa capaz de derretir a las chicas desde el extremo opuesto de la habitación y aquellos puños que parecían buscar pelea habían desaparecido. Era como si lo hubieran cambiado por otro. Por alguien cansado, delgado y... mudo.

Asha dejó atrás a Safire; aquello era lo máximo que su prima se acercaba al rey dragón. Como hija de Lillian y Rayan, la esclava y el hijo de la anterior reina dragón respectivamente, su supervivencia era un auténtico milagro. Se le había permitido vivir, por no decir criarse, en el palacio donde había tenido lugar aquella unión prohibida. Sólo la gracia del rey le permitía poner un pie en ese patio, pero dicha gracia sólo se extendía hasta allí. Safire siempre

permanecería al margen del círculo íntimo de su propia familia.

Llegó a la altura de su padre y le lanzó a Dax una mirada de preocupación antes de que se anunciara la llegada de cuatro de sus esclavos de caza, que le trajeron la cabeza del dragón en una ornamentada bandeja de plata. Los ojos amarillos y hendidos estaban sin vida, y la lengua le colgaba mustia por un lateral de la boca: era una sombra de la fiera criatura que había sido.

Le ardió la mano herida por su cercanía y apretó los dientes. Para combatir el dolor, imaginó la cabeza de *Kozu* en aquella bandeja, lo que le hizo desear aún más traspasar los muros del patio y salir a cazarlo.

Entonces, alguien volvió a decir su nombre.

Se giró y buscó entre la multitud. Todo aquel en quien se posaban sus ojos desviaba la vista, como si mirarla a la cara atrajera el fuego de dragón como castigo.

Escuchó y observó, pero quienquiera que la hubiese llamado guardó silencio.

«¿Estoy oyendo cosas?».

Durante un ínfimo instante, el pánico se apoderó de ella. Tal vez la cura se había hecho demasiado tarde. Tal vez el veneno del fuego de dragón ya iba camino de su corazón. Qué horrible sería morir de una quemadura de ese tipo delante de toda la corte de su padre.

Negó con la cabeza. Imposible. Se había tratado la herida a tiempo.

«Quizá las historias se estén cobrando por fin su precio envenenándome igual que envenenaron a mi madre».

Sin embargo, era muy meticulosa a la hora de leer las señales. Y, hasta el momento, no había habido ninguna.

Su padre la elogió por su presa, y soltó su discurso habitual sobre el peligro que entrañaban los dragones y su carácter traicionero, ya que una vez habían sido sus aliados y se habían rebelado contra sus jinetes durante el

reinado de su madre. Acostumbraba a repetir esa retahíla después de cada cacería, de ahí que sólo lo estuviera escuchando a medias cuando él la cogió de la mano, de la quemada. Estuvo a punto de soltar un grito.

Ajeno a su dolor, el rey dragón la sujetó con firmeza y le hizo dar un paso al frente para que las gentes de las tierras baldías se deleitaran la vista con su ejemplo.

—¿Veis lo que le hicieron a mi hija? Esto es lo que ocurre cuando se trata con dragones. —Dejó que su mente vagara, sin duda rememorando el día en que ardió la ciudad. El día en que Jarek le devolvió el cuerpo chamuscado de Asha—. Mi Iskari ha dedicado su vida a cazar esas bestias y no parará hasta que la última de ellas muera. Entonces, y sólo entonces, tendremos paz.

Bajó la vista hacia ella y le sonrió. Asha intentó devolverle el gesto, pero no pudo. No con la mano quemada justo debajo de la nariz de su padre, abrasándola de dolor como prueba de la vieja historia que había contado en voz alta.

Cuando el rey dragón despachó a los esclavos de caza y la música volvió a sonar, Dax se dirigió hacia ella; olía a té de menta.

—Mi temible hermanita. —Le sonrió y Asha se fijó en las profundas arrugas que se formaban junto a su boca. Arrugas que no estaban allí antes de que se marchara—. ¿Has visto lo que he traído a casa? —Señaló con la cabeza a los baldíos. Nadie habría podido pasarlos por alto—. Aunque no son tan impresionantes como un dragón...

Llevaba su túnica favorita, una que le cubría hasta las muñecas y que le quedaba justo por encima de las rodillas. Blancas volutas bordadas ribeteaban el cuello y los botones de la parte frontal, en contraste con la brillante seda dorada.

«Oro para un chico con un corazón de oro», pensó Asha.

Normalmente, aquel atuendo le quedaba de maravilla, pues destacaba sus

hombros fuertes y su alta figura, pero ahora caía sin gracia de su percha exangüe. Y sus ojos, a menudo chispeantes, eran mates como piedras.

Era evidente que la tensión que había vivido en las tierras baldías, por no mencionar el largo viaje de vuelta a través del desierto, le había pasado factura. El hecho de verlo tan delgado y exhausto le recordó a alguien, aunque no supo decir a quién.

—Te has perdido las presentaciones —le dijo Dax, escudriñándola del mismo modo en que ella lo escudriñaba a él.

—Tenía cosas que hacer.

«Como esconder las pruebas de mi traición».

—¿Quieres conocer a nuestros invitados? —le preguntó, cogiendo la copa de vino que uno de los esclavos le ofrecía.

—En realidad, no —respondió Asha, rechazando la que le ofrecía el mismo esclavo.

—¡Estupendo! —exclamó su hermano—. Te presentaré...

Lo siguió a regañadientes entre la multitud hasta que se detuvo de pronto delante de alguien. Cuando se apartó, había una joven ante ellos ataviada con un delicado vestido de algodón de color crema. Se retiró la pañoleta que le cubría la cara y dejó al descubierto unos ojos oscuros y luminosos, y una barbilla alzada en un gesto orgulloso y elegante. En su puño enguantado se había posado un halcón blanco como la niebla que se concentraba en el Rift por la mañana temprano.

Asha observó al ave, que le devolvió la mirada con sus espeluznantes ojos plateados.

Aquella chica era una baldía.

Retrocedió por instinto. La joven no se dio cuenta; estaba demasiado ocupada examinando su cicatriz.

—Esta es mi hermana —le dijo Dax—. La Iskari.

Mientras hablaba, acariciaba el pecho blanco del halcón con el dorso de los dedos. Estaba claro que se conocían, porque el ave le rozó la mano con la coronilla.

—Asha, esta es Roa, hija de la Casa del Canto. Su hermano no ha podido asistir, pero tiene tantas ganas de conocer a la infame Iskari que le he prometido que te llevaría conmigo la próxima vez.

Le guiñó un ojo, consciente de lo mal que le sentaría aquello.

Asha no tenía el menor deseo de poner un pie en las tierras baldías. Era una zona llana, aburrida y pobre..., o eso le habían dicho. Y lo peor de todo era que sus gentes seguían observando las viejas costumbres. Eso le hizo preguntarse por qué demonios Dax los habría llevado allí, a la capital secular que tanto odiaban.

Quería a su hermano, pero no era lo que se decía un diplomático. La única razón por la que lo habían enviado a aquellas tierras era para sacarlo de la ciudad. Se había visto envuelto en una riña de borrachos con el lugarteniente de Jarek y este se había caído del tejado y se había roto la columna. Aquello había provocado un gran escándalo y había aumentado las tensiones entre el rey y su ejército.

Pero Dax coleccionaba escándalos como si fueran trofeos. Siempre estaba buscando pelea, o derrochando dinero del tesoro, o coqueteando con las hijas de todos los oficiales favoritos de su padre.

El heredero era una vergüenza, y al rey se le estaba agotando la paciencia. Por eso lo había enviado a las tierras baldías y le había ordenado a Jarek que lo acompañara. Sabía que su comandante, que estaba furioso por la pérdida de su lugarteniente, mantendría a su hijo a raya.

Roa se llevó el puño al corazón cumpliendo con el saludo habitual de los baldíos, pero siguió con la mirada clavada en su cicatriz.

—La Iskari en persona —dijo, con una voz entre la miel y el trueno. Abrió

el puño y lo dejó caer a un lado—. Dax dice que puedes doblegar a un dragón con tus propias manos.

Asha estuvo a punto de echarse a reír, pero la llegada de un joven la interrumpió. Cuando su sombra se cernió sobre ellos, se le encogió el estómago.

«Jarek».

El joven que había apresado y condenado a muerte a tres habitantes de las tierras baldías por asesinos. El joven que había acabado con la última rebelión de los esclavos. El joven al que debía unirse en matrimonio cuando la luna menguara.

A menos que matara antes a *Kozu*.

En presencia del comandante, Dax quedaba reducido a un mero chiquillo. Jarek lo sobrepasaba con creces: era fuerte y robusto, como los cimientos de una fortaleza imponente, y la camisa de seda se le ceñía al ancho busto y revelaba lo fornido que era.

Asha miró a Roa y vio que sus ojos se estrechaban al descubrir a su prometido.

No era la reacción habitual. Lo normal era que el físico perfecto del comandante lo hiciera impresionante y encantador a ojos de las mujeres. Pero Roa parecía... nerviosa.

Mientras Jarek miraba al heredero al trono y a su nueva amiga baldía, le enroscó el brazo a Asha por la cintura como si fuera una serpiente y la apretó contra él como si de una daga o un sable se tratara, estrujándole la cadera hasta causarle dolor.

Era uno de los pocos que se atrevía a tocarla.

—¿Haciendo amigas, Asha?

Olía a agrio, como a alcohol.

Sabía que era mejor no dar ningún indicio de que le estaba haciendo daño.

—Dax me estaba presentando a...

—Ya nos conocemos. —La atención de Jarek se concentró en el corte de su caftán; parecía devorarla con la mirada—. Veo que encontraste el regalo.

Ella contempló el espacio que mediaba entre Dax y Roa, y se fijó en la esclava con el collar de hierro que servía el té bajo la galería. Sostenía la tetera de latón en el aire y dejaba que el líquido dorado se arqueara con elegancia mientras los vasos se llenaban de espuma.

Jarek se agachó un poco para acercarse.

—Dime. ¿Te gusta?

Era una pregunta retórica.

Comparado con los demás caftanes del patio, que eran elegantes y modestos, el suyo era todo un espectáculo. Su confección era excelente y debía de costar el salario mensual de un soldado, lo cual era una nimiedad para su prometido, cuyo padre le había dejado una herencia sustanciosa.

Era de un llamativo azul índigo. Sus finas capas se movían como arena a su alrededor, tan sólo contenidas por un ancho fajín ceñido y alto en la cintura. De haber tenido que averiguarlo, habría dicho que lo había comprado en Darmoor, el mayor puerto comercial del reino. Pero aquel caftán estaba hecho para chicas bonitas y deseables, no para chicas horribles con la cara desfigurada por una cicatriz.

El escote pronunciado y la tela traslúcida era lo que más la insultaba; permitía que Jarek viera demasiado de ella. Pero la última vez que había rechazado un regalo, Safire había resultado herida. Así que no le quedó más remedio que ponérselo.

—Pareces una diosa.

Se puso rígida. La mirada de su prometido hizo que quisiera desaparecer. Le daban ganas de atravesar la multitud sin ser vista, coger su armadura y su hacha, y salir a cazar a *Kozu* en aquel mismo momento.

Sin embargo, dijo:

—Tendrías que haberme visto antes: cubierta de sangre de dragón de la cabeza a los pies.

Jarek no desistió. Se acercó más a ella, con cuidado de no dar la espalda a su hermano y a la joven de las tierras baldías. El comandante nunca daba la espalda a una posible amenaza.

—Baila conmigo.

Asha volvió a fijarse en la esclava que servía el té.

—Sabes que yo nunca bailo.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Su mano la asió con más fuerza y la apartó con facilidad de su hermano y de la joven baldía.

—Eh, comearena. —Dax lo agarró de la manga de la camisa—. No quiere bailar contigo.

Los ojos de Jarek llamearon. Lo empujó como si nada.

El heredero se estampó contra Roa y derramó la copa de vino sobre ambos. La chica abrió los labios por la sorpresa y sus manos se precipitaron hacia la mancha granate que se iba filtrando por su vestido de lino de color crema.

—Si nos disculpáis... —dijo el comandante sonriendo con satisfacción, y condujo a Asha a la fuerza hacia la música a través de la multitud. La joven miró atrás, por encima del hombro, y vislumbró los ojos entrecerrados de Roa—. Hace un mes que no te veo —le susurró al oído—. Te he comprado un vestido por el que he pagado tres veces más de su precio. Ya va siendo hora de que hagas lo que te pido.

Asha estaba a punto de repetir su negativa, esta vez con mayor rotundidad, cuando la voz que la llamaba regresó. No quiso buscarla. Sabía que no encontraría a nadie. Y, además, ¿adónde iba a mirar? Esa voz procedía de mil

sitios diferentes.

«Asha. Asha. Asha».

Le recordaba a una historia...

Se obligó a sacudirse aquel pensamiento de la cabeza mientras Jarek la arrastraba hacia delante, hacia la música. La tenía pegada a él y sus brazos le bloqueaban la cintura para que sus cuerpos se alinearan. Para que percibiera su deseo... duro y prominente.

Apartó la cara, mareada. Sabía que no debía hacerlo; era peligroso mostrar debilidad ante el comandante. Aun así, tras diez días de caza en el Rift, no le quedaban energías para jueguecitos.

—Yo nunca bailo —repitió, apoyando las manos con fuerza en la seda negra de su camisa para separarse de él.

—Y yo nunca acepto un no por respuesta.

Sus manos se ciñeron más en torno a ella. Sus ojos se veían demasiado hambrientos esa noche. Como los de un animal famélico.

Asha miró hacia otro lado, por encima del hombro del comandante, y se topó con la cara pecosa de su esclavo. El skral permanecía en un semicírculo de músicos en el centro del patio, dándole la espalda a las aguas serenas del estanque.

Mientras su prometido hablaba, Asha miraba fascinada cómo los dedos del esclavo se movían cual arañas por las cuerdas de un ajado laúd con forma de pera. Tenía los ojos cerrados en actitud concentrada, como si estuviera en algún otro sitio, en algún otro lugar muy lejos de aquel patio.

Al sentir su mirada, los abrió y, en cuanto se percató de que era la Iskari quien lo observaba, los dedos se le escaparon de las cuerdas. Los recolocó a toda prisa y miró al hombre que la tenía cautiva. Su mirada distante y soñadora fue reemplazada por un ceño fruncido tan oscuro como una nube de tormenta.

—¿Estás escuchando una palabra de lo que digo? —le preguntó Jarek.
Sonaba muy lejano.

Por última vez aquella noche, volvió a oír la llamada. Su nombre transportado por el viento. Sólo que, en esa ocasión, reverberó por todo el patio.

«Seguro que todo el mundo lo ha oído», pensó.

Pero, cuando miró a su alrededor, los draksors bailaban, reían y tomaban té, distraídos.

Algo iba mal. Lo sentía en los huesos. Tenía que salir de allí.

Se apartó bruscamente de Jarek, que no se esperaba aquel tipo de respuesta y la soltó con más facilidad de lo habitual. Se tambaleó y tropezó con los que bailaban mientras la música chirriaba hasta detenerse.

La llamada le retumbaba en los oídos. Le latía en la sangre. Desplazaba todo lo demás.

«Asha. Asha. Asha».

La hizo marearse. Cuando alzó la vista, el esclavo de Jarek la miraba fijamente.

«Aparta la mirada», le advirtió. Pero el cielo crepuscular y el suelo del patio empezaron a ponerse patas arriba y, cuando cerró los ojos para que parasen, sintió que se balanceaba... y se cayó.

El esclavo la cogió antes de que llegara al suelo.

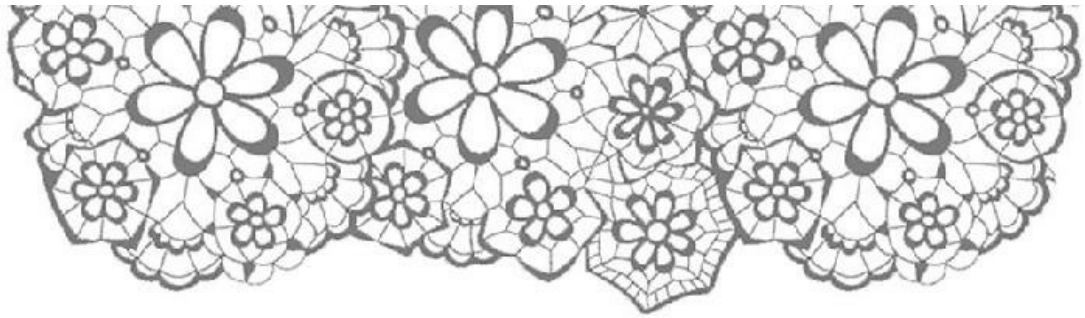
La habitación le daba vueltas, así que apoyó la mejilla en el pecho del joven para que parase.

«Esto es lo que ocurre cuando cuentas las viejas historias en voz alta».

Se acordó de su madre, a quien esas historias habían matado. Pero, cuando se hizo la oscuridad, no fue su muerte lo que recordó, sino lo que sentía cuando la abrazaba.

«Aquella misma sensación».

—Os tengo —le susurró el chico al oído—. Estáis a salvo.
Lo último que oyó fue el firme latido de un corazón contra su mejilla.



La Ruptura

Antes de la gran Ruptura, los cuentacuentos preservaban las historias. Aquellos anecdotistas venerables contaban en voz alta las viejas historias — relatos consagrados acerca del Viejo, de su Primer Dragón y de sus heroicos Namsaras— y las iban transmitiendo de padres a hijos. Viajaban de una ciudad a otra tejiendo palabras como si fueran hilos ante una multitud de personas a cambio de una moneda, de comida o de un cuarto donde dormir. Era un honor albergar a un cuentacuentos bajo tu techo y servirle pan caliente, pues era un hombre santo con una tarea santa.

Cuando los dragones huyeron, los cuentacuentos enfermaron y murieron. Las viejas historias empezaron a envenenar a quienes las contaban, a carcomer sus cuerpos, a rebelarse contra ellos igual que los dragones se habían rebelado contra sus jinetes.

Sin embargo, los cuentacuentos siguieron contándolas. Y, conforme lo hacían, siguieron muriendo. Como vieron que cada vez eran más los que

enfermaban, el miedo se instaló en el corazón de todos los draksors. Esta vez no se rebelaron contra sus vecinos. Esta vez se encerraron en sus casas para mantenerse a salvo. Temían lo que pudiera ocurrirles si aquellas historias llegaban a sus oídos. Temían la plaga que el Viejo pudiera enviarles.

Esa fue la razón por la que la reina dragón intervino.

Renegó del Viejo, que los había traicionado. Prohibió las viejas historias y declaró que cualquier cuentacuentos que continuara ejerciendo su oficio sería encarcelado. Como eso no los detuvo, como la suma sacerdotisa los convenció para que siguieran narrándolas, la reina hubo de proteger a su pueblo de la maldad del Viejo.

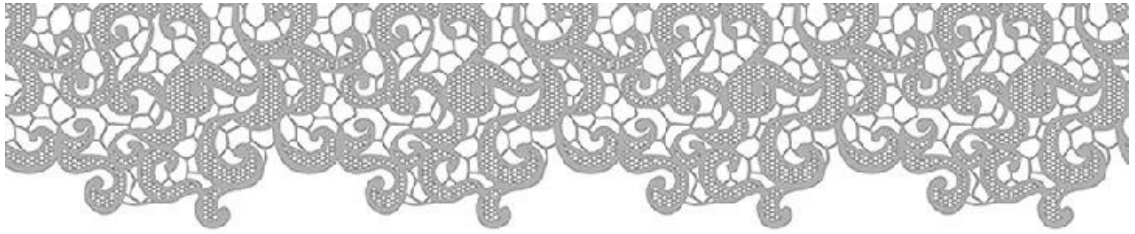
E hizo tres cosas.

Primero, despojó de su poder a la suma sacerdotisa.

Segundo, enmendó la ley. Anunció en la plaza pública a toda la ciudad de Firgaard que contar las viejas historias pasaba a convertirse en un delito... castigado con la muerte.

¿Y qué fue lo tercero que hizo?

Instauró una nueva tradición sagrada: la caza de dragones.



Cinco

El humo rondaba a Asha, se le prendía en el pelo y hacía que los ojos le escocieran. Su silenciosa respiración se asemejaba al flujo y el reflujo de la marea de Darmoor, y con ella le llegaba el regusto amargo de la ceniza.

Estaba envuelta en oscuridad. El muro bajo su mano estaba frío y agrietado. Hecho de piedra, igual que el suelo bajo sus pies.

«Estoy muerta», pensó.

Aunque, si eso era verdad, ¿había sido el fuego de dragón o las historias lo que la había matado?

Creía ser inmune a los efectos de su veneno. Desde el momento en que empezó a utilizar las historias para atraer a los dragones, había estado atenta —de manera casi obsesiva— a cualquier signo de deterioro: rápida pérdida de peso, cansancio anormal, temblores... Pero desde que llevaba contándolas no había padecido ninguno de esos síntomas. Sencillamente no le afectaban del modo en que habían afectado a su madre y a los cuentacuentos.

Tal vez se debiera a que estaban hechas de la misma sustancia que ella: la maldad de una contrarrestaba la de las otras.

Con todo, tal vez no hubiera prestado la debida atención. Tal vez la hubieran estado matando lentamente durante todo ese tiempo.

«Si estoy muerta, nunca le traeré la cabeza de *Kozu* a mi padre.

Si estoy muerta, nunca tendré que unirme a Jarek».

Eran pensamientos agridulces.

Siguió el rastro del humo y la ceniza. Cuanto más se adentraba en aquella caverna, más familiar le resultaba lo que la rodeaba. No es que hubiera estado allí antes. Más bien era como si hubiera estado soñando con aquel sitio toda su vida.

Después de años reprimiendo las historias, aquel lugar las sacaba a relucir con absoluta facilidad. Afloraban a la superficie, vivas y bullentes, y hablaban entre susurros del Primer Dragón, los Namsaras sagrados y el propio Viejo. Hacían que le dolieran los dientes de retenerlas.

Sus pasos la condujeron hasta la sombra de un hombre acucillado tras una hoguera pequeña y crepitante. Cuando se levantó, la luz del fuego le iluminó la cara y reveló unos ojos que parecían ónice negro, una cabeza calva y una barba gris que acababa en punta justo debajo de la barbilla. Una túnica blanca le cubría el cuerpo; la capucha estaba echada hacia atrás.

Al verlo, se le cortó la respiración.

Conocía a ese hombre. Una imagen suya adornaba las paredes de una sala en la que nunca debió estar. De niña había oído decir su nombre en la oscuridad, siempre de boca de su madre.

—Elorma.—El nombre le salió como un gruñido.

Aquel era el Primer Namsara. El hombre que había sacado la llama sagrada del desierto y había fundado Firgaard. Un mensajero del Viejo... que los había traicionado.

—Te estaba esperando. —Su voz aterciopelada resonó en las paredes de la caverna—. Acércate.

Asha no se atrevió.

El fuego resplandecía entre ellos, así que levantó la mano para protegerse la cara del calor. Elorma le sonrió, lo que hizo que se sintiera incómoda. Era como la sonrisa de un esclavo que planease una rebelión.

—Como desees —prosiguió, sumergiendo las manos en las llamas candentes.

Asha reprimió un grito, segura de que el fuego le devoraría la piel hasta los huesos. Pero, cuando sus manos emergieron, estaban indemnes y sostenían dos relucientes espadas negras, curvadas como medias lunas. Un fuego blanco subió danzando por sus bordes y se apagó.

—Espadas sagradas del Viejo. —Se las tendió—. Tómalas.

Asha prefería no confiar en él. Prefería no aceptar regalos del Viejo. Mantuvo las manos pegadas a los costados.

—Dispongo de más armas de las que necesitaré jamás.

—Ah —dijo él—, pero estas han sido forjadas en exclusiva para ti, Asha. Se amoldarán a tus manos como ninguna otra. Acatarán tu voluntad y reducirán a tus enemigos más rápido que cualquier hacha.

«¿Cómo sabe lo de mi hacha?».

Aunque, si sabía su nombre, ¿por qué no iba a saber cuál era su arma favorita?

—Una vez que las manejes, no querrás otra cosa.

Asha pensó en lo gratificante que sería matar dragones con espadas como aquellas, rápidas, afiladas, letales. Meneó la cabeza. Lo de contar las historias en voz alta era malo, pero ¿tratar con el Viejo? Eso era infinitamente peor.

Podía imaginar la cara de horror que pondría su padre si lo descubriera.

Dio un paso atrás.

—¿No te llaman Iskari? —preguntó Elorma—. A mí me parece que el título te viene grande. Iskari era intrépida y fiera, pero tú te achantas y tienes

miedo.

La joven lo fulminó con la mirada. El resplandor del fuego le otorgaba un aura divina: su piel brillaba como si irradiara luz desde el interior y sus ojos parecían antiguos, como si lo hubieran visto todo.

Desvió la vista hasta las espadas.

Qué gratificante sería parar el corazón de *Kozu* con armas como aquellas. Qué perfecto sería aceptar las herramientas que el Viejo le ofrecía y utilizarlas contra él. Igual que él la había utilizado contra su propio pueblo. Contra su propio padre.

«Debemos sufrir mucho para enfrentarnos a la maldad», le había dicho su padre hacía todos esos años.

Cierto, aunque esta vez estaría bien atenta; esta vez no se dejaría embaucar.

El rey no tendría que saberlo hasta que todo hubiera acabado. Hasta que hubiera tirado la cabeza ensangrentada de *Kozu* a sus pies. Entonces lo comprendería. Alabaría su ingenio.

Alcanzó las espadas. Elorma esbozó una lenta sonrisa. Cuando las empuñaduras con incrustaciones se deslizaron en las palmas de sus manos, su sangre chisporroteó y restalló. Un fuego blanco le subió titilando por los brazos y selló un vínculo invisible. Como si se echara un cerrojo. No le había mentido. Se fundieron en sus manos, perfectamente equilibradas, ligeras como el aire.

—El regalo viene acompañado de una orden, por supuesto.

Asha alzó la vista hasta una sonrisa que dejaba ver unos dientes blancos.

—Estas espadas sólo pueden utilizarse para enmendar errores.

—¿Qué?

Aún con la sonrisa dibujada en la cara, prosiguió:

—Tú y yo volveremos a vernos pronto, Asha.

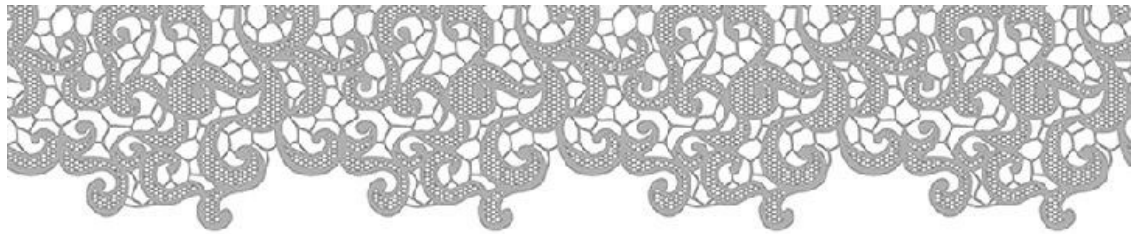
Y entonces se desvaneció en la oscuridad.

Asha lo llamó, pero Elorma había desaparecido. El fuego se fue apagando. La cueva empezó a dar vueltas y a desdibujarse rápidamente hasta que las paredes parecieron precipitarse sobre ella para tragársela.

Se quedó plantada en la oscuridad: las historias zumbaban en sus oídos mientras aferraba con fuerza las empuñaduras de las armas sagradas y un mal presentimiento le aguijoneaba las costillas.

«¿Qué he hecho?».

Dejó caer las espadas al suelo.



Seis

Justo antes del amanecer, se despertó con el olor a azahar.

Aún persistía el frío de la noche. Se envolvió en su manta de lana, se irguió y apartó los velos brillantes del dosel de su cama para contemplar con los ojos medio cerrados el crepúsculo que teñía la habitación de diversos tonos de azul. Escudriñó la pared de enfrente, donde sus armas favoritas estaban colgadas en líneas perfectas del suelo al techo: hachas y cuchillos, la gran mayoría; el ocasional puñal de caza y las pesadas espadas de madera que usaba para entrenar con Safire.

No había ninguna espada curva negra como la noche.

Cerró los ojos y suspiró aliviada.

«Ha sido sólo un sueño».

Alzó la mano vendada y se retiró el lino para dejar al descubierto la piel con ampollas. Todavía podía doblar los dedos, aunque el dolor la mareaba. No obstante, si podía doblar los dedos, podría blandir el hacha cuando la piel se le curara. Y, hasta entonces, le quedaba la otra mano. Porque lo único que le importaba en ese momento era encontrar a *Kozu* lo antes posible.

Una vez que lo matara, no tendría que esconder nada nunca más.

—Dime una cosa... —dijo una voz familiar.

Su mirada se clavó en el alféizar de una ventana arqueada, en el que había una sombra posada.

—¿Por qué ese dragón escupía fuego?

Safire saltó del alféizar y apartó los velos brillantes de la cama. No se molestó en evitar su mirada. En privado no tenía que hacerlo.

—Han pasado cincuenta años desde la Ruptura —continuó—. Cincuenta años desde que las historias desaparecieron.

«Cincuenta años desde que los dragones dejaron de escupir fuego».

Salvo *Kozu*, el Primer Dragón, que era el origen de las historias y que no necesitaba que nadie le contara una para incendiar una ciudad.

Safire cogió una cerilla de la mesita de noche y encendió una vela.

En vez de responder a su prima, Asha eludió la cuestión.

—¿Llevas aquí toda la noche?

—Yo soy la que hace las preguntas —repuso Safire, que se giró y agarró una de las espadas de madera de la pared—. Venga, vístete, que nos vamos a la azotea.

—Saf, hoy no puedo. La mano...

Levantó la mano vendada y, al hacerlo, se dio cuenta de que alguien le había quitado los guantes. El miedo se apoderó de ella. Quienquiera que lo hubiese hecho le habría visto el vendaje.

«¿Y habrá visto también lo que hay debajo?».

—¿Crees que Jarek se portará bien contigo porque estás herida?

Asha miró a su prima. Esta confrontó la mirada de la Iskari. Sus ojos refulgían a la luz de la vela.

Ella tenía que saberlo. Tenía que saber quién la había desvestido.

Si entrenaba con ella, descubriría quién, concretamente, sabía lo de su

quemadura. Y entonces, después de comprobar si su secreto estaba a salvo, podría salir a cazar a *Kozu*.

Apartó las mantas y se levantó de la cama. Se estremeció cuando sus pies descalzos tocaron las frías baldosas de mármol. Observó a su prima mientras esta le desabrochaba los botones del camisón. En ocasiones como aquella, agradecía haber despedido a las doncellas años atrás. Siempre temblaban en su presencia, con lo que se tardaba el doble en hacer cualquier cosa.

Safire, que sostenía las dos espadas de madera con una sola mano, las golpeaba con impaciencia contra su bota. Cuando estuvo vestida por completo, salieron a la terraza enrejada, donde había unos angostos escalones que conducían a la azotea. A sus pies se extendía un jardín con polvorientas palmeras datileras, naranjos en flor e hibiscos. Un jardín que en su día había pertenecido a su madre. Las palmeras datileras traían a la memoria de la difunta reina dragón su hogar en las tierras baldías.

Asha inspiró aquel dulce aroma.

Pero la noche se estaba desvaneciendo y, con ella, su tiempo. Sólo le quedaban seis días para cazar a *Kozu*.

—Acabemos con esto —resolvió.

Le quitó a Safire su espada de la mano y empezó a subir los escalones.

Al menos su prima la vencería rápido.

* * *

Cuando no estaba cazando, lo primero que hacía todas las mañanas era pelear: para Safire era un entrenamiento y a ella, que era cazadora antes que luchadora, le servía para aprender a defenderse. Sobre todo de Jarek.

Safire se quitó su capa azafranada con capucha y la arrojó al suelo de guijarros. Asha se fijó en las costuras deshilachadas y en el dobladillo raído;

su prima no debería llevar algo tan andrajoso.

«Encargaré una nueva a las costureras y diré que es para mí».

A su alrededor, las azoteas del palacio estaban vacías. Por encima del hombro de Safire, el horizonte brillaba con una vaga luz dorada y el cielo azul oscuro se teñía de púrpura poco a poco. Con la llegada del alba, los esclavos emprendían sus tareas diarias, así que esas azoteas no tardarían en bullir de actividad.

Pero en esos momentos estaban sólo ellas dos.

—¿Por qué no me has contado que los dragones vuelven a escupir fuego?

Safire dio una fuerte estocada y la Iskari la contrarrestó con su espada: el choque de la madera contra la madera le devolvió una vibración.

Tal vez su prima fuera una inútil ante las fauces de un dragón, pero era mucho mejor que ella en el combate cuerpo a cuerpo. Para sobrevivir en un mundo que renegaba de su existencia, tenía que ser fuerte. Y lo era: sus brazos eran puro músculo y, bajo aquella fuerza bruta, Asha empezaba a ceder.

—Porque... te preocuparías... por nada —murmuró, con los dientes apretados.

Incapaz de aguantar más la posición, se apartó y giró la espada para liberarla de la de su oponente.

—Parece que tengo motivos para preocuparme —Safire se recuperó y volvió a colocarse en posición de lucha—, considerando que te desmayaste en mitad de la recepción de tu padre. No me digas que no tiene nada que ver con la quemadura.

La mano de Asha se tensó en torno a la suave empuñadura. Había creído que lo del desmayo formaba parte del sueño.

—¿Mi padre me vio?

—Pues claro.

—¿Y qué dijo?

Safire se acercó a ella describiendo un círculo, planeando su próximo ataque.

—Nada. Jarek se encargó de hablar... o, más bien, de gritarle a su esclavo, que fue quien te cogió. Si no lo hubiera hecho, aún estarían limpiando tus sesos del suelo.

Asha puso los ojos en blanco. Tampoco había sido para tanto.

De repente tenía a su prima delante y su espada silbaba en el aire mientras le lanzaba otra fuerte estocada. Lo hizo con tanta rapidez que apenas le dio tiempo a levantar la suya, aunque más o menos logró neutralizar el golpe. Con todo, la obligó a retroceder.

—Y si yo no hubiera convencido al médico de que estabas deshidratada, habría insistido en reconocerte a fondo y habría visto esa quemadura. — Señaló con la cabeza su mano vendada—. Así que me debes una.

Asha bajó su arma.

Entonces su padre no sabía nada.

Se enjugó el sudor de la frente, aliviada.

—Gracias.

—¿Por qué tiene que ser un secreto? Nadie cree que seas débil, Asha. Eres la Iskari. Mataste a ese dragón. Y a otros cientos de ellos antes.

Sin embargo, la quemadura no significaba que fuera débil..., al menos no en el sentido al que Safire se refería. Significaba que estaba corrompida.

Al ver que su prima había bajado la espada, lo que la hacía vulnerable, aprovechó la oportunidad para atacarla.

Los ojos de Safire destellaban al neutralizar los golpes como un relámpago.

El chasquido de la madera resonaba en los oídos de Asha conforme se movía en círculos y embestía una y otra vez las defensas de su prima,

intentando abrir una brecha por donde entrar. Pero Safire siempre le cerraba la puerta en las narices.

—Y, de todos modos, ¿a quién se lo iba a contar? —dijo esta, jadeando.

—A Dax, obviamente.

A su hermano le horrorizaría saber que iba por ahí contando las viejas historias, preservando aquello que había matado a su madre. Y aunque él y su padre no estaban, lo que se dice, en sintonía, su preocupación por ella le podría llevar a recurrir al rey.

Dax no podía enterarse. Nadie podía enterarse.

Por fin se abrió un hueco y no desaprovechó la oportunidad de asestarle a su prima una fuerte estocada.

Pero sólo consiguió recibir una rápida patada en la espinilla antes de que el hueco se cerrara de nuevo.

—¡Arggg! —Bajó el arma—. ¡Una sola vez! ¡Ojalá dejaras que te venciera una sola vez...!

—¿Ojalá? —Safire negó con la cabeza—. Ojalá yo supiera por qué los dragones están escupiendo fuego y por qué te empeñas en ocultarme cosas. —Dio un paso atrás y la examinó: Asha retrocedía, cojeando por el dolor de la espinilla—. Y también por qué el cabeza de chorlito de tu hermano se ha traído con él a esos baldíos. —Dejó caer la punta de la espada en los guijarros y se apoyó en ella—. Hablando de Dax, ¿qué opinas de su amiga? Esa tan callada.

—¿Roa? —Sin aliento, avistó el odre de agua que Safire se había llevado y fue a por él—. Jarek nos interrumpió antes de que pudiera formarme una opinión en toda regla.

Mientras ella jadeaba y se limpiaba el sudor de la frente, a su prima se la veía fresca como una rosa.

—¿Viste lo que llevaba?

Asha dio un largo trago y volvió a ponerle el tapón al odre.

—¿El cuchillo?

Roa era la única baldía que no portaba un arma en la cadera, pero había creído ver el bulto de una empuñadura atada al muslo derecho de la chica, oculta bajo su vestido.

—No. El colgante.

Asha no se había fijado en ningún colgante.

—Era un círculo de piedra. Parecía alabastro.

Frunció el ceño.

—¿Y?

—Parecía obra de Dax.

Aparte de su aspecto, esa era una de las cosas que Dax había heredado de su padre: el amor por el labrado. Cuando su madre aún vivía, el rey dragón tallaba todo tipo de cosas de hueso para ella: peines, cajas diminutas con joyas incrustadas, anillos... Y su hermano, para que su padre se sintiera orgulloso de él, había aprendido por su cuenta.

—¿A qué te refieres?

Safire se plantó delante de Asha y cogió el odre.

—Me refiero a que es interesante. Esa chica, Roa, es una de las hijas de la Casa del Canto. ¿No es esa la casa donde Dax solía pasar los veranos? Antes de...

Las palabras murieron en sus labios.

Pero Asha sabía lo que había estado a punto de decir.

«Antes de que tu madre muriera y los habitantes de las tierras baldías se rebelaran contra nosotros».

De niño, Dax era callado y curioso, pero le costaba aprender cosas nuevas, por lo que tardó más que ella en andar y en decir sus primeras palabras. Y cuando llegó la hora de leer y escribir, por mucho que lo intentó, no logró

hacerlo. Sus maestros no tuvieron paciencia con él y convencieron al rey de que a su hijo le ocurría algo. Le dijeron que no era inteligente y que las clases les parecían una pérdida de tiempo.

Así que su madre lo envió a casa de una amiga de la infancia, Desta, señora de la Casa del Canto. Durante años, Dax pasó los veranos en las tierras baldías, aprendiendo al lado de los hijos de Desta, cuyos maestros tenían más paciencia.

Pero entonces su madre murió. Se rompió la paz entre Firgaard y las tierras baldías, y la Casa del Canto se rebeló contra ellos. Dax dejó de ser un invitado de honor y se convirtió en un prisionero. Asha no conocía toda la historia porque su hermano se negaba a hablar de ello, pero sabía que era una herida que aún no había cicatrizado.

—Me refiero a que... —continuó Safire mientras echaba la cabeza hacia atrás para beber—, a que parecía —dio un trago y se secó las gotas que le bajaban por la barbilla— una muestra de afecto.

Aquellas palabras le golpearon como un desprendimiento de rocas del Rift.

—¿Dax? —se burló—. ¿Enamorado de una rebelde?

Safire hizo un gesto con las manos, como diciéndole: «Yo sólo te cuento lo que vi».

—Aunque le hubiera labrado ese colgante, ya sabes cómo es: coquetea con todas. Eso no significa nada. Y Roa parece... —regia, elegante, orgullosa— el tipo de chica que no toleraría eso.

—No es Roa quien me preocupa.

Asha frunció el ceño e intentó leer entre líneas.

Sí, era extraño que su hermano se hubiera traído a los rebeldes con él. No parecía algo que Dax pudiera manejar solo. ¿Y si estaba prendado de Roa? En ese caso, ¿y si Roa lo sabía y se aprovechaba de ello? ¿Y si estaba

utilizando su cariño para llegar hasta el rey?

El corazón se le oprimió ante aquel pensamiento. Porque, bajo toda esa ridícula bravuconería que mostraba su hermano, latía un corazón altruista, un corazón de oro.

La verdadera razón por la que se había peleado con el lugarteniente de Jarek no tenía nada que ver con que estuviera borracho. Lo había hecho porque aquel tipo había molido a golpes a Safire y la había dejado tan malherida que no pudo salir de la cama en tres días.

Puede que fuera un temerario, pero era un temerario que haría todo lo que estuviera en su mano por librar del dolor a sus seres queridos.

Miró a su prima.

—Necesito que lo vigiles. Quédate cerca de él y asegúrate de que no se mete en líos.

—Las dos podemos vigilarlo.

Pero ella no podía. Tenía que cazar a un dragón.

Se aproximó al borde de la azotea y se paseó por él mientras contemplaba el paisaje al otro lado de los muros de la ciudad: la cadena montañosa que se alzaba sobre ellos. La niebla matutina se concentraba en sus grietas grises y en sus verdes valles, mientras la luna roja se iba desdibujando en la parte más alta del cielo.

Quedaban seis días para que desapareciera por completo. Después de eso, Asha pertenecería a Jarek para siempre.

Ojalá dispusiera de más tiempo...

—Hay algo que tengo que hacer antes.

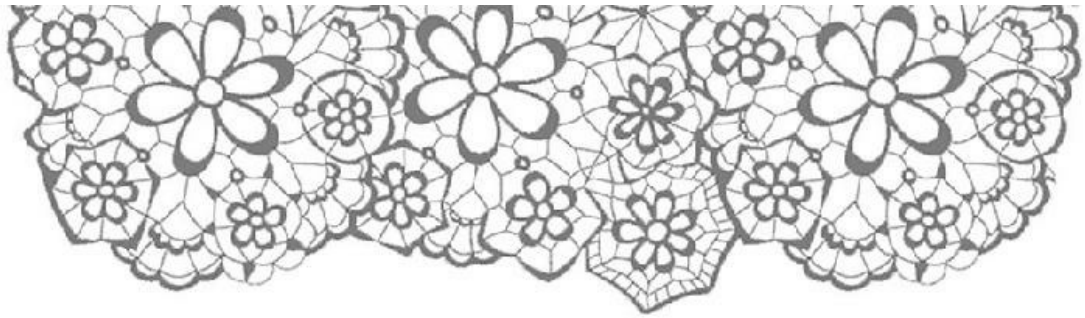
Se dio la vuelta y dejó atrás la panorámica. Luego recogió las espadas de madera. Sintió la mirada de su prima clavada en la espalda. En esta ocasión, Safire no verbalizó las preguntas que bullían en su interior.

Pero eso no significaba que no las oyera.

—En cuanto termine, te lo contaré todo —le aseguró—. Te lo prometo.

Sabía que le guardaría el secreto. Era más consciente de ello que de las viejas historias que guardaba en las entrañas. Pero, como el rey dragón se enterase de que Safire sabía que su hija estaba cometiendo actos delictivos, sería su fin. Asha no podía ponerla en una situación que requiriera un nuevo indulto del rey dragón... porque a este ya no le quedaban indultos para ella.

Cuanto menos supiera su prima, más segura estaría.



Una historia de advertencia

Había una vez una esclava llamada Lillian. Como todas las esclavas bien adiestradas, agachaba la cabeza y hacía lo que le ordenaban. Servía a la reina dragón con meticulosidad y paciencia; la vestía y la bañaba, le cepillaba su largo pelo y le rociaba el cuello con la mejor agua de rosas. Como todas las esclavas bien adiestradas, era invisible.

El segundo hijo de la reina dragón se llamaba Rayan. Como la mayoría de los jóvenes draksors de alto rango, sólo vestía las ropas más elegantes y bebía el vino de mejor calidad. Apostaba por los dragones más fieros en la palestra y domaba a los sementales más ingobernables. Como el atractivo hijo de una reina dragón que era, todas las mujeres se fijaban en él.

Un día, al volver antes de lo previsto de un viaje por el desierto, atravesó a zancadas el naranjal de su madre y se detuvo en seco. Alguien cantaba. Alguien con la voz de un ruiseñor.

Se quedó allí parado sin ser visto bajo los árboles en flor y permaneció

observando, embelesado ante la visión de una esclava descalza que giraba sobre sus talones y cuyo sencillo vestido daba vueltas a su alrededor mientras bailaba al son de su propia voz.

Día tras día, Rayan regresaba al naranjal a esperar a la esclava de su madre. Sólo con la intención de mirarla. No de que ella lo viera.

Pero Lillian lo vio. Dejó de bailar. Y de cantar.

Y huyó.

Rayan la persiguió para intentar explicarse: no había pretendido encontrarla aquel día bajo los naranjos ni había pretendido regresar todos los días desde entonces. Sólo le gustaba verla bailar, disfrutaba oyéndola cantar. Su mera visión era como un estanque sereno. Como un lugar tranquilo y relajante.

Lillian permaneció con la espalda apoyada en la pared, temblorosa y esquiva. Se negaba a mirarlo a la cara. Se arrodilló para implorarlo. Aquello lo confundió, pues él insistía en que se levantara.

Hasta que al fin lo entendió.

La joven pensaba que había ido a tomarla en contra de su voluntad. Igual que un semental toma a una yegua.

La idea le golpeó como un puñetazo.

Y esa vez fue él quien huyó.

Cuando Lillian alzó la mirada, se encontró sola. Se levantó del suelo de mármol del salón de su ama y buscó por todas partes al hijo de la reina dragón, pero no halló ni rastro de él.

A la mañana siguiente, se despertó junto a un ramo de flores de azahar — delicados pétalos blancos con forma de estrella— y una nota que decía: «Lo siento».

Volvió al naranjal y halló a Rayan esperándola de espaldas mientras contemplaba las oscuras ramas verdes suspendidas sobre él. En ese

momento, podía haberse marchado. Él nunca se habría enterado.

Pero no lo hizo.

Pronunció el nombre del segundo hijo de la reina dragón y este se giró. Su cara se transformó al verla, se iluminó. Cuando se detuvo frente a ella, Lillian no echó a correr; dejó que la mirase. Y, mientras lo hacía, ella alargó la mano para tocarle el pelo, la mejilla, la garganta.

Después de aquel día, sus miradas se cruzaban por los patios del palacio. En los pasillos oscuros y estrechos, sus manos se rozaban. Bajo el manto de la noche, en jardines secretos, rincones olvidados y terrazas escondidas, Lillian y Rayan se entregaban el uno al otro.

Al poco tiempo, un hijo creció en las entrañas de ella. Pero aquello estaba prohibido para una esclava de la reina.

Al verse traicionada por una amiga skral, Lillian acudió ante su ama y le pidió clemencia. Cuando Rayan se enteró, se hallaba fuera de la ciudad a lomos de su semental y acudió a galope tendido por sus callejuelas empedradas, atravesó corriendo los corredores del palacio e irrumpió en el salón del trono de su madre.

—La amo —confesó—. Quiero casarme con ella.

Tal vez se debiera a su juventud. O a la locura que provoca el amor.

Su madre se echó a reír.

Él intentó defenderse. Lo que sentía por Lillian no era un capricho, ni siquiera era amor... Era algo más. Amor era lo que se profesaban un hombre y una mujer. Pero el día que vio a Lillian en el naranjal, se sintió como debió de sentirse el Primer Namsara al posar los ojos en su hika: su compañera sagrada, su alma gemela, creada para él por el Viejo.

Lillian era su hika, le dijo a su madre.

Y esta le ordenó que se perdiera de vista.

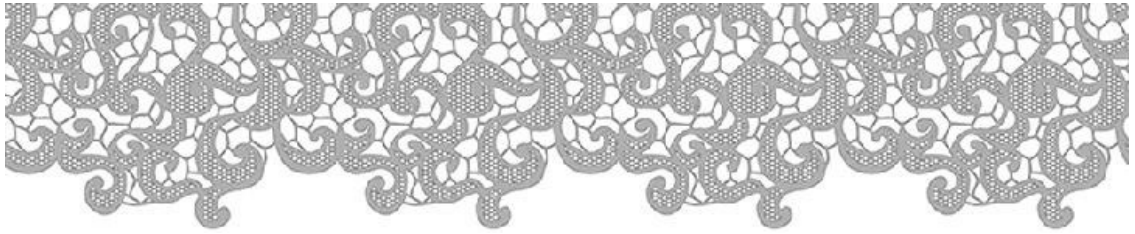
La reina dragón esperó a que diera a luz, pero no más. Arrastró a la

esclava hasta el centro de la ciudad y la quemó viva en público ante los ojos de su hijo, que, retenido por los soldados, fue incapaz de impedirlo.

Tres días más tarde, se quitó la vida. Dejaba atrás a una niña que lloraba. A una niña que llevaba el nombre que le había puesto su madre: Safire.

Tres días después de eso, encontraron a la reina muerta en su cama. Unos dicen que murió de vergüenza; otros, que lo hizo de pena. Lo que quiera que fuera lo que la matase no tiene importancia. Lo importante es lo siguiente:

El hijo de una reina dragón se atrevió a amar a una esclava y ello supuso un terrible final para ambos.



Siete

Asha tomó el camino más rápido hacia la puerta norte: a través del nuevo distrito, más allá del templo. Avanzaba deprisa por las estrechas callejuelas. Tras el ataque de *Kozu*, cuando aquel barrio ardió durante tres días seguidos, su padre ordenó que se reconstruyera, empresa que se prolongó durante casi seis años y supuso la mano de obra de miles de esclavos.

Mientras caminaba, se vio rodeada por un mar verde, el color de la renovación. Los esclavos habían pintado las paredes de ese color como tributo a los que habían perecido entre las llamas.

Las calles apenas sobrepasaban el ancho de una carreta tirada por un burro y, aunque no se encontraba ni mucho menos cerca del mercado más grande de la ciudad, los puestos de los mercaderes se apiñaban a lo largo de las paredes. Montañas de azafrán, anís y pimentón sobresalían de bastos sacos de lona. El olor acre del cuero emanaba de los puestos de sandalias. La seda sabra de vivos colores ondeaba mecida por la brisa.

Al final del todo, los blancos muros del templo se elevaban hacia el cielo azul. Casi había llegado hasta allí cuando una mujer se detuvo justo delante y

se dejó caer de rodillas, bloqueándole el paso. Llevaba el típico aro de hierro alrededor del cuello y, por el modo en que el hollín se acumulaba en las arrugas de su piel y en los bordes de sus uñas, dedujo que se trataba de una herrera.

—I-Iskari. —Agachó la cabeza. Las manos, callosas y ennegrecidas, le temblaban al tenderle un fardo largo de tela teñida—. S-son para vos.

Los esclavos que hacían recados para sus amos ralentizaron el paso a su alrededor y Asha sintió sus miradas escrutadoras; la herrera arrodillada en medio de la calle llamaba demasiado la atención.

—Levántate.

La mujer negó con la cabeza y alzó aún más las manos.

—Por favor, aceptadlas.

Asha desvió la mirada de su coronilla y la posó en la forma alargada del fardo de lino manchado de hollín y atado con un cordel. Una forma que le resultaba familiar. El pelo de la nuca se le erizó.

Cogió el fardo incluso con la mano quemada. En el instante en que comprobó su peso, supo exactamente lo que había en el interior.

—He trabajado toda la noche y he terminado al alba —dijo la herrera—. El Viejo en persona me indicó cómo forjarlas.

Asha se puso rígida. Miró las puertas y las azoteas de las casas que les rodeaban. Cuando sus ojos se topaban con algún curioso, este se retiraba detrás de cortinas verdeazuladas o amarillas, o tras celosías de madera.

Se pegó el paquete al pecho.

—¿Alguien te ha oído forjarlas?

La mujer continuaba con la vista clavada en los adoquines.

—Suelo trabajar por la noche, Iskari. Si me han oído, no les habrá extrañado.

—No le hables de esto a nadie.

Sin alzar la mirada, la herrera asintió. Asha la rodeó, la dejó atrás, arrodillada, y aferró con fuerza el fardo todo el camino hasta la puerta de la ciudad.

Los soldados no le pusieron trabas, pero oyó que murmuraban algo cuando abrieron el cerrojo de la pesada puerta de hierro.

¿Dónde estaban sus esclavos?, se habrían cuestionado. ¿No acababa de volver de una cacería?

La Iskari siempre cazaba con un séquito de esclavos. Ese día, sin embargo, iba sola y fuertemente armada, con su hacha a la cadera. Que pretendiera adentrarse en el Rift sola, apenas un día después de su regreso, levantaba sospechas.

Debieron de preguntarse adónde iba; aun así, no la detuvieron, porque se trataba de la Iskari.

No obstante, aquello no impediría que las noticias llegaran hasta Jarek.

«Que así sea. —Se endureció al recordar su imagen mientras se adentraba en la arboleda siguiendo los senderos de caza—. Cuando regrese con la cabeza de *Kozu*, no volveré a preocuparme por él».

Pese a ello, avanzaba deprisa, por si a alguien se le ocurría seguirla.

Aligeró el paso por la crujiente hierba de esparto mientras los cedros se quejaban y susurraban a su alrededor. Si iba a convocar a un dragón —si iba a convocar al dragón más peligroso de todos—, necesitaba poner la máxima tierra de por medio entre ella y la ciudad. Necesitaba enmendar los errores que había cometido, no repetirlos.

* * *

A última hora de la tarde, trepó a los peñascos blanqueados por el sol del bajo Rift y echó la vista atrás, hacia el lugar por el que había pasado, para

asegurarse de que los muros de la ciudad se hallaban lejos, empequeñecidos en la distancia. Dejó el fardo de la herrera en la roca que tenía ante ella, desató los cordeles y apartó la tela.

Ante su vista aparecieron dos espadas gemelas: negras como la noche, elegantes como lunas plateadas y con empuñaduras hechas de hueso con incrustaciones de hierro y oro. Había también un segundo fardo. Lo desenvolvió y encontró un cinto cruzado y unas vainas. Se ató el cinto alrededor de los hombros y envainó cada espada, primero una y después la otra, para que le quedaran cruzadas a la espalda.

Ahora venía la parte peligrosa. Sólo disponía de seis días para rastrear y dar caza a *Kozu*; no tenía tiempo que perder. Lo habían avistado en el Rift, así que, si contaba una vieja historia desde donde se encontraba, lo atraería.

Pero ¿cuál querría oír el dragón más viejo y malvado de todos? ¿Una sobre sí mismo? ¿Una sobre Elorma, el Primer Namsara?

Se alejó de los senderos de caza, se dirigió a los pinos y se abrió paso a hachazos por entre las enredaderas colgantes que se interponían en su camino. Mientras avanzaba, desenterró una historia de sus adentros. Un cubo extraído de un pozo lleno de veneno en lugar de agua.

Cuando abrió la boca para comenzar el relato, salió a trompicones de los árboles y llegó a un afloramiento rocoso.

Un esbelto dragón beis yacía enroscado sobre sí mismo, mimetizándose con el esquisto mientras absorbía el calor del sol. Más allá, el Rift se hundía en un valle frondoso atravesado por un río serpenteante.

Se quedó petrificada cuando el dragón giró la cabeza para mirarla. El hedor a humo que emanaba le dio de lleno en la cara. Apenas le habían despuntado los cuernos; se trataba de un adolescente. Y, a juzgar por su color tenue, era una hembra.

El animal emitió unos chasquidos de advertencia mientras se daba la

vuelta para quedar frente a ella. Los jóvenes eran más agresivos. Más propensos a luchar que a huir. Y aquel no era ninguna excepción.

Desplegó sus alas por completo, como un ave de presa que extiende su plumaje para parecer más grande y amenazador frente a un enemigo; una sombra se proyectó sobre Asha. La luz del sol se filtraba a través de las membranas traslúcidas y revelaba unos huesos interconectados que permitían que su enorme cuerpo volara.

Siseó.

Asha envolvió el mango de su hacha con los dedos. Cualquier otro día, toparse por casualidad con un dragón le habría entusiasmado.

Apretó los dientes. «Cuanto antes lo mate, antes convocaré a *Kozu*».

Se bajó de golpe la visera del yelmo y agarró con fuerza el hacha. Luego cambió de idea.

Volvió a meter el arma en el cinturón con la mano sana y sacó una de las espadas de las vainas. En cuanto la palma de la mano entró en contacto con la empuñadura, la sangre le bulló.

«Estas espadas sólo pueden utilizarse para enmendar errores»: una advertencia estruendosa resonó en su interior.

«Estoy enmendando uno», pensó.

Enarboló la espada sagrada, cegando al dragón con su destello, y a continuación lo embistió. La criatura se apartó culebreando de su camino y la rodeó; sus escamas susurraban al entrar en contacto con la roca. Asha apenas tuvo tiempo de agacharse y apartarse antes de que intentara azotarle la espalda con su cola dotada de pinchos. Ya había aprendido aquella lección: ten siempre a la vista la cola de un dragón.

Antes de que pudiera ponerse en pie, la bestia arremetió contra ella dispuesta a morderle con los colmillos llenos de veneno. Volvió a rodar por el suelo en el preciso instante en que el monstruo atacaba y fallaba por poco.

Rodó de nuevo, justo por debajo de la bestia, y se quedó con la espalda pegada al suelo rocoso y la cara frente a un vientre pálido como un huevo.

Entonces, le clavó la hoja.

Pasaron dos cosas: la primera fue que el dragón lanzó un chillido y batió sus finas alas en un intento por salir volando en desbandada; la segunda fue que a Asha le subió un dolor insoportable por el brazo y sus gritos se unieron a los del animal.

Soltó la empuñadura, lo que permitió que el dragón se liberase y se arrastrase hacia el borde del precipicio.

Se sentó. El brazo le colgaba lacio en el costado. Tenía la respiración entrecortada. El dolor se había desvanecido y una horrible sensación de entumecimiento lo había reemplazado.

No sentía el brazo. No podía doblar los dedos de la mano. Era como si la extremidad no existiera.

«Estas espadas sólo pueden utilizarse para enmendar errores».

Intentó mover el brazo de nuevo. Este siguió sin responder.

Elorma la había engañado.

Enfurecida, gritó a los cuatro vientos su odio hacia el Viejo.

—¡Embustero!

La palabra resonó en los peñascos hasta que el viento se la llevó.

Entonces desvió la vista hasta el borde del precipicio, donde la joven hembra de dragón yacía quieta y silenciosa. Tal vez no estuviera muerta. Tal vez sólo estuviera herida.

Tal vez aún pudiera enmendarlo.

—Por favor, vive —susurró mientras se acercaba. Pero cuando asió la empuñadura de la espada con la mano quemada y la sacó del cuerpo de la bestia, la sangre formó un charco alrededor de sus botas.

Se arrodilló ante la enorme cabeza, que descansaba en la roca con los ojos

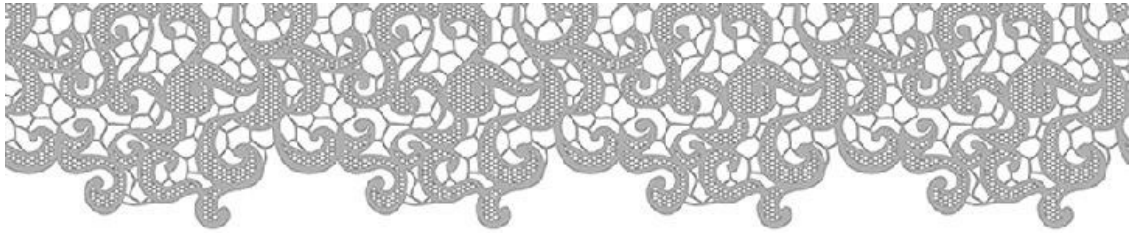
cerrados.

Tenía el brazo izquierdo inutilizado y la mano derecha quemada. ¿Cómo se suponía que iba a cazar a *Kozu* ahora?

La espada negra ensangrentada descansaba sobre sus rodillas. Quería lanzarla por el despeñadero.

Si el Viejo creía que podía detenerla con artimañas, es que la había subestimado. Era ella quien, a los diez años, había atraído al dragón más malvado de todos y había estado a punto de destruir toda una ciudad. Era ella quien contaba con más presas en su haber que ningún otro cazador.

Era peligrosa. Con ella no se jugaba. Porque, lisiada o no, iba a cazar a *Kozu* y a llevarle la cabeza a su padre. Iba a poner fin a las viejas tradiciones por siempre jamás, aunque fuera lo último que hiciera.



Ocho

—¿Vas a quedarte quieta?

Asha volvió a apoyar la cabeza en el frío yeso de la pared, obedeciendo a su prima. Tenía las rodillas encogidas y llevaba el brazo flácido en cabestrillo. A su regreso del Rift, había ido directa al cuarto de Safire, donde esta, vestida con una nueva capa, no había dudado en regañarla.

Aunque la habitación se encontraba en el ala de las estancias reales, era minúscula y deprimente. Las paredes de escayola estaban agrietadas y amarillentas; no tenía terraza y, a pesar de que las ventanas estaban desprovistas de cristales, por ellas apenas entraba luz. Antes de las revueltas, los esclavos de la reina dragón vivían y dormían allí. Ahora se los confinaba en el foso cada noche, se los encerraba bajo llave y se les ponía un centinela.

—Me gustaría que me contaras cómo te has hecho eso.

Las cejas de Safire se acercaron entre sí mientras miraba con cara de extrañeza el brazo flácido de su prima. Intentaba almohadillarle la mano quemada con más vendas para ver si podía valerse de ella aunque fuera un poco. Asha observaba cómo doblaba el lino y luego se lo enrollaba alrededor

de la mano. Se acordó de los viejos tiempos, cuando se escondían bajo las madre selvas del jardín y veían cómo su niñera la llamaba desesperada, mientras se reían por lo bajo apretujadas la una contra la otra. De las noches que habían pasado juntas en la azotea, bautizando estrellas.

Todo eso fue antes de que la madre de Asha muriera. Su madre había sido más permisiva respecto a las leyes que imperaban sobre aquellos con sangre skral.

—Ya está —dijo Safire, atándole la venda—. ¿Qué tal?

La mano de Asha se había convertido en un bulto blanco; la venda se la había tragado por completo. La alargó para alcanzar el hacha, que yacía en el suelo. La piel le dolió al recogerla, aunque pudo soportarlo. No lograría sostenerla durante mucho rato, o al menos no como debía, pero mejor eso que nada.

Estaba a punto de darle las gracias a su prima cuando unos fuertes golpes en la puerta la interrumpieron.

—¡Saf!

Al oír la voz de pánico de Dax, las dos levantaron la vista.

Safire se puso en pie de un salto y atravesó la habitación.

Cuando la puerta se abrió, el joven entró tambaleándose con aspecto demacrado y enfermizo. El sudor le empapaba los rizos de las sienes, haciendo que le brillase la piel, y la parte delantera de la túnica dorada estaba manchada de sangre.

No hizo falta nada más para que Asha supiera en el acto a quién le recordaba.

«A madre».

En los días previos a su muerte, a su madre se le notaban los huesos y sus ojos eran dos huecos oscuros. Recordaba perfectamente el sonido de su tos en mitad de la noche. La sangre que le salía al final...

Tazas enteras de sangre.

Se puso de pie: una tarea difícil teniendo en cuenta la mano quemada y el brazo en cabestrillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Safire—. ¿Estás herido?

—He cometido un tremendo error.

Sus ojos estaban vacíos. Embrujados.

Al ver cómo lo miraba Asha, bajó la vista hasta la sangre de su camisa.

—No es mía.

Entonces se fijó en el cabestrillo y en la mano vendada.

Antes de que pudiera preguntarle por ellos, Safire se le adelantó: —¿Qué ha ocurrido?

Él miró a su hermana.

—Necesito tu ayuda.

¿Habían hecho algo los rebeldes? ¿Lo habían herido?

Asha se levantó del todo, dispuesta a arremeter contra quienquiera que fuese el culpable.

—Se trata de Torwin.

Aquel nombre no le sonaba de nada.

—¿De quién?

—Del esclavo de Jarek —explicó Safire.

Entonces se acordó de él. De esos ojos penetrantes. De esas pecas como estrellas. De esos dedos que punteaban las cuerdas del laúd.

«Torwin».

—Creí que podría impedirlo. —Dax se pasó las manos por la nuca y las entrelazó con fuerza—. Ya sabes cómo es Jarek. En cuanto le demuestras que algo te importa...

—Le hace daño —remató Asha.

Su hermano dejó caer los brazos a los lados y se acercó a ella.

—Necesito que lo ayudes.

Asha meneó la cabeza con incredulidad.

—Eres el heredero al trono, Dax. No tienes que hacer nada por él. Es un esclavo.

Safire la miró.

—¿Qué? —Confrontó la mirada de su prima. Allí, con Dax, estaba a salvo—. Tú no eres una esclava, Saf.

Si Dax tenía una debilidad, era aquella. Peor que la imprudencia de sus peleas, sus galanteos y su afición por el juego: no pensaba como un rey; pensaba como un... héroe. Era demasiado amable. Demasiado bueno. Demasiado blando por dentro. Y eso le pasaría factura.

—Asha. —Su hermano dio un paso hacia ella—. Te lo ruego.

«Los reyes no ruegan».

—Si yo le pido a Jarek que le perdone la vida a Torwin, seguro que lo matará. Pero si se lo pides tú...

—¿De verdad me estás pidiendo que libre a un peligroso skral del castigo que merece?

Asha examinó a su hermano. Dax había pasado los últimos meses en las tierras baldías, comiendo y bebiendo con fanáticos religiosos que se negaban a tener esclavos.

¿Y si en vez de convencer a sus habitantes eran ellos los que lo habían convencido a él?

—Él no... —Dax negó con la cabeza y apretó las manos. Luego las relajó. Parecía que quisiera agarrarla por los hombros y darle una sacudida—. Lo están castigando por ti, Asha. Porque te tocó delante de Jarek. Delante de todo el mundo. —Inspiró, y las aletas de la nariz se le hincharon con elegancia—. Si no te hubiera cogido, te habrías hecho daño.

—Hizo algo más que cogerme —gruñó al acordarse del modo en que

había alzado sus ojos acerados hacia ella. «Un baile —le había exigido—. En el lugar y momento que yo elija».

—Mañana irá a la palestra y no saldrá vivo —señaló Dax. Como si que un esclavo muriera en la palestra fuera a despertar su compasión. Los esclavos morían en la palestra a cada instante.

Asha negó con la cabeza.

—Ese es el sitio que les corresponde a los delincuentes.

Pero, en cuanto lo dijo, se acordó del latido de un corazón martilleando contra su mejilla. Se acordó de lo que se sentía al ser estrechada por unos brazos fuertes.

Habían pasado ocho años desde que había oído latir el corazón de alguien por última vez. Ocho años desde que alguien la había sostenido con tanta delicadeza y cuidado.

—No te cuesta nada, Asha.

Odiaba que Dax la mirara así. Como si su mera existencia lo decepcionara. Como si acabara de darse cuenta de que era un monstruo.

Le recordaba a una historia de dos hermanos: uno formado por cielo y espíritu, y el otro por luz de luna y sangre.

«Allí donde Namsara llevaba risas y amor —recordó—, Iskari llevaba destrucción y muerte».

Safire se puso al lado de su hermano.

—Estoy de acuerdo con él.

Asha fulminó a su prima con la mirada, sintiéndose traicionada.

—Jarek es el comandante —apuntó—. Está obligado a cumplir la ley, y el esclavo es de su propiedad. —Pensó en las manos del skral y en el esmero con que le habían vendado la quemadura, pero se apresuró a apartar el recuerdo de su mente—. No puedo hacer nada.

—¡Qué tontería! —exclamó Dax—. Al menos puedes intentarlo.

Ella lo miró enfurruñada.

—Por favor, Asha. ¿Cuánto más quieres que te siga suplicando?

La última vez que recordaba que su hermano hubiera suplicado fue cuando, de niños, ella le robó a Jarek su espada favorita y la tiró a la cloaca. Antes de que este le diera su merecido, Dax asumió la culpa y Jarek lo obligó a suplicar clemencia. Mientras lo inmovilizaba en el suelo haciéndole daño, ella contemplaba la escena con lágrimas en los ojos, pero sin la valentía necesaria para confesar su falta.

Dax debió de percatarse de que la estaba ablandando, porque continuó:

—Tú eres su debilidad, Asha. Aprovechate de ello. Cautívalo. Sedúcelo. Haz lo que..., lo que cualquier otra chica haría para conseguir lo que quiere.

Ante esas palabras, Safire se apartó horrorizada.

Asha hizo una mueca de repugnancia. El mero pensamiento de seducir a Jarek le revolvió el estómago.

—O... no —rectificó su hermano al ver cómo ambas lo miraban.

—No tengo tiempo para esto —objetó Asha al pensar en la luna roja menguante. Tenía que cazar a un dragón y sólo le quedaban seis días para hacerlo. Tenía que volver al Rift.

Adelantó a su hermano y se dirigió a la salida.

—Espera...

No lo hizo.

—¿Y si te doy esto?

Asha se detuvo ante la puerta del cuarto de Safire. La madera se hallaba carcomiendo y el picaporte de latón estaba deslustrado por el uso. Si alguien quisiera hacerle daño a su prima, no le costaría nada irrumpir en su habitación; había que reemplazarla.

—Pertenece a nuestra madre.

Se volvió mientras Dax se sacaba algo de su dedo esquelético y se lo

tendía: un anillo labrado en hueso reposaba en su palma. Pero no fue el anillo lo primero que le llamó la atención, sino los callos de sus dedos, los mismos que había visto en los dedos del esclavo de Jarek.

—Padre lo hizo para ella.

Los celos le hincaron las garras en el corazón. Las pertenencias de su madre se habían quemado después de su muerte. ¿Por qué esa no? ¿Por qué Dax se había hecho con ella?

—Padre me lo dio justo antes de que me marchara a las tierras baldías. — Su hermano se le acercó—. Si sacas a Torwin de esta, te lo regalaré.

Se acordó de su madre, moribunda en la cama. Envenenada por las viejas historias.

No tenía nada de ella. ¿Por qué su padre le había dado el anillo a él?

«Porque yo no me lo merezco. Porque, si no fuera por mí, ella nunca habría contado las viejas historias en alto. Porque, si no fuera por mí, ella seguiría viva».

Puede que no mereciera el anillo de su madre, pero lo quería.

Y aunque nunca lo admitiría, aunque ni siquiera lo entendía, quería algo más: que cierto corazón siguiera latiendo.

—Bueno.

Dax le dedicó una de sus radiantes sonrisas, pero no hizo que se sintiera mejor. Sólo acentuó la delgadez de su cara y puso en evidencia el peso que había perdido.

«¿Qué le habrá ocurrido en las tierras baldías?», se preguntó.

Desterró la pregunta y fue a abrir la puerta.

Safire hizo ademán de seguirla, pero Asha le lanzó una mirada de advertencia. No pensaba llevarse a su prima con ella a mendigar por la vida de un esclavo insubordinado. Si iba a impedir una condena legítima, lo haría sin que su prima estuviera presente. No pensaba recordarle a Jarek cuál era la

manera más efectiva de castigarla por llevarle la contraria.

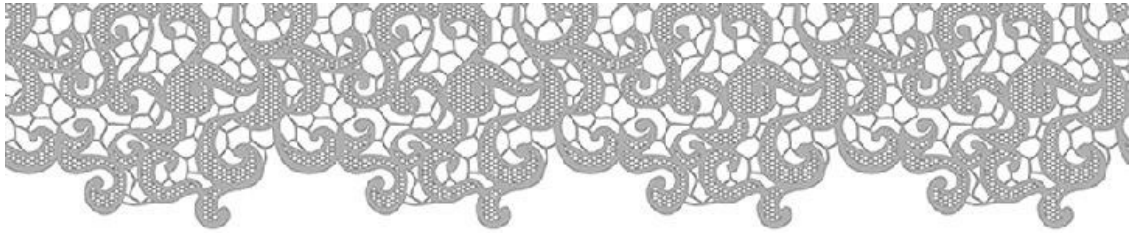
Justo antes de que pusiera un pie en el pasillo escasamente iluminado, donde las antorchas arrojaban sombras fantasmales en las paredes, oyó que su hermano inquiría:

—¿Qué le ha pasado en el brazo?

Y que Safire contestaba:

—No quiere contármelo.

Después, les cerró la puerta en las narices.



Nueve

La puerta delantera de la casa de Jarek se abrió al primer toque. Una esclava de pelo gris consumida por la edad apareció encorvada en el umbral con las oscuras mejillas surcadas por las lágrimas.

La presencia de una skral sobresaltó a Asha. La ley dictaba que todos los esclavos debían estar en el foso tras la puesta del sol.

—Necesito ver al comandante —dijo, abriendo la puerta de un empujón para luego adentrarse en un pasillo turquesa que olía a agua de rosas. Unas alfombras finamente tejidas amortiguaban sus pasos.

Un grito de enfado resonó por los pasillos, seguido por un sonido inconfundible: el nítido restallido de un *shaxa*, un trozo de sogá anudada con esquirlas de hueso. Asha oía que golpeaba y desgarraba, una y otra vez, la espalda de alguien.

La anciana esclava gimoteó. La Iskari franqueó unas puertas de cedro de intrincadas tallas con incrustaciones de marfil y metal, y dejó atrás una habitación tras otra hasta que llegó al pequeño patio en el corazón de la casa del comandante, donde se vio envuelta por el embriagador aroma de la dama

de noche.

Y entonces vio al esclavo.

Estaba desplomado en la pila poco profunda de la fuente. Los farolillos que colgaban en las galerías lo sumían en la sombra, pero se podía ver que tenía las manos atadas al surtidor y que la sangre le chorreaba por la espalda y se mezclaba con el agua de la pila, tiñéndola de rosa.

Jarek se interpuso en su campo de visión, tapando al esclavo. Se había quitado la túnica, mostrando una espalda brillante por el sudor y unos músculos que se le crispaban mientras rondaba a su propiedad.

—Muy bien, skral. —Arrastraba las palabras—. ¿Mereció la pena?

Asha dio un paso atrás y pegó la espalda a la pared; el corazón le golpeteaba en el pecho.

Puede que fuera la Iskari. Puede que cazase dragones y trajera sus cabezas, pero Jarek comandaba el ejército de su padre. Contaba con la lealtad de todos y cada uno de los soldados de la ciudad. Y, por razones que no había sido capaz de dilucidar, nunca le había tenido miedo.

Podía dar media vuelta y marcharse. No tenía por qué hacer aquello. Después de todo, era culpa del esclavo. No debería haberla tocado.

—Por favor, Iskari. —Esas palabras partieron sus pensamientos como un hacha. Abrió los ojos y descubrió que la anciana se retorció las manos arrugadas y salpicadas de manchas. Tenía el pelo recogido en una gruesa trenza. Su rostro, angustiado y con forma de corazón, le suplicaba—: Por favor, ayudadlo.

Se oyó un restallido, al que siguió un bajo gruñido. Asha se atrevió a echar otro vistazo alrededor de la esquina. Uno de los divanes de Jarek estaba roto, con una pata arrancada junto a las daturas púrpuras, cuyos pétalos se abrían con la luz de la luna. «Cautívalo —había sugerido Dax—. Sedúcelo». Pero ella no sabía hacer esas cosas. Era una cazadora. Lo sabía todo sobre matar,

pero nada sobre la seducción.

Se acordó del modo en que el esclavo la había tocado en la enfermería. El modo en que la había cogido en el patio de su padre, sosteniéndola con cuidado contra él. Como si no tuviera miedo.

Y se avergonzó. Si él no tenía miedo —de ella, de la ley, de que su propio amo lo azotara hasta dejarlo a las puertas de la Muerte—, ¿cómo podía tenerlo ella? Ella era la Iskari.

Jarek escupió. Seguía dándole la espalda. Recogió el *shaxa* y se preparó para otra ronda de latigazos. Cuanto más esperase, más se iría disipando la vida del esclavo.

El *shaxa* restalló en el aire y desgarró la carne. Aquel sonido atroz resonó en todo el patio y traspasó a Asha, que cerró los ojos con fuerza. Como tenía el brazo izquierdo inutilizado y en cabestrillo, desenfundó una de sus espadas con la mano quemada, si bien vendada, y esta se estremeció de dolor. Apretó los dientes y aguantó.

La siguiente vez que Jarek lanzó el látigo hacia atrás, se adentró en el patio y lo interceptó con la espada. Cuando el comandante fue a dar otro golpe, la soga se enganchó y Asha la mantuvo tirante a pesar del dolor.

Jarek dio un traspie. Se giró de inmediato y bizqueó para enfocar la vista, nublada por el alcohol. Tenía la cara contorsionada por la rabia y le brillaba por el sudor.

—¿Quién anda ahí?

La pileta de la fuente se estaba llenando de sangre; el sonido cantarín del agua que caía en cascada parecía fuera de lugar.

—Ya basta —dijo ella con más valor del que sentía—. Voy a soltarlo.

El rostro de Jarek se ensombreció.

—Estoy en mi derecho.

Tiró del *shaxa* para recuperarlo, pero este no se movió.

—Vas a matarlo.

Ante el temblor de su voz, un temblor que no pudo controlar, los rasgos de su prometido adquirieron una calma gélida.

—¿Desde cuándo te preocupa el bienestar de mis esclavos, Asha? —Desvió la mirada de ella al skral y viceversa con la boca torcida—. ¿Crees que olvido lo que corre por las venas de tu familia?

Tardó unos instantes en caer en la cuenta de lo que quería decir.

Rayan. Su tío. El draksor que se enamoró de una skral.

—¿Es esto lo que me espera cuando estemos casados? —El comandante trastabilló un poco, pero logró afianzarse contra el tronco de un limonero—. ¿Que mi esposa intime con esclavos en mi propia casa?

Asha intentó sonar calmada:

—Eso es lo más estúpido que te oído decir jamás.

Él observó al esclavo moribundo.

—Es repugnante. —Acto seguido, abandonó el *shaxa*, desenfundó una daga de doble filo y se dirigió hacia la fuente—. No lo toleraré.

El pánico prendió en el interior de Asha, que tiró la espada envuelta con el *shaxa* y desenvainó la otra, haciendo que la mano quemada le diera otra punzada. La aferró bien y se encaminó hacia la fuente. La sobriedad y la rapidez le permitieron llegar primero.

Se giró para encararse a Jarek y levantó la espada, manteniéndose entre él y su esclavo.

Puede que el comandante estuviera borracho, pero era mucho más alto y fuerte que ella, que apenas contaba con un brazo útil.

De modo que, cuando él embistió, hizo lo único que se le ocurrió: le golpeó la sien lo más fuerte que pudo con la empuñadura de su arma.

Luego cayó hacia atrás con tanta fuerza que el aire abandonó sus pulmones. Jarek, inconsciente por el golpe, la mantenía anclada al suelo. Era

todo músculo y peso. Una losa que la aplastaba.

Permaneció debajo de él, con un lado de la cara apretado contra las frías baldosas y el otro contra la piel caliente y sudorosa de su pecho. Cuando consiguió volver a enfocar la vista, trató de respirar, pero le resultó imposible.

«Me está asfixiando...».

Pataleó y se sacudió en un intento por quitárselo de encima. Su espada quedaba a sólo unos pasos de distancia, pero seguía completamente fuera de su alcance.

Los pulmones le ardían. La vista se le nubló. Mientras boqueaba para coger aire en vano, se revolvió aún más, empujando con las piernas y las caderas en un último arranque de fuerza. Antes de que la estancia se sumiera en la oscuridad, unas manos la alcanzaron. Unas manos nudosas y con manchas provocadas por la edad que trataron de sacarla a rastras y, como eso no funcionó, la libraron de Jarek haciéndolo rodar con una fuerza asombrosa. El aire entró en tromba en sus pulmones. Boqueó y se lo tragó como si fuera agua, dejando que la llenara.

El comandante yacía en el suelo hecho un amasijo de miembros. La sangre le enmarañaba el pelo que le rodeaba la sien, pero su corazón seguía latiendo; le notaba el pulso en la base de la garganta. No tenía ni idea de lo grave que era la herida ni del tiempo que estaría inconsciente, así que se puso en pie, recuperó las espadas, las enfundó y, tras recoger la daga de Jarek del suelo, se dirigió a toda prisa a la pileta, donde el esclavo seguía desplomado.

Chapoteó en el agua ensangrentada y serró la cuerda con la que tenía las manos atadas. Cuando esta se rompió, el esclavo se derrumbó.

Asha tiró la daga, que se hundió en la pila con un plof. Después, se acuclilló para ayudarlo, tratando de agarrarle el brazo y pasárselo por el hombro, aunque con una única mano era demasiado difícil.

—Necesito que me ayudes.

Él alzó la mirada hasta su cara, pero no contestó. Cerró los ojos despacio, como si se estuviera desmayando.

—No. Quédate conmigo.

El joven abrió de nuevo los ojos, pero estos no lograban enfocar.

—¿Iskari? —Tenía los labios resecos y agrietados—. ¿Estoy soñando?

—Rodéame el hombro con el brazo.

Lo hizo.

—Ahora sujétate bien y levántate.

No esperó su respuesta, sino que lo envolvió con el brazo bueno y lo ayudó a levantarse. Atravesaron la pileta ensangrentada a duras penas y, cuando Asha intentó que bajara el bordillo, estuvo a punto de caerse. Ella lo sujetó con firmeza por la cintura, pese al intenso dolor que sentía en la mano quemada.

—Mira —le dijo entre dientes—, si quieres salir vivo de aquí, tienes que andar.

El esclavo asintió. El aire se le coló por entre los labios al tomar una honda bocanada para coger fuerzas. Descargaba todo su peso en ella y se tensaba a cada paso, inspirando profundamente con los dientes apretados.

Necesitaban salir de allí antes de que Jarek recuperara la consciencia. Y, además, estaba amaneciendo. Una vez que el sol saliera, no podría recorrer las calles de la ciudad cargando con el esclavo medio muerto de su prometido. La gente lo vería. Y hablaría.

Tenía que actuar deprisa.

La anciana apareció con uno de los mantos con capucha de Jarek, uno carmesí. Se lo echó a su compañero por la cabeza y por los hombros, y le amarró las borlas alrededor de la garganta.

—¿Adónde lo llevaréis, Iskari?

Asha no lo sabía. No podía ocultarlo en el palacio ni podía llevarlo al foso, que ahora estaba cerrado con llave y atestado de soldados. Mientras avanzaban con sumo cuidado por el pasillo hacia la puerta principal, intentó pensar en un lugar seguro. Un lugar donde a nadie se le ocurriera buscarlo.

Pensó en sus propios secretos. En los lugares que los escondían.

Estaba el Rift, pero quedaba demasiado lejos. Y no tenía intención de añadir la liberación de un esclavo a su lista de delitos.

—El templo —murmuró el chico.

Asha lo miró.

El templo llevaba años siendo hostil al rey dragón, pero dudaba que sus guardianas llegaran tan lejos como para dar asilo a un esclavo fugitivo.

—Iskari —susurró con la respiración entrecortada—. Confiad en mí.

No tenía ningún motivo para confiar en él, salvo por el hecho de que el joven tenía más interés en continuar con vida del que ella hubiera deseado. Así que hizo lo que le sugería.

Lo cargó hasta la silenciosa calle; el olor salobre de su sudor se mezclaba con el hedor intenso de su sangre. Cuanto antes lo pusiera a salvo, antes podría decirle a su hermano que había hecho lo que le había pedido, recoger el anillo de su madre y dedicarse a cazar a *Kozu*.

Se concentró en esa idea mientras lo llevaba a rastras al templo blanco perla que se alzaba en medio de la penumbra.

* * *

En su día, el templo era el edificio más alto de la ciudad y estaba construido en la ladera escarpada de la montaña, pero el palacio hacía tiempo que lo había sobrepasado. Lo que una vez había sido el centro del poder de Firgaard había quedado reducido a una concha vacía. A una reliquia obsoleta.

Empezó a llover por el camino. Si Asha hubiera creído en las plegarias, debería haber elevado una al cielo: la lluvia lavaba el reguero de sangre que iban dejando.

Justo entonces comenzó a sentir un hormigueo en el brazo paralizado, como si alguien le hubiera clavado cientos de agujas. Para cuando llegaron al templo, habría jurado que era capaz de mover un poco los dedos.

Se acordó de sus espadas amarradas a la espalda.

«Sólo pueden utilizarse para enmendar errores».

Asha escrutó al esclavo que se aferraba a ella. Bajo la capucha del manto, tenía la mandíbula apretada y la frente arrugada. El dolor le nublabla la vista.

Al verlo debatirse por mantenerse erguido, por continuar caminando, pensó que tal vez su propio argumento no tenía sentido. Sí, había quebrantado la ley. Sí, había tocado a la hija del rey dragón. Pero lo había hecho para evitar que se hiciera daño. De no haber actuado, ¿no habría sufrido un castigo igual de duro? ¿No era mejor que la hubiera socorrido?

—No te preocupes. —Lo asió con más fuerza—. No voy a dejar que te caigas.

El chico la miró, se relajó y la arruga de la frente se suavizó.

No había ningún soldado montando guardia en los muros exteriores del templo, con su pintura blanca desconchada y sus frisos descoloridos y desmoronados. Las calles que lo bordeaban estaban vacías y en silencio.

Asha ayudó al esclavo a subir hasta la arcada principal. Incrustado en las puertas de madera de cedro se hallaba el símbolo del Viejo: un dragón moldeado en hierro a excepción de su corazón, cuyo cristal rojo sangre imitaba una llama.

Con una mano en cabestrillo y la otra ocupada, no podía llamar a la puerta. Así que gritó. Y como no acudió nadie, gritó más fuerte. El esfuerzo consumió las pocas fuerzas que le quedaban y que se habían visto mermadas

por el peso de su carga.

Por fin, las puertas se abrieron y una figura encapuchada que portaba una vela asomó por el vano; una mujer con una túnica carmesí. A la luz de la vela, Asha no pudo distinguir su cara, pero la túnica la identificaba como una guardiana del templo, una de las varias mujeres encargadas de llevar a cabo los rituales sagrados: uniones, incineraciones y nacimientos.

Cuando la guardiana se dio cuenta de quién estaba en el umbral, dio un rápido paso atrás.

—Iskari...

—Una vez este templo ofrecía asilo —dijo Asha, que empezaba a flaquear—. Por favor. Lo necesita.

La mujer los miró por turnos, tratando de decidir qué hacer. Justo antes de que Asha se derrumbara, tomó una decisión: se colocó debajo del otro brazo del esclavo, cargó casi con todo el peso y los condujo al interior.

La gigantesca puerta se cerró tras ellos con un golpe sordo.

Dentro olía a enlucido viejo y desmoronado. En las hornacinas de las paredes, unas velas encendidas arrojaban largas sombras por los pasillos oscuros, y las pisadas de Asha y de la guardiana resonaban mientras ayudaban al unísono al esclavo a adentrarse más en el templo.

—Por aquí —les indicó.

Los condujo por varias arcadas y pasillos, y luego subió un estrecho tramo de desgastadas escaleras.

Arriba había una puerta pequeña y lisa hecha de cedro en cuya superficie de madera habían tallado una flor de siete pétalos. Una namsara, la antigua marca de los lugares de sanación, sobre todo de las enfermerías.

La guardiana abrió la puerta con una llave. La sala estaba sumida en la oscuridad, pero la mujer se movía con facilidad; el tenue parpadeo de su vela siempre iba un poco por delante. Bajó al esclavo hasta que lo sentó en algo

blando y llano.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó mientras colocaba la palmatoria de metal junto al camastro. Le desató las borlas del manto. El chico gritó angustiado cuando le retiró con cuidado el tejido de lana de la espalda lacerada.

—El comandante —respondió Asha derrumbándose en el suelo.

La mujer examinó sus heridas: la sangre manaba y goteaba; el sudor le caía por la cara mientras se aferraba a un lateral del camastro, temblando de dolor. Tenía los brazos y el pecho desnudos y manchados de sangre.

—Me llamo Maya —se presentó, y se retiró la capucha, revelando unos pómulos prominentes y unos ojos grandes y brillantes—. Voy a hervir un poco de agua y a traer un ungüento desinfectante. Vuelvo enseguida.

En su ausencia, el joven clavó la mirada en Asha. La contemplaba sin pestañear. Como si la visión de la Iskari fuera lo único que evitaba que cayera en la inconsciencia.

¿Qué sentido tenía ya decirle que apartase los ojos?

—¿Por qué? —La pregunta raspó sus labios agrietados.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Por qué lo habéis hecho?

Asha recordó que Dax le había ofrecido el anillo de su madre.

—Mi hermano me lo pidió.

El esclavo arrugó la frente.

—Vos nunca hacéis lo que vuestro hermano os pide.

Asha abrió ligeramente la boca. «¿Cómo sabe eso?».

Él se echó hacia delante. Por cómo parpadeaba y entornaba los ojos, sabía que se le estaba nublando la vista.

—¿Cuál es el verdadero motivo?

Ella lo miró.

—Te lo acabo de decir.

Los ojos del joven se posaron en su brazo.

Asha desvió la vista hasta donde él la había fijado: en su cabestrillo. Trató de flexionar los dedos que, para su sorpresa, hicieron lo que les pedía, aunque a duras penas. Mientras él la observaba, se desató el vendaje. El brazo le cayó a plomo en el regazo, pero, si se concentraba, era capaz de mover la mano poco a poco.

La puerta se abrió con un chirrido. El esclavo se enderezó, pasando su atención de la Iskari sentada en el suelo junto a su camastro a Maya, que traía un cuenco de agua y vendas limpias colocadas sobre el brazo.

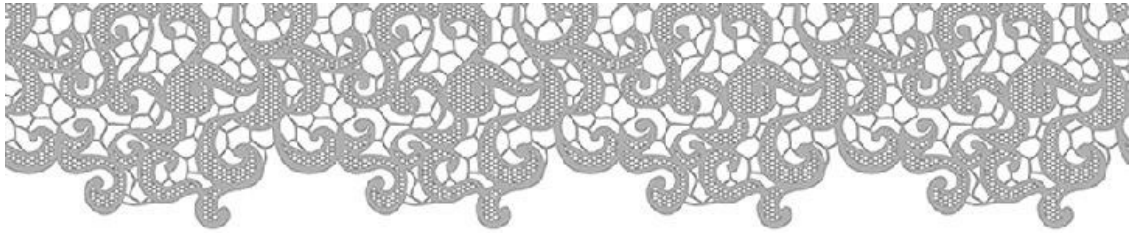
Asha pretendía marcharse. Volver al palacio.

No debería estar allí.

Pero sentía que el cuerpo le pesaba como una piedra y la idea de levantarse la superaba.

De manera que, mientras la guardiana lavaba y curaba las heridas del skral, se acurrucó en el suelo, a los pies del camastro, con el brazo flácido pegado al pecho. Sólo pretendía descansar.

No quedarse dormida.



Diez

—Iskari, es casi mediodía.

Asha abrió los ojos y vio a Maya cernida sobre ella. Se había retirado la capucha y la luz de un farol le iluminaba las suaves líneas del rostro.

Su cuerpo gruñó en señal de protesta. Estaba cansada y dolorida, y le costó un gran esfuerzo erguirse hasta quedarse sentada. Primero lo intentó con la mano quemada, y el dolor hizo que se desvelara por completo. Sin pensarlo, hizo otra intentona con la mano paralizada.

Se quedó estupefacta. Ya sentada, se llevó la mano a la cara y flexionó los dedos uno a uno. Ya no tenía el brazo dormido. Ni flácido.

Pero no disponía de tiempo para maravillarse, tenía una preocupación más acuciante: su ropa estaba cubierta de sangre seca. No podía marcharse del templo así. No a plena luz del día.

—Hay un manantial donde las guardianas se bañan —sugirió Maya, que portaba un fardo azul debajo del brazo—. Os he traído un caftán limpio.

—¿Por qué me estás ayudando? —quiso saber, y se levantó—. Irrumpí en la casa de mi prometido, desenfundé un arma contra él y le robé algo de su

propiedad. Eso me convierte en una delincuente.

—Como dijisteis —la mujer sonrió un poco—, este templo es un lugar de asilo.

Asha contempló al esclavo, que yacía en el camastro, profundamente dormido, y cuyo torso desnudo estaba envuelto en vendas de lino caladas de sangre. Detrás de él se elevaban estantes llenos de pergaminos cuyas asas de madera labrada sobresalían.

Se acordó de que Maya había echado la llave. De lo mucho que se habían adentrado en el templo hasta llegar a esa habitación. ¿Qué había en esos rollos para que hubiera que protegerlos con tanto celo?

—Tenéis que lavaros y marcharos. Toda la ciudad está reunida en la palestra.

—¿Hay algún combate previsto?

La guardiana asintió.

Su hermano estaría allí. Tenía que decirle que había hecho lo que le había pedido. Después, por fin, podría volver a salir a cazar a *Kozu*.

Cogió el fardo azul.

—Llévame a ese manantial.

En el otro extremo de la ciudad, cerca de la puerta sur, se asentaba la palestra. Sus muros, construidos durante el reinado de su abuela, se erguían como dientes rotos. La entrada principal se abría como unas fauces y, como era habitual, había draksors protestando por los combates. Tan sólo unos meses atrás, una de aquellas protestas se les había ido de las manos; los soldados no pudieron controlarla y hubo que cancelar el combate.

En ese momento, los manifestantes arrojaban piedras a los soldados y les gritaban a los asistentes en la cara. Cuando Asha llegó, más de la mitad habían sido arrestados. Uno de ellos la acribilló con la mirada mientras un

soldado se lo llevaba a rastras.

Aquellos draksors, aquellos que creían que los skrals debían ser libres, montarían en cólera si se enterasen de que iba a cazar a *Kozu* y a entregárselo a su padre. Creían que había que reinstaurar las viejas costumbres, no censurarlas. No eran mejores que los baldíos.

Pero todo el mundo sabía lo que ocurriría si los skrals fueran libres: se rebelarían contra sus antiguos amos y terminarían lo que habían empezado durante el reinado de su abuela. Se apoderarían de Firgaard.

Esos draksors eran estúpidos si pensaban que no iba a ser así.

En el interior de la palestra, Asha llamaba la atención por ir vestida como una rebelde, con aquel sencillo caftán azul pasadísimo de moda y sin ningún bordado ni abalorio. Pese a todo, peor que el caftán era el hecho de que no llevara su armadura y sus espadas. Se había dejado las armas en el templo; volvería a por ellas más tarde.

Se adentró más en el recinto, rodeada de vítores y aplausos. Apeataba a humanidad. La palestra tenía forma de cuenco y estaba medio llena de draksors que observaban cómo se sucedían los emparejamientos en la arena de abajo.

Pero la noticia de la llegada de la Iskari viajaba más rápido que un vendaval. El clamor no tardó en convertirse en susurros nerviosos y los aplausos, en puños apretados. A medida que la multitud se giraba para mirarla, se iba apartando, pues nadie quería estar cerca de la chica que había llevado el fuego de dragón a sus hogares y había arrebatado las vidas de sus seres queridos.

—Eh —la llamó una voz por detrás. Asha miró por encima del hombro y se topó con la cara de su prima. Como correspondía, Safire agachó la vista al suelo, sembrado de huesos de aceituna y cáscaras de pistacho. La capucha de su nueva capa le ocultaba la cara y le ayudaba a mezclarse con la multitud—.

¿Dónde has estado? Nos tenías preocupados.

—Estoy bien —respondió mientras pasaban junto a jaulas llenas de esclavos, delincuentes que esperaban su turno para ser enviados a la arena. Se preguntó cuáles serían sus delitos—. ¿Dónde está Dax?

Safire señaló con la cabeza el baldaquino carmesí que coronaba la palestra. Esta se hallaba rodeada de bancos que se extendían como ondas concéntricas similares a las que provoca una piedra al caer en un estanque, y la tienda del rey dragón se elevaba por encima de ellos: desde allí se disfrutaba de la mejor panorámica de los combates.

Se dirigieron hacia el baldaquino por el camino empinado, alejándose de las jaulas. Cuando se vieron completamente rodeadas por draksors que vitoreaban, Safire se detuvo en seco, bajó la voz y se acercó a su oído:

—Está circulando un rumor. —Miró a toda prisa a su alrededor para ver si alguien estaba escuchando—. La gente va diciendo por ahí que alguien irrumpió en casa de Jarek, lo atacó y huyó con uno de sus esclavos.

Un cosquilleo de miedo se le propagó por la piel.

Se acordó de su hermano, inmovilizado contra una alfombra ricamente tejida en el suelo de uno de los salones del palacio. Se acordó de las gruesas manos de Jarek en su garganta y de cómo pataleaba mientras luchaba por respirar.

A su prometido no le gustaba que nadie le quitara sus cosas.

Los ojos de Asha se clavaron en la tienda de arriba, cuyas paredes de seda rojas se hinchaban a causa del viento. Lo único que tenía que hacer era darle la información a Dax y marcharse.

Los espectadores se apartaron cuando las dos primas se acercaron al baldaquino carmesí. Asha entró en la tienda y Safire se quedó atrás.

Su padre estaba sentado en un trono dorado. La saludó y le dedicó una mirada interrogante que venía a decir: «¿Por qué no estás cazando?».

«¡Eso intento!», le habría gustado responderle. Pero, en vez de eso, miró a Dax, que se hallaba sentado con su amiga de las tierras baldías cerca de la parte delantera del palco. Roa llevaba una pañoleta azul echada por los hombros y por la cabeza. En el desierto, aquella prenda se llevaba para protegerse del viento y del polvo, del frío y del calor.

Observó el modo en que su hermano se inclinaba hacia la chica, en cómo su mano estaba aferrada al banco tras ella. Dax la contempló durante un rato y luego apartó la vista, se mordió el labio, movió la pierna con nerviosismo y frunció el entrecejo.

En lo referente a las chicas, su hermano tenía plena confianza en sí mismo y era todo un fanfarrón. Sabía lo que había que decir en cada momento. Lo que haría ruborizarse a la chica en cuestión y suspirar por él cuando se acostara por las noches.

Pero aquello..., aquello era diferente.

Roa, por otra parte, parecía tensa. Tenía la espalda rígida y las manos entrelazadas con fuerza en el regazo, como si no estuviera a gusto. Ni siquiera parecía prestarle atención a su hermano. Miraba al frente, más allá de la palestra, con su halcón blanco posado en una hombrera de cuero. Como si estuviera pensando en cien cosas distintas al chico que tenía a su lado.

«Quizá planeando asesinar a todo Firgaard mientras la ciudad duerme», caviló.

Era peligroso dejarla allí, tan cerca del rey.

De pronto, alguien se plantó delante de ella, ocultándole a Dax y a Roa.

Alzó la vista hasta la cara de su prometido.

Pelo brillante. Mandíbula fuerte y severa. Mejillas recién afeitadas. Lo único fuera de lugar era el cardenal negruzco que le había salido en mitad de la sien.

—Asha. —El modo en que sus manos asieron las suyas, como un cepo,

venía a decir que, a pesar de la borrachera, lo recordaba todo. Llevaba el sable enfundado en la cadera—. ¿Dónde estabas?

El sudor le hormigueó por el nacimiento del pelo.

—Durmiendo —respondió con el mismo tono de voz que él—. He tenido una mala noche.

Él se cernió más sobre ella. El cuerpo se le tensó igual que lo hacía justo antes del ataque de un dragón.

—Devuélvemelo. —Sus labios le rozaron la mejilla buena—. Y olvidemos que todo esto ha pasado.

Asha intentó liberarse, pero Jarek la agarró con más fuerza. Le hablaba tan bajo que cualquiera que pasara por allí pensaría que le estaba susurrando palabras de amor:

—Si no lo haces, cuando lo encuentre, y ten por seguro que lo encontraré, te obligaré a que lo presencias todo.

Al parecer, pensaba que sentía lo mismo por su esclavo que lo que Rayan sentía por Lillian. Aquello la dejó atónita.

—Adelante, entonces —le dijo.

Cuando su padre miró en su dirección, Jarek la soltó por fin.

Asha vio su cara de preocupación y negó con la cabeza para indicarle que no tenía nada que temer. Esquivó a Jarek, fue a ocupar su asiento al lado de Dax y se secó las manos sudadas en la tela rasposa del caftán de Maya.

Su prometido no tenía nada que ganar sacando su ofensa a la luz. Él la quería, como quería al más letal de los sables o al semental más fiero. Quería conquistarla y poseerla. Y si los rumores eran ciertos, si de verdad planeaba subir al trono, el matrimonio era la opción más fácil. No iba a echar por tierra semejante oportunidad exponiendo sus delitos. No cuando había otras maneras de castigarla.

Jarek la siguió hasta el banco y tomó asiento, apretando su pierna contra la

de ella.

Al verlo, Dax se tensó a su lado y la miró fijamente.

Antes de que pudiera decirle a su hermano que había hecho lo que le había pedido, Jarek se inclinó y los interrumpió:

—Mis soldados me han dicho que ayer estuviste cazando.

Asha se puso rígida.

—Me han dicho que fuiste sola.

Como su prometido sospechara la verdad, como descubriera lo que su padre le había prometido a cambio de la cabeza de *Kozu*...

—Tal vez sólo necesitaba un respiro —intervino una voz melosa. Asha se giró hacia la joven situada al otro lado de Dax y que tenía la vista clavada en cómo la pierna de Jarek presionaba la suya.

Este último entrecerró los ojos.

—¿Acaso te he pedido opinión, baldía?

El halcón de Roa hinchó su blanco pecho. Sus ojos plateados fulminaron al comandante.

—En las tierras baldías nadie tiene que pedirle opinión a una mujer —explicó la joven—. Se espera que la dé con total libertad.

Asha miró a Dax. Tendría que haberle advertido a Roa sobre Jarek y sobre lo que pasaba cuando se lo desafiaba.

—Y por eso tu pueblo nunca se levantará de la mugre en la que vive —se burló este con desdén.

A Roa se le oscureció la mirada y aquel fue el único signo visible de que sus palabras le habían hecho mella. En cambio, Dax estaba hirviendo de ira. Su delgada silueta bullía con una energía peligrosa y temeraria que a Asha le recordó a los tiempos en que solía cruzarse en el camino de Jarek cuando era niño. A todas esas veces en las que se había convertido en chivo expiatorio para proteger a los demás.

Antes de que lo hiciera de nuevo, inclinó la cabeza hacia la de su hermano.

—Está en el templo —le susurró de modo que sólo él pudiera oírlo—. Pregúntale a la guardiana que se llama Maya.

Aquello funcionó.

La energía bullente se atenuó en cuanto Dax la miró a la cara. Desde esa cercanía, escudriñó sus pómulos, cada vez más enjutos. Se le notaban demasiado los huesos bajo la piel, igual que le había ocurrido a su madre durante sus últimos días de vida.

—Gracias. —Su hermano dibujó la palabra con los labios y, acordándose del trato que habían hecho, se quitó el anillo labrado en hueso que había pertenecido a su madre. Su mano tembló cuando se lo ofreció.

Asha lo cogió y se lo deslizó en el dedo anular.

No era un anillo bonito, pero su presencia confería cierto tipo de poder. El mismo poder que había tenido la voz de su madre en la oscuridad. O sus manos, que le acunaban la cara mientras le decía que no tuviera miedo.

Era una especie de recordatorio: la gente no siempre había temido tocarla. O amarla.

El peso del anillo en el dedo la reconfortó.

Dax se puso en pie. Roa miró a Asha antes de levantarse también y luego desapareció con él entre la multitud.

Jarek hizo un gesto con la cabeza a los dos soldados apostados justo fuera del baldaquino, que se giraron y siguieron a la pareja.

Asha estuvo a punto de ir tras ellos para alertarlos, pero en ese momento la palestra al completo empezó a rugir. Los draksors se levantaron o dieron un salto en sus bancos, y gritaron en dirección a la arena. Jarek se puso en pie y se llevó una mano a la empuñadura del sable mientras se hacía visera en los ojos con la otra.

A ella no le hizo falta mirar para saber lo que ocurría: estaban a punto de matar a un esclavo.

Había perdido por completo el interés en los combates cuando se dejó de luchar contra dragones; después de que empezaran las cacerías, sencillamente no quedaban muchos para entretener a la gente. Los barrotes metálicos con pinchos que rodeaban la palestra actuaban ahora como una verja y evitaban que los draksors borrachos se precipitaran a una muerte segura, pero cuando los dragones combatían allí, las barras se bajaban para evitar que las bestias salieran volando.

—Puede que te interese el resultado de este —dijo Jarek.

Otro estruendo se propagó por el público. Asha se quedó helada. Abajo, en la arena, un joven skral obligaba a una anciana a arrodillarse. Esta última llevaba el pelo gris recogido en una gruesa trenza y tenía las manos nudosas por la edad.

Asha se puso rígida al verla.

—Anoche un intruso se coló en mi casa, me dejó inconsciente de un golpe y me robó a mi esclavo. —Jarek señaló con la cabeza a la skral del pelo canoso y alzó la voz para que todo el mundo lo oyera—: Greta dejó entrar a ese intruso.

La Iskari apenas podía respirar.

—Lo único que debía decirme era adónde fueron, pero se negó —explicó—. Así que me temo que tendré que castigarla.

Asha apretó los puños dentro de su caftán prestado.

—Aún no es demasiado tarde. —Se giró hacia ella—. Si ahora me dijera dónde se encuentra mi esclavo, la perdonaría.

Asha sabía que debía rendirse a la verdad. Que debía declarar inocente a la skral de abajo y confesar su culpa; confesar que el esclavo al que buscaban estaba escondido en el templo.

Pero aunque lo reconociese, Greta moriría, pues era cómplice de su delito y, a pesar de sus palabras, Jarek no era de los que perdonaban. Además, en cuanto admitiera la verdad, aquel esclavo de ojos acerados moriría con ella. Y quizá también Maya, la guardiana del templo.

Apretó los labios en una dura línea.

Miró de nuevo a la palestra.

Los adversarios se conocían, de ahí que el combate hubiera durado tanto. Si no se conocieran, ya habría terminado.

Pero el joven esclavo sabía quién era Greta y por eso le costaba matarla.

La anciana lanzó su cuchillo lejos mientras se arrodillaba. La brillante arma quedó tirada en la arena roja, fuera de su alcance, y el chico cayó del mismo modo delante de ella. Luego ahuecó la mano libre para sujetarle la coronilla y Asha vio que movía los labios, como haciéndole una pregunta.

Greta asintió.

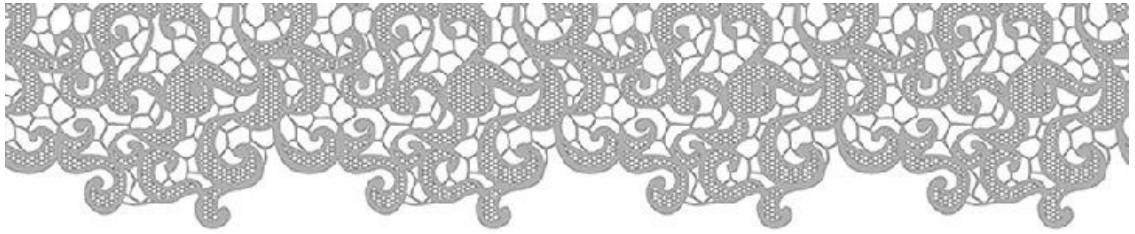
El chico le rebanó la garganta.

Sus manos se mancharon de carmesí. Estrechó con fuerza a la anciana hasta que la vida la abandonó.

Gritos de victoria o derrota, dependiendo de lo que se hubiera apostado, se propagaron por todo el recinto mientras los draksors bajaban saltando de sus asientos. Los que habían apostado correctamente se disponían a recoger sus ganancias. Los demás se rezagaban y lanzaban lúgubres miradas a la arena teñida de sangre.

Asha contempló petrificada y con un nudo en la garganta cómo el esclavo apoyaba la cara en el cuello de Greta y la sangre de la anciana le empapaba la camisa. La besó en la coronilla y murmuró algún tipo de oración, hasta que los soldados le arrebataron el cuerpo de las manos y se lo llevaron.

Entonces fue cuando volvió el cuchillo hacia sí y se lo clavó.



Once

Asha estaba segura al menos de una cosa: no iba a casarse con Jarek. Si moría mientras daba caza a *Kozu*, que así fuera. Prefería morir a desposarse con un monstruo.

Se coló entre la horda de draksors y huyó por las calles sintiendo la necesidad de clavar su hacha en el corazón de un dragón. Las paredes parecían echársele encima. Quería sentir el Rift bajo los pies y el viento del desierto en la piel. Pero, por encima de todo, quería alzar la cabeza del Primer Dragón ante la ciudad entera y ver la cara que se le quedaba a Jarek cuando su padre declarase que se suspendía la boda.

Así que, mientras todo el mundo se encontraba en la palestra, asaltó las cocinas del palacio en busca de comida. Le quedaban cinco días por delante. Necesitaba empaquetar provisiones suficientes.

En su habitación le esperaba una caja plateada. Cuando la abrió, se encontró con un collar de oro refulgente salpicado de rubíes; otro regalo de su prometido.

Cerró la tapa de un manotazo.

Se puso la ropa de cacería, agarró la armadura y el morral de caza, y puso rumbo al templo. Una vez dentro, se escabulló por las sombras, dejando atrás a guardianas que murmuraban oraciones en salas iluminadas por velas. Avanzó en silencio por los corredores. Mientras lo hacía, oía el débil sonido de un laúd que alguien tocaba en la distancia.

Durante todo el camino, la imagen de la esclava de pelo gris permaneció grabada en su retina. La sangre que había derramado en las manos del combatiente. Su cuerpo cuando se desplomó hacia delante. Greta había protegido a uno de los suyos y eso le había costado la vida.

Poco después, se encontró a los pies de las estrechas escaleras que buscaba, donde la música sonaba más fuerte. Había subido los escalones y se había detenido ante la puerta tallada, a la que estaba a punto de llamar, cuando el sonido de la habitación hizo que su puño se detuviera a medio camino.

Aquel era el lugar del que procedía la canción.

Al otro lado de la puerta, alguien rasgaba las cuerdas de un laúd y una voz se entretejía con las notas. Una voz que sonaba como la lluvia que cae suavemente en la arena.

Una historia cobró forma en su interior, hinchándose y haciendo que cedieran sus costuras. Le vino a la mente el momento en que Rayan contemplaba a Lillian bailar entre los naranjos...

«Su mera visión era como un estanque sereno. Como un lugar tranquilo y relajante».

«No». Asha embutió la historia en las profundidades más oscuras de su ser y llamó a la puerta con el puño. La canción se interrumpió de manera abrupta.

Cuando abrieron, alzó la vista hasta una cara llena de pecas. Los ojos del skral estaban ensombrecidos por oscuras medias lunas.

—¿Es que quieres que te maten? Te he oído tocar desde la otra punta del

templo. —Se dirigió hacia donde la mano del muchacho agarraba el cuello del laúd pálido y con aspecto gastado—. ¿De dónde has sacado eso?

En cuanto pasó por su lado, se detuvo. Su hermano Dax, vestido de dorado, se levantó del suelo, donde estaba acucillado, cerca de las estanterías llenas de pergaminos.

El esclavo cerró la puerta.

—Vuestro hermano lo ha traído.

Asha se quedó mirando a este último, como esperando algún tipo de explicación.

Dax se limitó a observarla y, acto seguido, continuó leyendo su pergamino.

«¿Qué está pasando aquí?», quiso saber.

Sin embargo, hacer preguntas sólo la retrasaría, de modo que, tras decidir que era mejor abstenerse, los examinó a ambos con recelo y se dirigió hacia las espadas escondidas debajo del camastro.

Dax observó cómo se ponía la armadura encima de su ropa de caza.

—¿Adónde vas?

Ella lo ignoró.

El cuero ignífugo se ajustaba como una segunda piel a sus piernas y brazos, superponiéndose en algunos sitios. Abrochó las hebillas de cada pieza antes de meterse la coraza por la cabeza.

—Parece que se va de caza —dijo el esclavo mientras se sentaba en el camastro. Empezó a tocar de nuevo el laúd, y esta vez Asha distinguió el nombre «Greta» elegantemente grabado cerca de la base. El joven se encogía de vez en cuando hasta que, fuera cual fuera el dolor que sentía, se olvidó en la dicha de la música. Entre rasgueo y rasgueo, daba golpecitos rítmicos en el cuerpo del instrumento. La canción fue cobrando intensidad hasta que Dax empezó a seguir el ritmo con el pie y una sonrisilla se dibujó en su boca.

Asha los observó, incapaz de pronunciar palabra.

No sabía qué le molestaba más, si la indiferencia que su hermano mostraba hacia su propio rango o su falta de preocupación por el ruido, un ruido que volvería a exponer al esclavo al peligro del que acababa de librarlo.

Le entraron ganas de zarandearlo. Aquella no era la conducta de un futuro rey; era la conducta de un necio.

No podía tolerarlo.

—Entonces, ¿este es el plan? —Se cernió sobre el esclavo—. ¿Conducir a Jarek derecho hasta ti?

Los dedos del skral dejaron de rasgar las cuerdas. Alzó la vista hasta ella.

—Alguien se ha levantado hoy un poco quisquillosa.

Asha se encendió de rabia. Antes de que pudiera replicar, él continuó:

—¿Vais de cacería? —La miró de arriba abajo—. Porque la ley dice que vuestros esclavos de caza tienen derecho a tres días de descanso antes de que os los llevéis de nuevo.

Asha arrugó el entrecejo. ¿Por qué un esclavo doméstico sabía de leyes relativas a la caza de dragones? Y, de todas maneras, ella siempre daba a sus esclavos de caza cinco días de descanso. Unos esclavos bien descansados rendían mejor.

—No me los voy a llevar.

El joven dejó a un lado el instrumento y se levantó para dirigirse a ella, con las cejas juntas en esa expresión de curiosidad tan típica suya.

—¿Vais a ir sola? —Le escudriñó la cara. Se le acercó tanto que podría haberle contado las pecas si hubiera querido—. Decidme una cosa, ¿quién de los dos quiere que lo maten?

Ella entrecerró los ojos.

Dax dejó el pergamino en la estantería y se colocó junto al esclavo.

—Asha. —Hacía rato que la sonrisa de su hermano había desaparecido—.

Cazar sola no es seguro.

—Y robarle un esclavo a Jarek sí, ¿verdad?

Se acordó del shaxa. De la rabia provocada por los celos en los ojos de Jarek. De la sensación de sentirse atrapada debajo de él, incapaz de respirar.

Se hizo el silencio en la habitación.

Una vez que el recuerdo le vino a la mente, fue incapaz de evitar que se desenmarañase por completo. Vio las manos de Greta tratando de quitarle a Jarek de encima. Vio a Greta dándole permiso a su verdugo para que le arrebatase la vida. Vio la sangre de Greta en la arena.

—Iskari, ¿estáis bien?

Los ojos del esclavo fueron lo primero que distinguió con claridad. Había ternura en ellos, preocupación. Estuvo a punto de ordenarle que apartara la vista por pura costumbre, pero la verdad era que nadie la miraba como aquel esclavo: con sumo cuidado, como si vendara una herida; con amabilidad, como para no hacerle daño.

Le devolvió la mirada. Estudió la línea recta de su nariz, las prominencias de sus pómulos, la curvatura de su mandíbula. Era afilado y firme. Como su hacha favorita.

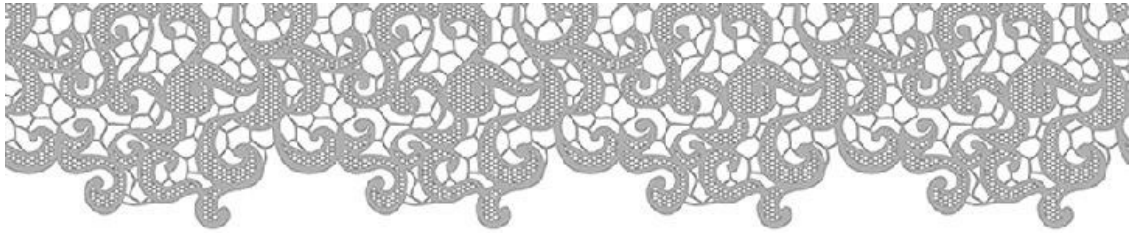
Y, como su hacha favorita, era peligroso.

Peligroso... pero reconfortante.

«No».

Presa del pánico ante sus propios pensamientos, lo dejó atrás de un empujón, recogió el yelmo del suelo y se lo caló en la cabeza. Le ocultaba todo el campo de visión menos la puerta, que abrió y cerró a su espalda tras haberla franqueado.

Al otro lado, se apoyó contra la madera, a la espera de que su corazón desbocado se calmara. Cuando lo hizo, bajó los escalones de dos en dos mientras juraba mantenerse lo más alejada posible de aquel skral.



Doce

En teoría, había dos formas de salir de la ciudad: la puerta norte, que daba al Rift salvaje y agreste, y la puerta sur, que daba al implacable desierto. Ambas estaban custodiadas por soldados.

Pero en realidad había otra más.

Una salida secreta.

Muy por debajo del templo había una cripta que conducía a las cavernas sagradas del Viejo, en cuyas paredes reposaban las cenizas de los muertos en vasijas de cerámica selladas. Sin embargo, en una de esas paredes había algo más: un hueco lo bastante pequeño para que una niña curiosa como Asha hiciera incursiones con su madre. El nicho ocultaba un túnel que llevaba directamente al Rift, lejos de aquellos muros con soldados vigilantes apostados.

Fue por aquel túnel por lo que empezaron los problemas con los dragones.

Como Jarek había manifestado sus sospechas, decidió no utilizar ninguna de las puertas y tomar la escalera abovedada hasta las profundidades del templo. Cuando llegó al final, abrió la vieja puerta carcomida. La luz que

brillaba a su espalda se coló en la cripta e hizo que su sombra creciera y se alargara.

Sin contar con ninguna antorcha que le alumbrara el camino, mantuvo la mano apoyada en la pared y dejó que la fría piedra la guiara en la oscuridad. Había pasado buena parte de su infancia escabulléndose por debajo del templo y recordaba con exactitud la longitud del túnel: noventa y tres pasos a través de aquella húmeda negrura.

Y justo después se hallaban las cavernas sagradas.

Nadie había puesto un pie en ellas desde hacía años. Desde que ella misma había atraído a *Kozu* y el dragón había reducido la ciudad a cenizas. Antes de eso, las cuevas eran un lugar sagrado. Y la llama sagrada era el corazón latente del templo.

Un draksor sólo podía entrar en las cavernas después de ayunar durante tres días y de lavarse en el manantial sagrado. E incluso entonces, tenía que ir descalzo y nunca jamás podía pisar el sanctasanctórum. Estaba prohibido para todo el mundo, excepto para las guardianas.

Fue allí, en el sanctasanctórum, donde había visto por primera vez la cara de Elorma. En ese momento no le hubiera importado que el Viejo la matara por su desobediencia. De hecho, quería que la matara. Aquel día llegó enfadada. Se puso hecha una fiera y chilló y gritó y empezó a romper cosas. Arrojó todo su odio en el corazón del lugar santo del Viejo.

Su madre había muerto; la habían matado las viejas historias, como a los cuentacuentos antes que a ella.

Su pena la convirtió en una presa fácil aquel día. Abrió una grieta en su cuerpo y, en cuanto puso el pie en el sanctasanctórum, el Viejo la encontró. La abrió por completo y enterró en su interior una sed insaciable y malvada. Una sed que la haría rebelarse contra su padre, contra su pueblo, contra su reino.

Desde entonces, las viejas historias vivieron dentro de ella, justo debajo de su piel. Así fue como *Kozu* la encontró, atraído por esas viejas historias enterradas en su corazón. Historias que necesitaban salir a la luz. Así fue como estuvo a punto de destruir la ciudad.

Ahora, sin embargo, el lugar estaba vacío y su corazón llameante latía en otra parte.

No le gustaba recordar los tiempos anteriores al incendio. No le gustaba pensar en cuán esclavizada había estado al Viejo, en cómo había salido a hurtadillas de la ciudad noche tras noche siguiendo sus órdenes para saciar la ávida sed de *Kozu*. Quizá no recordara mucho de lo que había ocurrido el día que la quemó, pero sí recordaba los días anteriores: esperaba a que el sol se pusiera bajo las montañas, se deslizaba en silencio sobre los tejados, remontaba el túnel en dirección al Rift.

Mientras lo recorría ahora, se obligó a recordarlo todo: cómo había traicionado a su padre noche tras noche; cómo se había dejado corromper.

Cuando salió al exterior y se vio rodeada de cedros y del canto de los pájaros, se obligó a recordar más de lo que lo había hecho en años mientras desandaba el camino en dirección a las llanuras donde *Kozu* la había quemado.

Vio a la niña descalza dentro de ella. Oyó las historias que brotaban de sus labios mientras corría por el Rift a la luz de la luna. Sintió las mismas mariposas en el estómago que había sentido entonces al acercarse al mal primigenio.

Odiaba a esa niña, pero ahora la necesitaba. Esta vez no podía cometer ningún error. Tenía miedo de contar una historia por si atraía a cualquier otro dragón que pudiera oírla, puesto que no tenía tiempo que perder: necesitaba a *Kozu* y sólo a *Kozu*. Debía recordar cuál era la mejor forma de encontrarlo.

Cuando el sol empezó a ponerse, aún no había llegado a las llanuras.

Como en aquellas condiciones apenas veía nada, al localizar un pequeño claro desenrolló el saco de dormir que se había traído del palacio y se quitó la armadura.

No se atrevió a encender un fuego. En vez de eso, sacó una gruesa túnica de lana del morral de caza y se la puso para entrar en calor. Puede que los días fueran abrasadores, pero las noches en el Rift podían matar de frío a un cazador.

No temía cerrar los ojos. A lo largo de los años había aprendido a dormir someramente y a despertarse ante el más mínimo sonido. Aunque algo la sorprendiera durmiendo, no había nada más peligroso que ella allí.

No tenía nada que temer.

La oscuridad cavernosa de su mente se fundió en sueños. Soñó con una cueva donde el humo le resecaba la garganta y oía el crepitar del fuego en la distancia, cuyo calor le atravesaba la piel. Las historias se oían más alto que el crujido de la lumbre, vivas y runruneantes. Tan fuerte que era difícil hacer oídos sordos.

Asha sabía exactamente dónde estaba. Y, antes de verlo siquiera, sabía quién la esperaba.

Cuando llegó, Elorma contemplaba las llamas como si leyera algo que estuviera escrito en ellas. Cuando se acercó a la hoguera, alzó la vista hasta su cara y se quitó la capucha.

—Creí que te había dejado clara la orden del Viejo —le espetó con voz ronca—. Se suponía que las espadas sólo iban a usarse para enmendar errores.

—Estaba enmendando algo —se defendió Asha, pensando en el joven dragón al que había matado—. ¿Acaso hay algo más importante que enmendar?

Los labios de Elorma se curvaron como si saboreara algo amargo.

—De verdad, Asha, todo esto de cazar dragones está minando tu imaginación.

Asha se enfureció. No tenía tiempo para tonterías.

—El Viejo puede intentar detenerme de todas las maneras que quiera, pero voy a encontrar a *Kozu*. Y, cuando lo haga, lo mataré.

—Llevas razón en cuanto a la primera parte, pero ya veremos respecto a la segunda.

Un fuerte crujido rompió el silencio, como si una rama se hubiera partido por una fuerte pisada. Pero debía de ser el fuego, porque allí no había árboles; no crecían en el interior de las cuevas.

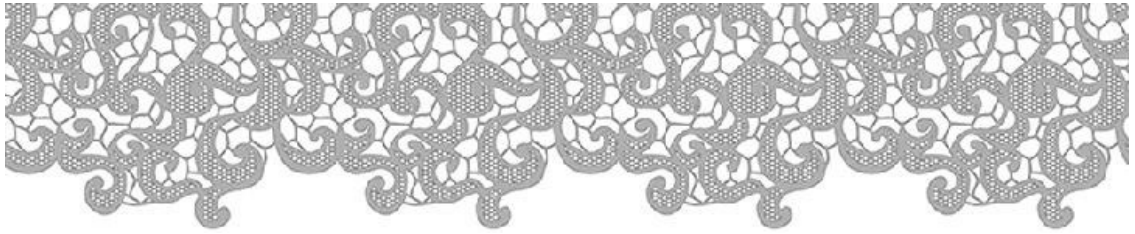
—Esta noche el Viejo te hará su segundo regalo. E, igual que el primero, viene con una orden. —Elorma se levantó—. Debes mantenerlo a salvo.

Algo siseó en la oscuridad. A Asha se le puso la piel de gallina.

«Esto no es real —se dijo—. No es más que un sueño».

Pero no era un sueño. Y en realidad no estaba en una cueva, a salvo bajo la tierra. Estaba en el Rift, durmiendo a la intemperie.

Y, antes de abrir los ojos, ya sabía que había algo allí con ella.



Trece

Se despertó. Le costó un poco acostumbrarse a la oscuridad. Cuando lo hizo, había un único ojo amarillo, con una ranura en el centro, mirándola fijamente.

El corazón se le aceleró a causa del miedo. En lugar de echar mano de las espadas, alcanzó el hacha. Salió con sumo sigilo del saco de dormir y se puso en pie en silencio.

En la oscuridad restallaron una serie de chasquidos, que le indicaron la distancia aproximada a la que se encontraba el dragón. Dio un lento paso hacia atrás tratando de recordar el tamaño de aquel claro y dónde se levantaban los árboles, pero ya era noche cerrada cuando había montado su campamento.

El ojo desapareció y, a continuación, sintió un movimiento entre los árboles. Ramas que se partían. Hojas que susurraban cuando una piel escamosa las rozaba. Aferró el mango del hacha, lo que provocó un gruñido por parte de la bestia.

Un instante después, se agachó y rodó por el suelo cuando una llamarada iluminó el claro, prendiendo hojas y ramas secas, y desvelando al dragón más

grande que había visto jamás. Tan grande que podía llenar el patio de la casa de Jarek.

Sólo había una de esas criaturas que no necesitaba el poder de las viejas historias para escupir fuego: *Kozu*, el Primer Dragón. El origen de todas las historias.

Habían pasado ocho años desde que se habían visto las caras. En aquel entonces, ella, que no era más que una cría, se había aterrorizado y se había estremecido de la cabeza a los pies.

Ahora, sin embargo, era una adulta y tenía cientos de piezas de caza a sus espaldas.

El Primer Dragón la rodeó. A la luz de las llamas que la circundaban, vio la horrible cicatriz que le atravesaba el ojo ciego, le bajaba por la mejilla y terminaba describiendo un gancho justo por debajo de la mandíbula. Una cicatriz que era un fiel reflejo de la suya.

Se colocó en posición de ataque, lista para enfrentarse a él. Más que lista. Esa noche enmendaría sus errores. Esa noche pondría fin a las viejas tradiciones para siempre. Se llevaría la cabeza del ser que la había quemado y la había dado por muerta, y la tiraría a los pies de su padre.

De repente, un silbido cortó el aire y un dolor agudo se instaló en su costado tras recibir un golpe tremendo. La cola bífida de *Kozu*, ahora incrustada en sus costillas, la lanzó por los aires.

Cuando impactó en el suelo, se quedó sin respiración. Permaneció tumbada de espaldas mientras el mundo daba vueltas a su alrededor.

«Ten siempre a la vista la cola de un dragón».

Era la primera regla del cazador.

Blandió el hacha y dio un golpe rápido; *Kozu* chilló. El olor de su sangre caliente y herrumbrosa hizo que se le hincharan las fosas nasales.

Experimentó el doble de dolor cuando la bestia le desincrustó la cola.

Estaba sangrando; sentía cómo la túnica de lana se le empapaba. Se levantó y vio que las llamaradas comenzaban a extinguirse a su alrededor.

El dragón silbó en la oscuridad. Su cola ya no daba latigazos; estaba herido y sangraba, igual que ella.

Asha lo rodeó a la espera de que diera un paso en falso. Tenía todo el costado derecho empapado, la cabeza le daba vueltas y estaba perdiendo demasiada sangre. Necesitaba detener la hemorragia.

Se oyó otro silbido y se agachó justo cuando la enorme cola pasaba volando por encima de su cabeza, alborotándole el pelo. Unas gotas de sangre caliente le salpicaron la piel.

El dragón dejó de dar vueltas mientras la Iskari sentía cómo su propio corazón resonaba lentamente y con fuerza en sus oídos. La bestia volvió a silbar, pero no golpeó.

Tres pasos. Era lo único que necesitaba para clavarle el hacha en el pecho. Tres pasos.

Aquella era su oportunidad.

Lo embistió.

Justo antes del impacto, una sombra se interpuso entre ellos e interceptó su mandoble mortal, provocando que el filo del hacha golpease en los cuernos en lugar de en la carne. Algo emitió un gruñido grave, pero no fue *Kozu*. Asha alzó la vista y se encontró con unos ojos claros surcados por una ranura. Dos.

Trastabilló hacia un lado.

«¿Un segundo dragón?».

La sombra siseó y la obligó a retroceder, alejándola de *Kozu*. A pesar de la oscuridad, vio que movía la cola bífida frenéticamente de un lado para otro.

Una rabia candente le corrió por las venas. ¡Cómo se atrevía a interponerse entre su presa y ella!

Agarró el hacha con más fuerza aún, pero se sentía aturdida y el suelo no hacía más que subir y bajar. Miró hacia abajo; el costado derecho le brillaba en la oscuridad.

El sonido rápido y parloteante del lenguaje de los dragones resonó en la noche. Estaban hablando el uno con el otro, en la sombra. Planeando su siguiente movimiento.

Buscó rápidamente el saco de dormir y desgarró una tira ancha. Con los dientes apretados, se envolvió el torso con ella para tapar el horrible tajo que tenía en el costado, ajustándoselo tanto que le costaba respirar.

Un rugido hizo que alzara la vista. Esperaba toparse con los dos dragones cernidos sobre ella.

Pero se los encontró... peleando.

El uno contra el otro.

El dragón en la sombra era más pequeño y joven que *Kozu*, pero el doble de ágil. Cuando este último arremetió contra él, lo esquivó, dando media vuelta para colocarse entre el Primer Dragón y la Iskari. *Kozu* asestaba rápidos coletazos y sangraba, lo que lo hacía vulnerable. El dragón más joven se agachó y cargó contra él, describiendo círculos alrededor de su adversario, como si fuera un juego, como si su plan fuera agotarlo.

Si Asha no se hubiera encontrado tan débil por la pérdida de sangre, habría aprovechado la oportunidad. Habría atacado mientras estaban ocupados.

Pero sentía que estaba perdiendo la consciencia. Quería agachar la cabeza. Necesitaba cerrar los ojos...

«No. No te duermas».

Si no volvía a la ciudad, si se desmayaba justo allí, en el Rift, se desangraría hasta la muerte.

A menos que un dragón la atrapase primero.

Las manos le temblaban mientras se ceñía las espadas. Dejó todo lo que no necesitaba, incluida el hacha; tenía montones.

Kozu seguía cargando, en un intento por alcanzarla, en un intento por rematar lo que había empezado hacía tantos años. No obstante, el otro dragón le bloqueaba el paso, ganando terreno y conduciéndolo hacia los árboles. Emitiendo chasquidos y parloteando. Provocando y burlándose. Hasta que acabó por agotarlo.

Finalmente, *Kozu* dejó de avanzar. Asha notó que posaba su mirada hendida en ella mientras atravesaba la oscuridad a trompicones y se alejaba.

Un sonido agudo desgarró la noche y la sobresaltó. «Un lamento fúnebre». Aquel sonido, normalmente reservado para un compañero muerto o un joven caído, era una expresión de tristeza o pena.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Miró hacia atrás siguiendo la dirección del ruido, pero *Kozu* ya había desaparecido.

El dragón en la sombra, en cambio, no.

—Acércate —le gruñó— y te arrancaré el corazón.

La criatura la contempló con la cabeza ladeada y sin dejar de azotar la cola. Cuando ella caminaba, él caminaba. Cuando ella se detenía, él se detenía. Como un cachorrillo abandonado siguiéndola a casa.

Asha seguía viendo la cicatriz de *Kozu* en su mente y oyendo el latido de su horrible corazón. Un momento más y habría asestado un golpe mortal. Aquel dragón se lo había impedido. En cuanto se le pusiera a tiro, lo mataría.

Pero mientras la rabia bullía cada vez más candente en su interior, una voz resonaba en su mente:

«Esta noche el Viejo te hará su segundo regalo».

Detuvo sus pasos.

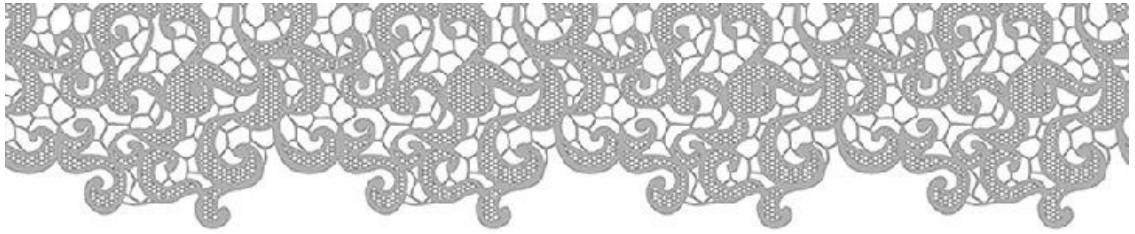
Fijó la mirada en la sombra de los árboles.

«Debes mantenerlo a salvo».

¿Ese —ese dragón— era su segundo regalo?

—No...

Cuando cayó en la cuenta, gritó de rabia: hacia Elorma, hacia el Viejo y hacia la luna sanguina que menguaba sobre su cabeza. Cuando acabó de desgañitarse, el joven dragón se quedó allí plantado con la cabeza ladeada y los ojos clavados en ella, como diciendo: «¿Adónde vas? ¿Puedo ir yo también?». ».



Catorce

Cruzó el templo a rastras y subió por la escalera oscura y polvorienta. Tras dejar atrás los corredores iluminados por antorchas, sus pies tropezaron con los escalones. El lento latido de su pulso reverberaba en sus oídos. Las piernas le pesaban como si llevara cadenas.

«No te desmayes. Aguanta un poco más».

Le pareció que habían pasado siglos cuando por fin se dejó caer contra la puerta y aspiró el olor a cedro dulce. Apoyó la frente en la flor tallada en la madera con la esperanza de que la sostuviese.

—¡Skral!

No obtuvo más respuesta que el silencio. Dio una palmada en la puerta.

—Por favor...

Al otro lado, se encendió una cerilla. Se descorrió un pestillo. La puerta se abrió con un chirrido y una cara iluminada surgió en la oscuridad. Una cara pecosa y somnolienta.

Al verse sin soporte, intentó mantener el equilibrio y descubrió que no podía.

—¿Iskari? —El esclavo la cogió y la sostuvo contra su pecho—. ¿Qué os ha pasado?

Pero ninguna palabra acudió a su lengua. El skral dejó el farol, la cogió en brazos y cerró la puerta a su espalda de una patada.

Se despertó en mitad de la noche y se topó con una lámpara atenuada y con el skral inclinado sobre ella. Alguien le había cambiado las vendas amarillentas que le envolvían el torso por unas blancas y nuevas.

Sintió un dolor agudo en el costado y se puso muy rígida; ahogó un grito mientras le atravesaba las costillas.

—Quedaos quieta —le aconsejó él, cogiéndola del hombro con una mano cálida y obligándola a echarse. En la otra mano sostenía una aguja, que destelló al recibir la luz del farol—. Ya casi he terminado.

Asha se tensó al notar que la tocaba, pero hizo lo que le pedía. Él le soltó el hombro, se encorvó como un halcón, frunció el ceño en actitud concentrada y se puso a suturarle la herida con delicadeza; esta había empezado a sangrar por el movimiento repentino.

—¿Quién me ha lavado?

Su túnica manchada de sangre había desaparecido y tenía el pelo húmedo y recogido en una trenza tirante sobre uno de los hombros. Pero aquello no era lo peor.

Llevaba la camisa de un esclavo. El lino era fino, sencillo y basto.

«Su camisa», se percató.

Llevaba su camisa y nada más.

Para coserle el tajo del costado, el chico le había subido la tela hasta el pecho y, por pudor, le había echado una manta de lana por la cintura y por las piernas. Pero todo el torso quedaba al descubierto, incluida la quemadura, que le bajaba por el costado y reptaba hacia su ombligo.

Él sostuvo su mirada de horror y no dijo nada. No tenía que hacerlo. En ese momento, Asha cayó en la cuenta de quién le había limpiado la sangre del cuerpo.

«Es sólo un esclavo. Lleva toda la vida desvistiendo y bañando a sus amos. No tiene importancia».

Pero sí la tenía. Lo había visto todo. Todo lo que la hacía repugnante.

Por primera vez en mucho tiempo, no se sintió orgullosa de su cicatriz.

Se avergonzó de ella.

Se quedó quieta en el camastro y apartó la cara.

—Tomad —dijo él, alzando una bandeja del suelo y colocándosela en el regazo. Un platillo de aceitunas resplandecía junto a una rebanada de pan con aceite de oliva—. Habéis perdido mucha sangre. Necesitáis comer algo.

—No tengo hambre.

—Iskari.

Asha lo miró a la cara.

—Por favor.

Apretó los dientes y se incorporó. Luego partió un trozo de pan, lo mojó en aceite y se lo llevó a la boca.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó al volver a clavarle la aguja.

Asha hizo un gesto de dolor y se tragó el bocado de pan.

—Lo encontré. O, más bien, él me encontró a mí.

—¿El dragón al que queríais cazar?

Ella asintió; partió otro trozo de pan y lo volvió a mojar.

—Esto —señaló el tajo que le estaba cosiendo— me lo ha hecho con la cola.

El esclavo dejó de suturar.

—¿Lo habéis matado?

Ella se llevó el pan a la boca y negó con la cabeza, acordándose de la

sombra entre los árboles. Del latigazo de una cola bífida.

«Es la primera vez que vuelvo de una cacería sin una pieza».

Cerró la mano izquierda en un puño al pensarlo.

Como el esclavo vio que no contestaba, se concentró en su tarea. Empezó a tararear la melodía de una canción, paró para recolocar las notas y volvió a cantarlas de nuevo en un orden distinto. Hizo lo mismo varias veces, como si estuviera probando la canción y esta no le satisficiera.

Asha volvió a tumbarse y dejó que su voz la distrajera del dolor punzante que le causaba la aguja.

Sin querer, una historia acudió a su mente:

«Rayan atravesó a zancadas el naranjal de su madre y se detuvo en seco. Alguien cantaba. Alguien con la voz de un ruiseñor».

La apartó de su cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo, skral?

La melodía cesó. Sin levantar el rostro de su labor, el chico alzó las cejas y la miró de reajo arrugando la frente.

—¿Crees en el Viejo?

Tras decidir que podía concentrarse en las dos cosas a la vez, volvió al trabajo.

—Yo no creo en vuestros dioses.

—Pero crees que existe —insistió ella, apoyándose en los codos para verlo mejor. El movimiento le provocó un dolor agudo en el costado que la hizo encogerse. Él entrecerró los ojos como reprobándola.

—Existe para muchos draksors.

—Eso no es lo que te estoy preguntando.

El esclavo lanzó un suspiro, sacó el hilo de la aguja y le hizo un nudo.

—¿Por qué me lo preguntáis?

Con delicadeza, le pasó los dedos por la piel quemada del costado para

examinar la costura.

Cuando la tocó, Asha notó un extraño calor en el vientre.

Lo escudriñó a la luz naranja que arrojaba la lámpara. El collar plateado que le ceñía la garganta proyectaba sombras en los huecos de la clavícula. Era un esclavo fugitivo cuya vida estaba sentenciada. Podía contárselo todo, daba igual.

Como no respondió, el chico se limpió la sangre de los dedos en la jofaina de agua que había en el suelo.

—Sólo creo en un dios —repuso, secándose las manos con varias sacudidas—. En la Muerte Misericordiosa.

Ella se irguió para mirarlo a la cara y la camisa de lino le cayó sobre el torso, lo que le ocultó la cicatriz.

Él le señaló la herida con la cabeza, con las vendas de lino ya dispuestas en las manos.

—Tengo que vendarla.

—La Muerte es una ladrona —dijo ella, acordándose de una vieja historia. Una sobre Elorma, cuyo verdadero amor le fue arrebatado por la Muerte en su noche de bodas.

El esclavo le quitó la bandeja vacía del regazo y volvió a ponerla en el suelo. Asha se subió la camisa de nuevo para dejar al descubierto el corte recién suturado del costado.

—Tal vez para vos —objetó él mientras comenzaba a vendarla, envolviéndole la caja torácica con las tiras blancas. Más de una vez, sus dedos le rozaron la piel—. Para algunos de nosotros, la Muerte es una libertadora.

Asha alzó la mirada. Él estaba tan cerca que podía sentir su calor, un calor como el que desprende un fuego. Cuando se inclinó todavía más para pasarse el lino de una mano a otra detrás de su espalda, su mejilla le rozó la oreja.

El pulso se le aceleró. El chico hizo una pausa y empezó a girar su cara hacia ella, pero algo lo detuvo y su barbilla se enderezó. Asha notó que se esforzaba en mantener su mejilla paralela a la suya mientras continuaba con su tarea.

Dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

Una habitación sin ventanas hacía que fuera imposible saber qué momento del día era. Por tanto, podía ser por la mañana cuando volvió a despertarse o tal vez medianoche. En cualquier caso, el sueño la abandonó y la dejó allí contemplando las estanterías llenas de pergaminos a la tenue luz del farol. Las costillas le dolían cuando intentaba moverse, así que se quedó quieta durante un buen rato. Cuando ya no aguantó más, se puso de lado con cuidado y vio que había alguien durmiendo en el suelo junto al camastro.

El esclavo de Jarek.

Dormido, parecía una dama de noche cuyos pétalos sólo se abrían a la luz de las estrellas. Alargó la mano y le dio más llama al farol para poder observar mejor las sombras oscilantes que proyectaban sus pestañas. Recorrió con la mirada sus líneas duras y huesudas. Su pelo le recordó al mar de Darmoor: revuelto e indomable, lleno de ondas.

Pensó en Rayan espiando a Lillian en el naranjal y enseguida volvió a tumbarse sobre la espalda y a mirar al techo, dejando que sus pensamientos se dispersaran. Como no lo hicieron, se tapó la nariz y la boca con el cuello de la camisa e inspiró profundamente. Su olor estaba impregnado en el lino. Un almizcle salado que le provocó un cosquilleo en el estómago.

Se apresuró a bajarse la camisa y se giró hacia los estantes llenos de pergaminos al otro lado del camastro para intentar distraerse. Acarició sus asas de madera, pasando sus dedos por la suave superficie engrasada. Hacía poco que las habían labrado. Lo supo por el fuerte olor a madera de tuya.

Acto seguido, estaba sentada cubierta por completo con la camisa del esclavo. Se puso un pergamino en el regazo, ignorando el dolor que le estallaba en el costado. Como estaba demasiado oscuro, cogió el farol, lo colocó en el camastro a su lado y le aumentó la llama.

En cuanto empezó a leer, se detuvo en seco.

Se trataba de una de las viejas historias. Una sobre el tercer Namsara, un hombre que había diseñado los acueductos de la ciudad durante un periodo de sequía de un año. El pergamino estaba fresco y crujiente, y la tinta negra brillaba..., pero había algo raro en los trazos. Eran trémulos e indecisos. Y algunas de las palabras estaban mal escritas.

Alzó los ojos hasta el estante, donde había apilados otros cientos de rollos. Bajó más y los desplegó sólo para descubrir lo que ya se temía: más historias. Todas ellas prohibidas. Historias de los Namsaras —siete en total— que se habían alzado para defender a su pueblo del peligro, expulsando a sus enemigos y destronando a reyes impostores. Historias del Primer Dragón, el compañero de cada Namsara y el vínculo vivo entre el Viejo y su pueblo.

Sacó otro pergamino y se lo puso en el regazo. Leía uno, lo tiraba al suelo y cogía otro. Aquello sobrepasaba con creces los límites del delito. Las viejas historias habían sido prohibidas y quemadas mucho antes de que ella naciera; transcribirlas y preservarlas era traición.

Cuando desenrolló el siguiente pergamino, sin embargo, no lo soltó, sino que lo asió con más firmeza.

—¿Qué dice?

Levantó la vista. El esclavo, que continuaba tumbado en el suelo, bostezó y se pasó las manos por el pelo. Asha clavó sus ojos por turnos en él y en la errática escritura manuscrita.

—Es la historia de Willa —explicó. La voz de su madre se elevó dentro de ella. O, más bien, el eco de su voz. A pesar de los años que habían

transcurrido, a pesar de lo que su madre había hecho, su recuerdo prendió una chispa en su interior, justo debajo del esternón.

Sintió que el camastro se hundía y, cuando volvió a alzar la vista, el esclavo estaba asomado al pergamino que se desplegaba en su regazo. Su muslo descansaba peligrosamente al lado de su rodilla, que sobresalía por debajo del dobladillo de la camisa. Estuvo a punto de decirle que se apartara, pero ya la había bañado y le había vendado las heridas, por lo que le pareció innecesario.

—Cuando era pequeña, tenía pesadillas todas las noches —le confesó. Hacía años que no hablaba de ello—. Mi madre las llamaba «terrores», pues seguía viéndolas cuando abría los ojos.

Localizó cada una de las palabras mal escritas del pergamino.

—Consultó a todos los médicos de la ciudad y cada uno de ellos me prescribió algo distinto. Algunos me recetaron leche de cabra caliente antes de dormir; otros colgaron hierbas y raíces de los postes de mi cama. Uno incluso me puso un diente de dragón debajo de la almohada.

Arrugó la nariz.

—¿Y funcionó?

Asha negó con la cabeza.

—Las pesadillas fueron a peor, de modo que mi madre probó su propio remedio.

No le importaba contárselo. De hecho, todo el mundo lo sabía porque los esclavos se habían quedado a escuchar detrás de la puerta. Los mismos que propagaron el rumor después de su muerte: la reina dragón le había contado a su hija las viejas historias para salvarla, y por eso había muerto tan joven.

—Cuando se levantaba al oírme gritar noche tras noche, echaba a las esclavas de mi habitación y se quedaba a mi lado. —Alzó la vista y vio que la miraba fijamente—. Y luego me contaba historias hasta que se quedaba ronca

y el sol aparecía por las ventanas. Eran lo único que ahuyentaba las pesadillas.

Ahí fue cuando empezaron los síntomas: la caída del pelo, la pérdida de peso, los temblores y la tos.

Hasta que al final murió.

Enrolló el pergamino; no quería seguir hablando de ello. Cuando fue a dejarlo con los demás, sin embargo, no pudo soltarlo.

—Yo también tengo pesadillas.

Asha vio que contemplaba sus manos, cuyas palmas yacían abiertas en su regazo. Sintió la extraña necesidad de tocárselas. De recorrer aquellas palmas grandes. De pasarle los dedos por los callos.

—Desde que tengo uso de razón, llevo soñando con lo mismo noche tras noche.

—¿Tienes la misma pesadilla todas las noches?

Él asintió.

—No empezó siendo una pesadilla. Cuando era niño, me encantaba irme a dormir sólo para verla.

—¿Verla?

Él encogió los hombros, inspirando, y los dejó caer al exhalar.

—Sí —reconoció en voz baja—. Verla.

Le quitó el pergamino de las manos, lo desenrolló y volvió a enrollarlo, como si necesitara mantener las manos ocupadas.

—Pensaba que era una especie de diosa, que me había elegido para realizar un gran propósito. —Aferró con fuerza el papel. Cuando se dio cuenta, se lo devolvió—. ¡Qué estúpido era! —Esbozó una sonrisa torcida, desprovista de luz. Evitó mirarla a los ojos cuando continuó diciendo—: Ahora es una pesadilla de la que no puedo escapar.

El muslo le tocó la rodilla. Asha contuvo la respiración y bajó la vista al

sitio donde sus cuerpos confluían, esperando a que él apartara la pierna.

Pero no lo hizo.

—Vuestro hermano tiene razón, ¿lo sabéis? No deberíais salir a cazar sola. Esas palabras lo desbarataron todo.

«*Kozu*».

No sabía qué hora del día era, pero estaba segura de una cosa: la luna roja había menguado desde la última vez que la había visto antes de quedarse dormida. El tiempo se le escapaba.

—Tengo que...

Se levantó. Los pergaminos cayeron a sus pies. La camisa blanca resbaló hasta las rodillas y sus piernas desnudas —una cicatrizada y otra lisa— asomaron por debajo.

—Esperad —le pidió el esclavo, que saltó del camastro y recogió algo del suelo—. No podéis marcharos así. Poneos esto. —Le tendió otro caftán sencillo hecho de tela basta y rasposa—. Maya lo ha traído mientras dormíais.

Sus dedos se rozaron cuando ella lo cogió.

Asha no tuvo que pedirle que se diera la vuelta mientras se vestía; lo hizo por sí mismo.

Tras recoger las piezas de la armadura, buscó sus espadas bajo el camastro. Al toparse tan sólo con el frío mármol, se arrodilló y, cuando palpó el suelo, el dolor le atravesó el costado.

Sus espadas no estaban allí.

«Pero las traje conmigo. Sé que lo hice».

Echó una ojeada a la habitación y... nada. Ni rastro de ellas.

Sólo había otra persona que había pasado la noche en esa estancia. Se fijó en el esclavo como un cazador que acechara a su presa. Él se detuvo en la puerta para observarla; su pecho desnudo seguía estando cubierto por las

vendas blancas.

—¿Dónde están?

—No estoy seguro de a qué os referís. —Su voz delataba lo contrario.

Asha se puso en pie y cruzó la habitación; su enfado iba aumentando a cada paso. Estaba enfadada con él por engañarla y consigo misma por permitirselo.

Lo empujó contra la puerta de madera.

El esclavo soltó un bufido y la garganta se le arqueó de dolor. Aquello le recordó la vez que lo había encontrado atado a la fuente de Jarek. La vez que el *shaxa* le había azotado la espalda. Probablemente le habría abierto las heridas.

—Ladrón —le espetó, plantando las manos a ambos lados para impedir que se moviera—. Dime dónde están.

A él le brillaron los ojos como acero afilado. Aferró la tela suelta del caftán y la atrajo hacia sí de un empujón, recordándole que no era inofensivo, que era un *skral*. En adelante, debía tener cuidado.

—Decidme cómo salisteis de la ciudad sin ser vista.

—No lo hice —mintió.

Él se acercó más, robándole el aire. Las puntas de sus respectivas narices estuvieron a punto de tocarse.

—¿Los soldados os dejaron pasar sabiendo que ibais a cazar sola? Vuestro prometido nunca lo habría permitido.

—¿Permitido? —Dejó caer las manos a los lados y apretó los puños—. Jarek no es mi amo.

—Lo será —afirmó el esclavo.

Asha abrió la boca para gruñirle, pero... ¿acaso no era eso lo que temía?

¿Acaso no era esa la razón por la que necesitaba matar a *Kozu*?

Bajó la mirada y se fijó en la garganta del chico, donde el pulso frenético

delataba su acelerado corazón.

—Tienes razón —acabó admitiendo—. No siempre salgo por la puerta.

—Es sólo cuestión de tiempo que mi amo me encuentre —dijo él—. Si me quedo aquí, estoy muerto.

Asha abrió los puños.

—¿Me estás pidiendo que te enseñe la salida?

El chico asintió.

¿Qué más daba? No sobreviviría solo en el Rift.

—Devuélveme las espadas y te la mostraré.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Lo había dejado todo en el Rift salvo la armadura, por lo que tenía que conseguir ropa de caza, un nuevo saco de dormir y un hacha.

—Esta noche entonces —aceptó él.

Ella alzó la mirada y se encontró con unos ojos que se ablandaban y que le escudriñaban la cara.

Se sintió como un dragón atraído sin remedio por una vieja historia; consciente de que era una trampa, pero incapaz de evitarla.

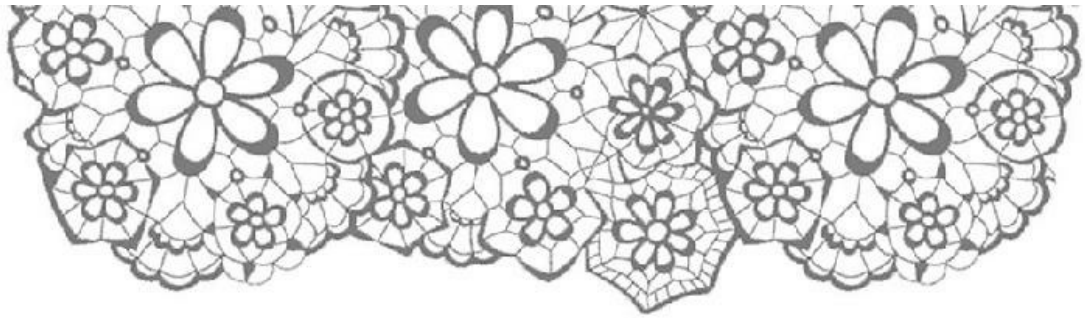
«Debemos sufrir mucho para hacer frente a la maldad».

Siempre había habido algo malo en ella. Algo fácilmente corrompible. Su adicción infantil a las viejas historias —las mismas que mataron a su madre— era el primer signo visible de ello. El horrible incidente con *Kozu*, el segundo. Y ahora se enfrentaba a aquella...

Aquella incapacidad para decirle que no a ese skral que, por alguna razón, era importante para su hermano.

El chico elevó la comisura de la boca, haciendo que el pulso se le disparara.

—Os estaré esperando, Iskari.



La traición de una reina dragón

Había una vez un reino dividido por un mar de arena. A un lado se elevaba Firgaard, una ciudad amurallada, adoquinada y elegante; al otro se extendían las tierras baldías, salvajes, libres y violentas. Eran viejos enemigos. Amargos rivales.

A raíz de la muerte de su madre, el rey dragón quiso instaurar la paz. Todo el mundo lo sabía, pero nadie creía que lograra llevarlo a cabo.

Aun así, lo consiguió.

En una de las cinco Grandes Casas que se ubicaban a lo largo del mar de arena vivía Amina, una joven baldía hija de la Casa de las Estrellas. Ella sería el puente entre lo viejo y lo nuevo, entre un mundo de calles empedradas y una vasta extensión de arena.

El rey dragón se unió a ella en el desierto y la llevó consigo a la capital, creyendo que llevaba la paz.

Amina era amable e inteligente. Daba igual que fuera una rebelde, pues

la gente de Firgaard la quería.

Pronto, la joven dio a luz a dos herederos: un niño y una niña. El niño se parecía a su madre, pero la niña era desafiante y asilvestrada.

«Está poseída por un espíritu malvado», susurraban los esclavos detrás de las puertas.

«Su sangre rebelde la ha corrompido», decían los cortesanos tapándose la boca con la mano.

Amina veía los ojos entrecerrados. Oía lo que cacareaban las lenguas. Pero le encantaba el espíritu de su hija; le recordaba a su hogar.

Cuando empezaron las pesadillas, cuando la niña comenzó a gritar por las noches y a llorar de pánico, buscó a los mejores médicos de la ciudad. Estos le dieron instrucciones y le prepararon remedios, pero las pesadillas no hicieron más que empeorar. Y los médicos no tardaron en mirar a la pequeña como todos los demás.

«Malvada —leía en sus ojos—. Poseída».

Así que optó por aplicar su propio tratamiento.

Cuando los faroles y las velas se apagaban y su marido empezaba a roncar, se levantaba de la cama a hurtadillas, atravesaba con sigilo los corredores del palacio y se encerraba en la habitación de su hija.

Allí, sin que nadie la viera, ahuyentaba sus pesadillas con historias. Viejas historias. Historias prohibidas. Se las contaba en voz alta durante toda la noche hasta que la niña dejaba de llorar y se dormía.

Pero cada noche que la reina dragón se escabullía hasta el lecho de su hija y le contaba aquellas historias en alto, enfermaba un poco más. Se debilitaba un poco más. Las historias la estaban envenenando, igual que habían envenenado a los cuentacuentos antes que a ella. Eran letales y por eso habían sido prohibidas.

No obstante, aunque envenenaban a Amina, a su hija la hacían más

fuerte. Las pesadillas de la niña se disiparon y esta dormía más plácidamente que nunca.

Cuando el rey dragón se enteró, cuando se dio cuenta del peligro al que se había expuesto su esposa, intentó intervenir. Pero era demasiado tarde: las historias le estaban drenando la vida.

Y, antes de que saliera la siguiente luna, estaba muerta.

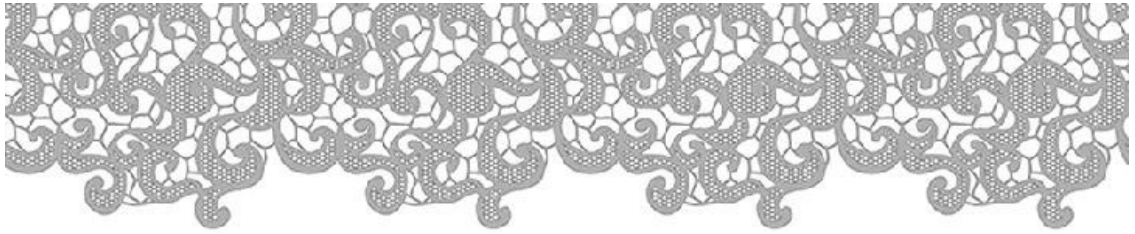
Al rey se le partió el corazón.

Por su traición —por quebrantar la ley y poner en peligro a su hija—, no pudo proporcionarle una quema digna. Ni siquiera pudo administrarle los últimos sacramentos. Sólo pudo contemplar cómo los soldados abandonaban su cuerpo al otro lado de las puertas de la ciudad para que se pudriera al sol como les había ocurrido a muchos otros traidores antes que a ella.

Cuando los habitantes de las tierras baldías se enteraron de la muerte de Amina, de su funeral profano, lloraron de pena y bramaron de rabia. Declararon un monstruo al rey dragón y, ciegos de ira, tomaron prisionero a su hijo y heredero, un niño de tan sólo doce años, un niño que hasta entonces había sido un invitado en sus tierras. Él era el heredero de un rey monstruoso y acabaría convirtiéndose en un monstruo también, de modo que lo trataron como tal. Al hacerlo, rompieron la alianza con el rey dragón y esparcieron sus pedazos por la arena.

Y Amina, la reina amable, nunca sería recordada por haber curado las pesadillas de su hija.

Sino por ser una traidora.



Quince

El problema de volver al palacio cuatro días antes de su boda era que, en cuanto pusiera un pie en el patio exterior, corría el riesgo de ser vista. Y si la veían, reclamarían su presencia.

De modo que no se sorprendió cuando oyó que alguien la llamaba.

—¡Iskari! —Era una niña esclava. Una que trabajaba para la costurera del palacio—. Llegáis tarde para la prueba.

—¿Qué prueba?

—La de vuestro vestido.

Asha arrugó el entrecejo. Lo que necesitaba en ese momento era ropa limpia de caza, no un vestido elegante.

—Es vuestro vestido de boda, Iskari.

Era como caminar hacia una trampa, una tendida en exclusiva para ella. Porque, en ese preciso momento, Jarek apareció en su camino.

Se quedó petrificada.

—Os lo recordé —le dijo la esclava.

Jarek miró el fardo de la armadura que llevaba bajo el brazo y luego el

caftán. Un caftán que a todas luces no era suyo. Asha notó cómo cavilaba y reflexionaba sobre su extraño atuendo, cómo se preguntaba por qué cargaba con ropa de caza, pero no la llevaba puesta. Intentaba atar cabos, pero le faltaban piezas del rompecabezas.

De repente, sintió unas ganas irrefrenables de que la escondieran en su habitación para que le tomaran las medidas del vestido. Antes de que pudiera interrogarla, pasó rozándolo por su lado.

—Llego tarde a mi prueba.

Él hizo amago de agarrarla, pero lo esquivó rápidamente.

—¿Has visto a Safire? —le preguntó a voces el comandante.

Se detuvo. Se giró y se topó con una sonrisa de suficiencia en la atractiva cara de su prometido.

—Yo tampoco.

Asha le dio la espalda. Pese al pánico que iba cobrando forma en su interior, pese al hielo que sentía en la base de la columna, conservó la calma y la medida en sus pasos.

En cuanto dobló una esquina del pasillo, echó a correr.

No se dirigió a su habitación, sino a la de su prima, que estaba vacía. Habían arreglado la puerta —le había pedido a un esclavo que la cambiara por otra más recia y nueva de una habitación al final del pasillo— y no había señales de ninguna refriega. Todo estaba en su sitio.

Comprobó la enfermería anexa.

Vacía. Vacía y con olor a limas recién cortadas.

—Por favor, Iskari, acabaremos antes si os estáis quieta.

Los brazos le dolían y el corte suturado del costado no le daba tregua. Llevaba quieta y derecha lo que le parecían días mientras las esclavas trabajaban prendiendo la delicada tela donde quedaba demasiado ancha y

marcándola donde quedaba demasiado estrecha. Cada vez le costaba más conservar la postura con la herida punzante y la mente bullendo de preocupación.

Podía ser un truco. Jarek sabía mejor que nadie cómo fastidiarla. Podía haber mencionado a Safire sólo por irritarla.

Apretó los dientes ante el dolor que sentía en la mano quemada; se había dejado puestos los guantes ignífugos para ocultarla. Se obligó a mantener los brazos estirados completamente quietos y volvió a centrar su atención en la esclava que tenía delante. La que había ido a buscarla.

—Ya podéis bajar los brazos, Iskari.

La chica se alejó para apuntar algo. Asha, aliviada, obedeció. Cuando las otras dos esclavas se giraron para dejar sus alfileres, pudo disfrutar del reflejo del espejo sin obstrucciones. Su vestido destellaba como la luz del sol en el mar, en el que había nadado hacía mucho tiempo cuando viajaba a Darmoor con su madre. La ciudad portuaria estaba rodeada en tres de sus lados por una vasta expansión de agua salada.

Las mangas largas en forma de pétalos estaban abiertas a la altura de los codos y caían más allá de las muñecas, y unas flores bordadas se entrelazaban alrededor del cuello. Había dos capas: una inferior dorada y una superior blanca. Desde la cintura hacia abajo, el vestido de boda resplandecía en varios velos superpuestos tan ligeros que parecían espuma de mar.

Era lo más bonito que había visto jamás.

No le pegaba en absoluto.

La delicada elegancia hacía que su cicatriz resaltara más de lo habitual. La piel parcheada y descolorida le recorría el lado derecho de la frente hasta la oreja y la mandíbula, continuaba por la garganta y los hombros, y desaparecía bajo la línea del cuello. El resto quedaba oculto bajo la tela donde nadie más podía verlo.

El esclavo de Jarek, sin embargo, lo había visto. Lo había visto todo.

Aquella idea provocó que se ruborizase de la cabeza a los pies.

La esclava volvió con un rollo de tela dorada, interponiéndose en su reflejo.

—¿Podéis levantar los brazos, Iskari? —le preguntó, ciñéndole a la cintura lo que pronto se convertiría en un fajín.

Ella obedeció.

En cuanto lo hizo, un grito desgarró la calma.

Asha y la chica miraron hacia la puerta, por la que dos soldados irrumpieron sin llamar, con los morriones de acero ladeados.

—¡Hay un dragón en la ciudad, Iskari!

Las esclavas que tenía delante temblaron aterrorizadas.

Asha se desembarazó fácilmente de la capa superior del vestido; la de abajo era otro cantar. Jarek había mandado confeccionar la prenda según unas especificaciones muy precisas: los botones eran minúsculos y le subían por toda la espalda, haciendo que a la portadora le resultara físicamente imposible desabrochárselos y asegurándose así de que sólo su esposo pudiera quitársela en la noche de bodas.

Otra muestra de dominación. Otra forma de control.

—¡Quitadme esto!

Tres esclavas se le abalanzaron a la vez. Sus dedos temblorosos intentaron desabrochar torpemente los botones mientras se oían nuevos gritos y el golpeteo pesado y rítmico de las botas de los soldados resonaba por los pasillos. Asha no esperó a que las esclavas terminaran su tarea; agarró un cuchillo de caza que colgaba de la pared y se lo puso en la mano a una.

—Córtalo.

La muchacha, aterrorizada y con los ojos abiertos al máximo, lo asió. La Iskari se dio la vuelta. El silencio inundó la habitación mientras el cuchillo

desgarraba la delicada tela y el vestido se le aflojaba. Si se percataron de las vendas de lino que le envolvían el torso, no dijeron nada.

En cuanto se vio liberada, se puso unas mallas y una fina camisa de caza y se ciñó la armadura. Descolgó de la pared un hacha con un mango incrustado de joyas que su padre le había regalado por su último cumpleaños, un mero objeto decorativo hasta ese día, pero aún afilada como en el momento en que la habían pulido. Se la enganchó al cinto, se amarró las botas y salió a buscar al dragón que creía haber esquivado.

Lo vio a través de las ventanas arqueadas cuando recorría a toda prisa los corredores del palacio. El dragón, joven y esbelto, hizo su aparición en pleno vuelo mientras la ciudad se sumía en un caos de gritos. El sol resplandeciente resaltaba su silueta.

La segunda vez que lo vio, reconoció su cola roja bífida y la curvatura de su cabeza.

Mientras atravesaba corriendo el patio exterior, con el sol a su espalda, volvió a atisbarlo por tercera vez. En esta ocasión reconoció sus ojos claros y hendidos. Eran los mismos que la habían contemplado la noche anterior, cuando su golpe mortal fue interceptado.

Las palabras de Elorma le vinieron a la mente:

«Debes mantenerlo a salvo».

Los soldados pasaban a toda velocidad por su lado gritando órdenes contradictorias como: «¡Al tejado!» y «¡A la calle!».

En el caso de que un dragón asediara Firgaard, la prioridad de un soldado era la ciudad; tenían instrucciones de abandonar sus puestos y dirigirse o bien al tejado con arcos y lanzas —armas que pudieran abatir a una de esas criaturas— o a las calles estrechas y sinuosas para poner orden.

Estas últimas eran el lugar más peligroso en el que estar si había un

dragón suelto.

Asha salió del palacio en dirección a la calle, donde habían volcado unos carros; los mercaderes habían abandonado sus puestecillos. Mientras la gente corría en todas direcciones para alejarse de la bestia, medio pisoteándose los unos a los otros, los soldados intentaban tranquilizarlos y conducirlos a sus casas.

Unos cuantos más valientes habían subido a los tejados con los soldados y cargaban hondas con esquiras de cristal, piedras y trozos de hueso roto; el dragón rugía cuando conseguían dar en la diana. Asha creyó que contraatacaría, pero, en cambio, ascendió y voló en dirección al Rift.

Lo siguió a la puerta norte.

La muralla, que escudaba las montañas lejanas, apareció ante su vista. Los soldados permanecían derechos como columnas a lo largo de sus almenas polvorientas y contemplaban la figura del cielo. Jarek había redoblado su presencia tras la última gran incursión a los cuarteles de los esclavos, donde encontraron armas escondidas en alacenas y ollas, metidas bajo colchones e introducidas entre los armazones de las camas.

Abajo, media docena de soldados permanecían en fila, bloqueando la puerta. Asha aminoró la marcha al divisarlos.

—No tenéis que salir ahí fuera, Iskari. El comandante ya ha enviado cazadores.

Apretó con fuerza el mango del hacha. ¿Qué ocurriría si los hombres de Jarek mataban a la bestia?

Recordó su brazo paralizado: el castigo por usar incorrectamente el primer regalo del Viejo y desobedecer la orden que lo acompañaba.

Necesitaba detener a aquellos cazadores.

—Abrid la puerta.

Los soldados intercambiaron miradas bajo los bordes de acero de sus

morriones.

—Tenemos órdenes estrictas de no abrirla, Iskari.

Asha frunció el ceño.

—¿Órdenes de quién?

Seguro que no de su padre.

—Del comandante.

—¿A quién servís, a Jarek o al rey? —Asha deslizó el pulgar por el borde afilado del hacha—. Porque mi padre fue quien me asignó esta tarea, la de cazar a todos y cada uno de los dragones —señaló a la sombra del cielo—, incluido ese de ahí.

No le contestaron. No tuvieron que hacerlo. Su silencio era una clara señal de que seguían las órdenes del rey... hasta que esas órdenes entraban en conflicto con las de su comandante.

Se removió presa de la ansiedad. Era lo que se temía.

—Abrid la puerta.

A sus espaldas, el dragón se adentró en picado en el Rift, donde los cazadores esperaban para matarlo.

—¡Abridla!

Nadie se movió.

—Asha —gruñó una voz.

Una llamarada la atravesó. Se giró para encararse a Jarek, que se le acercaba amenazante como una tormenta. Su blasón oficial —dos sables entrelazados— resplandecía en su pecho.

—Diles que la abran —le exigió, señalando la puerta con el hacha.

El comandante se plantó justo delante y la taladró con la mirada. Esa era una de las razones por las que causaba tanto asombro en la gente: no la temía en lo más mínimo.

—Dime dónde está y me lo pensaré —repuso.

El esclavo.

¿Por qué les parecía tan importante a todos los que la rodeaban?

Se acordó de sus dedos encallecidos suturándole el costado a la luz de una vela. Se acordó de su rodilla, tan cerca de la suya, cuando le contó lo de las pesadillas.

Enterró esos pensamientos en lo más profundo de su ser y alzó la mirada hacia Jarek.

—¿No es tu deber buscar y atrapar delincuentes? A lo mejor si dejaras de interferir en mis tareas, cumplirías antes con las tuyas.

El comandante la fulminó con la mirada.

—Hay cinco cazadores que te llevan ventaja, Asha. Uno de ellos lo abatirá.

—Ambos sabemos que puedo matar a ese dragón mucho antes que los demás —gruñó—. Soy la Iskari.

Él la agarró del brazo y se lo apretó hasta que le dolió, una muestra de lo fácil que le resultaba dominarla, por mucha Iskari que fuese. La dominaría una vez que estuvieran casados. Una vez que nadie pudiera impedirselo.

No podía permitir que eso ocurriera.

Él se acercó más.

—Es mi deber mantenerte a salvo de todo peligro, Iskari.

A Asha se le incendió la mirada. El fuego colmaba su visión, volviéndolo todo de un rojo candente.

¿Es que no lo entendía?

—¡Yo soy el peligro! —exclamó.

Jarek hizo un gesto con la cabeza a un soldado que había cerca.

Hecha una furia, observó cómo este se sacaba un manajo de llaves del bolsillo y franqueaba una puerta en el muro. Sabía que conducía a las almenas. Jarek tenía allí unas cuantas celdas pequeñas para viajeros

sospechosos que trataban de entrar en la ciudad.

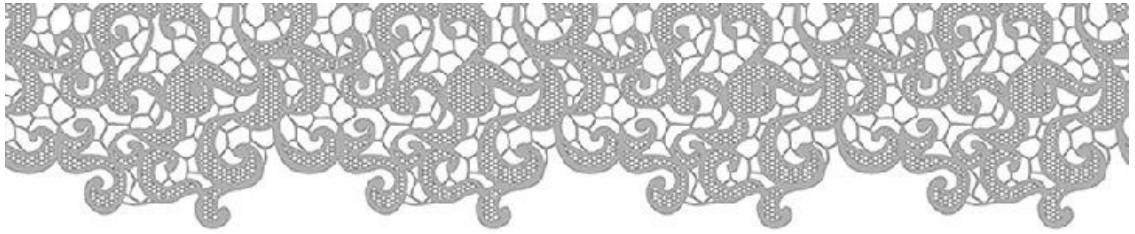
Cuando el soldado volvió a aparecer, iba acompañado de su prima.

Safire llevaba la capucha de la capa arrebujada sobre los hombros. Tenía el ojo izquierdo cerrado por la hinchazón y bordeado de un cardenal entre negro y púrpura, y el labio inferior partido por la mitad. Llevaba el dobladillo de la ropa manchado de rojo y, por el modo en que se pegaba el brazo a la cadera, debía de dolerle mucho.

Verla en un estado tan lamentable fue como si le hubieran clavado un cuchillo en el corazón.

Aquello era lo que ocurría cuando no le dabas a Jarek lo que quería.

El dragón al otro lado de las murallas tendría que esperar.



Dieciséis

Asha llevó a su prima con Dax. Mientras Safire explicaba todo lo que había ocurrido, este permanecía a la escucha, quieto y en silencio, y sus ojos marrones se iban oscureciendo por momentos bajo su ceño fruncido.

Roa no estaba con él.

«Mejor», pensó. Esperaba que su hermano hubiera entrado en razón y mantuviera a los rebeldes lejos del rey.

Mientras Dax vigilaba a su prima, Asha afiló el hacha enjorada y esperó a que el sol se pusiera; bajo el manto de la noche tendría más oportunidades de no ser vista por los soldados de Jarek. En cuanto el orbe dorado se ocultó tras la curva de la montaña, se subió a la ventana arqueada, lanzó el yelmo al tejado y trepó tras él.

A continuación, fue atravesando las diversas azoteas hasta que llegó a los huertos del palacio, que, al anochecer, estaban desiertos. Los árboles colmaban el aire con el suave aroma de sus flores y las siluetas de los murciélagos de la fruta revoloteaban rozando las ramas. Se inclinó sobre la muralla exterior y saltó a la calle de abajo.

Zigzagueó por la ciudad, alejándose del canturreo y la matraca del mercado nocturno y de los gritos persuasivos de los mercaderes. Enfiló estrechas callejuelas por donde no era probable que transitaran los soldados y por fin llegó a las puertas del templo, al que entró sigilosamente.

Con el yelmo encajado bajo el brazo, se plantó ante la puerta de cedro, alzó el puño y llamó.

—¿Iskari? —El esclavo abrió la puerta y la dejó pasar. Ella entró apartándolo de un empujón—. ¿Estáis bien?

Asha fue directa a por las espadas gemelas negras que descansaban en el camastro, imaginándose que arrastraba la cabeza chorreante de sangre de *Kozupor* las calles de Firgaard. Imaginándose la cara que pondría Jarek cuando le arrebataran lo que más quería.

—¿Qué ha pasado?

Se acordó del rostro amoratado y magullado de Safire.

—Ojalá supiera cómo hacerle temblar de miedo —musitó.

Un extraño silencio llenó el espacio que los separaba. Cuando alzó la vista, vio que el chico la estaba mirando. Viéndolo todo de algún modo. Oyendo cada palabra que no pronunciaba.

Apartó la vista y sus ojos se posaron en los estantes llenos de pergaminos.

Entonces algo se despertó en su interior. Un recuerdo de su hermano en esa misma habitación, bajando pergaminos de aquel estante. Pergaminos escritos con una caligrafía irregular y sembrados de faltas ortográficas.

Sacó uno de los rollos y lo desplegó. Contempló las letras temblorosas garabateadas en su superficie blanca y acartonada. Estaba recién hecho.

Se acordó de las clases de antaño con Dax, de la frustración de sus maestros cuando no conseguía leer las palabras. Se acordó de lo que murmuraban entre dientes cuando creían que no los oía.

«Estúpido. Inútil. Inepto».

Todo el mundo asumía que nunca aprendería a escribir.

«A menos que lo hiciera y nadie se diera cuenta», especuló Asha.

Pensó en los temblores de su hermano. En su pérdida de peso. En que la luz que normalmente iluminaba sus ojos se estaba apagando. Echó la vista atrás: los síntomas de su madre empezaron justo cuando comenzó a contarle las viejas historias por las noches.

¿Y si Dax estaba escribiéndolas en los pergaminos?

Y en caso afirmativo, ¿tenía el mismo efecto escribirlas que contarlas?

—Parece que hayáis visto un fantasma, Iskari.

Asha levantó la vista hasta el esclavo.

—Es mi hermano —respondió—. Creo que puede estar enfermo.

Volvió a pensar en su madre. «¿Qué vino después de los temblores?».

«La tos».

Estaría alerta por si percibía aquel síntoma... después de ocuparse de *Kozu*.

El esclavo llevaba el manto carmesí de Jarek. Con la capucha echada y las borlas que lo sujetaban por la garganta y por los hombros, estaba irreconocible. Aunque tampoco es que le hiciera mucha falta disfrazarse, porque, mientras bajaban las escaleras y se adentraban en las profundidades del templo, no se cruzaron con un solo guardia.

—Habladme de esas espadas que lleváis a la espalda —le pidió.

—Sólo si tú me dices por qué un esclavo doméstico sabe tanto de leyes de caza.

Cuando llegaron a la cripta, Asha encendió la lámpara. La luz naranja osciló en las paredes de piedra, proyectando sombras en los huecos largos y estrechos e iluminando hileras e hileras de vasijas sagradas. Vasijas que contenían los restos de sus antepasados.

—Greta era una esclava de caza antes de que mi amo la comprara — explicó.

Greta. La esclava anciana. El nombre se hundió como una losa dentro de ella. Cayó en la cuenta de que el chico no sabía que estaba muerta, ya que había estado convaleciente en el templo. En su mente, Greta estaba a salvo en el foso.

—Todo lo que sé de caza y dragones me lo enseñó ella. —Sus dedos recorrieron las paredes brillantes y húmedas como en busca de recuerdos—. Todo lo que sé, en general, es gracias a ella. Greta me crió.

Asha recordó aquella noche en casa de Jarek. Las lágrimas en los ojos de la anciana cuando le abrió la puerta. Debería haber estado en el foso, pero se había quedado allí porque quería a aquel esclavo, ahora se daba cuenta de ello.

Tragó saliva. Alguien tenía que decírselo.

—Greta ha muerto.

Oyó que el chico se detenía en seco y un frío gélido le caló la piel. Estaba fuera del resplandor de la lámpara y no lo veía.

—¿Qué? —preguntó, y fue más un susurro que una palabra.

Asha se quedó inmóvil.

—Yo..., yo la vi morir.

El silencio fue creciendo poco a poco en la oscuridad, hasta que un grito amortiguado reverberó en la cripta cuando un puño golpeó la roca. Al oírlo, se le hizo un nudo en la garganta. Caminó muy despacio con la lámpara hasta dar con él. Se había sentado en el suelo con los codos apoyados en las rodillas y se tapaba con fuerza los ojos con las palmas de las manos.

Asha no recordaba la última vez que había llorado. No sabía qué decirle. Pero le parecía mal permanecer callada. Su caja torácica de pronto era demasiado pequeña y se le ceñía cada vez más alrededor del corazón.

—El túnel está aquí —anunció cuando el silencio se le hizo insoportable. Alzó el farol y alumbró la rendija en la roca—. Ahora ya lo sabes. Puedes escapar hacia el Rift y no volver nunca. Eres libre.

Ya podía ir añadiendo «liberar a un esclavo» a su lista de delitos.

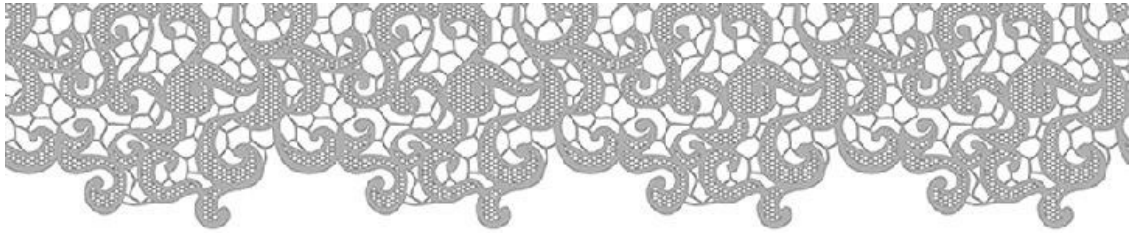
Él no dijo nada. Ni siquiera levantó la cabeza.

Sin saber qué más hacer, lo dejó allí. Tenía que encontrar a su dragón en la sombra. Y después a *Kozu*. Sólo le quedaban cuatro días.

Había hecho lo que había prometido. Le había enseñado el túnel. Si lo pillaban allí llorando como un niño, era culpa suya.

Sin embargo, cuanto más subía, más vueltas le daba. Aunque el skral consiguiera salir al Rift, tendría que lidiar con las criaturas salvajes, los elementos y, por supuesto, los cazadores de Jarek. ¿Y si lo atrapaban?

Así que se dio la vuelta y desanduvo sus pasos.



Diecisiete

No habían intercambiado ni una palabra desde su llegada al final del túnel, lo cual le parecía bien. No necesitaba hablar.

Cuando salieron a la luz de la luna, el bajo ulular de un búho les dio la bienvenida. Estaba inspirando el frío aire de la noche justo cuando el esclavo se paró en seco y estiró el brazo para detenerla, haciéndola tropezar con él. Estaba a punto de apartarlo cuando, en el bosque de cedros que tenían delante, vio lo que lo había detenido: dos ojos claros y hendidos que los miraban en medio de la oscuridad.

Dejó escapar un suspiro tembloroso.

El dragón en la sombra. Así que los cazadores no lo habían encontrado.

—Sigue caminando —le dijo ella.

—¿Qué?

—Ya verás.

Asha se adentró en el bosque mientras el dragón avanzaba sigilosamente junto a ellos sin ser visto. Por encima de la quietud del viento, oía su molestar las hojas y el suave chasquido de sus escamas ondeando a medida que

se movía. Continuó caminando hasta que la espesura se volvió prácticamente impenetrable, y siguió el sonido de una corriente de agua. Al llegar a un pequeño arroyo, se detuvo. Olía a tierra húmeda. Se acuclilló en la hierba, miró hacia los árboles donde el dragón acechaba, observándola a su vez, y se preguntó qué demonios se suponía que debía hacer.

El esclavo se sentó a su lado, tembloroso y con los ojos como platos.

—Te dije que podías marcharte —le recordó Asha, que también se sentó y se rodeó las rodillas con los brazos—. No voy a detenerte.

—¿Sabéis cuál es el castigo por liberar a un esclavo?

Sí que lo sabía.

—La pérdida de una mano —continuó, por si acaso.

Asha se encogió de hombros. Tendrían que demostrar que había sido ella. Y, de todos modos, sólo necesitaba una mano para matar a *Kozu*.

—Aléjate de los senderos de caza —le advirtió—. Empiezan aquí, en el bajo Rift, y se extienden en dirección oeste, hacia las tierras de cultivo. Si sigues hacia el este, tal vez consigas llegar a Darmoor.

Aunque aquella era una caminata muy larga a pie. Y el Rift era un lugar agreste y peligroso. Las probabilidades de conseguirlo solo eran escasas.

Él debía de saberlo, porque respondió:

—Creo que, por ahora, seguiré aquí.

Asha lo miró perpleja.

Él alcanzó una larga brizna de esparto y se la enrolló en los dedos.

—Ahí hay un dragón. —Señaló los árboles de delante con la cabeza mientras arrancaba dos briznas más. Las entrelazó y formó una especie de trenza—. Y, como resulta que sois una cazadora de dragones, tengo intención de quedarme con vos hasta que esté muerto o se haya ido.

—Por desgracia para los dos —murmuró Asha—, ninguno de esos dos resultados parece previsible.

—¿Qué? —Se giró hacia la fronda, donde el dragón seguía agazapado, y luego de vuelta a Asha—. ¿Por qué no?

Ella suspiró; el aire le salió despedido de una bocanada. Se tumbó en la hierba y contempló a la luna: una mera esquirla roja en un cielo negro.

—No puedo matarlo —susurró—. Ojalá pudiera, pero... —le lanzó una mirada avergonzada—, se supone que debo protegerlo.

El esclavo bajó la vista hasta ella, bloqueándole el cuerpo celeste.

—Pero vos sois la Iskari. La cazadora de dragones del rey.

—Si muere —dijo, devolviéndole la mirada—, el Viejo me castigará.

—¿El Viejo...? —Enarcó una ceja. Había cierta nota de burla en el gesto—. Iskari, habéis matado cientos de dragones. ¿Os ha castigado por alguno de ellos?

Plantó una mano justo por encima de la cabeza de Asha y se le acercó más.

Demasiado.

A ella se le aceleró el pulso. Se salió de debajo de él y se puso en pie. Volvió a concentrarse en el dragón y atravesó el riachuelo chapoteando. Si pudiera atraparlo, tal vez lograra amansarlo. Y si lo conseguía, tal vez pudiera enseñarle a no seguirla hasta la ciudad.

Sentía que estaba entre la espesura, agazapado y listo para saltar. Se acercó despacio. Con cautela. Cuando estaba a unos pasos de distancia, ralentizó aún más el ritmo. Empezó a chasquear suavemente la lengua, imitando los ruidos que hacían los dragones en un intento por atraerlo.

La criatura se desvaneció en la oscuridad.

—¡Estupendo! ¡Vete! —le gritó; cogió unas cuantas piedras del lecho del arroyo y, una tras otra, las arrojó a los árboles—. ¡Te odio!

Cuando se quedó sin piedras, dijo, sin volverse hacia el esclavo al otro lado del arroyo:

—Me siguió todo el camino hasta el palacio, pero no me deja acercarme más. —Dio media vuelta y regresó chapoteando hasta donde él se encontraba tras darle una patada a su yelmo—. Así que ¿cómo se supone que debo mantenerlo a salvo?

Él la examinó de arriba abajo.

—¿Queréis que sea sincero? Si yo fuera un dragón, tampoco me acercaría mucho a vos.

Asha siguió su mirada: desde la armadura hasta el yelmo a sus pies y pasando por sus botas. Recogió el yelmo del suelo y lo estudió. Todo lo que llevaba estaba hecho de piel de dragón.

El esclavo lo agarró, pero ella lo sujetó con fuerza.

Al final, se lo arrebató de las manos de un tirón.

—Confiad en mí.

El miedo la atravesó al recordar lo que sintió de niña al plantarse sin armadura ante *Kozu*.

El fuego que se abalanzaba sobre ella.

Los gritos atrapados en su garganta.

Su cuerpo en llamas.

El esclavo, con el yelmo bajo el brazo, se le acercó lo suficiente como para alcanzar las hebillas de su coraza. Empezó a desabrocharlas sosteniéndole la mirada.

A Asha se le aceleraron el pulso y la respiración.

—Eso sí que no —replicó, y se apartó.

—Muy bien. —Dejó el yelmo a sus pies. Acto seguido, se quitó las sandalias, se remangó los pantalones hasta las rodillas, se sentó junto al arroyo y metió los pies en el agua—. Tal vez por la mañana lo hayáis asustado lo suficiente como para que yo pueda seguir a salvo mi camino.

Le dio una patadita al agua mientras apoyaba las manos en el margen del

riachuelo.

Asha se quedó allí de pie, sola a la luz de la luna, mirándose.

¿De qué tenía miedo? Si el dragón hubiese querido matarla, ya lo habría hecho, ¿no?

Empezó a desabrocharse las hebillas y a quitarse piezas de la armadura. La quemadura de la mano en la que llevaba el hacha le dolía más que nunca. Se soltó las espadas que llevaba a la espalda, moviendo los hombros para quitárselas, y las tiró al lado de la armadura. El aire de la noche se le coló por la camisa de caza y le recorrió los brazos desnudos. Entonces se agachó y comenzó a desatarse las botas; primero una y luego la otra.

Descalza, con el roce de la hierba de esparto en las rodillas, se sentía... desarmada. El viento le revolvía el pelo. El aire de la noche besaba su piel cicatrizada. Creía que plantarse sin protecciones ante un dragón vigilante le haría sentirse vulnerable y expuesta. Y en realidad así era. Pero también sentía algo más.

Se sentía sin ataduras.

Salvaje.

Libre.

Sin una sola cosa que la protegiese, dejó atrás al esclavo, atravesó el riachuelo y se adentró en el bosque en busca de esos ojos hendidos. Oyó el sonido sibilante de una cola bífida a medida que se acercaba.

Tres pasos. Luego dos. Luego...

El dragón salió corriendo despavorido.

Asha gruñó con los puños apretados.

—¡No ha funcionado!

La silueta oscura del esclavo se le acercó. Pero lo dejó atrás y volvió a atravesar el frío arroyo, tiritando en mitad de la noche. ¡Menudo error!

Con todo, cuando llegó al montón de piezas de la armadura, ya no la

reconoció. Le parecía más bien la piel desechada de un lagarto y no fue capaz de volvérsela a poner.

—Estoy perdiendo el tiempo —murmuró, pensando que *Kozu* estaría vagando por algún lugar del Rift. Debería estar dándole caza, no intentando amaestrar a aquella estúpida bestia. Sólo quedaban cuatro días para la noche del enlace. Cuatro días para que Jarek se la llevara a la cama.

Los ojos le escocieron ante semejante idea. Se apretó la frente con las palmas de las manos y se acuclilló en la hierba.

Una sombra se agachó frente a ella.

—Es una criatura salvaje, Iskari. Y vos sois una cazadora. No podéis esperar que acuda cuando la llamáis. Primero tenéis que ganaros su confianza.

Asha alzó la vista hasta la silueta del esclavo.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

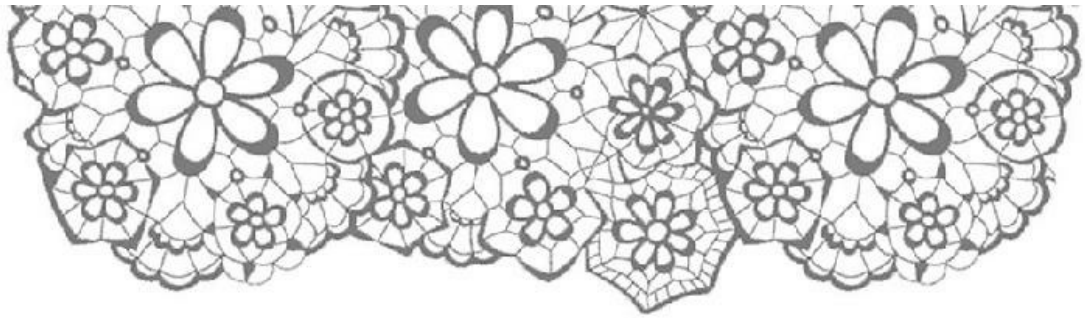
—Esperar —dijo—. Dejar que venga a vos.

La luna estaba menguando. No podía esperar.

Pero tal vez no tuviera que hacerlo. ¿Cuántas veces había atraído a un dragón el año anterior? Demasiadas. La mera idea hizo que el estómago se le revolviera. Si atraía a aquel en particular, el esclavo descubriría que había estado utilizando las viejas historias. Que seguía siendo la misma niña corrompida que había traído la desgracia a su pueblo.

Aunque, por otro lado, ¿a quién le importaba lo que averiguase el esclavo?

Se echó hacia atrás, se apoyó en las manos, dio un gran suspiro y empezó.



La historia de Willa

Willa era hija de un granjero. Era un problema para sus padres, que no conseguían casarla porque nadie quería una esposa que tenía que pararse a descansar en mitad de la cosecha. Nadie quería una esposa que tal vez no aguantara un parto.

Willa tenía un corazón débil y eso la convertía en una carga..., hasta el día en que llevó a las ovejas a pastar y nunca volvió.

El Viejo se le apareció en las dunas. La había reservado para su primer Namsara, para que fuese la hika de Elorma: una compañera sagrada, una pareja perfecta, modelada para él tal y como el cielo estaba hecho para la tierra. Le dijo que abandonara a su familia y lo buscara. Willa, que siempre había sido muy devota, hizo lo que le pedía.

Atravesó el desierto y, cuando llegó a Firgaard semanas después y franqueó las puertas del templo, Elorma —que nunca antes la había visto— supo exactamente quién era.

No obstante, pasaron nueve lunas antes de que pudieran casarse, porque Willa aún no tenía dieciocho años. Durante ese tiempo, Elorma le enseñó a leer y escribir para que pudiera ayudarlo en el templo. Le explicó las costumbres de Firgaard, le enseñó las tradiciones de sus habitantes y nunca le importó, ni una sola vez, que tuviera que pararse a descansar por la debilidad de su corazón. De hecho, cada día que pasaba, se enamoraba más de ella.

Pero el sentimiento no era mutuo. Willa hacía lo que le pedían, pero el Viejo no podía obligarla a amar a un hombre. Elorma intentó ganarse su afecto: le compró regalos y, como eso no funcionó, le escribió poemas, que tampoco surtieron efecto. Así que se dirigió al Viejo en busca de consejo, pero este guardó silencio.

Un día, los enemigos del oeste atacaron la ciudad. El propio Elorma fue capturado y hecho prisionero mientras los invasores se establecían como gobernantes de la ciudad. Fue Willa quien reunió al pueblo de Firgaard y lideró la revuelta. Fue ella quien se plantó delante del rey impostor con un millar de puños a su espalda para exigir que le devolviera a su prometido.

Tras expulsar a los invasores, Elorma suplicó al Viejo que liberase a Willa de su compromiso; no quería ser responsable de encerrar a un pájaro en una jaula de hierro.

Esta vez, el Viejo accedió a su petición.

Elorma buscó a su amada. Le pidió que volviera a su antigua vida y que fuera libre.

Pero Willa se negó. Las gentes de Firgaard ya no la veían como a una tonta campesina. A sus ojos ahora era una heroína y la ciudad era su hogar. Se había convertido en la pareja de Elorma.

La noche de su enlace, este esperó en el templo mientras su amada desfilaba por las calles. Los habitantes de Firgaard le tiraban flores a los

pies, le besaban las mejillas y la colmaban de buenos deseos, y a ella se le henchía el corazón en el pecho. Ya no era una carga.

Pero nunca llegó hasta su prometido. Oyó que la Muerte decía su nombre y su débil y henchido corazón falló.

Cuando se desplomó de rodillas en los adoquines, los vítores a su alrededor se acallaron.

—Mi amor —susurró—. Te esperaré a las puertas de la Muerte.

El viento transportó sus palabras hasta Elorma, que corrió hacia su joven amada. Pero antes de poder alcanzarla, el corazón de esta dejó de latir. La Muerte, la muy ladrona, se la había arrebatado.

Cuando llegó, su cuerpo aún estaba caliente. La agarró, maldijo al Viejo por no haberla salvado y sollozó con la cara enterrada en su pelo.

Pero cuando la joven llegó a las puertas de la Muerte, detuvo sus pasos y volvió la vista hacia la tierra de los vivos. A las almas no les estaba permitido demorarse en la puerta, así que la propia Muerte fue a por ella.

No le importó.

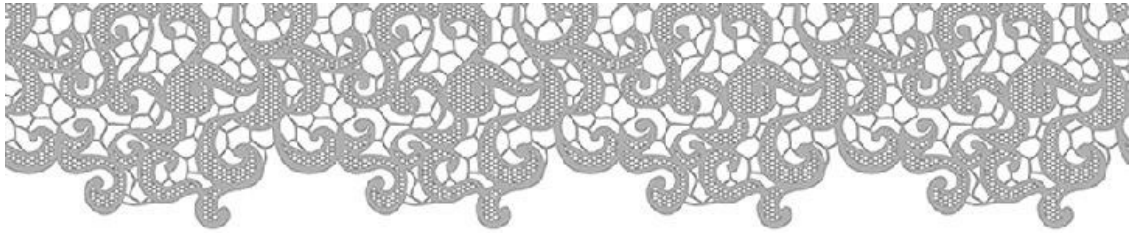
La Muerte envió una racha de frío para congelar el amor de su corazón, pero Willa no se inmutó.

Envió un fuego rabioso para quemar sus recuerdos, pero ella los sujetó con fuerza.

Envió una ráfaga de viento tan fuerte como el mar para obligarla a franquear la puerta, pero ella se agarró a los barrotes y no entró.

De modo que la Muerte se rindió y la dejó en paz, pensando que con el tiempo se aburriría. Pero la lealtad de la joven nunca flaqueó. Esperó hasta que el propio Elorma se dirigió hacia las mismas puertas, toda una vida después, y, en cuanto estuvo ante ellas, se soltó de los barrotes.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó. Y entonces cogió de la mano a su amado y lo condujo hacia la Muerte.



Dieciocho

Cuando la voz de Asha enmudeció, la vieja historia permaneció en su interior, infundiéndole poder. La versión del pergamino acababa con Elorma tomando de la mano a Willa y ayudándola a franquear la puerta. Pero a Asha no le gustaba aquel final. Era la historia de Willa. Era ella la que había resistido al frío, al fuego, al viento y al tiempo. Y debería ser ella la que ayudara a Elorma a franquear la puerta. Así que cambió la última línea.

Cuando la historia dejó de ejercer su influjo, volvió al bosque y se encontró con el esclavo, que se dirigía hacia ella. De nuevo se sintió sobrecogida por la amabilidad de su mirada. No era posesiva como la de Jarek ni mostraba miedo como la de los demás. La mirada de aquel esclavo era tierna y ligera como una pluma.

Un bajo bufido rompió el silencio. Ambos alzaron la vista hacia el dragón que se cernía sobre ellos, y sintieron en la cara su aliento tórrido y nauseabundo. Su cola daba peligrosos latigazos.

La bestia entrecerró sus ojos hendidos y emitió un rugido sordo y retumbante.

Asha, que seguía desarmada y sin protección alguna, cayó presa del pánico y huyó.

—No. —El dolor le agujoneó las costillas cuando el esclavo le rodeó el estómago con fuerza y la obligó a retroceder para que se enfrentara al dragón —. No corráis.

Fuego, rojo e intenso. Quemándole la piel y silenciando sus gritos...

La agarró por los puños y los codos, y la sujetó bien. Y todo ello mientras el dragón se acercaba.

—Shhh. Dejad de revolveros.

Cuando quedó claro que no pensaba soltarla, claudicó. Se volvió hacia él aterrorizada y a la espera de que la bestia atacase.

La noche se detuvo a su alrededor. El corazón le martilleaba en los oídos.

—Iskari. —Los brazos del esclavo se aflojaron en su cintura—. Mirad.

El dragón se había sentado y ladeaba la cabeza, observándolos.

El esclavo chasqueaba la lengua y Asha se preguntó si Greta le habría enseñado más cosas de las que creía.

Con un brazo firme alrededor de su cintura, estiró el otro y continuó chasqueando la lengua levemente para intentar atraer al animal. Asha contuvo la respiración.

La criatura parecía insegura; su mirada oscilaba entre la mano extendida del esclavo y la Iskari. Al cabo de un instante, echó a andar con la vista clavada en ella. Olfateó la palma del chico y le dio un empujoncito inofensivo. El brazo del esclavo se tensó alrededor de su cintura, como si temiera que fuera a echar a correr. Luego deslizó la mano sobre el hocico escamoso del dragón, cogió la mano buena de Asha y la extendió despacio.

Pasó un buen rato hasta que el dragón se animó a olisquearle los dedos y otro aún mayor hasta que le dio un empujoncito en la palma. Cuando se acercó para resoplarle en el cuello, ella le agarró el hocico por precaución. Su

aliento era repugnante: olía a carne en descomposición.

—Explicadme una cosa —le susurró el esclavo contra la mejilla—. Las historias hicieron enfermar a vuestra madre, ¿verdad?

—Sí —respondió Asha, inhalando el olor denso y ahumado del dragón.

—Entonces, ¿por qué a vos no os pasa lo mismo?

—Mi madre era demasiado blanda —respondió, siguiendo sus indicaciones y acariciando por sí sola el hocico de la bestia—. Demasiado buena. No podía controlarlas y la carcomieron como el veneno, igual que hicieron con los cuentacuentos. Yo soy... distinta.

Cuando miró para ver si la entendía, se topó con un ceño fruncido.

—Es difícil de explicar.

Se volvió hacia el dragón y apoyó la frente en sus escamas rugosas. En cuanto lo hizo, su mente titiló como la llama de una vela y las imágenes se sucedieron en fognazos: un hombre encapuchado a lomos de un dragón negro, un ejército avanzando a través del desierto.

Al retirarse, las imágenes se desvanecieron. Observó al dragón, que correteaba a su alrededor y daba vueltas excitado. Por fin se agazapó y la miró a la cara, como si esperase algún tipo de juego.

El esclavo dijo algo, pero ella no lo oyó. Estaba concentrada en el pasado, recordando cómo era muchos años atrás: esa chica con el corazón de una mariposa. Dio un paso hacia la criatura y le cogió el hocico con las manos. De nuevo, las imágenes se sucedieron.

Era el dragón. Se dio cuenta de que intentaba contarle una historia a cambio de la que ella le había contado. Sólo que, en lugar de palabras encadenadas en frases, le enviaba fognazos de imágenes a la mente. Eran como esquirlas de cristal brillante, algunas demasiado afiladas para agarrarlas y otras desordenadas.

Esos ocho años le habían hecho olvidar que a los dragones les gustaba

contar historias casi tanto como escucharlas. Se obligó a retroceder en el tiempo, a recordar los años que habían convivido con ellos antes de combatirlos.

Kozu tenía una gran maestría para contar historias y no era difícil descifrar lo que quería decir. Pero aquel dragón balbucía como un niño que aún no ha aprendido a formar oraciones.

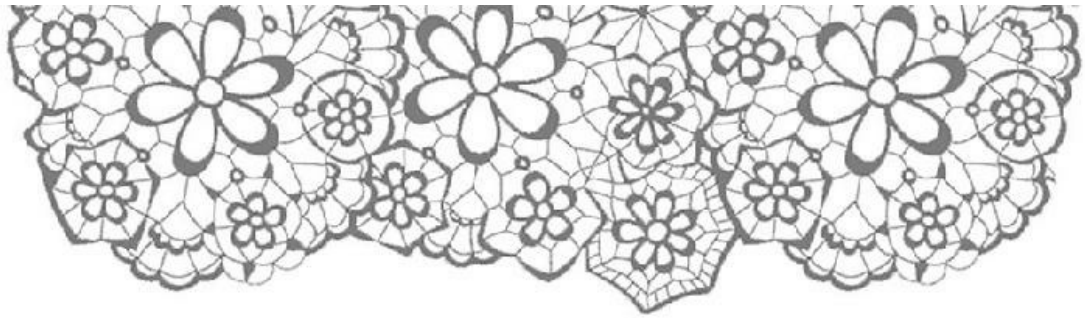
Cerró los ojos e intentó concentrarse. Le costaba unir las imágenes, como si reconstruyera un mosaico en su cabeza.

Estaba el hombre encapuchado que parecía importante. Lo veía una y otra vez a lomos de un dragón negro como la tinta; *Kozu* antes de la cicatriz, se percató. Pero sólo un *Namsara* se atrevería a montar al Primer Dragón, así que el hombre tenía que ser uno.

Sin embargo, era la mujer que montaba a su lado la que más le interesaba. Llevaba el medallón de cuarzo de su padre. Y aunque era joven, reconoció su cara. Reconoció aquellos ojos duros y desaprobadores: solían contemplarla desde un tapiz en la sala del trono de su padre.

Era su abuela.

Y la historia versaba sobre el último *Namsara*. Pero no acababa donde normalmente lo hacía: con los *skrals* prisioneros y convertidos en esclavos. El dragón le estaba contando lo que pasaba a continuación.



Otra versión de la Ruptura

El Viejo le concedió a la reina dragón la victoria sobre los skrals. Le concedió un Namsara que la guió hasta el campamento enemigo mientras todos dormían. Le concedió protección contra sus enemigos. ¿Y qué hizo ella a cambio?

Lo deshonró.

No expulsó a los skrals del reino como él le había ordenado. En vez de eso, los esclavizó.

—Los draksors no toman esclavos —le dijo el Namsara—. El Viejo lo prohíbe.

—¡Piensa en lo que podemos conseguir! —alegó la reina dragón—. ¡Piensa en lo poderosos que seremos si obligamos a nuestros enemigos a servirnos! Nadie volverá a osar rebelarse contra nosotros.

—Desafiar las órdenes del Viejo será tu perdición —le advirtió el Namsara.

Pero la reina esclavizó a los skrals de todos modos.

Las callejuelas laberínticas de la ciudad se llenaron de esclavos con collares metálicos: oro para el palacio, plata para los ricos y hierro para el resto.

El Namsara se presentó ante la reina dragón y le hizo una segunda advertencia.

—El Viejo se apiadará de ti, pero debes liberar a los enemigos. Rompe sus collares y deja que se vayan.

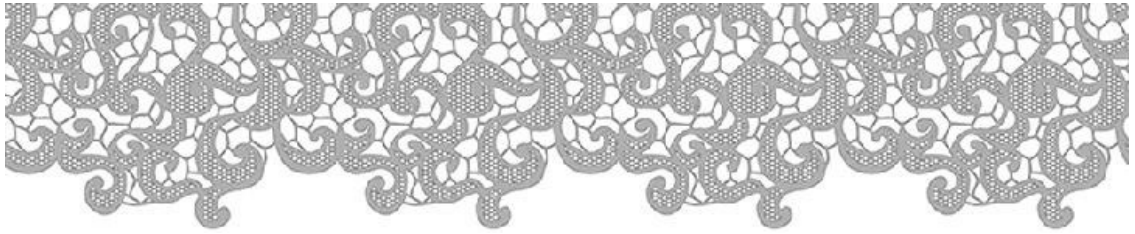
La reina lo echó de allí.

A los esclavos se les asignaron cometidos y se promulgaron leyes para gobernarlos: nunca mirar a un draksor a los ojos ni pronunciar su nombre en voz alta; nunca tocar a un draksor que no sea tu amo; nunca beber del vaso de un draksor ni comer de su plato.

El Namsara acudió por tercera y última vez, pero en esta ocasión no suplicó a la reina ni le ofreció piedad, sino que declaró, para que toda la ciudad lo oyera:

—Esta será la señal de que el Viejo os ha abandonado. Vuestros más fieles aliados se volverán contra vosotros: quemarán vuestros hogares y atacarán a vuestras familias, y sus sombras huidizas os separarán irremediabilmente.

Y eso es exactamente lo que ocurrió.



Diecinueve

El dragón era un mentiroso.

Estaba contando mal la historia. Los skrals eran despiadados. Habían saqueado y quemado todas las ciudades que se habían encontrado por el camino. Sólo habían sembrado ruina y destrucción a su paso. Si la reina dragón los hubiera dejado marchar, sus atrocidades habrían continuado. Su abuela había protegido a su pueblo y a todo el mundo.

El dragón estaba tergiversando la verdad. Igual que ella había cambiado el final de su historia, aquel dragón había cambiado la suya.

Aquella noche, de madrugada, se despertó con un olor a humo. Se puso en pie de un salto con intención de gritarle al esclavo por haber sido tan insensato como para encender una hoguera y delatar su posición. Pero las palabras murieron en sus labios en presencia del hombre que estaba sentado frente a ella. Un fuego crepitaba entre ambos, pero no era una fogata. Y no había ni rastro del skral ni del dragón.

En su lugar, estaba Elorma.

—Lo has hecho bien con tu segundo regalo —observó—. El Viejo se siente complacido.

Asha sintió que el enfado se le enroscaba alrededor como si de humo se tratase.

—El Viejo puede irse a comer arena.

Una de las comisuras de la boca del hombre se elevó en una media sonrisa.

—Veamos cómo te va con el siguiente regalo.

—No —dijo ella—. Por favor, más no.

—Este te va a gustar, te lo prometo. —Se echó la capucha hacia atrás y su mirada se desvió a la cicatriz que le recorría la cara—. Creo que lo encontrarás... útil.

Asha no se fiaba. Apretó los dientes. Cerró los puños.

—No importa cuántas veces se interponga el Viejo en mi camino, mi intención sigue siendo matar a su dragón. Lo juro.

Elorma suspiró; luego se puso en pie.

—El Viejo te hace entrega de su tercer regalo —le anunció resignado—. Piel de fuego. La necesitarás para cumplir la próxima orden.

«¿Piel de fuego?».

Aflojó los puños.

—Recuperarás la llama sagrada del ladrón que la robó y la devolverás al lugar al que pertenece.

Una oleada de pánico le fue subiendo por las piernas. Había sido su padre quien había cogido la llama sagrada de las cavernas... a las que pertenecía.

—¿Queréis que traicione... a mi propio padre?

El silencio de Elorma no dejaba lugar a dudas.

De improviso, se le cortó la respiración, como si hubiera estado corriendo.

Se mareó. Tanto que se desplomó en el suelo y apoyó la cabeza en las

rodillas en un intento por evitar que el mundo siguiera dando vueltas. En un intento por obligarlo a recuperar la cordura.

Recordó cuando su padre le sujetaba la mano en la enfermería durante aquellas noches largas y dolorosas. Cuando permaneció firmemente a su lado mientras su pueblo silbaba y escupía a sus pies. Cuando la miraba con orgullo cada vez que volvía de una cacería con la cabeza de un dragón en una bandeja.

No podía hacerlo. No lo traicionaría.

Aunque se atreviera, no había forma de salir airosa. Nadie podía entrar tan campante en la sala del trono y llevarse la llama sagrada así por las buenas. La verían y la detendrían en el acto.

—No puedo hacerlo —murmuró—. Es imposible.

—Ya encontrarás la manera —fue la respuesta de Elorma.

Cuando abrió los ojos, las alondras despertaban el cielo con su canto y el sol era una neblina dorada que iluminaba las copas de los árboles. Cerca, el dragón rojo resoplaba dormido.

Era como si el mundo no supiera nada de la malvada tarea que el Viejo le había encomendado.

Ya no quería jugar a ese juego. Al cabo de tres días, celebraría su enlace con Jarek. Tenía que cazar a *Kozu*. Era el único modo de detener la marea que se le echaba encima.

Necesitaba un plan, una manera de burlar al Viejo.

Se restregó los ojos para terminar de espabilarse y se detuvo cuando se dio cuenta de que la quemadura de la mano no le dolía: la levantó y empezó a quitarse la venda.

Cuando esta cayó al suelo, se quedó boquiabierta.

El día anterior tenía la mano en carne viva; ahora se veía la basta piel de

una cicatriz que le ocupaba toda la palma y algunos de los dedos. La quemadura se le había curado por completo.

Se sentó. ¿Qué era lo que Elorma había dicho sobre el tercer regalo del Viejo?

Lo había llamado «piel de fuego».

«Pero ¿qué quiere decir?».

Se le vino a la cabeza una idea descabellada.

Cogió las cerillas que había junto a la lámpara y encendió una. Cuando la llama cobró vida, contuvo el aliento. Muy lentamente, colocó la trémula llama bajo la palma de la mano y empezó a contar.

«Uno. Dos. Tres.

Cuatro. Cinco. Seis.

Siete. Ocho. Nueve...».

Nada. Ningún dolor.

Una lenta sonrisa se dibujó en sus labios. Si era inmune al fuego, ¡qué fácil le resultaría matar a *Kozu*!

Una mano apareció de la nada y de un palmetazo le arrebató la cerilla, que cayó al suelo y se apagó.

—Pero ¿qué hacéis?

El esclavo se acuclilló a su lado, sin aliento. En el hombro llevaba posado un halcón tan blanco como la niebla que la contemplaba con ojos argentados.

Al verlo, se sobresaltó.

—¿Ese es el halcón de Roa?

Él alzó la mano para tocar sus plumas blancas, como si hubiera olvidado que estaba allí.

—Se llama *Essie*. —Meneó la cabeza resignado y volvió al tema original —: ¿Tratabais de haceros daño o qué?

Arrugó la frente. Como si el hecho de que intentara hacerse daño fuera

asunto suyo.

—Sí —dijo, mirándolo a la cara. Cogió otra cerilla y la encendió. Mantuvo los ojos clavados en los suyos, tempestuosos, y colocó la mano encima de la llama. Le hacía cosquillas. Le calentaba. Pero no le quemaba—. Es mi tercer regalo.

La arruga de la frente del joven se acentuó.

—¿Qué?

Asha agitó la cerilla para apagarla.

—Quiere que lo utilice para robar la llama sagrada.

—¿Quién quiere que lo utilicéis? —Sus cejas eran dos líneas duras y sombrías. Aquella mañana parecía más alterado de lo normal. Asha miró al halcón, *Essie*, y se preguntó si se debería a su presencia—. ¿De qué estáis hablando?

Sus voces despertaron al dragón, que se sentó sobre las patas traseras.

—El Viejo me lo ha regalado —respondió, levantando la mano cicatrizada que intentaba quemar—. Igual que me regaló eso —explicó, señalando con la cabeza al dragón, que ahora se dirigía hacia ellos entre la hierba—. Igual que me regaló estas. —Apuntó a las espadas, envainadas en el suelo a su lado—. Y cada regalo viene acompañado de una orden.

Él estiró el brazo para alcanzarle la mano. Sorprendida, dejó que se la cogiera. El joven arrugó el ceño mientras la estudiaba y recorría la piel áspera y descolorida con el pulgar, haciendo que un rubor se le propagara por todo el cuerpo.

—No es posible —musitó. *Essie*, desde su hombro, también miró hacia abajo—. La vendé hace tan sólo unos días. Estaba totalmente descarnada.

Asha contempló el suave roce de su pulgar. Una vez más, se acordó de su madre, del modo en que le remetía un mechón de pelo por detrás de la oreja. O de cómo la agarraba cuando corría por el pasillo y la abrazaba. Ella

siempre intentaba liberarse, tenía mejores cosas que hacer.

Ahora, sin embargo, se preguntaba qué cosas eran aquellas. El esclavo le soltó la mano y ella despertó de sus ensoñaciones.

—¿Y cuál es la orden?

La mirada del joven se desvió hasta su pelo.

Ella se pasó los dedos por la trenza y se dio cuenta de que la tenía medio deshecha.

—Tengo que robar la llama sagrada y devolverla a las cavernas.

—¿Y vais a hacerlo?

—No lo sé.

Tal vez sólo la robara de manera temporal. Hasta que matase a *Kozu*. Después de eso, la llama ya no importaría. Y tampoco nada relacionado con las antiguas tradiciones.

Las viejas historias eran como las ramas de un argán y *Kozu*, la raíz sedienta: una vez cortada la raíz, las ramas se marchitarían y morirían. Acallar el corazón del Primer Dragón era acallar las historias para siempre y, con ellas, el vínculo del Viejo con su pueblo.

En cuanto *Kozu* muriese, las tradiciones se desmoronarían y se convertirían en polvo.

Asha se desmelenó pasándose los dedos por el pelo oscuro.

Al levantar la vista, descubrió que el esclavo la estaba mirando fijamente. Él apartó la cara tan rápido que *Essie* chilló por el repentino movimiento. Agitó las alas blancas y salió volando de su hombro.

—Me necesitáis —dijo sin girarse hacia ella.

—¿Qué?

—Vos misma dijisteis que os sigue. —Miró hacia el dragón, que se había abalanzado sobre el halcón hecho un remolino de escamas rojizas. Un amasijo de plumas blancas salió volando de debajo de la bestia, chillando en

señal de protesta—. En cuanto regreséis, ¿qué va a impedirle volver a seguimos volando hasta la ciudad?

El aleteo de *Essie* sonaba como el suave rumor del mar de Darmoor. El dragón miró hacia el cielo, contempló a su presa perdida y luego se escabulló hacia donde Asha estaba sentada. Describió dos círculos alrededor de ella y del esclavo, y a continuación se dejó caer en el suelo, tapando la luz del sol con sus alas desplegadas. Una vez tendido, apenas superaba la altura de un caballo.

El esclavo tenía razón: si pretendía cumplir esa misión, necesitaba alguna estrategia para que la bestia se quedara donde estaba. No tenía tiempo para enseñarle a hacerlo y no podía arriesgarse a que volviera a seguirla.

El dragón le dio un empujoncito con el hocico. Ella lo ignoró. Cuando le dio otro más fuerte, se apartó.

El esclavo chasqueó la lengua para atraer su atención. Le rascó la escamosa barbilla y el animal entrecerró los ojos de placer.

—¿Te estás ofreciendo a vigilarlo por mí?

—Por un precio, sí.

A Asha le hormigueó la piel.

—¿Qué precio?

—Que prometáis llevarme volando a Darmoor cuando cumpláis vuestra misión.

Asha se sobresaltó. ¿Lo decía en serio?

—Si me lleváis a Darmoor —continuó—, podré conseguir trabajo a bordo de un barco que zarpe lejos de aquí y así no tendréis que volver a verme.

—Pero no puedo llevarte adonde se te antoje.

—¿Por qué no?

Asha miró al dragón.

—Yo..., yo nunca he montado uno.

Así era como se forjaba el vínculo entre dragones y draksors: con el vuelo. El apego de esa criatura se había convertido ya en un inconveniente. No quería agravarlo.

—Tan difícil no será. Vuestros antepasados lo hacían.

—Los dragones se volvieron contra mis antepasados. Además, no tengo tiempo de llevarte volando a ningún sitio —sentenció, mirando hacia el cielo de un azul cristalino. La luz del día había hecho que la luna menguante desapareciera por completo.

—¿Y por qué no?

¡Cuántas preguntas! Asha levantó las manos en señal de rendición.

—Sólo me quedan tres días para cazar a *Kozu*.

La boca del esclavo se convirtió en una fina línea.

Ella bajó la vista hasta la tierra polvorienta.

—Si mato a *Kozu*, mi padre cancelará la boda.

—¿Qué? —Puso cara de extrañeza—. ¿Por qué iba a...?

—Mi padre tiene intención de destruir las antiguas tradiciones. —Para evitar su mirada penetrante, empezó a trazar símbolos en el suelo. El dibujo de una de aquellas flores de los azulejos de la enfermería comenzó a emerger: namsaras elegantes de siete pétalos—. Pero el Viejo sigue enviándome «regalos», que siempre vienen acompañados de órdenes... Parece ser su modo de mantenerme ocupada. —Meneó la cabeza—. Así que, como ves, no puedo ayudarte. No me sobra tiempo precisamente.

El esclavo permaneció un momento en silencio.

—Después de que matéis a *Kozu* —dijo—, podríais llevarme a Darmoor.

—Sólo hay un problema —gruñó Asha, emborronando las flores grabadas en la tierra—. No monto dragones.

—Si queréis que cuide de él mientras vais a vuestra misión suicida, entonces tendréis que aprender. Es el precio que os pido.

Asha miró al dragón rojo. ¿Cómo podía surcar el cielo en una de las criaturas que había jurado cazar hasta extinguirlas?

Una vez que matase al Primer Dragón, no importaría. Tras su muerte, todo rastro del Viejo se convertiría en polvo. Seguramente, el apego que el joven animal sentía por ella también desaparecería.

Miró al esclavo. Él no lo sabía.

—Muy bien —aceptó.

—Necesito que me deis vuestra palabra. No voy a quedarme aquí sentado concediéndoo tiempo para que cambiéis de opinión. Necesito saber que vais a cumplir vuestra promesa.

«Maldita sea».

Asha tocó el anillo de su madre inconscientemente. En cuanto se dio cuenta, deseó no haberlo hecho, porque el skral se fijó en él.

—Eso servirá.

Ella negó con la cabeza.

—No.

—Entonces vigilad vos al dragón.

Dicho esto, se puso en pie y se dirigió al arroyo.

Se quitó la camisa, proporcionándole una clara perspectiva de la fuerza de sus hombros y de sus brazos. De la agradable curva de su torso. De las vendas de lino que le cruzaban la espalda.

Vendas que antes habían estado empapadas de sangre.

Frunció el ceño. Estaba bastante segura de que no había traído de repuesto.

Intentó apartar la mirada cuando se remangó los pantalones hasta las rodillas y dejó que el arroyo rutilante fluyera por entre sus pantorrillas. A continuación, el joven ahuecó las manos, cogió un poco de agua y bebió un buen trago antes de echarse el resto por la cara.

Empezó a darle vueltas al anillo de su madre en el dedo. Si cumplía su palabra, él tendría que devolvérselo. No es que se lo estuviera dando para siempre.

El dragón la observó con ojos adormilados mientras ella se desprendía de la alianza. Acto seguido, se levantó y se encaminó hacia la orilla del arroyo.

—Si vigilas al dragón, prometo llevarte volando adonde quieras... después de haber matado a *Kozu*.

Él alzó la vista. El agua se le concentraba en las pestañas y le goteaba por el pelo. Su visión, destellante a la luz del sol, la sobresaltó.

Cuando se dio cuenta de que se había quedado mirándolo, le tendió el anillo.

—Toma.

El esclavo lo cogió, se lo puso en el meñique y lo observó. Cuando una de las comisuras de su boca se elevó, aunque de forma casi imperceptible, Asha se relajó un poco. Fuera lo que fuese lo que atormentaba al joven, se disipó y dejó en su lugar una estela juguetona.

Entonces, antes de que se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo, la agarró por el dobladillo de la camisa y tiró de ella hasta el arroyo.

Asha chilló cuando el agua fría le salpicó las mallas y la empapó. Una vez que se recuperó, le dio un empujón. Él rió y sus ojos brillaron de júbilo. Luego, como si no tuviera miedo —ni una pizca—, se agachó y le echó agua en la cara.

Ella, enfurecida, lo empujó con más fuerza.

Esta vez lo tiró y el arroyo lo engulló. Cuando consiguió ponerse en pie, esa media sonrisa suya había desaparecido y otra que se curvaba en ambos extremos la sustituía: una sonrisa en toda regla.

Salió del agua y avanzó hacia ella, aún sonriente. Los ojos le resplandecían cuando estiró la mano y le remitió un mechón de pelo mojado

por detrás de la oreja.

—El pelo suelto os sienta muy bien.

Aquellas palabras la azotaron como el shaxa.

«¿Que me sienta muy bien?».

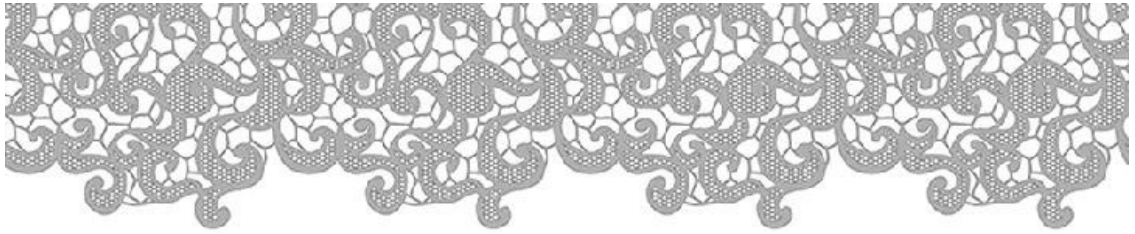
¿Se estaba burlando de ella?

Podría haberlo matado por algo así.

Se le acercó con los ojos entrecerrados.

—Dime eso otra vez, skral, y yo misma te cortaré esa lengua embustera.

Enfurecida y goteante, dio media vuelta y lo dejó allí plantado.



Veinte

Seguía empapada cuando dejó atrás la escalera y se adentró en el templo. Aún bullía de rabia cuando oyó una voz familiar:

—Eres un inútil redomado —gruñó Jarek desde algún lugar en el laberinto de pasillos.

Siguió la voz hasta que llegó al pie de una escalera. La misma que conducía a una habitación cerrada con llave donde el esclavo de su prometido había estado escondido justo el día anterior.

El corazón se le subió a la garganta.

El sonido de unas vainas de espadas al tintinear contra cintos y hebillas hizo que se girase. Dos soldados se acercaban por el corredor y sus pasos resonaban en las paredes encaladas.

—La próxima vez que hagas algo ilegal, haznos un favor a todos y escoge un delito castigado con la muerte.

Una segunda voz se elevó en el aire, igual de familiar y violenta:

—Ya sabes, Jarek, que espero con ansias tu enlace. Sobre todo la parte en la que mi hermana te corta las pelotas y las lanza por encima de las murallas

en tu noche de bodas.

«Dax».

Sus palabras vinieron acompañadas por un ruido sordo.

Su hermano soltó una maldición.

Asha subió los escalones de dos en dos con el corazón desbocado. Cuando llegó a la puerta abierta, vio a Dax a la luz de una antorcha: se recuperaba a duras penas del puñetazo que Jarek acababa de propinarle y la mejilla había empezado a hincharse.

El comandante, flanqueado por dos soldados que portaban antorchas, asía un pergamino en el puño. Otros tantos yacían en el suelo a sus pies y, a su espalda, oculto en la oscuridad, estaba el camastro. Parecía que hubieran doblado las sábanas con prisas y lo hubieran encajado en la pared.

Aunque mucho peor que el camastro era lo que descansaba en el último estante, medio escondido en las sombras: un viejo laúd fabricado en madera de pino clara. En su cara plana y con forma de pera había grabado un nombre con letras elegantes: Greta.

Jarek se había distraído con los pergaminos y no se había fijado en aquel signo revelador de la presencia de su esclavo fugitivo. Pero en cuanto lo hiciera...

De repente, vio a Maya, la guardiana del templo. Se hallaba en el interior de la estancia custodiada por un soldado. Sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver a la Iskari en el umbral. Hizo un gesto negativo con la cabeza casi imperceptible, como diciéndole que se fuera, que no se implicara en lo que quiera que estuviera ocurriendo.

Asha se alejó de la puerta y se cobijó en la penumbra de la escalera, apretándose contra la pared para que no la descubrieran.

—No me había dado cuenta de que sabías escribir —dijo Jarek. Oyó la sonrisilla de satisfacción en su voz y cómo desenrollaba uno de los

pergaminos—. ¿Tu putita rebelde te ha enseñado o te lo ha escrito ella?

Se atrevió a asomarse a la puerta justo a tiempo de ver cómo su hermano apretaba los puños y tensaba la mandíbula.

Jarek rompió el pergamino: una, dos, tres veces. Cogió otro y lo rompió también. Dax lo observaba con los ojos afilados como dagas.

Con cada desgarrón, a Asha se le encogía un poco más el pecho.

La pena le abrasaba. No le importaban los pergaminos. Por supuesto que no. Las viejas historias habían matado a su madre. Las odiaba. Quería que las destruyeran.

Cuando su prometido volvió a girarse hacia los estantes, la vio, petrificada en las sombras al otro lado del umbral. Su mueca de desprecio se desvaneció.

—¿Asha? ¿Qué haces aquí? —Apartó la mano del estante—. ¿Por qué estás mojada?

Ella miró el laúd. En cuanto Jarek se diera la vuelta, lo vería y lo reconocería.

Tenía que evitarlo.

Entró en la habitación, y se colocó entre él y el instrumento mientras señalaba los pergaminos rotos y arrugados que yacían a sus pies.

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—Después de que saltara la noticia esta mañana, seguí a tu hermano hasta el templo —respondió Jarek—. Y me condujo directo hasta aquí. —Ondeo una mano por la estancia.

A continuación se agachó, recogió uno de los rollos y se lo tendió.

Ella no necesitaba desplegarlo para saber de qué se trataba.

Era típico de Dax conducir al comandante derecho a la prueba de su propia traición.

—¿Noticia? —Cogió el pergamino—. ¿Qué noticia?

Los ojos de su prometido se estrecharon, suspicaces.

—¿Nadie te lo ha dicho?

Ella negó con la cabeza. Había pasado toda la noche en el Rift.

—Los baldíos tomaron Darmoor anoche por la fuerza. Tu padre se enteró esta mañana.

Asha pensó en Roa y en su halcón. Pensó en el modo en que Dax solía inclinarse hacia ella, como si la joven fuera una dama de noche y él oliera su fragancia.

Pensó en cómo Roa no parecía hacerle ningún caso.

Miró a su hermano, que se negaba a mirarla y tenía los ojos clavados en el suelo.

«Ay, Dax».

Los baldíos ya lo habían traicionado dos veces.

—Los invitados de tu hermano —dijo «invitados» como si fuera algo malo— han desaparecido. Su presencia aquí era una treta. Una distracción mientras su ejército invadía nuestro puerto. —Se volvió hacia Dax y se cernió sobre él—. Esto demuestra con creces que no es apto para gobernar.

Asha hizo ademán de proteger a su hermano del ridículo al que su prometido lo estaba sometiendo, pero en ese momento Dax la miró a los ojos y, después, de súbito y significativamente al laúd.

«Deshazte de las pruebas», venía a decir esa mirada.

Pero ¿cómo iba a hacerlo con Jarek en la habitación?

—Si Dax es demasiado estúpido para conocer la diferencia entre un amigo y un enemigo, ¿cómo va a proteger un reino? Si es demasiado estúpido para darse cuenta de que le iba a la zaga por las calles de Firgaard, ¿cómo va a distinguir a los enemigos que conspiran contra él en su propia mesa?

Su hermano relajó los puños; de pronto, ya no tenía ganas de luchar. Asha sabía que no era la voz de Jarek la que oía, sino la de sus viejos maestros.

«Estúpido. Inútil. Inepto».

—Tenía una misión: apaciguar a los rebeldes y sofocar su insubordinación. Y después de tres meses tratando con ellos, van y lo engañan. Ya he enviado a la mitad de nuestro ejército a lidiar con los insurgentes. Ha puesto en peligro la seguridad de toda la ciudad. —Negó con la cabeza en un gesto de desdén—. Y ahora hay que lidiar con esto. —Señaló los pergaminos—. Las viejas historias, prohibidas por vuestro propio padre.

Su mirada deambuló por los estantes y después por el resto de la habitación. Estaba a punto de posarse en el camastro situado tras ella cuando Maya salió de las sombras y captó su atención.

—Tú —la acusó— serás relevada de tu cargo en el acto.

Le quitó la antorcha a uno de sus soldados y le hizo un gesto al hombre para que la arrestara.

No tardaría más de unos instantes en descubrir el catre y el laúd de su esclavo. Y, como lo hiciera, le costaría la vida a Maya.

Asha dio un paso adelante.

—Espera.

Todo el mundo la miró.

—Si la arrestas, ampliarás la brecha que ya existe entre el palacio y el templo.

Lo que sólo debilitaría el poder del rey.

La mirada del comandante se paseó por su camisa empapada y fue recorriendo sus curvas por debajo de la fina tela. Asha retrocedió y se apoyó en la estantería para poner tierra de por medio.

—La fuerza no es la única manera de asestar un golpe —le dijo.

En la cara de Jarek se dibujó una sonrisa que la dejó helada.

—¿Ah, sí?—Se acercó a ella y la acorraló contra la estantería mientras seguía devorándola con los ojos a la luz naranja de la antorcha—. ¿Qué tal una propuesta, entonces?

Dax quiso ayudar a su hermana, pero los soldados lo retuvieron.

—Podemos olvidar que todo esto ha ocurrido. —Le plantó una manaza en la mejilla quemada—. Si me ofreces algo a cambio. —La mano le bajó por la cara, por la garganta y más allá aún—. Si vienes conmigo ahora, puedo pasar por alto el incidente con mi esclavo...

Le ardieron los ojos. Se sentía repugnante. Repulsiva. El roce de Jarek le hizo odiarse más de lo que se había odiado nunca. Pero, por encima de las viejas historias, del Primer Dragón y del Viejo, odiaba su propio corazón por suscitar tanto deseo en alguien tan despreciable.

Aquella era la prueba definitiva de su propia corrupción.

—Dime qué podríamos hacer. —La voz del comandante se tornó ronca, lasciva—. Mi temible Iskari.

Buscó el hacha con los dedos, pero no estaba.

Así que intentó otra cosa:

—¿Alguien te ha hablado de Moria y del cuarto rey de Firgaard?—Lo acribilló con la mirada—. Es una vieja historia sobre un hombre que tomó lo que no era suyo y la joven que acabó con él. ¿Quieres que te la cuente?

Eso hizo mella en él, que acabó soltándola.

Asha se apartó con ímpetu de los estantes y Jarek se tambaleó hacia atrás.

—Dame la antorcha.

No esperó a que lo hiciera, sino que se la arrebató.

Antes de que alguien pudiera detenerla, prendió fuego a los pergaminos.

Maya lanzó un grito y se tapó la boca con las manos mientras las llamas lamían la piel de res y la madera. Dax, ya libre de la sujeción del soldado, abrió la puerta y apartó a la guardiana del fuego. El humo llenaba la habitación. Asha contempló cómo los pergaminos se arrugaban y se quemaban.

—Las historias mataron a nuestra madre. —Lo dijo sin mirar a su

hermano—. Deben ser destruidas.

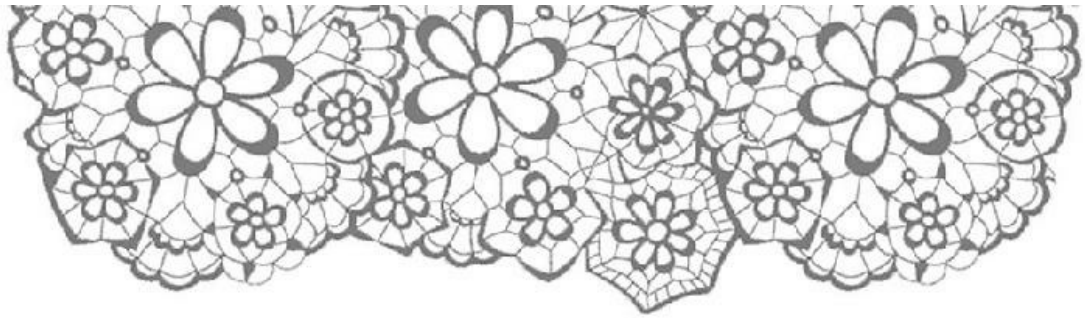
Trató de recordar la voz de su madre ahuyentando sus pesadillas, sus suaves brazos estrechándola. Pero no eran más que recuerdos de recuerdos de un pasado remoto.

Se abrazó mientras observaba cómo las llamas virulentas devoraban las estanterías y, con ellas, cualquier prueba de la traición de su hermano. Si a Jarek se le ocurría presentarse ante el rey, sería su palabra contra la de Dax.

Pero aquella no era la única evidencia que el fuego estaba destruyendo.

Mientras oía cómo las cuerdas del laúd se deformaban, se curvaban y se rompían, la cara pecosa del skral apareció en su mente, empapada y sonriente mientras el chico le remecía el pelo por detrás de la oreja.

«Hay muchos otros laúdes en la ciudad —pensó, tapándose la boca con la camisa de caza para no inhalar el humo—. Le llevaré uno de esos».



Moria y el cuarto rey de Firgaard

El cuarto rey de Firgaard no era un buen hombre. Algunos lo tildaban de cruel. Otros, de malvado. Y hasta había quien decía que estaba sediento de poder. Construyó un palacio que se erguía sobre el templo, sumió en la pobreza a su pueblo a base de impuestos y tomaba a una muchacha distinta cada noche.

Si el cuarto rey de Firgaard se presentaba en tu casa y te pedía a tu hija, se la dabas. Si no lo hacías, se la llevaba de todas formas y tu familia estaba muerta antes del amanecer.

Moria era la hija de la sacerdotisa. Se había criado en el templo y llevaba una vida devota y protegida. Se acostaba temprano y se levantaba a rezar mucho antes de que saliera el sol. Visitaba a los pobres y enfermos y se ceñía a las leyes del Viejo.

Hasta que el rey se llevó a su mejor amiga.

Aquella noche, Moria no se acostó temprano ni se levantó antes de la

salida del sol. Se pasó la larga y fría noche de luna arrodillada en el suelo de piedra del templo hablando con el Viejo.

—No puedo salvarla —le dijo—, pero puedo salvar a la próxima joven.

—Quitarle la vida a alguien es un acto monstruoso —le advirtió el Viejo—. Hasta la vida del más malvado de los hombres es sagrada.

—Si debo convertirme en un monstruo para detener a un monstruo, lo haré —afirmó Moria.

Y el Viejo repuso:

—El precio por matar a un rey es la muerte.

Y Moria lo aceptó:

—Que así sea.

Se levantó del suelo y cogió el cuchillo ceremonial del altar. Su hoja rechinó contra la piedra.

Aquella noche, se peinó hasta que su pelo estuvo deslumbrante. Se pintó los ojos con kohl, se lavó con agua de rosas, se puso su mejor caftán y salió en dirección al palacio.

Los guardias la llevaron directa hasta el rey.

Moria le hizo una reverencia. No lo miró a los ojos por miedo a que viera el fuego iracundo que irradiaban los suyos. No dijo su nombre por miedo a que percibiera la punta afilada de su voz.

El rey dragón despachó a los guardias.

La llama que había prendido en su interior titiló. ¿Quién era ella para enfrentarse a un rey? No era más que una joven. Ni siquiera tenía dieciocho años. Y él la doblaba en estatura.

Cuando el rey alargó la mano para tocarla, se quedó helada.

Cuando le desabrochó los botones del caftán, se puso a temblar.

Cuando le bajó el caftán por los hombros y los brazos, y dejó que cayera al suelo, se acordó de su mejor amiga. Se acordó de todas las jóvenes que

habían estado en su lugar, temblando de miedo. Cuando toda la ropa estuvo esparcida a sus pies, echó mano del cuchillo que llevaba atado al muslo.

Al verlo, el rey abrió los ojos desorbitadamente.

Y Moria le rebanó la garganta.

Los guardias la encontraron sobre el cuerpo; la sangre goteaba del cuchillo ceremonial que llevaba en la mano. Cuando los miró, se echaron a temblar. Como si quien lo hiciera fuera la mismísima Iskari.

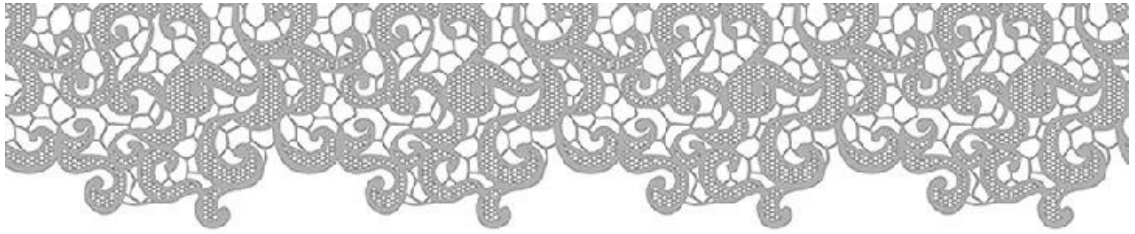
Estaba prohibido quitar una vida y más aún la del rey. El propio Elorma había establecido la ley contra el regicidio; era tan antigua como la fundación de Firgaard.

Había que mantener las leyes antiguas.

De modo que, tres días más tarde, condujeron a Moria hasta el tajo manchado de sangre de la plaza pública, donde la esperaba el verdugo. Toda la ciudad acudió a mirar. Todas las jóvenes que habían pasado por los brazos del rey salieron a la calle respaldadas por sus familias.

Cuando los guardias pasaron con Moria por delante de ellas, estas se llevaron un puño al corazón. Y Moria mantuvo la cabeza alta todo el camino hasta el tajo.

Sin miedo.



Veintiuno

Asha aguardaba el momento de robar la llama bajo la atenta mirada de los soldados.

Caminaba codo con codo con Dax bajo un sol de justicia. Jarek marchaba seis pasos por delante mientras los soldados los rodeaban y sus miradas recorrían las calles de paredes verdes del barrio nuevo. Los visitantes de las tierras baldías se habían marchado y el esclavo fugitivo de Jarek seguía en paradero desconocido. La ciudad estaba en alerta máxima.

—Que nadie entre ni salga hasta que encontremos a los rebeldes que faltan—oyó que le ordenaba a su lugarteniente.

Mientras su hermano rumiaba algo a su lado, ella se concentró en su misión. Necesitaba sacar la llama sagrada de la sala del trono de su padre sin ser vista.

Más adelante, Jarek se quitó el manto, útil para el frescor de primera hora de la mañana, pero agobiante ahora, con el calor del sol cada vez más alto. Una daga colgaba de su cadera; su empuñadura de marfil estaba pulida y brillaba. Dax le taladró la espalda con la mirada.

—No tenías que haberlos quemado —le recriminó a su hermana. Tenía los rizos castaños húmedos y pegados a la piel, perlada de sudor por el calor del sol.

—No me dejaste otra opción —respondió ella.

¿Qué habría hecho Dax si ella no hubiera aparecido? ¿Cómo habría ocultado la prueba del esclavo corrupto de Jarek? Quería a su hermano, pero era demasiado soñador. Un experto en planes idealistas, pero un completo desastre para llevarlos a cabo.

Como lo de los pergaminos.

¿En qué demonios estaba pensando?

—¿Dónde está Torwin? —preguntó Dax en voz baja, sin mirarla.

—¿El esclavo? —Asha meneó la cabeza, susurrando a su vez—. Condujiste a Jarek derecho a esa habitación. ¿Por qué iba a decirte dónde está ahora?

El joven abrió la boca para responder, pero, en lugar de palabras, le salió un golpe de tos. El sonido seco y brusco hizo que se pusiera rígida. Dax se dobló y apoyó las manos en las rodillas por el esfuerzo.

Asha se quedó observando a su hermano. Por un momento, no era él quien estaba ante ella en medio de la calle. Era su madre, junto a la ventana de la enfermería, agarrada al alféizar con las fuerzas mermadas, pidiéndole que soportara su peso cuando el mismo golpe de tos seca le sacudía el cuerpo.

«No», pensó.

Jarek se giró para ver por qué los soldados se habían detenido, pero, para entonces, a Dax se le había pasado la tos. El heredero se limpió la boca y, aunque Asha buscó sangre en la manga dorada de su túnica, él se la remitió antes de que pudiera verla.

Cuando llegaron a las altísimas puertas de las murallas de color caramelo del palacio, el comandante emitió una orden a los soldados del otro lado.

Antes de que Asha pudiera pasar por el arco de la puerta junto a Dax, la cogió del brazo y la obligó a colocarse frente a él.

—Mi oferta aún sigue en pie —dijo, y su voz sonó como un retumbo—. Voy a encontrar a ese esclavo y a acabar con él. A no ser que aceptes. En ese caso, me olvidaría de todo.

Asha se zafó de él y alcanzó a su hermano.

—Dale caza si es lo que deseas —le espetó por encima del hombro.

—¡La luna está menguando, Asha! —gritó Jarek a su espalda—. ¿Por qué prolongar lo inevitable?

Pero su padre le había proporcionado una vía de escape. Sólo que él no lo sabía.

Una vez que Dax y ella franquearon la entrada, se escabulló rápido por las arcadas sumidas en las sombras y dejó atrás a su hermano. El agua tintineaba al caer en cascada en las fuentes, desde donde se evaporaba con el calor del sol.

—Asha —la llamó Dax, que corrió para alcanzarla—. Cuéntamelo. Por favor.

—¿Que te lo cuente? —Dejó de andar y se giró para quedar frente a él—. ¿A ti, que ocultaste los pergaminos en aquella habitación? ¿Que has traído a nuestros enemigos a casa? No te pienso contar nada. Jarek tiene razón: nos has puesto a todos en peligro.

Los esclavos que deambulaban por allí haciendo sus tareas rutinarias se detenían a escuchar a los dos hermanos de la realeza en medio de la arcada. Sin embargo, cuando Asha les lanzaba miradas de advertencia, se apresuraban a ponerse en marcha.

Pensó en las viejas historias, escritas con la letra de su hermano.

Bajó la voz:

—¿Las historias de los pergaminos las escribiste tú?

El joven arqueó las cejas.

—Me sorprende que me creas capaz de hacerlo.

Aquello no era una respuesta.

Lo escrutó. Los huesos de las mejillas eran demasiado prominentes. La ropa le quedaba demasiado holgada. Por muy exasperante que fuera, no soportaría perderlo.

—Tienes el mismo aspecto que ella justo antes de morir.

Una emoción arrolladora se apoderó de su cara, pero desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—No todo es lo que parece, Asha. —Desvió la mirada por encima de los hombros de su hermana para comprobar si había soldados y esclavos cerca. Satisfecho de que se hallaran solos y sin vigilancia, se acercó más y bajó la voz—: «Cuando cae la noche, el Viejo enciende una llama».

Asha dio un paso atrás.

—¿Qué?

—Es lo que dice Roa.

¿Roa? ¿La chica que lo había traicionado?

¿Hablaban en serio?

No tenía tiempo para aquello. Su hermano era una causa perdida. Necesitaba robar la llama sagrada para poder volver a cazar a *Kozu*.

Lo dejó atrás y se adentró en el palacio.

Los pasos de Dax resonaron a su espalda.

—¡El reino está dividido contra sí mismo!

Ella lo ignoró y siguió caminando por galerías sombreadas y patios luminosos, por jardines llenos de palmeras datileras y matas de jazmín blanco que trepaban por las paredes.

Dax la siguió.

—Tú no lo ves —insistió— porque siempre estás en el Rift, haciendo lo

que padre te pide. Las cosas van mal y están empeorando. Se acerca la hora de la verdad.

Cuando llegaron a la sala del trono, se giró hacia él.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? —le preguntó—. ¿Desde cuándo te preocupas por algo, Dax?

El joven dio un paso atrás, como si lo hubiera empujado. Bajo su mirada ofendida, vio que libraba una batalla. Vio que el insensato y despreocupado de su hermano se debatía por salir. Por esconder a su otro yo más verdadero y tierno, y su miriada de heridas.

No debería haber dicho eso. Por supuesto que se preocupaba. Por muchísimas cosas.

Sólo que eran las cosas equivocadas.

—El Viejo no nos ha abandonado. —Se lo dijo directamente a la cara, obligándola a mirarlo a los ojos—. Es tan poderoso como siempre y está esperando el momento adecuado y a la persona adecuada. Está esperando a que el próximo Namsara enderece las cosas.

Asha se quedó petrificada justo al otro lado de la arcada de la sala del trono, fuera de la vista de los soldados que había dentro.

¿Es que no se daba cuenta de a qué sonaban sus palabras?

Sonaban a las palabras de un loco. De un traidor. De un baldío.

Asha se lo quedó mirando. Siempre había sido un valiente temerario. Como Namsara e Iskari, era el héroe bondadoso y ella, la destructora.

Pero, a diferencia de Namsara e Iskari, ella nunca había odiado a su hermano, sólo se preocupaba por él.

«Ya basta. Me estoy quedando sin tiempo».

Dio la espalda a Dax y miró hacia la llama eterna y brillante. La vio arder en un pebetero de hierro con un pedestal negro.

Aunque el trono del rey dragón estaba vacío, los guardias mantenían sus

posiciones por todo el perímetro de las paredes. Contó dieciséis. Dieciséis pares de ojos que la observaron franquear el arco y entrar en la sala, donde el eco de sus pasos resonó hasta el techo abovedado. Miró a su alrededor. No había ningún balcón y sólo una puerta por la que entrar y salir. La otra única salida era la claraboya del techo. Los soldados y sus ojos vigilantes custodiaban el trono día y noche, y hacían el cambio de guardia al amanecer y al atardecer. Y, aun así, se suponía que tenía que robar sin ser vista.

Desconcertada, contempló la llama sagrada, que se agitaba de manera espeluznante con un color blanco cegador sin hacer el menor ruido. No necesitaba que la alimentasen; sencillamente ardía y ardía, desde que Elorma se la llevó del desierto hacía mil años y la dejó allí.

«No —pensó—. Aquí no». Elorma la dejó en las cavernas debajo del templo.

«Recuperarás la llama sagrada del ladrón que la robó y la devolverás al lugar al que pertenece».

Se presionó las sienes con las palmas de las manos, tratando de aplastar la orden y sacársela de la cabeza.

¿Qué debía hacer?

Su padre querría que se centrara en la cacería. Una vez que *Kozu* hubiera muerto, no importaría dónde ardiera la llama. La muerte del dragón pondría fin al régimen del Viejo de una vez por todas. Cuando demostraran que su dios era falso, los habitantes de las tierras baldías se someterían y la retahíla de su hermano sobre el Namsara cesaría.

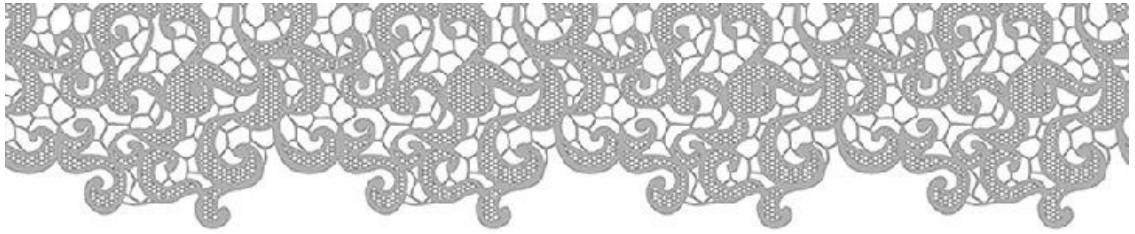
No obstante, si ignoraba la misión que Elorma le había encomendado, ¿qué precio pagaría? Se acordó de su brazo paralizado, del coste que pagó por usar las espadas de manera imprudente.

Para asegurarse de que sus fuerzas no se vieran mermadas, tendría que robar la llama. Y luego acabaría con *Kozu*. De una vez por todas.

Pero no podía llevar a cabo aquella tarea sola.

Necesitaba un cómplice.

Uno grande que escupiera fuego.



Veintidós

Asha montó a lomos de su yegua, *Oleander*, y cruzó a galope tendido las estrechas callejuelas empedradas del mayor mercado de la ciudad. Retales de seda recién teñida colgaban entre los edificios formando una especie de dosel índigo y azafrán, y los tenderetes se alineaban junto a las paredes y esparcían sus mercancías por la calle.

Mientras los carros y los caballos se apresuraban a quitarse del camino de la Iskari, ella buscaba un puesto en particular. Con las prisas, a punto estuvo de pasárselo. *Oleander* se encabritó cuando la obligó a detenerse frente a un despliegue de instrumentos musicales de madera.

Todo el mercado enmudeció. Los esclavos y los compradores cuchichearon cuando vieron que la Iskari adquiriría un elegante laúd de madera de caoba pulida. Se mantuvieron a una distancia prudencial cuando el artesano lo guardó en un estuche de cuero rígido y la temible hija del rey dio el dinero correspondiente.

Cabalgó hacia la puerta dispersando a los mirones. Los soldados no la detuvieron, a pesar de la orden de su comandante de impedir que cualquiera

entrara o saliera de la ciudad. Su padre había emitido una orden directa; una que no podían ignorar, a pesar de su lealtad a Jarek.

Galopó a toda velocidad, pero, cuando llegó al arroyo murmurante y salpicado de destellos, nadie la esperaba. Refrenó a la yegua y barrió el claro con la mirada. Salvo por el canto de las tarabillas y el susurro del viento en los pinos, no se oía nada. No había ningún indicio de que hubiera habido alguien allí alguna vez. Ni siquiera encontraba la armadura que llevaba la noche anterior.

El miedo la atravesó.

«Por favor, no...».

Desmontó, ató a la yegua a la sombra y agarró el estuche del laúd.

—¿Skral?

No hubo respuesta.

Se adentró en los pinos, dispuesta a contar una vieja historia; era la manera más rápida de asegurarse. Sin embargo, antes de que empezara, el sonido de unas voces irrumpió entre el murmullo de los árboles y la dejó paralizada, a la escucha.

Con cuidado de no hacer ruido, siguió a esas voces amortiguadas, acercándose más a ellas, silenciosa como una serpiente.

Entonces una ramita crujió a su espalda.

Se quedó helada.

Alguien la seguía. Sintió el calor en la nuca. Buscó el hacha, pero no la llevaba consigo, así que se giró de súbito y se preparó para golpear a quien la acechaba con el estuche del laúd si era necesario.

El skral la miró fijamente. Sus pecas parecían estrellas y varios rizos caían sobre sus ojos penetrantes. Justo detrás de él se agazapaba el dragón rojizo, con los ojos hendidos también clavados en su cara. Bajó el estuche del laúd. Aunque el corazón se le había disparado, el hecho de verlos a salvo serenó su

respiración.

El esclavo miraba por encima de su hombro hacia el lugar de donde procedían las voces. Asha lo agarró de la camisa y atrajo su atención de nuevo hacia ella. Sus labios dibujaron una pregunta: «¿Quién?».

«Los hombres de Jarek».

El esclavo señaló con la cabeza el camino por el que habían venido. Asha lo siguió por la cada vez menos densa espesura hasta salir al claro.

De pronto, las voces reverberaron desde delante y desde atrás.

Entonces, como si lo hubiera hecho mil veces antes, el joven cogió al dragón por la canilla, le plantó un pie en la corva y se montó en el lomo a horcajadas. Luego le tendió la mano.

Asha lo observó boquiabierta y horrorizada.

Otra ramita se rompió en los árboles y la sacó de su asombro. Cogió la mano del chico y este la aupó y la sentó a su espalda.

—Agarraos—le susurró.

Pero no había nada a lo que agarrarse... aparte de él.

El esclavo dio un fuerte chasquido con la garganta y el dragón desplegó las alas. Lo repitió dos veces más y le clavó los talones.

El animal alzó el vuelo.

Asha tuvo pánico y se abrazó al torso del muchacho.

Una pared de árboles se erguía justo delante de ellos y la criatura iba directa hacia ella. El corazón le martilleaba en el pecho. Cerró los ojos y enterró la cara en el cuello del esclavo, pero no se estrellaron.

Este se encogió al sentir su fuerte abrazo y le recordó las heridas que se ocultaban bajo su camisa.

—Lo siento —se disculpó ella, aunque no se atrevió a soltarlo.

—No... pasa nada —dijo él con los dientes apretados.

Asha abrió los ojos..., lo cual fue otro error. Al ver cómo las copas de los

árboles pasaban zumbando, los cerró de nuevo con fuerza. En la oscuridad que le proporcionaban sus párpados, lo único que podía pensar era: «Voy a lomos de un dragón».

Lo que no hacía sino empeorar las cosas.

Las ramas se rompían a sus pies y, cuando abrió los ojos, se percató de que el dragón volaba demasiado bajo. La cola y las alas golpeaban los árboles, de modo que el skral volvió a chasquear la lengua para darle instrucciones, y la criatura se apartó de la orilla y voló por encima del río.

Por fin, cuando vio que delante sólo tenían el cielo azul y debajo el agua del río, Asha se relajó. Miró atrás, por encima del hombro, y ni siquiera alcanzó a ver las murallas de la ciudad en la distancia.

Entonces, la linde de árboles cesó de súbito y se convirtió en roca. Al mirar al frente, vio que el río desaparecía.

O, más bien, caía.

Una catarata bramaba por debajo de ellos y, sin previo aviso, el dragón se lanzó en picado.

Asha se tragó un grito de horror cuando cayeron al vacío. Notó que se elevaba y que el estómago le daba un vuelco. Se aferró con más fuerza si cabe al torso del esclavo y apretó la mejilla contra su hombro. Él entrelazó las manos con las suyas mientras se adentraban en la niebla envolvente.

Y luego en la oscuridad.

El dragón se bamboleó al posarse en tierra firme y estuvo a punto de tirarla al suelo. El esclavo la sujetó por la cintura mientras la criatura se sacudía vigorosamente para secarse. La única luz procedía de su espalda, donde el agua salía despedida por el barranco.

Se quedó quieta y rezó por no vomitar.

El esclavo desmontó. Sus pasos resonaron en la roca y, un momento después, oyó que encendía una cerilla y captó el olor de una llama al

prenderse. Pronto un resplandor iluminó la cueva.

—Lo siento, tendría que habérselo dicho. Llevamos todo el día practicando. —Se pasó una mano por la nuca—. Creía que...

—¿Practicando? —Asha se bajó del animal entre estremecimientos; las piernas le temblaban—. ¿Practicando? ¿Tienes la menor idea de lo que has hecho?

El vínculo se creaba con el vuelo. Se estrechaba cada vez que un jinete y su dragón volaban. Cuando Asha gritó, la criatura se escondió detrás del esclavo. Escurrió su cabeza plana y escamosa bajo su mano en busca de consuelo, y el chico le acarició la coronilla con el pulgar, como diciéndole: «Yo te protegeré».

Asha alzó las manos y se acercó a la boca de la cueva, donde caía la cascada y donde el agua formaba riachuelos descendentes haciendo que el suelo brillara y resbalara. Sin embargo, cuando se fijó en la catarata deslumbrante y estruendosa, una pregunta silente se abrió paso por una rendija en la pared de su rabia.

«¿Por qué me ha esperado?».

El dragón podría haber conducido al esclavo hacia la libertad, como deseaba. ¿Por qué arriesgarse a esperarla en el bosque?

Se dio la vuelta y descubrió que ambos la miraban fijamente, como si fueran imágenes en un espejo, aunque el dragón casi doblaba en altura al skral.

La escena la ablandó... un poco.

—Podrías haberte marchado —le dijo—. Podrías haber huido lejos de aquí.

—Tenemos un trato —se limitó a responder él, y luego se dio la vuelta y se adentró más en la cueva—. Vamos, quiero enseñaros algo.

—De acuerdo —aceptó—, pero primero necesito tu ayuda.

Con el ocaso, lo pondrían todo en marcha. Le contó el plan mientras lo seguía por unos escalones resbaladizos excavados en la roca.

Cuando uno de sus pies trastabilló, se precipitó hacia delante.

—Cuidado —le advirtió él, preocupado por los puntos del costado.

Lo sintió cálido y firme bajo sus manos y, durante un ínfimo instante, ninguno de los dos se apartó.

Un incómodo silencio se interpuso entre ellos. Entonces, con bastante brusquedad, agachó la barbilla y la soltó; a continuación siguió bajando los escalones en pos del clic clic clic de las garras del dragón.

Asha rompió el silencio.

—¿Cómo has encontrado este sitio?

—*Alirrojo* lo encontró.

—¿Quién es *Alirrojo*?

—Vuestro dragón.

—¿Le has puesto nombre?

Él se encogió de hombros en la oscuridad.

—Tenía que llamarlo de alguna manera. Es rojizo y tiene alas.

Ella meneó la cabeza. La próxima vez que Elorma la acusara de no tener imaginación, le mandaría al esclavo.

De pronto, una luz irrumpió en la penumbra. La escalera acabó y una cámara redonda con una profunda charca en el centro apareció ante ellos. En las alturas, una claraboya natural dejaba entrar una única columna de luz y agua que se derramaba con delicadeza por las paredes.

Rodeó la charca y miró hacia arriba.

—¿Qué es este lugar? —Sus palabras retumbaron en los muros.

—Creí que lo sabrías —replicó el esclavo con la mirada clavada en el dragón.

Parecía algún tipo de lugar antiguo y sagrado.

Fuera lo que fuera en el pasado, ahora era un escondrijo perfecto.

—Creo que se ha roto el ala...

—¿Qué?

Se giró en el acto y miró adonde él le indicaba: el dragón contemplaba el agua con la cabeza ladeada, observando a un pez que nadaba en círculos.

Necesitaba que aquel dragón la ayudara a llevar a cabo su plan y no podría hacerlo con el ala rota. Se acercó a él despacio y el esclavo hizo lo mismo por el otro flanco.

—No hay que ponerle nombre —dijo mientras se aproximaban.

—¿Y eso por qué?

—Si nombras una cosa, le coges cariño.

Como a los esclavos. En cuanto los llamabas por sus nombres, empezabas a perder autoridad sobre ellos. Era preferible no nombrarlos a que se rebelaran contra ti.

—*Kozu* tiene nombre —señaló él.

—Sí, y tiene los días contados.

Se acercó todavía más al animal y se colocó en un lateral de la charca. No le costó ver de qué ala se trataba; un reguero de sangre negra goteaba de la fina membrana.

Se la cogió con cautela. El dragón se alejó, raudo como el viento, y saltó al lado contrario de la charca agitando su cola bífida en actitud juguetona.

—¿Tanto odiáis a *Kozu*?

La pregunta la sacó de su ensimismamiento. Se giró hacia él.

—¿Me has visto la cara, *skral*?—Dio un paso hacia él—. ¿Sabes lo que *Kozu* le hizo a la ciudad justo después de que me hiciera esto a mí?

El esclavo le sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Habéis visto el collar que llevo en el cuello, *Iskari*? —Era la calma que precede a la tempestad—. Vuestro prometido nos manda a la palestra a que

nos matemos unos a otros mientras vosotros estáis ahí haciendo apuestas. — Sus ojos eran fríos como el acero—. Sólo por eso debería capturaros.

—Inténtalo y verás —murmuró Asha, y se volvió hacia el dragón. Cuanto antes le curara el ala, antes podría poner en marcha su plan.

—Hay una cosa que nunca he entendido —exclamó en su dirección—. ¿Por qué *Kozu* se rebeló precisamente ese día y no antes?

El dragón se agachó sobre sus patas delanteras meneando la cola y la desafió con la mirada. Asha empezó a acortar las distancias despacio.

—Y hay otra cosa que no entiendo: deberíais haber muerto. Las quemaduras de dragón son mortales, Iskari, y una como esa... —Su voz se suavizó de improviso—. No erais más que una niña.

Un fuego prendió en su vientre. Él no había estado allí. No sabía nada del tema.

El animal aprovechó que se detenía para cambiar de postura y escabullirse hasta el otro lado de la charca, más cerca del esclavo, que era más un amigo que un enemigo. Al hacerlo, dejó una mancha negra de sangre.

Asha se irguió para plantarle cara al joven.

—Estaba sola —dijo, acordándose de la enfermería. De su padre rellenando las lagunas de su memoria—. Fui allí a acabar con ello de una vez por todas. A decirle a *Kozu* que había terminado con las viejas historias. Él no dejaba de presionarme y cada vez se enfadaba más. Cuando me negué por última vez, montó en cólera, me quemó y dejó que me pudriera allí mientras él atacaba la ciudad. Si Jarek no me hubiera encontrado a tiempo...

Casi nunca contaba esa historia porque no le gustaba recordarla. Sin embargo, en aquel momento, al oírla de sus propios labios, le pareció que chirriaba. El esclavo llevaba razón: una quemadura tan grave como la que *Kozu* le había hecho tendrían que habérsela curado de manera inmediata.

Debía de estar pasando por alto algún detalle. Tendría que prestar más

atención la próxima vez que su padre la contara.

Volvió a concentrarse en el dragón, que ahora permanecía detrás del esclavo, escudándose tras él. Lo acechó.

El skral alzó la mano para detenerla.

—¿Por qué teníais que acabar con ello de una vez por todas? —le preguntó.

«Porque las historias mataron a mi madre».

Rememoró esa última noche. Su madre ya no podía hablar; le exigía unas fuerzas con las que ya no contaba. Estaba sentada con ella en la oscuridad, acariciando su hermoso pelo, pero los dedos se le enredaban y el cabello se le caía a mechones. Recordó cómo había intentado hacerla beber y cómo el agua se le escurría por la barbilla. Recordó cómo se había tumbado a su lado y le había cubierto la cara de besos.

Recordó cómo se había quedado dormida con los latidos de su corazón...

Y cómo se había despertado junto a un cuerpo frío como el hielo.

Apretó los ojos.

—No sabes nada —susurró, apartándolo de un empujón—. No tienes ni idea de las cosas perversas de las que son capaces las viejas historias.

Él la cogió del brazo y la detuvo.

—La historia de Willa no. Esa parecía... todo lo contrario a la perversión.

«Qué ingenuo», pensó. Las viejas historias eran como las joyas: deslumbrantes, seductoras, atractivas.

—Son peligrosas —susurró, levantando la vista por encima de su hombro y confrontando la mirada que le lanzaba el animal.

—Entonces —bajó la voz— creo que me atraen las cosas peligrosas.

Asha notó que las mejillas le ardían. Clavó sus ojos en él.

—He estado pensando —continuó a toda prisa, sin dejar de mirarla— en la primera vez que os vi. Tendríais ocho o nueve años. Mi ama invitó a

vuestra madre a tomar el té y vos la acompañasteis. Mientras Greta las atendía en los jardines, vos os colasteis en la biblioteca.

Curiosamente, ella también se acordaba de ese día. De la enorme cabeza de dragón que colgaba de una de las paredes. De los ojos cristalinos inertes, de las claras escamas doradas, de la boca abierta y su multitud de dientes afilados...

—Yo estaba quitando el polvo a las estanterías —prosiguió—. Os vi entrar y supuse que debía marcharme para daros privacidad, pero... —tragó saliva— no pude. Llevabais un caftán azul y el pelo suelto por los hombros. Me recordabais a alguien.

A su espalda, consciente de que el juego se había acabado, el dragón exhaló y se marchó ofendido.

—Vi cómo pasabais los dedos por las asas de madera de los pergaminos hasta que encontrasteis el que queríais. Vi cómo lo sacabais, os sentabais en los cojines y lo leíais de principio a fin. Y luego vi cómo ibais a por otro.

«Los pergaminos eran la razón por la que fui allí —recordó—. Estaba buscando historias».

Aquel pensamiento le sorprendió. ¿Lo estaba recordando bien? ¿Se había sentido atraída por las viejas historias antes de que el Viejo la corrompiera?

—Os acercasteis a la estantería detrás de la que yo estaba escondido. Sabía que, si mirabais, me veríais por el hueco que quedaba encima de los pergaminos.

Rememoró ese día e intentó recordar si había visto a algún niño skral.

—No me moví. —La luz que se reflejaba en la charca titiló en su cara—. Quería... que me vierais.

—Pero no lo hice —susurró.

De repente, se sintió expuesta, como cuando se desprendía de su armadura y había algún dragón al acecho. Se apresuró a apartarse del esclavo y se

acercó al dragón.

—Iskari.

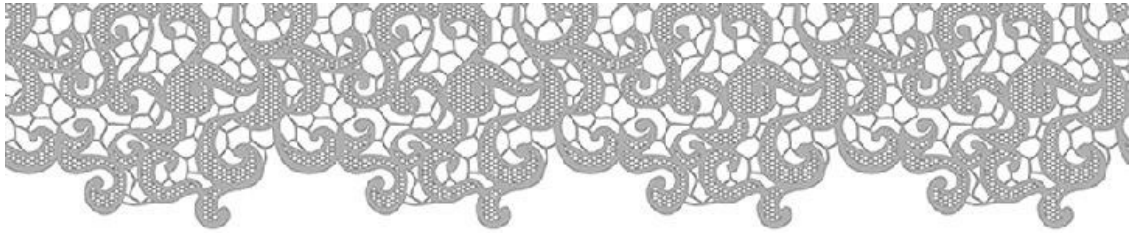
Ella se detuvo, pero no se giró.

—El día que os encontré en la enfermería, sabía que las cosas estaban a punto de cambiar y, antes de que así fuera —hizo una pausa—, necesitaba que me vierais. Aunque sólo fuera una vez.

Cuando Asha se dio la vuelta, se percató de que ya no había ni rastro de acero en sus ojos.

Él bajó la mirada, tímido de repente, y señaló al dragón.

—Vamos, os ayudaré a curarlo.



Veintitrés

Asha contó la primera historia para atraer al dragón, la segunda para que este mantuviera la calma mientras le limpiaba el desgarrón del ala y la tercera cuando el esclavo se la cosió. A medida que las historias salían de ella, el dragón le aportaba otras nuevas. Y, con su ayuda, las historias de la criatura fueron cobrando fuerza; eran menos fragmentadas y más claras.

—Ya está, bonito —le dijo cuando terminó, al tiempo que le rascaba la barbilla.

El esclavo, que había estado tarareando una canción a medio terminar mientras trabajaba, alzó la vista hasta ellos y sonrió.

Cuando el ala estuvo remendada y volaron de vuelta hasta el claro, el sol estaba a punto de ponerse.

Asha fue a buscar el estuche del laúd, que había dejado entre los árboles.

—Sólo una cosa —comentó, pasándole el estuche.

—¿Y esto? —preguntó él al cogerlo.

—No puedes llamarlo *Alirrojo*.

El joven se acuclilló para abrir el estuche.

—¿Se os ocurre algo mejor?

—La verdad es que sí.

Dejó de abrir los cierres y la miró.

—*Sombra* es mejor.

—*Sombra*. —*Se quedó pensando y a continuación miró al dragón tumbado al sol*—. *Sombra* es... aceptable.

Sus ojos se arrugaron al sonreír, pero, cuando abrió la tapa del estuche, su sonrisa se apagó.

Se quedó contemplando el laúd, pero no lo cogió.

—Este no es el mío —objetó. Su voz sonó extraña. Como quebrada.

—Lo sé —le contestó Asha—. Lo he comprado esta mañana para reemplazar el otro.

—¿Reemplazar el otro? ¿Qué le ha pasado a...?

—Lo quemé.

—Que... —Se fue poniendo en pie muy despacio—. ¿Que... qué?

Asha alzó las manos.

—Jarek encontró la habitación en la que te habías escondido, así que hice lo único que se me ocurrió: quemé los pergaminos, el catre y el laúd. Todo.

Él la agarró por la muñeca, sobresaltándola.

—¿Os dais cuenta de lo insensible que sois? —susurró. Sus ojos eran una tormenta.

Aquellas palabras le escocieron. No deberían haberlo hecho, porque ella lo sabía, por supuesto. Era más que insensible; su corazón era una cáscara marchita.

Podría haberle clavado fácilmente el codo en el antebrazo y obligarlo a soltarla. Pero no lo hizo. Quería que la creyese.

—Trataba de protegerte.

—Os estabais protegiendo a vos misma —replicó él. Y entonces, como si ella fuera un monstruo al que ya no soportara tocar, la soltó, se dio la vuelta y se pasó las manos bruscamente por el pelo—. Greta me regaló ese laúd.

La imagen de la esclava de pelo gris apareció como un fogonazo en la mente de Asha.

—Era lo más parecido que tenía a una madre. Y ahora se ha ido, junto con el único recuerdo suyo que me quedaba.

Asha sentía que se iba desenrollando, como si fuera una alfombra o un tapiz, y sus palabras eran como zarpas que desgarraban sus propios hilos.

—Yo no...

—Y no os importa, ¿verdad? Por eso no pronunciáis el nombre de ningún esclavo. Por la misma razón por la que no queríais ponerle nombre al dragón. —Se le acercó, más que nunca—. Si nos ponéis nombre, puede que empecéis a preocuparos por nosotros. Y, si os preocupáis, puede que no seáis capaz de matarnos cuando os convenga.

El esclavo que tarareaba canciones mientras trabajaba había desa-parecido por completo. En su lugar había un extraño. Un enemigo. Una parte de ella le aconsejaba que le temiese. Pero otra decía: «Mira cómo le tiemblan las manos. Mira los fantasmas que habitan en sus ojos». Asha había perdido a su madre, pero él había perdido mucho más que eso. Y ella acababa de destruir lo que tal vez fuera su posesión más preciada. Probablemente la única.

Sentía como si alguien le hubiera clavado una espada en el pecho.

No se había dado cuenta de lo que estaba haciendo ni de que lo había hecho hasta que estuvo hecho. Lo único que sabía era que, igual que él le había vendado la quemadura y suturado el costado, ella quería curar esa herida. Quería calmar su dolor.

Entonces, le presionó el pecho con la mano quemada y rompió su propia regla:

—Torwin.

El joven entreabrió los labios. Se quedó mirándole la boca como si no la entendiera. Como si hablara en un idioma completamente desconocido.

—Lo siento.

Él estiró los dedos muy despacio para tocar su mano, como para comprobar que de verdad estaba allí, apoyada en su pecho.

Ella miró el laúd nuevo, aún en su estuche.

—Lo quitaré de tu vista.

Y retiró la mano.

—No. —Él la agarró para detenerla. Ambos se quedaron quietos mientras él le trazaba un círculo con el pulgar en la muñeca—. No he sido justo. Vos no lo sabíais.

Se lo quedó mirando en mitad de la luz del ocaso.

Él dejó caer la mano a un lado.

—No sois insensible —rectificó, mirándola a los ojos—. Me odio por haber dicho eso.

Asha apartó la vista.

—Debería irme.

Recogió la armadura y se la abrochó. Después de envainarse las espadas a la espalda, alcanzó el hacha que yacía en la hierba. En lugar de engancharse en el cinturón, no obstante, se giró.

—Si te encuentran —dijo, tendiéndole el hacha—, no pienses. Ataca y punto.

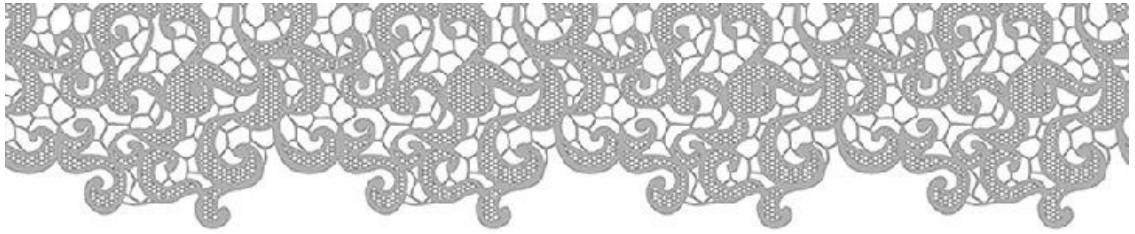
El joven cogió el mango enjovado y le rozó los dedos.

Antes de adentrarse en los árboles, Asha se detuvo en el sitio donde la luz del sol terminaba y empezaba la sombra del follaje, aún con la calidez de su roce en la piel.

—¿Torwin? —lo llamó, sin atreverse a volver la vista atrás.

—¿Sí?

—Puedes llamarme Asha. Si quieres.



Veinticuatro

Un par de soldados caminaban por la calle de abajo. Asha contuvo el aliento y esperó a que doblaran la esquina antes de saltar. Sus botas aterrizaron con un suave golpe seco y levantaron una nubecilla de polvo.

Evitó las calles principales. Cuando oía pasos o sentía que alguien la miraba en la oscuridad, desandaba el camino; cuanto más terreno pudiera recorrer sin ser vista, mucho mejor.

Subir a la azotea del palacio era más difícil que bajar de ella, pero, si de niña lo hacía a menudo, ahora debía de ser capaz también. Buscó la pared más baja, se aupó y trepó hasta lo alto. Corrió por los tejados, pasó junto a esclavas que removían cuscús y acarreaban la colada, y junto al carnicero que se preparaba para la matanza de aquella noche. Nadie la vio.

Llegó hasta su habitación y se topó con que otra caja de tapa plateada la estaba esperando. Los regalos de Jarek empezaban a acumularse: un caftán, un collar de rubíes y ahora también un rollo de seda sabra roja. Los tiró en un rincón y cogió lo que necesitaba: un farol de cobre con cristales de colores. Se desató las espadas de la espalda, las escondió debajo de la cama y las

remetió por el armazón. Después se quitó la armadura para que nadie la reconociera. No necesitaba nada de eso para matar a *Kozu*, tan sólo su piel ignífuga y su hacha, que estaba al cuidado del esclavo.

No, del esclavo no.

De Torwin.

Se deshizo la trenza, se puso su manto más sencillo y se dirigió a la ventana. Allí esperó con el farol en el puño, contemplando el horizonte.

La luna roja había salido.

«Todavía quedan dos días para mi boda».

El cielo iba cambiando de azul a púrpura.

«Todavía quedan dos días para cazar a *Kozu*».

El sol se estaba poniendo sobre el Rift y, cuando lo hizo...

Empezaron los gritos. Los soldados exclamaban: «¡Hay un dragón en la ciudad!».

Si no hubiera estado tan nerviosa, incluso habría sonreído.

Torwin hacía gala de una puntualidad exquisita.

La presencia de un dragón en la ciudad implicaba que todos los soldados debían abandonar sus puestos y, una vez que el rey estuviera a salvo, dirigirse a las azoteas o a las calles.

Asha, con la capucha del manto echada y la cara oculta en las sombras, se desplazó con rapidez entre el caos de soldados a la carrera.

Cuando tuvo a la vista la arcada de la sala del trono, se dio cuenta de que los corredores estaban en silencio. En la distancia, oyó los gritos del exterior, las exhortaciones de los soldados para mantener el orden; pero allí, en la profundidad del palacio, no se oía un alma.

Cuando puso un pie en la sala del trono, tenía las palmas de las manos sudorosas y el farol se le resbalaba.

Se dirigió a toda prisa al pedestal mientras sus pasos retumbaban en la estancia vacía. Al asomarse al pebetero de hierro, vio que la llama blanca ardía en silencio. Misteriosamente.

De niña, esa maravilla la había cautivado, pero ahora no sentía ninguna fascinación, sólo miedo.

Desenganchó el pestillo del farol. El sudor le perlaba las sienes y le goteaba por la espalda. No tenía ni idea de cómo Elorma había transportado la llama desde el desierto hasta la ciudad, pero el farol era lo único con lo que contaba. Esperaba que fuera suficiente.

Metió la mano en el pebetero casi plano y esta se ciñó en torno a algo suave y pesado como una piedra. En cuanto tocó el corazón de la llama, se quemó..., pero no la piel, sino algo más profundo. El alma, quizá.

Miles de voces susurrantes poblaron su mente y cada una de ellas le contaba una historia sagrada distinta. Como si las voces de todos los cuentacuentos desde el principio de los tiempos moraran allí.

Metió la llama en el farol y lo cerró.

Las voces se callaron.

—¡Eh, tú!

Asha se giró con el corazón en un puño.

En la arcada había un soldado mirándola. Un soldado joven, tal vez de la edad de Dax. Tenía la mano en la empuñadura de la espada, pero no llevaba morrión. Probablemente se le habría caído en mitad de la confusión.

—¿Qué crees que estás...?

Contempló por turnos el farol encendido que llevaba en la mano y el pebetero vacío que se hallaba detrás. Al caer en la cuenta de lo que había hecho, sacó el sable.

Asha fue a echar mano de su hacha e hizo una mueca al percatarse de que no la llevaba consigo.

—Devuélvela, ladrón.

El soldado se acercó por la arcada con el ceño fruncido, apuntándole al pecho.

Asha tenía dos opciones: huir y arriesgarse a que la pillaran, o retirarse la capucha y confiar en que el miedo a la Iskari se antepusiera a todo lo demás. Estaba a punto de decantarse por esta última cuando su hermano irrumpió en la habitación.

—Vaya, ¡qué interesante!

—Mi señor —dijo el soldado, que aún no la había reconocido—. Ha robado la llama.

Como ella no se movió, Dax extendió la mano.

—Dame la espada. Lo retendré aquí mientras tú vas a buscar ayuda.

El hombre asintió y Asha lo vio correr y dar la voz de alarma. Iba proclamando a los cuatro vientos que había un ladrón en la sala del trono.

En cuanto se marchó, Dax bajó el arma.

—No sé lo que estás haciendo, hermanita—miró por encima del hombro—, pero será mejor que te vayas sin perder tiempo.

A Asha se le saltaron las lágrimas de alivio.

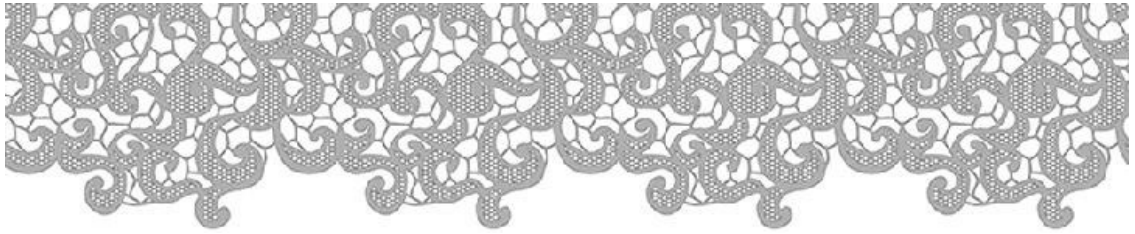
—¡Ya!

Asintió y lo adelantó como un rayo, escondiendo el farol entre los pliegues del manto para intentar atenuar su brillo antinatural.

En cuanto pudo doblar la esquina, lo hizo. En cuanto pudo echar a correr sin llamar la atención, lo hizo. Y en cuanto halló una ventana sin cristales, trepó por ella al tejado.

En ese momento, se desataron gritos de alarma a su espalda.

Acababan de avistar al ladrón.



Veinticinco

Asha corrió.

Corrió por tejados bañados por el crepúsculo y trepó por paredes enlucidas. Corrió por callejones colmados de gente y por plazas sembradas de caos.

Pero el cielo ya estaba vacío. Ningún dragón planeaba en él; Torwin había pasado a la segunda parte del plan. Necesitaba reunirse con él en el templo.

Se escondía en los portales y en los umbrales de las tiendas cuando divisaba a uno o más soldados, y se quedaba allí hasta que pasaban y los escuchaba describir al ladrón encapuchado que había huido del palacio.

Huyó a toda prisa hacia el templo, sin intentar siquiera ya guarecerse en las sombras. Bajo las radiantes flores naranjas de un granado, se enganchó el farol en el cinturón, agarró la rama más baja y se encaramó a él. Desde allí se lanzó hacia la ventana de la primera planta y se coló en el interior; el farol dio un sonoro golpe contra el alféizar.

Se encogió por temor a que el Viejo la castigara por ser tan descuidada con la llama sagrada.

Por suerte, fue compasivo y detuvo su mano.

Bajó volando la escalera abovedada hasta la oscuridad de la cripta del templo. Necesitaba entrar, llegar hasta Torwin y salir. Lo más rápido posible.

Dejó atrás el nicho que escondía la entrada a su túnel secreto, pero Torwin no estaba allí.

Se adentró más, con el corazón a mil por hora, mientras la luz cegadora del farol iluminaba las paredes de roca.

¿Y si él no lo conseguía?.

Como en respuesta a una pregunta tácita, un resplandor titiló en la distancia.

Asha aligeró el paso. Atravesó las cavernas exteriores desiertas, cuyas paredes mojadas resplandecían. El aire allí estaba frío y cargado de humedad, igual que en un sótano. En la entrada al sanctasanctórum, se detuvo al recordar la única vez que había pisado aquel sitio. El día en que su madre murió. El día en que el Viejo la corrompió para siempre.

Torwin tenía la vista levantada hacia las paredes y el hacha de caza enganchada en el cinturón. Salvo por el resplandor de su farol, que lo iluminaba, el santuario estaba en la más absoluta oscuridad.

Su corazón desbocado se apaciguó al verlo.

—¿Dónde está *Sombra*? —le preguntó.

—Esperando cerca de la entrada del túnel. —La miró por encima del hombro—. Ven a ver esto.

Asha no quería mirar. Estaba allí por un único motivo y necesitaba zanjarlo de una vez por todas. Dio un hondo suspiro, atravesó el umbral y se dirigió al centro del sanctasanctórum, donde hacía mucho tiempo habían grabado una estrella con nueve puntas en el suelo. Se acuclilló sobre ella y acercó el farol. Desenganchó el cierre, alcanzó la brillante luz del interior, ahuecó el corazón frío y pétreo de la llama entre sus manos y la sacó.

Los susurros inundaron su mente, más altos y fuertes que antes, y una poderosa energía la recorrió, haciéndola estremecerse de la cabeza a los pies. Fue una descarga tan potente que la cabeza le palpitó y los dientes le dolieron.

Rápidamente, colocó la llama sagrada del Viejo en el centro de la estrella.

Esta resplandeció tanto que la cueva se iluminó. Unas palabras doradas escritas en las paredes, en el techo y en el suelo brillaron en la oscuridad. Las historias ardieron como el fuego a su alrededor. Cientos de ellas.

Asha se las sabía todas.

Estiró la mano para tocar las palabras; su boca ansiaba leerlas en voz alta. Una chispa prendió en su interior y se convirtió en una llamarada sedienta.

En la pared situada detrás de Torwin había un mosaico de colores del hombre que la había visitado tres veces en los últimos cuatro días. Reconocería aquella sonrisa en cualquier sitio, decía: «Mira el lío en el que te he metido».

Se quedó plantada ante el retrato de Elorma, el primero de los siete Namsaras, los héroes sagrados que se erigieron en tiempos turbulentos. Las llamas sagradas del Viejo ardían en la noche. Mientras contemplaba aquellos ojos oscuros, las voces regresaron. Sólo que en esta ocasión no contaban historias.

«Namsara», susurraban, como si el viento suspirase por las dunas.

Torwin la agarró del brazo y la giró para que quedara frente a él.

—Viene alguien.

El momento mágico se rompió como la cuerda de un instrumento. Asha miró hacia el lugar por donde había entrado y vio una luz en la cripta, débil pero creciente.

Cogió a Torwin de la mano y se adentraron en las cavernas, dejando atrás la llama sagrada, que ardía en el lugar que le correspondía.

—No hay salida —dijo una voz en la distancia—. Y tus soldados están por todas partes. Si estuviera aquí, la habrían visto.

Cuanto más se aproximaban Asha y Torwin a la entrada de la cueva exterior, más cerca veían la luz de la antorcha. No llegarían a tiempo a su túnel secreto, así que Asha se detuvo en el estrecho borde de una pequeña fisura y empujó a Torwin al interior. Cuando este se dio cuenta de lo que pretendía hacer, la agarró por la muñeca para que lo siguiera, pero no había espacio suficiente para dos. La luz de la antorcha se colaría por la rendija, iluminaría a Asha y los descubrirían a ambos.

Ella negó con la cabeza e intentó zafarse.

Torwin le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí. Sus caderas chocaron, sellando el espacio que los separaba justo cuando la luz de la antorcha de Jarek pasaba de refilón por el hombro de Asha e iluminaba la pared de roca del fondo.

Torwin le sujetó la cabeza por detrás con la mano y se la colocó bajo la barbilla. Ella cerró los ojos con fuerza; su mente era un frenesí de maldiciones.

La voz de Jarek sonaba cada vez más cerca; luego se silenció. Asha, con la sien apretada contra la garganta de Torwin, intentó imaginar lo que el comandante estaría viendo: las cavernas sagradas como negras fauces y el brillo cegador de la llama eterna del Viejo grabándole a fuego las historias en la mente.

El corazón le martilleaba en los oídos. Torwin debía de oírlo, porque le acariciaba la nuca en un intento por calmarla. Cuando su pulgar le rozó la oreja, desfigurada por el fuego de *Kozu*, se detuvo.

«Lo sé —pensó—. Es repugnante».

Pero sus dedos, en lugar de retirarse por la repulsión, continuaron recorriendo sus rugosidades del mismo modo que sus ojos solían recorrer su

cicatriz, con amable curiosidad.

Asha se relajó contra él.

«¿Cómo puedo estar acostumbrándome al tacto de un esclavo?».

Más que eso. Su cuerpo se encendió al sentir el brazo que la rodeaba con firmeza y que la mantenía pegada a él. Inspiró su olor. A sal y a arena. A chico y a tierra.

¿Era posible que te gustara tanto el olor de alguien que quisieras probarlo para ver si sabía igual?

«Estás corrompida —le dijo una voz dentro de su cabeza—. Mírate, deseando a un esclavo».

Debería haberse apartado en ese preciso instante. Debería haber escuchado aquella voz.

Pero, en lugar de eso, consciente del peligro que acechaba justo un poco más allá de la oscuridad, rodeó la cintura de Torwin con los brazos y se pegó aún más a él. Los dedos rastreadores del joven se detuvieron y se quedó absolutamente inmóvil. Tras unos instantes, ladeó la cara hacia la de ella.

Muy despacio, le pasó el puente de la nariz por el pómulos haciéndole una pregunta tácita. Unas chispas saltaron dentro de su ser. La sangre se le convirtió en fuego. Arqueó el cuello como respuesta y acarició la mejilla del chico con la suya.

Él giró la cara y apoyó la frente en la suya. Quedaron nariz con nariz mientras sus manos le acariciaban el pelo y le envolvían la cara.

—Está aquí —oyeron que decía Jarek.

Torwin se puso rígido. Los brazos de Asha lo estrecharon con más fuerza.

—¿Ves el farol? Está escondida en algún sitio. Trae leña para encender un fuego.

—Sí, comandante.

El sonido de unas botas recias resonó en las paredes.

—Si quiere jugar con fuego —murmuró Jarek—, le ganaré en su propio terreno.

«Va a hacernos salir con humo», se dio cuenta Asha.

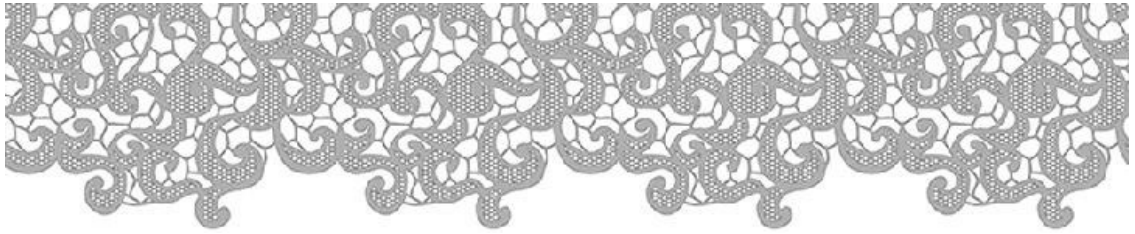
No podía dejar que aquello sucediera. No podía permitir que atraparan a Torwin. Si Jarek lo encontraba, estaba muerto. Tal vez peor que muerto.

Sólo había un modo de salir de esa situación.

Se deshizo del abrazo del chico y se puso de puntillas para susurrarle en la mejilla:

—Vendré a por ti cuando caiga la noche. Prepárate para volar.

Antes de que pudiera detenerla, respiró hondo y salió de la grieta a la luz de la antorcha de Jarek.



Veintiséis

El aire frío le cortó la piel y su gelidez reemplazó la calidez de Torwin. Jarek permanecía en la entrada de las cavernas, de espaldas a ella, como si temiera poner un pie en el interior.

—Aquí tienes a tu ladrón —anunció Asha.

Su prometido se giró. Sus ojos se estrecharon al fijarse en su manto y en su pelo destrenzado.

—Has cometido un delito contra el rey —la acusó—. Contra tu propio padre. ¿Por qué?

Unos pasos resonaron en las cuevas. Era uno de los soldados, que traía una brazada de leña. Se detuvo y contempló el sanctasanctórum.

—La llama sagrada —susurró, abriendo los ojos desmesuradamente.

Los ojos de Jarek se posaron en ella mientras esperaba a que respondiera a su pregunta. Como no lo hizo, la agarró del brazo y la obligó a caminar por los estrechos pasadizos de la cripta hacia la escalera abovedada que conducía al templo.

Asha no opuso resistencia. Cuanto antes se la llevara de allí, antes podría

Torwin acceder al túnel y escapar.

* * *

El comandante la registró por si llevaba algún arma, pero no encontró ninguna, así que optó por quitarle el manto. Cuando llegaron a la arcada de la sala del trono, le tiró de las borlas que le rodeaban la garganta y se lo arrancó al tiempo que la lanzaba al frío suelo de piedra ante el pedestal que sostenía el pebetero vacío.

Sus rodillas impactaron en el suelo y se tragó un grito de enfado.

—¿Qué está pasando aquí?

Los pasos sigilosos de su padre resonaron con suavidad por la estancia.

—Aquí tenéis a vuestro ladrón —anunció Jarek.

El rey se plantó delante de ella, que no se atrevió a levantar la vista de las elegantes zapatillas que sobresalían por debajo del dobladillo dorado de su túnica.

—¿Asha? Tiene que haber un error. Asha, levántate.

No lo hizo. ¿Cómo iba a enfrentarse a él? Mantuvo la cabeza apoyada en las baldosas.

—La encontré debajo del templo, y la llama sagrada estaba en la caverna interior.

—Imposible.

Se imaginó que Jarek negaba con la cabeza.

—Uno de mis soldados la vio cogerla, mi señor.

Se imaginó la mirada que le estaría lanzando su padre.

—¿Asha? ¿Tienes alguna explicación para eso?

Intentó imaginarse a sí misma a través de los ojos de su progenitor. Cuando le había propuesto el trato, era la mejor cazadora de dragones del

mundo y estaba deseando hacer lo que fuera necesario por librarse de su compromiso. ¿Y ahora? Si su padre se enteraba de que era presa de su mayor enemigo, ¿qué haría? ¿Se daría cuenta de que ya no tenía remedio? ¿La repudiaría? ¿Buscaría a otra persona para que matase a *Kozu*?

—Dime por qué lo has hecho, Asha.

A ella le tembló la voz:

—Lo..., lo siento...

—¡No quiero que te disculpes! —bramó, y el grito reverberó por toda la sala del trono, vacía salvo por su propia presencia, la de su comandante y la de un pequeño grupo de soldados—. Quiero que me respondas.

Ella tragó saliva y continuó con la vista clavada en las baldosas azules y verdes bajo sus manos. Debía medir bien sus palabras. Jarek no podía enterarse del pacto que había hecho con su padre. Y su padre no podía enterarse de las órdenes que le había dado el Viejo.

—Lo hice... por mi presa. —Miró a Jarek, que se había cruzado fuertemente de brazos—. Este dragón en particular es... más escurridizo que el resto. Necesitaba algo para atraerlo.

—¿Por eso robaste la llama?

—Este dragón no puede resistirse a ella.

«Mentirosa», pensó, y se aventuró a levantar la vista. La cara de su padre se ensombreció cuando sus ojos coincidieron.

—Por favor —susurró—. Necesito que confíes en mí.

Los ojos del soberano se ablandaron al oír esas palabras.

—Mi rey —interrumpió el comandante dando un paso al frente—, no podéis permitir que escape impune sólo porque sea vuestra hija. Esto sentará un precedente. ¿Queréis ser recordado como el rey que sólo respeta la ley cuando le conviene?

Se hizo un silencio sepulcral cuando el rey dragón miró primero a la Iskari

y luego al comandante.

—¿Acaso no he hecho siempre lo que me habéis pedido, mi rey? ¿No he defendido vuestras murallas? ¿No he sofocado vuestras revueltas? ¿No he guardado vuestros secretos?

Al oír aquella última pregunta, la cara del soberano se oscureció como el cielo antes de una tormenta. Asha se preguntó qué tipo de secretos le habría confiado a Jarek. La idea le provocó una punzada de celos; debía de tratarse de secretos importantes, lo bastante como para presionarlo, porque eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Qué pretendes que haga? —preguntó, volviendo a mirar a su hija, que seguía arrodillada a sus pies.

—Aquí pasa algo raro. —Jarek empezó a caminar y sus pasos retumbaron en la habitación abovedada—. Primero, mi esclavo desaparece. Después, nuestros supuestos aliados se marchan sin ser vistos en mitad de la noche y al día siguiente toman Darmoor. ¿Y ahora? Vuestra propia hija roba la llama sagrada. —Meneó la cabeza—. Quiero que se quede donde pueda verla. Lo único que pido es que respetéis vuestra propia ley y que la castigéis como la delincuente que es encerrándola en la mazmorra hasta el día de nuestro enlace.

Su padre no lo permitiría. Quería que *Kozu* muriera y ella era la única que podía acabar con el Primer Dragón.

Sin embargo, vio que vacilaba.

Se le hizo un nudo en el estómago.

El rey desvió la vista hacia Jarek, como intentando tomar una decisión. Como si aquello fuera un juego de estrategia y tuviera que elegir qué pieza era más valiosa: su comandante o su Iskari.

Inhaló profundamente y soltó una exhalación.

—De acuerdo —dijo con lentitud.

Asha expulsó todo el aire de los pulmones.

—Padre...

El rey alzó la mano.

—Levántate, Asha.

No era una petición. Se irguió sobre las rodillas y se levantó, con la vista aún fija en el suelo. Su padre la cogió por la barbilla y la obligó a mirarlo, lo que la dejó atónita: el rey dragón nunca tocaba a su Iskari. Sus cejas formaban una uve maliciosa y sus ojos, normalmente cálidos, se habían vuelto recelosos. Distantes.

—¿He hecho mal en confiar en ti?

«Sí, estoy más corrompida de lo que jamás alcanzarías a imaginar».

Le habría gustado cerrar los ojos para no enfrentarse a aquella mirada de decepción.

—No, padre.

—¿Y cómo puedo estar seguro?

—Si me dejas volver al Rift, haré lo que me pediste. Te traeré la cabeza de ese dragón antes del amanecer.

Ya no tenía ningún impedimento. Ninguna orden que cumplir. Ningún regalo envenenado.

—No puedo dejar que te vayas impune. —Frunció el entrecejo. Necesitaba que cazara a *Kozu*, sí, pero también tenía que respetar la ley—. Has cometido un delito muy grave. Un delito contra tu rey.

La observó durante un largo rato antes de soltarle la barbilla.

—Volverás al Rift.

Asha suspiró aliviada.

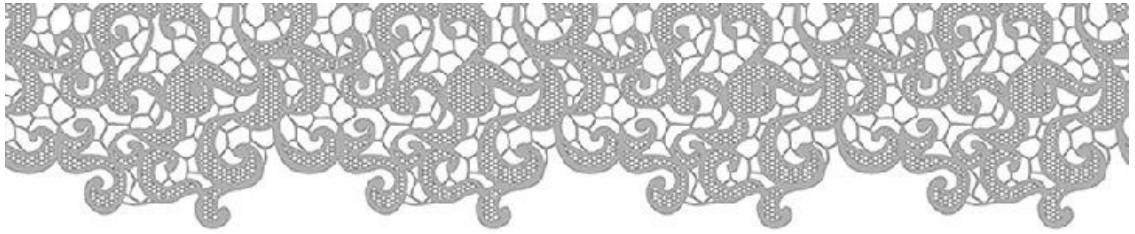
—Dentro de dos días.

Se puso rígida y un frío gélido le corrió por el cuerpo.

—Pero eso es...

—La mañana de tu enlace.

La mirada que ostentaban sus ojos le decía que era consciente de lo que le estaba pidiendo, pero que no le había dejado elección.



Veintisiete

La mañana de su enlace, la puerta de la celda se abrió.

No fue Jarek quien entró. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz de la antorcha, vio a dos soldados de pie en el resplandor rectangular.

—Venís con nosotros, Iskari.

Asha se levantó. Se abrazó para evitar que el frío húmedo le calara más en los huesos.

—He cumplido mi sentencia. Mi padre dijo que podría volver al Rift la mañana de mi enlace.

—Hay un vestido en vuestros aposentos —dijo uno de los soldados, ignorándola—. Debéis ponéroslo y seguirnos. Vuestro padre os lo ordena.

«¿Cómo?».

Pensó en escapar, pero otros seis hombres de Jarek esperaban en el corredor.

Cuando llegaron a su habitación, lo primero en lo que reparó fue en los cerrojos fijados en el exterior de la puerta.

Lo segundo de lo que se percató fue de las pesadas barras de hierro que

atravesaban su ventana en forma de cruz para que no pudiera escapar.

Y lo tercero, la pared vacía. Se habían llevado todas las armas.

—¿Ha hecho Jarek todo esto?

Nadie respondió.

Les cerró la puerta en las narices, se desplomó de rodillas ante la cama y palpó el armazón por el sitio donde había escondido las espadas.

«Siguen aquí».

Las sacó.

Había un vestido cuidadosamente extendido en la cama. No era su vestido de bodas, pero el sello de Jarek saltaba a la vista: los abalorios, el escote pronunciado, la seda de un color dorado cremoso.

Los soldados llamaron a la puerta para darle un toque de atención.

Aun así, no se puso el vestido.

En vez de eso, se dirigió al arcón a los pies de la cama, en cuyo interior permanecía intacta su armadura. Dejó las espadas y se colocó cada una de las piezas, desde la coraza hasta las botas. En cuanto tuviera oportunidad, se dirigiría al Rift.

Enfundada en su armadura se sentía a salvo, oculta de la mirada lasciva de Jarek.

Después de recogerse el pelo en una trenza sencilla sobre un hombro, se enganchó las espadas a la espalda y se caló el yelmo.

La puerta empezó a abrirse.

Cogió los regalos de Jarek —el caftán índigo, el collar de rubíes, el rollo de seda sabra— y los arrojó a la chimenea junto con algunos leños. Rápidamente, buscó una cerilla y la encendió. En cuanto la llama prendió, la arrojó a la pila. El rollo de seda fue lo primero en arder.

El sonido de unas pesadas botas resonó en sus oídos.

Estaban en su alcoba.

—¡Basta! ¡Apresadla!

Asha se giró y alcanzó el vestido dorado con intención de arrojarlo también al fuego, pero un soldado la agarró y la apartó tirando de ella hacia la puerta.

—Vamos a llegar tarde, Iskari.

Ella miró por encima del hombro y vio cómo el fuego crepitaba y lanzaba llamaradas. Cómo todos sus regalos ardían... menos uno.

Los soldados intercambiaron miradas antes de conducirla por el corredor.

Safire se los encontró en la puerta que conducía a la palestra, que extrañamente estaba desprovista de manifestantes.

A Asha le dio un vuelco el corazón al ver a su prima. Apenas la reconoció, vestida como iba con un caftán turquesa oscuro. Llevaba el pelo, negro a la altura de la barbilla, trenzado y recogido en la nuca.

—Asha. ¿Dónde has estado?

El primer instinto de esta, rodeada de draksors vociferantes, fue acercarse a su prima. Pero los soldados la flanqueaban y no podía llegar hasta ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó por encima de su fila de escoltas—. ¿Por qué estoy aquí?

A su alrededor había hileras e hileras de bancos de madera medio llenos de espectadores, que rodeaban el recinto.

A cada lado había draksors, de pie ante unas mesas, que daban voces y sacudían bolsas de dinero para hacer sus apuestas. Pero era la propia arena lo que más atraía su atención.

Normalmente, las estacas de hierro que la bordeaban apuntaban al cielo para evitar que los delincuentes escaparan trepando por ellas y que los espectadores cayeran. Ese día, sin embargo, estaban entrecruzadas en la parte superior.

—Es la mañana de tu enlace —explicó Safire, abriéndose paso entre la multitud en un intento por alcanzar a su prima—. Se supone que hoy intercambias regalos de compromiso con Jarek.

Asha no tenía ningún regalo. Y, aunque lo tuviera, la idea de dárselo a Jarek le parecía ridícula.

«Pero ¿por qué la palestra?». Los regalos de compromiso solían intercambiarse en la plaza más grande de la ciudad, para crear expectación entre el público por el enlace, que siempre se celebraba al salir la luna. Miró a su alrededor, calibrando sus posibilidades, buscando una vía de escape.

Había hombres vestidos con túnicas de seda y mujeres con caftanes de elaborada confección sentados en los bancos que bordeaban el recinto. Pero, para ser una ocasión tan importante, el intercambio de regalos, la palestra parecía más desierta que nunca. Aunque pudiera librarse de su escolta y agarrar a Safire..., no había multitud entre la que perderse. No había manera de que llegaran a la salida sin ser vistas.

Era demasiado reconocible. Incluso en esos momentos, la gente se apartaba al verla. La miraban con ojos temerosos.

Cuando llegó al baldaquino carmesí, el punto más alto de la palestra con la mejor panorámica de los combates que se disputaban abajo, divisó a Jarek. Su túnica negra de siempre, engalanada con su blasón —dos sables cruzados—, había desaparecido. En su lugar llevaba una blanca con un ribete de oro: colores ceremoniales. El vestido de su alcoba habría conjuntado con el suyo.

El comandante se la acercó de un tirón. Asha se tensó.

—Tengo el regalo perfecto para ti —le anunció. Su cuerpo despedía una extraña energía. No pareció percatarse de su atuendo.

El rey dragón estaba sentado con la espalda recta y su medallón de cuarzo en el pecho, y los dedos le refulgían llenos de anillos. A su lado, un esclavo sujetaba una bandeja llena de pastas de almendra y albaricoques desecados.

El rey asintió en dirección a Jarek, dándole así permiso para empezar.

El comandante levantó la mano que agarraba la de Asha en el aire. Se hizo el silencio. Todas las miradas se posaron en ellos en el acto.

—¡Esta noche, la Iskari y yo nos uniremos en matrimonio! ¡Que este regalo mío sea testimonio de nuestra formidable unión!

Los aplausos resonaron en los oídos de Asha. Cuando volvió a hacerse el silencio, era su turno. Miró a Safire fuera de la tienda y recordó una broma que le había gastado no hacía tanto tiempo.

«He oído que los corazones de dragón están muy de moda últimamente, sobre todo como regalo de compromiso».

La Iskari se giró para dirigirse a la gente. Sabía lo que tenía que hacer.

—Esta noche, el comandante y yo nos uniremos en matrimonio. —A su voz le faltaba fuerza y confianza—. ¡Que este regalo mío sea testimonio de nuestra unión para siempre!

Esta vez el aplauso fue mucho más apagado, pero Asha no había terminado. Se zafó de Jarek y dio un paso para adelantarse.

—¡Hoy daré caza al Primer Dragón!

El aplauso cesó por completo.

—¡Hoy daré el golpe final a las viejas tradiciones y arrancaré el mal de mi propia alma! —Siguió un silencio frío cuando se giró hacia su prometido—. En señal de mi devoción, te traeré el corazón de *Kozu*. Ese será mi regalo.

Nadie aplaudió. Nadie respiró. Todas las miradas de la palestra se desviaron hacia el rey dragón. Cuando la propia Asha se giró para encarar a su padre, él alzó su copa de vino dorada, haciendo un brindis en su honor. «Bien jugado», parecían decir sus ojos.

La palestra estalló. Pero había reacciones encontradas: algunos draksors gritaban y lanzaban vítores; otros hablaban por lo bajo e intercambiaban miradas nerviosas.

Ahora su plan de caza era de dominio público. Tendrían que dejarla marchar para que pudiera cumplir su promesa.

—¡Que empiece la lucha! —ordenó Jarek, entrelazando los dedos con los suyos y atrayéndola hacia su regazo.

Ella se resistió. Quería levantarse, pero ahora estaba representando un papel.

Y si no mataba a *Kozu*, lo representaría durante el resto de su vida.

Unos draksors situados abajo se giraron hacia la arena y empezaron a corear algo alzando los puños al aire, a la espera de que llegaran los luchadores. Cada vez se les unieron más, hasta que el sonido se convirtió en un zumbido en sus oídos, amortiguando todo lo demás.

No habían encendido las antorchas, por lo que el interior de la palestra estaba oscuro y tan sólo se podían ver hordas de espectadores sentados, de pie o apostando en las mesas, lanzando vítores y hurras, a la espera de que empezara el combate.

Un clamor repentino se fue propagando por la multitud, interrumpiendo los cantos e inquietando a Asha.

Jarek le rodeó la cintura con un brazo, inmovilizándola contra él.

«¿Un dragón? —Miró hacia el cielo—. ¿Aquí?».

Pero el cielo era de un azul cobalto inmaculado. Nada los sobrevolaba.

Unos draksors que estaban de pie se dirigieron hacia los bancos. Jarek se mantuvo tenso, con el cuerpo cargado de energía.

—He encontrado algo que te pertenece —dijo por encima del ruido—. Debiste de dejártelo en las entrañas del templo.

Alcanzó algo de debajo del banco donde estaba sentado. Cuando la mano volvió a aparecer ante su vista, sostenía un hacha enjovada. La misma que le había dado a Torwin.

Se le congeló el corazón.

Echó mano de ella por instinto. En cuanto sus dedos aferraron el mango, todas las antorchas se encendieron a la vez.

Levantó la vista justo en el momento en que unos soldados acorazados de la cabeza a los pies conducían a un dragón a la arena, blandiendo largas lanzas de acero y escudos rectangulares que les tapaban todo el cuerpo. Picaban al animal una y otra vez clavándole las lanzas afiladas en la piel rojiza.

El hacha cayó a sus pies con gran estrépito.

—*Sombra...*

El dragón no tenía más opción que seguir avanzando hacia delante mientras chillaba y chascaba las mandíbulas. No tenía ningún sitio adonde ir, ningún sitio donde esconderse. Los barrotes, ahora bajados, le impedían huir volando.

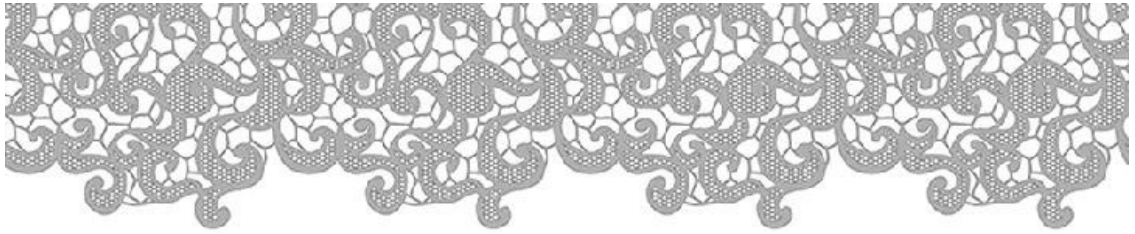
Pero ¿podía haber algo peor que aquello?

En el centro de la arena estaba Torwin arrodillado.

Se balanceaba, como medio inconsciente, y un cuchillo dentado descansaba en la palma de sus manos. Era todo cuanto tenía para defenderse de un dragón tan torturado y asustado que estaba dispuesto a matar cualquier cosa que pareciera una amenaza.

Tras un duro arponazo de uno de los soldados, *Sombra* dio un alarido feroz y desgarrador. Los soldados acorazados salieron a toda prisa del recinto.

Justo antes de que el dragón cargara, Torwin levantó la cara hacia la horda de draksors que vitoreaban su muerte. Su mirada los sobrevoló y siguió ascendiendo, hasta que se posó en Asha.



Veintiocho

Sombra atacó, levantando a su paso una nube de arena roja. Torwin se apartó rodando de su camino... por los pelos. La sangre le corría por la espalda; sus viejas heridas se habían abierto y parecía estar tremendamente dolorido. Aquello sin duda lo ralentizaba. La cola bífida de *Sombra* le asestó un latigazo en el costado que lo arrojó de espaldas al suelo.

Asha se tapó la boca con el puño para evitar soltar un grito.

Sombra también estaba dolorido. La sangre le manaba a borbotones del costado y evitaba apoyar demasiado la pata derecha. Acorralado y herido, no reconocía al esclavo que tenía ante sí. El pánico que sentía anulaba el vínculo que lo unía a Torwin; después de todo, era reciente, débil y experimental.

«Van a matarse el uno al otro», pensó.

Y ella estaba obligada a presenciarlo.

—Me acordé de lo mucho que te gustaban los combates de dragones —le dijo Jarek, cercándola con los brazos—. Y se me ocurrió resucitarlos para ti.

Asha se tragó la bilis. Miró a *Sombra*, que rodeaba al skral, dispuesto a atacar de nuevo. El sol destelló en el cuchillo de Torwin.

Si este mataba al dragón, ella no cumpliría con la orden de Elorma de proteger a la criatura. El Viejo desataría su ira y, esta vez, cualquier castigo que le impusiera no tendría vuelta atrás.

Y si el dragón mataba a Torwin...

El fuego prendió en su vientre y sus manos se ciñeron a los brazos de Jarek. Le clavó los dedos en la piel y en los músculos en su camino hacia los huesos.

Él lanzó un grito y la dejó libre, momento en el que Asha se apresuró a saltar de su regazo.

Ya había dado tres pasos entre la multitud cuando él la agarró del brazo. A juzgar por su mirada asesina, era evidente que planeaba no dejarla escapar. Así que, en un suspiro, se desabrochó el brazal de la armadura por donde él la tenía sujeta y se escurrió a toda prisa en dirección a la arena.

Cuando llegó a los barrotes de hierro, se agachó. *Sombra* había atacado a Torwin y este se había dejado caer en el suelo en el último momento. El vientre era el lugar más fácil donde asestar una puñalada. Podría haberlo herido de muerte..., pero no lo hizo.

Sus labios se movieron y, si Asha hubiera aguzado el oído, habría oído su voz intentando aplacar al animal; intentando convencerlo.

Sólo por esa vez, había recurrido a la táctica de contarle una vieja historia.

—No...

Las viejas historias fortalecían a los dragones. Hacían que exhalaran fuego.

—¡Torwin, no!

Sombra se detuvo justo antes de golpear la pared y se dio la vuelta mientras ondeaba las rojas escamas y dilataba los ollares. Torwin se levantó; sus labios seguían moviéndose.

El dragón se puso a cuatro patas y echó la cabeza hacia atrás. Hinchó el

pecho y el vientre le resplandeció.

—¡No! —volvió a gritar Asha.

Los soldados llegaron al borde de la palestra. La joven atravesó a trompicones los barrotes entrecruzados manteniendo el equilibrio a duras penas y se colocó en el centro, fuera de su alcance. La multitud enmudeció cuando vio que la Iskari se aferraba a las estacas que quedaban a sus pies, resbalando en más de una ocasión, y encontraba por fin un hueco lo bastante ancho por el que colarse.

Bajó por él y se quedó colgando sobre la arena mientras calculaba la altura de la caída. No se partiría la cabeza, pero podía hacerse daño.

El vientre de *Sombra* se volvió rojo como las brasas.

Se dejó caer.

Oyó silbar el aire mientras descendía y un dolor agudo y descarnado le subió por los tobillos y las piernas al aterrizar. Había caído justo entre el dragón y el esclavo. El público ahogó un grito.

Asha levantó los brazos, uno provisto de brazal y otro desnudo. Vio cómo su cabeza protegida por el yelmo se reflejaba en los ojos hendididos de la criatura: era el reflejo de una cazadora. De una enemiga.

El fuego se dirigía hacia ella y no había manera de pararlo.

Se dio la vuelta y corrió hacia Torwin. Se arrodilló delante de él y le cubrió el cuerpo con el suyo, protegiéndolo con su armadura. Luego le cogió la cabeza con las manos y la empujó hacia abajo para taponarle la cara con el hombro.

—Quédate agachado. —Su voz sonó hueca dentro del yelmo.

Torwin gritó cuando una ráfaga de fuego pasó junto a ellos y el calor le abrasó la piel. La agarró por el extremo inferior del peto y la atrajo hacia sí.

Las llamas titilaron y se apagaron.

Asha volvió a girarse hacia el dragón, que se agazapó y siseó.

Habían convertido a aquella criatura juguetona en un depredador.

—*Sombra* —le dijo mientras se quitaba el yelmo y lo dejaba caer en la arena con un sonoro clanc—. Soy yo.

Él gruñó y dio un latigazo con la cola.

Asha empezó a quitarse la armadura y a arrojarla pieza por pieza lejos de sí.

—Me conoces.

Por encima de ellos, la multitud enmudecida clavaba sus ojos incrédulos en la Iskari. Los murmullos de espanto resonaban en sus oídos y se percató de que un grito se elevaba en medio de la expectación: la orden de que los soldados abrieran las puertas y la sacaran de allí.

Era la orden de su padre. Y peor aún que el fiero bramido de la voz del rey dragón era la mirada gélida que le lanzaban sus ojos y que podía sentir incluso desde allí.

Con dedos temblorosos, se desató los cordones de sus botas de piel de dragón. Tenía que quitárselas para convencer a *Sombra* de que no era su enemiga.

—Te reconoce —le dijo Torwin desde atrás.

Alzó los ojos. *Sombra* dejó de andar en círculos; su cola ya no daba latigazos. Dio un paso vacilante hacia ella, ladeó la cabeza plana y escamosa e hizo un ruidito, una especie de gemido.

Asha sintió la extraña urgencia de rodearle el cuello con los brazos.

Se quitó las botas de una patada y se acercó a él despacio, descalza y con las manos extendidas. *Sombra* le dio un empujoncito en la palma con el hocico. Todo su cuerpo temblaba.

Tenía que sacarlo de allí.

Unos pasos pesados caminaron hacia la entrada de la arena. Cuando Asha y el dragón se giraron, vieron que una fila de soldados custodiaba la puerta.

Estaban atrapados. Tal vez hubiera impedido que Torwin y *Sombra* se mataran mutuamente, pero no podía protegerlos del ejército de su padre.

—¡Asha! —gritó entonces Safire—. ¡Vuela!

El chirrido de metal contra metal y de engranajes que giraban le saturó los oídos. Alzó la vista. Los barrotes de hierro empezaron a elevarse hacia el cielo sobre sus cabezas.

Safire se encontraba en la sala de máquinas.

Entonces, un silbido llegó de arriba.

Al volver la cara en esa dirección, vieron cómo Dax les lanzaba dos objetos, uno después del otro. Torwin se apresuró a coger un fardo de flechas con una mano y un arco con la otra.

A Asha no le dio tiempo a preguntarse por qué su hermano tendría preparados precisamente aquellos objetos. Buscó sus espadas, de las que se había desprendido junto con la armadura, mientras Torwin disponía las flechas en la mano de tiro.

«Pero ¿acaso sabe usarlas?».

Como si le leyera el pensamiento, el chico la miró y Asha se fijó en su labio partido e hinchado. Y en el verdugón de su mejilla. Y en el cardenal negruzco que le recorría el pómulo.

Alguien le había golpeado. Más de una vez.

Una rabia candente prendió en sus entrañas.

—Ponte detrás de mí. —Cogió las empuñaduras de la arena. Las espadas sagradas se liberaron de sus vainas con un chirrido—. Te defenderé hasta que *Sombra* tenga vía libre.

Torwin obedeció y disparó una flecha en el instante en que las puertas se abrían y los soldados entraban en tropel.

Asha giró las espadas; sentía todo el cuerpo vivo y bullente. Defendió la posición por delante mientras *Sombra* cubría la retaguardia.

—¡Dispara a la izquierda!

Apuntó con la espada al primer soldado de Jarek que pisaba el recinto.

Este cayó abatido antes de que las palabras salieran de sus labios, con una flecha clavada en el corazón.

Observó asombrada cómo Torwin volvía a disparar y la flecha volaba hacia el siguiente enemigo antes de que a ella le diera tiempo a señalarlo. Detrás de ellos, *Sombra* dio un latigazo con la cola, barrió a tres soldados a la vez y los lanzó contra la pared.

—¿Dónde aprendiste a disparar así?

Otro soldado cayó abatido por un flechazo en el corazón.

—¿Por qué? ¿Estás impresionada?

Desde la sala de máquinas, la voz de Safire bramaba a quienquiera que estuviese intentando derribar la puerta. Se había encerrado dentro.

—Greta me enseñó —explicó mientras disparaba otra flecha que le pasó zumbando cerca del pelo—. Y yo le enseñé a tu hermano.

«¿A mi hermano?».

Asha se acordó de sus dedos callosos; de los de ambos. Pero no había tiempo para hacer todas las preguntas que se arremolinaban en su mente.

—En cuanto los barrotes se eleven, sube a lomos de *Sombra* y echa a volar —le indicó.

En la puerta, los soldados se separaron para dejar pasar a alguien. A alguien vestido de blanco y dorado.

El comandante se adentró en la arena y fue directo hacia ellos con el sable en ristre.

Conforme avanzaba, Asha empuñaba sus espadas con más fuerza. Todo lo que Safire le había dicho alguna vez acerca de enfrentarse a un adversario mayor y más fuerte le pasó por la cabeza: «ataca rápido», «a las piernas», «acércate y retírate», «no te demores».

El comandante se detuvo en seco a medio camino. Todos los soldados que lo rodeaban bajaron las armas y miraron por encima del hombro de Asha. Esta, que no sabía por qué, se giró para averiguarlo.

Torwin había cargado la última flecha. Estaba en el arco, con la cuerda tirante, y señalaba directamente a su pecho.

Ningún soldado avanzaría con aquella flecha apuntando a la hija del rey dragón.

—Sube tú primero.

—¿Qué?

—Asha.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Al oírlo, sintió como si una campana tañera en su interior y llenara todos sus huecos.

—Hazme caso.

Lo miró fijamente.

—Estás loco —susurró.

Justo encima de ellos, los barrotes chirriaron. Un poco más y *Sombra* tendría vía libre.

—¿Ah, sí? —Mantuvo la flecha apuntando a su pecho y señaló con la barbilla a los espectadores de arriba, que se apiñaban contra los barrotes para ver a la Iskari, a la que tanto odiaban y temían—. ¿Cuántos de ellos querrían que te clavara esta flecha en el corazón?

Asha tragó saliva. «Todos».

—¿Y tu padre?

Sintió una punzada al oír esa pregunta y pensó en el rey bajo el baldaquino carmesí. Su padre lo habría presenciado todo. Y se habría dado cuenta de la verdad: su hija estaba corrompida.

Ante aquel pensamiento, se apartó del esclavo.

—Por favor —insistió—. Vete.

La mirada de Torwin se rezagó en su cara.

—Nadie va a perdonarte esto.

No, al principio no, pero su padre necesitaba que cazara a *Kozu*, y él y todos los demás acabarían perdonándola en cuanto les llevara su cabeza. Ese único acto la absolvería de todos sus delitos.

—Tengo que arreglarlo todo —se excusó—. Y tú tienes que cuidar de *Sombra*. Ese era el trato.

Los barrotes chirriaron a modo de protesta y dejaron de elevarse. Desde la sala de máquinas llegaron los gritos de Safire. Los barrotes empezaron a bajar.

Un miedo brillante y abrasador se encendió en su interior. Si aquellos barrotes bajaban del todo y *Sombra* y Torwin aún se encontraban allí, no tendrían escapatoria.

—Si mueres aquí después de haberte salvado la vida, te buscaré más allá de las puertas de la Muerte y te mataré por segunda vez.

—Puedes matarme cien veces —dijo él, elevando la última flecha por encima de su hombro y apuntando a su amo—. Si no puedo liberarte de él, no pienso dejar que viva.

Asha lo miró muy seria.

¿Estaba intentando protegerla?

Aquello era una locura.

—Torwin. —Por encima de ellos, sus oportunidades de escapar se iban esfumando por momentos—. Aún te debo un baile, ¿recuerdas? No puedes bailar conmigo si mueres.

Él la miro, sorprendido.

—Prométeme que no te casarás con él —le pidió, con los músculos rígidos por la tensión del arco—. Si te hace suya —sus ojos se tornaron febriles de súbito—, no lo soportarás, Asha.

Ella se fijó en sus nudillos, que se aferraban con fuerza al arma. Aún llevaba el anillo de su madre.

—No pienso marcharme hasta que me lo prometas.

—Te lo prometo —susurró.

Él lo aceptó y llamó a *Sombra* chasqueando la lengua. A continuación, se aupó y se acomodó entre las alas del animal.

Jarek, ya libre de la amenaza de la flecha de Torwin, avanzó raudo y veloz, como una tormenta de arena que barriera el desierto. Sus ojos no se despegaban de su esclavo, que estaba a punto de escapársele por segunda vez.

Desde la sala de máquinas, Safire volvió a gritar y a Asha se le heló la sangre.

El aleteo de *Sombra* le soltó varios mechones de pelo, pero no alzó la vista. No se atrevía a apartar los ojos del comandante. Tan sólo le dio tiempo a rezar una oración silenciosa, a rogarle al Viejo que los pusiera a salvo.

Jarek elevó las manos para hacer una señal a sus soldados, pero no terminó de emitir la orden porque Asha atacó primero..., pasando por alto todas las reglas que Safire le había enseñado.

A él no le costó interceptar sus espadas, pero, cuando intentó deshacerse de ella, Asha mantuvo la posición. Ni siquiera tenía que abatirlo, le bastaba con retenerlo.

—Apártate de mi camino, Iskari, o lo lamentarás.

Ella apretó los dientes y contuvo la fuerza y el peso de su sable. Le dolía todo el cuerpo, las piernas le flaqueaban y Jarek vociferaba en su cara.

Pero ella hizo lo mismo y expulsó toda su furia a voz en grito.

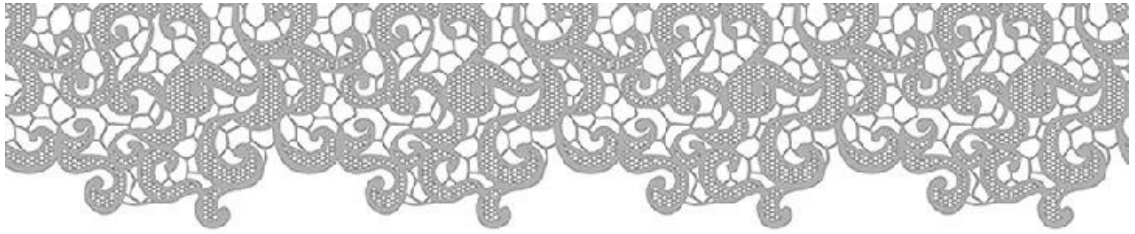
Sin soltarlo.

Cuando el comandante miró por encima de su cabeza, lo que vio hizo que su boca se torciera de ira. Toda su fuerza se disipó; dio un paso atrás y clavó el sable en la arena.

Asha se giró y miró al cielo en el preciso momento en que los barrotes se cerraban. Al otro lado se extendía una franja azul y sin nubes.

«Se han ido».

Y aquel pensamiento trajo consigo una soledad tan cruel y penetrante que fue como si un hacha le partiera el corazón.



Veintinueve

Por encima de los barrotes, la multitud la abucheaba y maldecía su nombre. La vergüenza reptó por su corazón como una hiedra venenosa.

No se resistió cuando Jarek le arrebató las espadas y dio la orden de que vaciaran el recinto. No miró a los ojos a los soldados que arrancaban flechas del pecho de sus camaradas caídos; todos parecían querer clavarle una docena a ella.

Bajo el peso de sus actos, se desplomó de rodillas en el suelo.

Más arriba, en algún sitio, su padre estaba descendiendo en dirección a la arena. Debía pensar lo que iba a decirle.

En cambio, se acordó de cuando Torwin pronunció su nombre.

«Asha». El nombre que le puso su madre. No Iskari, el nombre de una diosa corrompida.

«¿Y si no vuelvo a verlo?».

No debería importarle.

Al oír un gemido de Safire, miró en su dirección y vio que dos soldados la arrastraban. Fue a levantarse, pero tres soldados se encaminaron hacia ella a

la vez y el odio que destilaban sus miradas la detuvo.

Jarek arrastró a su prima hasta ella y la arrojó al suelo, donde cayó hecha un fardo.

—¡Asha! —El rugido de su padre retumbó en el recinto vacío cuando este hizo su entrada. Levantaba arena a su paso mientras se dirigía hacia su Iskari —. ¡Me has hecho quedar en ridículo!

Ella mantuvo la mirada gacha mientras su padre acortaba distancias.

—¡Mírame!

Obedientemente, levantó la vista, que fue recorriendo su toga dorada y su blasón real hasta detenerse en su cara de enfado.

—Durante años, he creído en ti. Durante años, he estado de tu parte cuando nadie más lo estaba. Y, en una sola mañana, lo has echado todo a perder. Todo el duro trabajo que habíamos hecho. ¿Por qué?

Una voz se elevó detrás del rey:

—Déjala en paz.

Dax apareció de la nada por la puerta pasándose un cuchillo rudimentario y sin adornos de una mano a la otra, como si fuera una pelota. Clavó la vista en su padre y Asha detectó el destello de algo peligroso en sus ojos.

El rey hizo una mueca y una seña al soldado que tenía a la izquierda.

—Llévatelo de aquí.

Pero Dax siguió caminando en su dirección, con la barbilla alta y los ojos marrones más claros que había mostrado en días.

Cuando el soldado llegó a su altura, su hermano blandió el cuchillo.

«Forjado por un baldío», se percató Asha.

—Tócame y te abro la garganta —lo amenazó.

El soldado hizo una pausa y miró a Jarek, que a su vez miró al rey aguardando una orden.

Dax no esperó.

—Hace cinco días —su voz resonaba en la palestra vacía mientras se dirigía hacia su padre— rogué a mi hermana que salvara la vida de un esclavo.

El rey entrecerró los ojos.

—Como es natural, Asha se negó. Así que la chantajeé. —Al llegar a la altura de su hermana, se detuvo frente a ella, ocultándola de la vista de los demás—. Del mismo modo que la chantajeé para que robase tu preciada llama e interrumpiera la pelea.

«¿Qué?».

Confundida, Asha miró a Safire, pero esta tenía la vista clavada en sus manos, plantadas en la arena. El cuerpo le temblaba de la paliza que le habían dado.

Su padre escrutó a Dax con cautela.

—¿Y por qué ibas a hacer eso, hijo?

—¿No es obvio? —Le brillaban los ojos—. Te odio. ¿Y qué mejor manera de castigar a quien odias que utilizar a su propio monstruo de compañía contra él?

«Monstruo de compañía». Esas palabras dolieron más que si Dax le hubiera cortado con su cuchillo.

Pero había mentido acerca de que la había chantajeado. Tal vez aquello también fuera mentira.

—Llevaos a mi hijo fuera de mi vista. —La voz del rey era calmada y comedida, pero, bajo esa apariencia, Asha detectó una fractura interna—: Bajadlo a la mazmorra y esperadme, quiero interrogarlo en persona.

En cuanto los soldados se acercaron, Dax se acuclilló ante Asha y sus ojos se suavizaron al contemplar la cicatriz de su cara.

—Cuando cae la noche, hermanita, el Viejo enciende una llama.

Cuando lo agarraron de los brazos y se lo llevaron a rastras, le guiñó un

ojo. No daba muestras de miedo. Era como si desempeñara un pequeño papel en una representación mucho mayor en la que estaba participando.

A continuación sacaron a Safire de la palestra. La joven volvió la vista hasta Asha: su cara era la viva imagen de la preocupación.

Preocupación por su prima, no por ella misma.

Asha arrugó la frente al recordar algo que Torwin le había contado.

«El día que te encontré en la enfermería, supe que las cosas estaban a punto de cambiar».

«¿Qué cosas? —se preguntaba ahora, pensando en el arco y las flechas—. ¿Qué está tramando mi hermano?».

—Ahora que nos hemos librado de la gentuza... —Jarek le tendió algo al rey dragón: el brazal de la armadura de Asha. El que se había desabrochado para escapar de él—. Su brazo estaba desprotegido cuando el dragón escupió fuego. —Se acercó a ella, le agarró el brazo desnudo y se lo levantó—. Así que ¿por qué no está quemado?

Su padre sujetó la pieza de la armadura como haciéndole una pregunta tácita.

—No me quemo —susurró.

—Habla más alto.

Asha levantó la barbilla y dijo más fuerte:

—El fuego de dragón no me quema. Ni ningún fuego. Es un... regalo. Del Viejo. —No podía sostener la mirada de su padre—. No me estaba permitido rechazarlo.

Jarek y el rey intercambiaron una mirada. Juntos, le dieron la espalda y hablaron en voz baja.

Ella los observó: su padre y el comandante de este, rodeados de soldados. La palestra, vacía. La Iskari se arrodilló en la arena desprovista de armas mientras se llevaban al heredero del rey hacia las mazmorras. Si Jarek

pretendía realmente hacerse con el trono, ¿qué se lo impedía? ¿Por qué no derrotaba a su padre justo ahora?

Este último volvió a girarse hacia ella apretando el brazal.

—¿Te ha dado el Viejo más regalos?

Asha apartó la vista; los remordimientos dispersaban sus pensamientos.

—Sí.

—¿Y? ¿Cuáles son?

—Las espadas —respondió—. Y... el dragón.

Entre ellos se hizo un silencio sepulcral.

—¿Pretendes insinuar que, durante todo este tiempo, has estado tratando con el Viejo?

Las lágrimas le ardían en los ojos. Los apretó para deshacerse de ellas.

—Si no hago lo que me dice, me arrebatara la fuerza y me impide... —le lanzó una mirada a Jarek—, me impide cazar.

«Ahora me delatará. Se dará cuenta de que soy una causa perdida y no querrá saber nada más de mí».

Abrió los ojos y advirtió que su padre escrutaba su cara con preocupación.

—Quiere utilizarte, Asha. Como te utilizó hace ocho años. Eres fácil de corromper. Un arma que puede utilizar contra el resto de nosotros. —Empezó a caminar de un lado para otro, mesándose la barba mientras pensaba. Cuando se detuvo, se acuclilló delante de ella—. Mi querida niña, ¿por qué no me lo has dicho antes?

Asha soltó el aire que había estado reteniendo.

—Porque estaba avergonzada —reconoció—. Porque hay y siempre habrá algo peligroso en mi interior. Temía que, si te contaba la verdad, pensaras que no tengo remedio.

—Mírame.

Le obedeció.

Sus ojos volvían a ser cálidos.

—No puedo ayudarte si no me dices cuándo estás en un aprieto.

Asha estuvo a punto de deshacerse en lágrimas de alivio.

—Nuestro trato inicial sigue en pie —le dijo en voz baja para que sólo ella lo oyera—. Tienes hasta que la luna salga esta noche.

El comandante se inclinó para ayudar al rey a levantarse y Asha observó cómo se daban la mano, la fuerza con que se agarraban.

—Va a ir a cazarte un dragón —le explicó el rey cuando Jarek lo alzó—. Esta vez quiero que vayas con ella.

Asha se quedó petrificada, demasiado sobresaltada para hablar. El comandante enarcó las cejas, sorprendido.

—Una vez la salvaste de las maquinaciones del Viejo —continuó el rey—. Si pretende manipularla ahora, te quiero allí, a su lado.

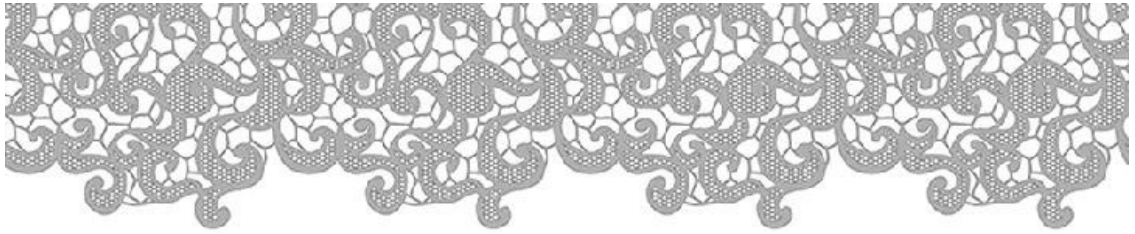
Asha miró a su padre. Su secreto compartido pendía de sus ojos. Quería que matase a *Kozu* delante de Jarek, el mismo que creía que el corazón del Primer Dragón era un regalo de bodas, no una forma de cortar ataduras.

¿Era esa su forma de apoyarla? ¿De decirle que sabía que podía hacerlo?

Entonces, por segunda vez en el transcurso de pocos días, el rey estiró la mano y tocó a su hija, apretándole el hombro con fuerza.

Ni siquiera titubeó.

—Ojalá estuviera presente cuando des el golpe final —le dijo—. En cuanto lo hagas, nos liberarás a todos.



Treinta

A mediodía, la Iskari y el comandante cabalgaban por el Rift.

Asha lideraba la marcha a lomos de *Oleander*, cuyos cascos repiqueteaban en la tierra con un tamborileo rítmico. Jarek iba a su izquierda. Al galope los seguía un grupo de soldados armados con lanzas y alabardas, y blindados con escudos. Las reinitas y las tarabillas les advertían, trinando desde los árboles, cuando pasaban como un rayo.

El aire se notaba denso y cargado, como si se avecinara una tormenta.

Asha cabalgaba por senderos de caza y surcaba bosques, arroyos y traicioneros terrenos rocosos tomando los atajos que conocía.

Jarek le iba a la zaga.

—Hay algo que no tiene sentido —dijo mientras sus caballos vadeaban un ancho arroyuelo y salpicaban agua fría—. ¿Por qué iba Dax a chantajearte? ¿Y qué le importa a él mi esclavo... y la llama sagrada?

Oleander fue la primera en alcanzar la orilla contraria. Salió trepando del río e intentó distanciarse del semental negro de Jarek. Este agarró a Asha del brazo, que se vio obligada a refrenar bruscamente a la yegua antes de que le

diera un tirón.

La luz del sol que se colaba entre los cedros y los arganes iba menguando conforme el cielo se oscurecía por encima de ellos.

—¿Qué se trae entre manos, Asha? ¿Qué secretos guardáis vosotros dos? —Se cernió sobre ella y la aferró con más fuerza aún—. Dime la verdadera razón por la que te lanzaste a la palestra.

Ella se acordó de la cara amoratada y de la espalda ensangrentada de Torwin. Y del vientre de *Sombra*, candente por el fuego.

No le había quedado elección. No habría soportado verlos morir.

—¿Y si hacemos un trato? —le propuso, entrecerrando los ojos—. Mi secreto a cambio del que le guardas a mi padre.

No esperaba que la soltara.

Ni esperaba la mirada de temor que se reflejó en sus ojos.

Cuando los soldados entraron al galope en el arroyo, se zafó de Jarek, se metió entre los pinos y se adentró en la pradera. Las nubes estaban bajas y se veían hinchadas y oscuras como un cardenal negruzco.

El comandante la alcanzó, seguido de sus soldados; las ramas de los pinos crujían a su paso.

—Quedaos donde estáis —les indicó Asha antes de desmontar y empezar a atravesar un campo de esparto.

Las nubes de tormenta volvían el prado de un gris argénteo.

Allí era donde todo había empezado.

Notaba una presencia familiar en el ambiente. Olía el débil aroma a humo y ceniza. Pero Elorma no podía detenerla en aquellos momentos. Habían pasado ocho años desde que *Kozu* la había quemado. Ocho años desde que la ciudad había ardido y la gente había perdido la vida... por su culpa.

Y ahora iba a arreglar las cosas.

—¿Y bien? ¿Dónde está? —gritó Jarek.

—Vendrá —respondió ella mientras rebuscaba en su interior aquella historia enterrada en la oscuridad—. Diles a los soldados que se escondan.

Estos se apostaron en los árboles e hicieron lo que se les ordenaba. Un recuerdo cruzó su mente. Uno de hacía ocho años, la última vez que había estado en aquella pradera.

Lo rechazó.

—¿Asha? —A Jarek se le notaba incómodo.

No tenía otro remedio. Iba a tener que contar la historia delante del comandante de su padre y, al hacerlo, revelaría la verdad: nunca había vencido a su naturaleza; sólo había podido ocultarla.

Pero al final eso no tendría importancia. No cuando *Kozu* estuviera muerto.

Clavó la vista en el cielo nublado y gritó todo lo que pudo. No se trataba de una vieja historia..., no en el sentido estricto.

—¡Había una vez una niña que se sentía atraída por las cosas malas!

El viento se apoderó de su voz y la transportó por todo el campo. La hierba se zarandeaba y silbaba a su alrededor.

—No le importaba que las viejas historias hubieran matado a su madre. No le importaba que hubieran matado a muchos antes que a ella. La niña permitía que entraran, le carcomieran el corazón y la corrompieran. No le importaba.

El aire crujió a su alrededor. En la distancia, vio cómo una silueta negra se lanzaba desde un risco escarpado hacia las nubes oscuras.

—Bajo el manto de la noche, trepaba a los tejados y reptaba por calles solitarias. Culebreaba hasta las afueras de la ciudad y se adentraba en el Rift, donde contaba historias a los dragones. Hasta que contó tantas que despertó al más mortífero de todos ellos. Uno tan oscuro como una noche sin luna. Tan viejo como el tiempo. *Kozu*, el Primer Dragón.

—Asha... —La voz de Jarek sonó algo rara; atemorizada.

Se adentró más entre la hierba alta. El sonido de unas alas batientes reverberó en el aire. Se levantó viento, que aulló y le revolvió el pelo, destrenzándolo y arrojándoselo a la cara.

—¡*Kozu* quería a la niña para sí! ¡Quería acaparar el poder letal que manaba de sus labios! ¡Quería ser el único al que le contase historias! ¡Por siempre jamás!

Una sombra se cernió sobre ella. Alzó la vista y vio un dragón planeando en círculos. Negro como la tinta. Negro como un estanque sereno en una noche sin luna. Negro como sus propios ojos.

Cogió el hacha de su cadera.

Kozu aterrizó con un golpe seco. La tierra tembló a sus pies. Su sombra se irguió sobre ella y la envolvió en la oscuridad. Sus escamas resplandecían y su ojo amarillo y hendido la observaba fijamente. Los ojos de Asha hicieron lo mismo y se posaron en su cicatriz. Una cicatriz que era la viva imagen de la suya y que bajaba por su cara serpentina, le atravesaba un ojo y afeaba aquellas escamas del color de la tinta. Dos cuernos se retorcían en lo alto de su cabeza, perfectos para cornear a sus presas, y de cada pata salían cinco garras afiladas como cuchillos. Sus alas, tan amplias como un patio, estaban desplegadas en una exhibición de su grandeza, de la facilidad con la que la aplastaría.

Como una vieja historia, el propio *Kozu* era fiero y formidable, bello y poderoso.

La idea de verlo muerto le provocó una tristeza repentina y abrumadora.

Asió con más fuerza su arma.

Alguien se movió detrás de ella. El animal lo miró de súbito y sus rasgados ollares se hincharon. Sin embargo, fuera quien fuese, el Primer Dragón no tenía el menor interés en él. Había venido a por Asha.

La rodeó como el depredador que era y la hierba susurró a su paso.

Asha blandió el hacha con la mirada fija en el sitio donde el corazón de *Kozu* latía, emitiendo su antigua melodía. Era ella o esa melodía; no podían coexistir. Si no la silenciaba, se vería obligada a unirse a Jarek esa misma noche.

El pecho de la criatura refulgía como una brasa ardiendo en medio de un fuego. Aferró el hacha con los dedos y esperó el momento perfecto.

Pero se demoró demasiado.

El animal le asestó un latigazo con la cola en el estómago, aunque esta vez no con el extremo lleno de pinchos, sino con el centro, mucho más potente. La fuerza del golpe le arrebató el hacha de la mano, que aterrizó en la hierba mientras ella se tambaleaba hacia atrás.

En ese momento, intentó echar mano de sus espadas, pero la cola de *Kozu* atacó de nuevo y le envolvió el pecho al tiempo que le inmovilizaba los brazos a los lados y le exprimía el aire de los pulmones. Pugnó por coger una bocanada, pero el dragón la elevó del suelo y la atrajo hacia sí.

Sintió su tórrido aliento en toda la cara. Sus dientes eran un sinfín de estacas amarillas.

«No...».

¿Cómo podía haber estado tan cerca y haber fallado?

Las puertas de la Muerte se abrieron en su mente. No tardaría mucho en franquearlas, igual que Willa había hecho hacía tantos años...

De repente, se le ocurrió una historia; prendió en su cabeza como una llama en la oscuridad. Una historia que la retrotrajo a aquella pradera, al dragón y a los soldados que los rodeaban. Pero que no era suya.

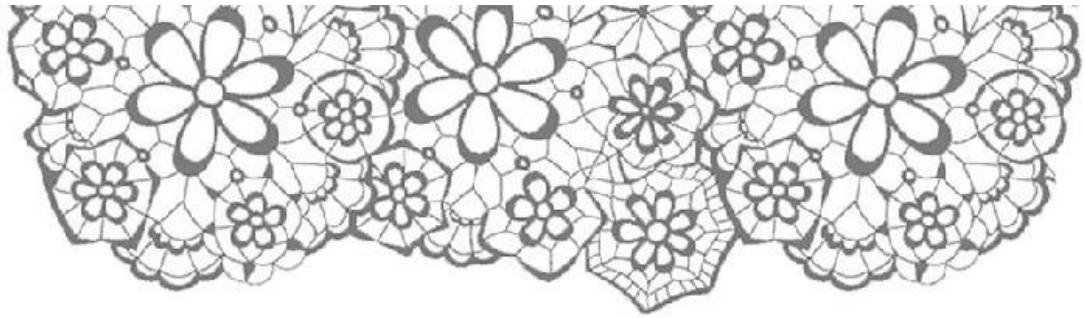
Otro chispazo.

La historia pertenecía a *Kozu*.

Ella le había contado una historia. Y ahora, como solían hacer, él le

contaría otra a cambio.

Justo antes de matarla.



La historia de Kozu

Esperaba en los árboles. Esperaba a que la niña apareciera por la roca. Estaba oscuro y él seguía aguardando, anhelando oír esa voz que murmuraba con aquel poder antiguo. Quería que la niña contara historias en voz alta.

El sol salió, pero ella no apareció. Él no dejaba de agitar la cola. Sus alas ansiaban echar a volar. Necesitaba calmar su hambre.

Pero necesitaba esas historias más que sus alas el aire y su vientre la carne, así que se quedó. Ella vendría. Siempre lo hacía.

Cuando oyó su voz, esta procedía de un lugar erróneo.

Se lanzó al aire desde los árboles. El calor del sol lo invadió. La fuerza del viento lo hizo ascender. La vio sola, lejos de esa miserable ciudad, lejos de todos esos ojos y dientes en las murallas.

No se preguntó por qué. Por qué allí cuando siempre había sido en otra parte..., en la roca, en lo alto de la ladera de la montaña. Lo necesitaba, así

que no perdió el tiempo.

Ella fue lo único que vio. Vio cómo su cara se alzaba hacia él y cómo la historia de Elorma manaba de sus labios. Planeó en círculos, aterrizó y levantó una nube de polvo rojo. Cuando se asentó, se dirigió hacia ella; tenía que contarle una historia propia, necesitaba que ella pusiera voz a todas las historias que había en su interior para que el Viejo pudiera seguir viviendo.

Obsesionado con su oscura joya, no vio el destello del sol en el metal. No lo vio hasta que todos ellos salieron de los árboles blandiendo espadas destinadas a detener el corazón de los dragones.

Miró por turnos a la niña y a sus semejantes, que emergían en masa del bosque. Olían a hierro y a odio, y lo fulminaban con la mirada; se morían por despellejarle.

Cuando la niña acabó la historia, fue a por él. Era su turno.

Pero Kozu retrocedió. Ella había traído a su gente, acorazada y temerosa. Lo había engañado para que volara a aquel lugar desprotegido y ahora no tenía dónde esconderse.

El fuego le chisporroteó por las venas. El trueno le rugió en la sangre.

Empezó a dar latigazos con la cola conforme el círculo metálico lo fue constriñendo. Les advirtió a rugidos que retrocedieran.

Ellos no le hicieron caso. Sólo obedecían las órdenes de un único hombre: un rey poderoso. El rey a quien él mismo destruiría.

El fuego se expandió por su pecho, cada vez más grande, brillante y candente.

El círculo se fue cerrando; sus dientes eran afilados y voraces.

El rey pronunció el nombre de la joya y ella acudió, asustada, y le suplicó a Kozu que parase. Pero el fuego ya ardía con fuerza en sus entrañas.

Los hombres acorazados se acercaron aún más con el metal en ristre, dispuestos a perforarle el corazón. Un corazón que latía demasiado rápido y

alto.

Kozu embistió; su cola y sus garras se toparon con el metal. Una punta afilada le desgarró la cara. Un dolor intenso le explotó en el ojo; a partir de ese instante, no vio más que oscuridad.

Lanzó un fuerte chillido cuando la sangre caliente empezó a manar a borbotones.

El fuego que albergaba en su interior salió despedido hacia los hombres acorazados cuyas espadas le desgarraban la cara. Y hacia los que venían por detrás, cuyo ascenso detuvo.

Y hacia su oscura joya.

No podía parar. Sólo podía ser testigo.

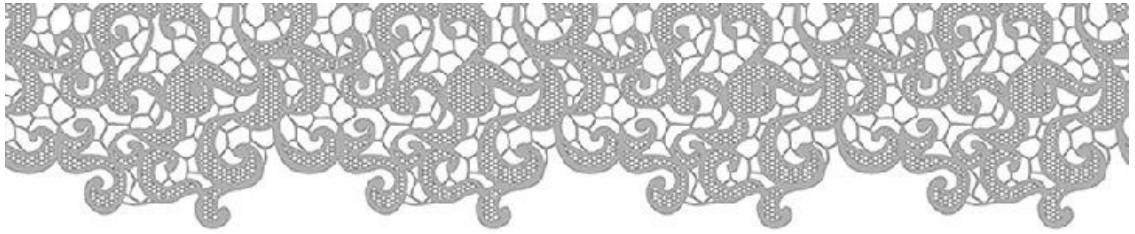
Testigo de cómo el rey alzaba su escudo. Testigo de cómo este se apartaba de su hija y la dejaba enfrentarse al fuego sola.

El grito de la niña desgarró el cielo de parte a parte.

Aquel grito.

Se apoderó de él mientras remontaba el vuelo. Vivió dentro de él mientras esparcía su rabia sobre la ciudad de aquel rey. Con la urbe ardiendo a su espalda, voló cada vez más rápido, más lejos. Más allá del Rift, a través del desierto interminable hasta los confines del mundo; medio ciego y suspirando por esa niña de la voz ancestral.

La niña que lo había traicionado.



Treinta y uno

—¡Mentiroso!

Kozu la soltó en la hierba. En cuanto tocó el suelo, desenfundó sus espadas.

Mentiras. ¿No lo eran todas las historias? ¿No era eso lo que las hacía tan peligrosas?

De repente, una voz familiar se elevó en su interior:

«Las quemaduras de dragón son mortales, Iskari, y una como esa...».

Asha intentó librarse de la voz de Torwin sacudiendo la cabeza. Pero se le quedó atascada.

«No erais más que una niña».

Si la historia que creía era verdad —que estaba sola cuando *Kozu* la quemó—, ¿cómo habían conseguido extraerle las toxinas a tiempo?

Recordó la quemadura que Torwin le había ayudado a curar. Las manos le temblaban con virulencia. El veneno actuó tan rápido...

Kozu estaba plantado como una roca, observándola. El brillo de su vientre se atenuó.

—¿A qué estás esperando?! —le gritó Jarek—. ¡Ataca!

Asha miró al comandante. El que la había encontrado aquel día y la había llevado corriendo a la ciudad.

«¿Acaso no he hecho siempre lo que me habéis pedido, mi rey?».

Jarek desenvainó su sable, que resplandeció contra el cielo furioso. Hizo una señal a sus soldados, que avanzaron a la desbandada como cucarachas.

«¿No he defendido vuestras murallas? ¿No he sofocado vuestras revueltas?

¿No he guardado vuestros secretos?».

Kozu seguía a espaldas de Asha y desplegó sus grandes alas al ver que los hombres acorazados los acorralaban. Podría haber dado media vuelta y haberle hundido las espadas sagradas en el pecho. Habría sido fácil. Habría acabado con todo en aquel mismo instante.

Y, sin embargo, clavó la mirada en Jarek, como un cazador en su presa.

—Dime una cosa: ¿cuánto tiempo tardaste en encontrarme el día en que *Kozu* me quemó?

Él se giró para encararla. Allí estaba de nuevo: miedo en sus ojos.

La historia de *Kozu* le quemaba por dentro, entretejiéndose con sus propios recuerdos de una llamarada que le había abrasado la piel y de los gritos atrapados en su garganta.

—¿Cuánto tiempo! —le exigió.

Lo vio enterrar su miedo del mismo modo que ella enterraba su remordimiento. Lo vio mirar al dragón que tenía a su espalda y luego cambiar de opinión sobre el sable. El comandante le dio una voz a un soldado que tenía detrás y este le pasó un arpón.

—En serio, eres tan tonta como tu hermano —espetó, y agarró con fuerza el asta mientras se adentraba en la hierba alta y susurrante—. Tienes al enemigo detrás de ti, Asha. Lo que siempre has querido está al borde de tu

espada.

Un soldado que sostenía un escudo de cuerpo entero se fue acercando con él.

«Lo que siempre he querido...».

Quería liberarse de Jarek. Quería redención por sus delitos. Quería vengarse del que la había quemado y había sembrado la destrucción en Firgaard.

Pero ¿y si no había sido ella quien había cometido el delito?

¿Y si el enemigo no era el que siempre había pensado?

Jarek se aproximó aún más. *Kozu* volvió a gruñir, esta vez más fuerte. El comandante se paró en seco a unos quince pasos de distancia. El soldado a su lado temblaba.

Asha dio un paso más atrás, acercándose al corazón palpitante de *Kozu*, que podría haberla matado hacía un instante si hubiera querido y que, aunque cada vez se veía más cercado por los soldados, no se elevaba hacia el cielo.

Si realmente fuera su enemigo, no estaría viva.

—El fuego de dragón es mortal. —Esa era una verdad que sabía de sobra—. Incluso la quemadura más pequeña debe ser tratada de inmediato para extraer las toxinas.

—Yo fui quien descubrió tu traición. —La mirada de Jarek se desvió hacia los soldados que seguían acercándose, tomando posiciones mientras él la mantenía distraída—. Hace ocho años, te seguí. Vi cómo contabas las viejas historias en voz alta. Vi que el Primer Dragón iba hacia ti.

Asha bajó sus espadas.

—¿Me seguiste?

—Se lo dije a tu padre —respondió—. Y él zanjó el asunto.

Asha sentía que la cabeza le daba vueltas.

Se acordó de la enfermería tras la quemadura, cuando no recordaba lo que

había ocurrido y su padre rellenaba las lagunas. Había sido culpa suya, le había dicho. Juntos lo arreglarían, le había asegurado. Utilizaría su cicatriz para demostrarle al mundo lo peligrosas que eran las viejas costumbres.

Mientras todos los demás apartaban la vista de esta por repulsión o por miedo, su padre la miraba con orgullo. Como si fuera su mayor logro. Su creación gloriosa.

«Su creación...».

Quería interrumpir sus pensamientos, evitar seguirlos hasta su conclusión más lógica. Pero eran como un pergamino que se va desenrollando: tenía que leerlo hasta el final.

Su padre siempre había querido librarse de las viejas costumbres. La utilizó para dar caza a *Kozu*. Y, cuando se quemó, la convirtió en una herramienta, en una advertencia. En un elemento de propaganda viviente.

En un monstruo.

No quería creerlo. Quería creer que la historia de *Kozu* era la malvada y retorcida. Pero estaba la quemadura y estaba ella..., aún con vida.

Su padre había estado presente cuando ocurrió, junto con sus soldados y —ahora se daba cuenta— sus curanderos.

Miró a su prometido. Ese era el secreto que Jarek le guardaba. Hacía todos aquellos años, su padre se apartó a un lado y dejó que se quemara. Y Jarek lo sabía. Ese era el motivo por el que la había prometido en matrimonio con él..., a cambio de su complicidad y discreción.

Toda su vida había creído que era mala, que estaba corrompida y que necesitaba redención.

De repente, se le vino a la cabeza una idea descabellada. «¿Y si no soy nada de eso?».

Un retumbo grave sacudió la tierra a sus pies. Se giró y descubrió que los soldados atacaban a *Kozu* por la espalda.

—¡Matadlo ya! —gritó Jarek, mirando por encima del hombro de Asha—. ¡Atacad! ¡Antes de que salga volando!

Ella blandió sus espadas. Pero la cola de *Kozu* la rodeó para impedir que cargara y la atrajo hacia las escamas calientes de su pecho.

Sintió cómo los ácidos pulmones de la bestia se llenaban de aire. Sintió los latidos de su viejo corazón.

Jarek se refugió tras el escudo del soldado.

Kozu exhaló fuego y soltó una llamarada en forma de arco. El rojo y el naranja, que se tragaron a los soldados de la avanzadilla, inundaron la vista de Asha. El aire titilaba por el calor.

Cuando el fuego se extinguió, el campo al completo estaba en llamas. Y no era lo único que ardía.

En la distancia, más allá de los árboles, más allá del bajo Rift y de la muralla, los tejados de la ciudad se estaban incendiando.

—¡Firgaard! —gritó Asha, señalando en su dirección.

Jarek, ileso tras el escudo, se giró para mirar.

—¡Están atacando la ciudad!

Asha cerró los puños al ver cómo las volutas de humo se extendían por el cielo. Dax y Safire estaban allí.

«Cuando cae la noche, hermanita, el Viejo enciende una llama».

Aquello había sido lo último que le había dicho su hermano.

Relajó las manos al recordar su expresión cuando lo arrastraban a las mazmorras. Como si todo fuera parte de un plan.

«No —pensó—. Dax no destruiría su propio hogar».

—¡Los skrals se han sublevado! —gritó uno de los soldados—. ¡Tenemos que volver!

Todos los skrals de la ciudad debían de haberse enterado de lo que había ocurrido en la palestra: que la Iskari había salvado a un esclavo condenado.

Eso habría exacerbado los ánimos. Y con la mitad del ejército de camino a Darmoor y el comandante allí en el campo...

Era la oportunidad perfecta.

Mientras los soldados a su alrededor se detenían, sin saber muy bien si acudir al auxilio de su ciudad, de sus hogares y de sus familias en llamas o si continuar manteniendo su lealtad al comandante, ella se giró hacia *Kozu*.

Se acordó de la palestra y de la flecha que Torwin había apuntado a su pecho. Pensó en lo que diría si estuviera allí en ese momento.

Lo mismo que decía su corazón.

«Sube a lomos del dragón, Asha».

Kozu la miró. Si sellaba el vínculo, significaría que eran aliados. Y aliarse con su más antiguo enemigo le hacía titubear.

«No —pensó, mientras miraba el ojo amarillo y hendido—. Tú y yo nunca hemos sido enemigos».

Alcanzó la canilla de *Kozu* del mismo modo que Torwin había hecho con la de *Sombra* aquel día. Apoyó el pie en el corvejón de la bestia y se impulsó hasta subirse en la espalda del Primer Dragón.

Desde aquella altura, se sentía invencible. Los relámpagos destellaban por encima de su cabeza. El campo en llamas se extendía ante ella. Y, en medio del caos, Jarek la contemplaba asustado y con los ojos como platos.

—Vuela —le ordenó a *Kozu*—. Vuela lejos de aquí.

Jarek gritó órdenes para detenerlos, para matar al dragón. Este desplegó las alas del mismo modo que la noche se despliega por el desierto. Pero, justo cuando se elevaba en el aire, se oyó un golpe seco que no hacía presagiar nada bueno. Y entonces *Kozu* rugió y se precipitó de costado.

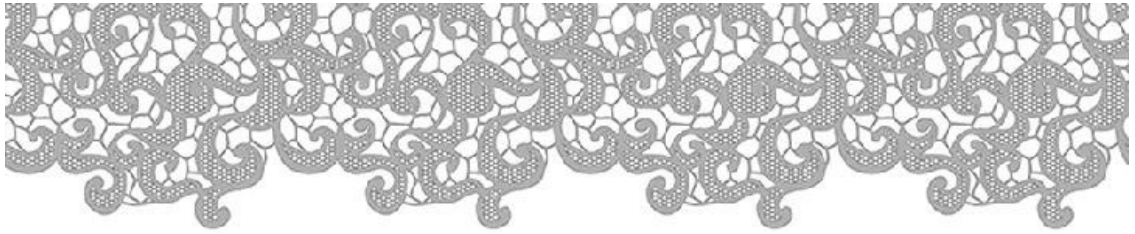
Asha se resbaló, pero consiguió agarrarse. Bajó la vista y descubrió que la lanza de Jarek estaba clavada en el costado del dragón.

«No...».

Un trueno resonó cuando sus manos agarraron la suave madera del asta. Al tirar, *Kozu* se retorció de dolor; se acercaban peligrosamente al suelo. Justo cuando el dragón empezaba a perder el rumbo y el equilibrio, la lanza salió. Impactaron en el suelo y la potencia con la que iban hizo que el animal diera vueltas y la lanzara por los aires.

Oyó un fuerte ¡crack! Olió el aroma terroso de la hierba de esparto. Y luego, el dolor se expandió por todo su ser.

Y el mundo se sumió en la más absoluta oscuridad.



Treinta y dos

Asha se despertó en una celda en las profundidades del palacio de su padre.

No sabía cuánto tiempo había pasado. No sabía cuánto de la ciudad había ardido en la revuelta.

No sabía si *Kozu* estaba vivo o muerto.

«No puede estar muerto —se dijo—, o las historias lo estarían también».

Tenía las muñecas encadenadas y le daban de comer en contadas ocasiones. Y de las conversaciones que los guardias mantenían entre susurros había recabado los pocos datos con los que contaba.

Decían que la revuelta había comenzado en el foso. Este había ardido y el fuego se había propagado por uno de los barrios de la ciudad. Cientos de esclavos habían escapado y cientos de draksors habían desaparecido. Los más destacados eran Dax y Safire. Los testigos decían que el heredero y su prima habían encabezado la huida de draksors y skrals por las calles de la ciudad, y que juntos habían franqueado la puerta y habían permitido que muchos escaparan.

Al cabo de unos días, los soldados fueron a por ella, le quitaron los

grilletes y la escoltaron por el interior del palacio. Para entonces, la luna nueva ya había pasado. Tres esclavas la esperaban en su habitación con los tobillos encadenados. Los soldados aguardaron en el umbral mientras le lavaban la tierra y la mugre. Se miró al espejo y se preguntó cómo había podido enorgullecerse de la cicatriz que le afeaba la piel.

La esclava de más edad se puso delante de ella y le tapó el reflejo cuando le alargó la primera capa del vestido, de oro. Asha no hizo ademán de ponérsela.

—Si os negáis —le susurró, evitando mirarla a los ojos—, nos castigarán a todas.

Así que se puso la prenda —que habían vuelto a coser desde la última prueba, cuando se lo habían cortado para quitárselo— e introdujo los brazos en las finas mangas. Cuando le tendieron la capa blanca exterior, también se la puso.

Transcurrió la mitad de la noche hasta que terminaron de abrocharle la multitud de botones diminutos de la espalda. Al finalizar el arduo trabajo, le ataron el fajín y se lo tensaron. Por último, le delinearon los ojos con kohl y le untaron miel en los labios.

Justo antes de la medianoche, los soldados la condujeron hasta las puertas del palacio. Una vez allí, se detuvo y miró al exterior. Los espectadores poblaban las calles con los rostros iluminados por velas, tan numerosas como los granos de arena de un desierto.

Aquella era la gente que la odiaba y la temía a partes iguales. ¿Qué dirían si descubrieran la verdad: que no era responsable de la quema de sus hogares ni de la muerte de sus seres queridos? ¿Qué harían?

Los soldados la escoltaron por los escalones hasta el palanquín de madera de tuya entramada. Se subió y se acomodó en los cojines de seda. Asió los agujeros abiertos en el armazón de madera mientras el vehículo se

tambaleaba y se enderezó cuando los soldados lo subieron a hombros.

Unos pasos de desfile resonaron por las calles. El viento se escabullía por los tejados. Veía pasar el mar de caras por el entramado de madera.

Se acordó de Elorma esperando en el templo —como Jarek esperaba ahora— mientras su novia acudía a su encuentro por las calles de la ciudad. Puede que Willa hubiera muerto demasiado joven, pero había encontrado su sitio. Había sido querida y valorada.

Si ella muriera esa noche, ¿quién iba a contar su historia?

Las callejuelas que rodeaban el templo estaban atestadas de draksors que portaban velas. Los soldados se alineaban en los escalones del santuario. Las puertas de la arcada principal estaban abiertas de par en par y ocultaban el símbolo del Viejo.

Los guardias se abrieron paso entre la multitud y bajaron el palanquín. Se hizo un silencio sepulcral cuando se apeó del vehículo. Sintió la frialdad de los adoquines al plantar el pie en el suelo. El aire de la noche era más frío aún.

La llevaron al pasillo interior del templo, que estaba iluminado por velas posadas en nichos y bordeado por soldados. Cuando la hicieron franquear las puertas de la cámara principal, se detuvo en seco.

Hacía años que no entraba allí.

El suelo de la estancia estaba hecho de losas de mármol procedente de las montañas del Rift y unas columnas altísimas soportaban el techo abovedado. No hacía mucho que los draksors se habían arrodillado entre esas paredes y habían recitado oraciones o cantado con júbilo mirando aquel altar bajo donde ardían cientos de velas medio quemadas que derramaban cera en el suelo. Recordaba haber oído sus voces al volver del mercado y haberse unido a ellas.

Ninguna vela ardía ya allí. Ninguna voz susurraba ya.

En su lugar, enormes estandartes rojos colgaban de las paredes, todos con el emblema de su padre: el dragón con la espada clavada en el corazón. Sabía que detrás de ellos había escenas deslumbrantes de las viejas historias en vidrieras de colores: el Primer Dragón naciendo de las brasas; la llama sagrada, ardiendo en la noche para que Elorma la encontrara; la construcción de Firgaard y el levantamiento del templo.

En la ventana central había una efigie del Viejo —un dragón negro con un corazón de fuego— a tamaño natural, que también quedaba oculta por los estandartes.

En medio de la estancia ardía un anillo de antorchas y dentro del círculo de fuego estaban Jarek, el rey dragón y una guardiana del templo ataviada con una túnica. En el exterior, apostadas junto a cada columna, había otras seis guardianas que integraban otro círculo y que estaban allí para dar testimonio.

Jarek, vestido con una túnica blanca ceremonial bordada en oro, iba a juego con su prometida. Las llamas de las antorchas se reflejaban en las hondonadas bajo sus ojos y, a pesar de las líneas de cansancio que bordeaban su boca, el deseo chispeaba en su cara mientras la miraba de arriba abajo.

El rey dragón permanecía un poco más allá del comandante enfundado en una túnica dorada. Al verlo, todo el dolor que llevaba enterrado en su interior salió a la superficie.

—¿Por qué? —le preguntó—. Primero me conviertes en asesina y ahora me entregas a alguien a quien odio. Alguien a quien tú mismo temes. ¿Por qué me haces esto?

Jarek miró al rey, confundido.

—¿Alguien a quien temes?

Ella se giró hacia su prometido.

—Sabe lo que estás tramando.

Jarek la miró con el ceño fruncido; su confusión no hizo sino aumentar.

—¿Qué estoy tramando?

Su padre salió a la luz de las antorchas.

—Que pretendes arrebatarme el ejército y rebelarte contra mí.

El comandante negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a rebelarme contra el hombre al que se lo debo todo?

«¿Qué?».

La voz le tembló cuando dijo:

—¡Tus padres están muertos por su culpa!

Jarek extendió la mano hacia ella y sus dedos le aferraron el brazo. Ella ni siquiera intentó zafarse. ¿Adónde iba a ir? Los soldados merodeaban por los pasillos y fuera había toda una ciudad llena de gente que la despreciaba.

—Mi madre quería a mi padre más de lo que nunca me quiso a mí —explicó su prometido—. Y mi padre quería a su ejército más que a nosotros dos juntos. Yo era algo secundario, si es que acaso era algo. —Se llevó su mano a la boca y le besó la palma. Asha se estremeció—. ¿Murieron a causa de un terrible accidente? Sí, pero mírame, Asha. No estaría donde estoy si siguieran vivos. Su muerte supuso mi gloria.

Ella lo miró fijamente.

¿Todo lo que sabía era una mentira?

Y si Jarek no era una verdadera amenaza para su padre, ¿por qué este se habría ofrecido a cancelar la boda?

—Nunca tuviste intención de cancelar la boda —concluyó en voz alta al darse cuenta de la realidad y casi sin atreverse a creerla; aún tenía la esperanza de que él la contradijera. Era demasiado retorcido. Demasiado cruel—. Sólo me lo dijiste para que matara a *Kozu*.

Al hacerlo, destruiría las viejas historias. Y, con ellas, moriría también cualquier rastro del Viejo. Cualquier resistencia al reinado de su padre.

—Mírate, Asha. Mira a tu hermano. ¿Qué se supone que voy a hacer con un hijo necio y una desgracia de hija? ¿Cómo iba a gobernar un reino alguno de vosotros dos? —Negó con la cabeza decepcionado. Asha llevaba tanto tiempo buscando su aprobación que aquella mirada, a pesar de todo, la hizo avergonzarse—. Jarek es el heredero que siempre he querido. Y es el heredero que tendré.

Acto seguido, le indicó a la guardiana del templo que empezara la ceremonia. La joven temblaba por la cercanía de la Iskari, la portadora de muerte, en lo que su padre la había convertido.

—Mañana por la mañana, una vez que tu matrimonio se haya consumado, revocaré el derecho de nacimiento de Dax. Como enemigo de Firgaard, perderá el derecho a reclamar mi trono y Jarek me sucederá en él.

En sus ojos, Asha sólo percibió un odio frío y afilado.

—¡Guardianas! —La joven elevó la voz, un tanto temblorosa, para reemplazar la del rey—. Nos hemos reunido hoy aquí para dar testimonio. Para unir a esta pareja de por vida. El vínculo que se cree aquí esta noche nunca podrá deshacerse.

Asha desvió la mirada hacia las otras guardianas. Se habían retirado las capuchas y pudo contemplarlas una por una hasta que llegó a la última: Maya, la que había escondido a Torwin en la habitación de los pergaminos.

Se miraron fijamente a los ojos.

—Por el poder que me ha otorgado el propio rey dragón...

Aquellas no eran las palabras de la ceremonia. El poder que permitía unir a una pareja procedía del Viejo, no del rey.

Tal vez su padre no necesitara que *Kozu* muriera para iniciar esa nueva era. Tal vez simplemente lo utilizara en su provecho.

—¡Uno estas vidas creando entre ellas un lazo indivisible! ¡Sólo la muerte podrá romper sus hilos y separarlas!

Lo normal era que los novios refutaran aquella última línea recitando los votos extraídos de la historia de Willa. Porque aquella línea estaba mal. Willa había demostrado que la Muerte no podía romper el lazo de unión entre ella y su amado. El amor era más fuerte que la muerte.

—Sólo la propia Muerte —recitó Jarek— puede romper este lazo.

Aquellos no eran los votos. Estaban tergiversando las palabras de Willa.

Observó a la guardiana con la esperanza de que protestara, pero la joven sólo esperaba a que repitiera las palabras.

Jarek la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. A la fuerza. Siempre a la fuerza.

—¿Qué crees que te ocurrirá si no dices los votos, Asha?

«Mi padre me entregará a ti de todas formas». No se le ocurría un castigo peor.

—Dilos.

No pensaba hacerlo. Nunca le diría los votos a Jarek. Esas palabras pertenecían a Willa; decírselas a él era un sacrilegio. Suponía burlarse del amor intenso e inquebrantable de esta.

Contempló a las guardianas más allá del círculo de antorchas. Seis pares de ojos la miraban expectantes, como si no fuera más que una esclava a la que vendían y ponían un collar.

Pensó en la gente que se agolpaba en la calle. Se acordó de cuando, antes de que su madre muriera, oía el canto de las oraciones al volver del mercado.

Ella no tenía ninguna plegaria, pero sí otra cosa.

—¡Había una vez un rey podrido por dentro! —Alzó y endureció tanto la voz que se imaginó que esta traspasaba las vidrieras ocultas tras los estandartes de su padre y llegaba al cielo—. ¡Que engañó a su propia hija para que traicionara al Primer Dragón! ¡Que puso a *Kozu* en su contra y dejó que la quemara tan sólo para utilizarla! ¡Para convertirla en un mero

instrumento al servicio de sus oscuros propósitos!

Al otro lado del círculo de llamas, las guardianas intercambiaron miradas de perplejidad.

—El rey dragón convenció a su hija de que la culpa era suya, de que la habían quemado porque era ella la que estaba corrompida. La colmó de falsa amabilidad para hacerle creer que estaba en deuda con él, para que le ayudara a instaurar una nueva era..., una sin disidencias.

—¡Silencio! —gritó su padre.

Jarek le apretó más el brazo y le hizo crujir los huesos.

Pero Asha no se calló:

—Ella se creyó todas sus mentiras. Cazó a todos los monstruos que él le pidió, sin darse cuenta de que tenía detrás todo el tiempo al monstruo más malvado de todos.

Le pareció oír murmullos en el exterior; murmullos que se tornaban en gritos. Y el estallido de unos faroles al romperse contra la piedra.

—Únelos —ordenó el rey dragón.

—Pero, mi rey, no ha dicho los...

—¡ÚNELOS!

La guardiana del templo dio un paso al frente con manos temblorosas. Cogió la seda blanca y, mientras Jarek entrelazaba los dedos con los de Asha, les unió las muñecas con ella.

—Tu peor miedo se ha hecho realidad, padre. —Lo fulminó con la mirada—. Estoy corrompida. El Viejo posee a tu Iskari. No te queda nada que usar contra ella, nada que la obligue a hacer lo que quieres.

La guardiana dijo las palabras de unión. Apenas un momento después, el comandante rasgó la seda, que cayó oscilando en el suelo de piedra, agarró a su supuesta esposa y la sacó a rastras del círculo de antorchas.

Un nuevo sonido de cristales rotos emergió desde arriba.

Una lluvia de esquirlas de colores cayó sobre ellos.

Jarek la soltó. Ella se tapó la cabeza con los brazos para protegerse. Alzó la vista y vio que uno de los estandartes de su padre se había desgarrado y se precipitaba al suelo.

Un viento feroz ululó por la ventana rota... o quizá fuera el dragón.

El animal rojizo bajaba en picado trazando círculos mientras en la calle se extendían los gritos. Oyó cómo la gente huía a empujones para ponerse a salvo.

Sombra aterrizó con torpeza ante ella en el suelo de piedra. Las guardianas que se encontraban a su espalda ahogaron un chillido. Dos de ellas incluso se arrodillaron.

El dragón se enderezó y la estudió con sus pálidos ojos hendidos para ver si estaba herida antes de acortar distancias con el comandante y el rey. Luego soltó un rugido tan potente que hizo que todo el templo se estremeciera. Como si el propio Viejo se hubiera despertado de un sueño larguísimo, enfadado y dispuesto a recuperar lo que le pertenecía.

A lomos de *Sombra* iba Torwin, con el arco en bandolera y un cuchillo metido en la bota. Sus ojos de acero se encontraron con los suyos. Llevaba un extraño abrigo entallado y unos guantes, y una pañoleta verde oscura le tapaba la nariz y la boca.

«Se supone que tenías que irte —pensó—. Se supone que tenías que ponerte a salvo».

Y, sin embargo, sus esperanzas renacieron al verlo.

Sombra siseó. Jarek dio un paso atrás, se salió del círculo de fuego y se apartó de ella con las manos en alto.

Su padre llamó a la guardia, pero las puertas de la cámara estaban cerradas a cal y canto. A Maya y a algunas de las otras guardianas las empujaron contra ellas.

La mirada de *Sombra* tenía a Jarek clavado en el sitio y Torwin aprovechó para tenderle la mano. Ella se estiró, la cogió y dejó que la aupara. A continuación, se subió el dobladillo del vestido para montarse a horcajadas en el lomo del dragón. Torwin le rodeó la cintura con el brazo y la apretó contra él. Después chasqueó la lengua para avisar a *Sombra*, que siseó otra advertencia y desplegó las alas.

—¿Estás lista?

El corazón se le aceleró al percibir el sonido de su voz en el oído, ligeramente amortiguado por la pañoleta. Olía a fuego de dragón y a humo.

—No lo he estado más en toda mi vida —aseguró.

A él le chispearon los ojos. Asha sabía que bajo aquella pañoleta se escondía la sonrisa que más le gustaba del mundo, una que implicaba toda la boca.

—Agárrate.

Su brazo se tensó mientras *Sombra* batía las alas y cambiaba el peso de una pata a otra.

A Asha le dio un vuelco el estómago cuando remontaron el vuelo.

Al saltar hacia la ventana, el dragón derribó una antorcha y el estandarte que se había caído se incendió. Mientras se elevaban, contempló las llamas, luego a Jarek y por último al rey dragón; el humo se arremolinaba a su alrededor.

La miraba con ojos enfurecidos, pero, bajo la superficie, le pareció atisbar la semilla de un gran miedo.

«Haces bien en tener miedo, padre. Haré que te arrepientas de todo lo que me has hecho».

Sombra salió por la ventana rota y se elevó en la noche.

Asha rió, con timidez al principio y luego desatadamente.

Acababa de escapar de su propia boda a lomos de un dragón.

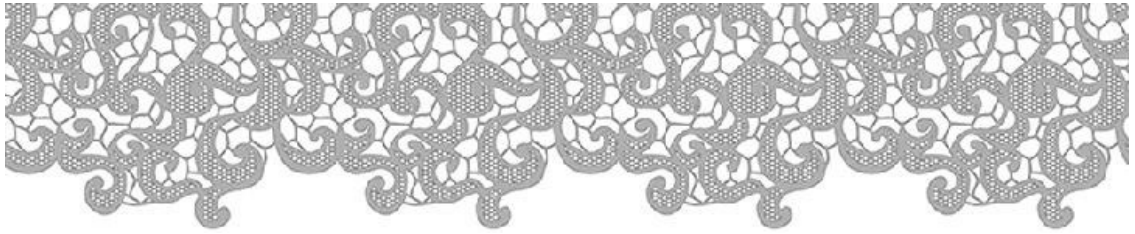
Planearon sobre las azoteas y después sobre la muralla. Se giró y volvió la vista atrás para ver cómo la ciudad se desvanecía, maravillada por lo diferentes que las calles y los tejados parecían desde las alturas, convertidos ahora en una telaraña sinuosa. *Sombra* se elevó aún más para cruzar los muros de la urbe y dirigirse hacia el Rift.

No obstante, cuanto más subían, mayor era el frío y los dientes no tardaron en castañetearle, así que Torwin la atrajo más hacia sí para ayudarla a que entrara en calor.

Asha se acurrucó contra él. Con la mitad inferior de la cara apoyada en su hombro, vio cómo su hogar se encogía en la distancia antes de volver la vista al cielo.

Las estrellas brillaban como cristales por encima de ellos y la luna se había apagado. Estaba en fase creciente en vez de menguante.

Y sería apenas una línea pálida y nueva.



Treinta y tres

Asha se despertó con la mejilla apoyada en un hombro huesudo. Torwin le separó las manos de su brazo y *Sombra* se removi6 debajo, esperando con paciencia a que sus jinetes desmontaran.

Habían aterrizado en una especie de precipicio. Estaban rodeados por el Rift, cuya silueta recordaba a una serpiente bajo las estrellas, y en la distancia se situaba la ciudad, pero se hallaban tan lejos y a tanta altura que Asha ni siquiera distinguía la muralla. Bajo ellos se extendía un bosque frondoso y cubierto de maleza.

Torwin desmontó primero, deslizándose sin esfuerzo por el costado de *Sombra*. Asha pasó la pierna por encima del dragón para seguirlo y se lo encontró preparado para sujetarla: la cogió por la cintura y la bajó hasta el suelo.

Cuando sus pies calzados con zapatillas tocaron el suelo rocoso, levantó la vista y descubrió que le estaba recorriendo la cicatriz con la mirada. Al acordarse de su propia imagen reflejada en el espejo, volvió la cara para que no se la viera.

—Estoy bien.

Torwin le subió las manos por las mejillas. Dulcemente, le volvió la cara hacia él.

—¿Seguro?

Asha se quedó sin aliento. Asintió.

Con las manos aún posadas en su cara, continuó observándola.

Ella le agarró ambas muñecas, interrumpiendo su escrutinio.

—Nadie me ha hecho daño —dijo, haciéndole oír lo que sus palabras no decían: «Jarek no me ha hecho daño»—. Lo prometo.

Él permaneció un momento más contemplándola, tratando de descifrar si decía la verdad o trataba de protegerlo. Finalmente, asintió.

Sombra resopló. Ambos levantaron la vista por encima del hombro de Asha, hacia la forma oscura y voluminosa. Torwin le retiró las manos de la cara y, acto seguido, silbó al dragón y estiró una mano. La bestia le dio con el hocico antes de girarse y elevarse en el cielo.

El joven hizo un gesto a Asha para que se dirigiera al frondoso bosque.

—Por aquí.

Ella se quedó quieta un momento, mirándolo. Allí, tan lejos de la ciudad, parecía diferente. Vestido con una extraña chaqueta y unos guantes, con un arco enganchado al hombro y un cuchillo metido en la bota.

Parecía libre.

Los eucaliptos estaban tan apiñados que sus ramas ocultaban el reflejo de las estrellas y el viento hacía susurrar sus hojas. Aquella parte del Rift le resultaba desconocida y le costaba seguirle el ritmo: daba traspies en medio de la oscuridad, el vestido se le enganchaba en las ramas y los pies en las raíces. Las agujas de los pinos crujían a su paso y resonaban con fuerza en sus oídos.

—¡Menuda cazadora estás hecha! —Torwin sonrió en la oscuridad. Sus dedos rozaron los suyos, haciendo que una oleada de calor le recorriera el cuerpo—. Vas a alertar de nuestra llegada al campamento entero.

—¿Campamento? —susurró, distraída por el bamboleo de los nudillos del joven contra los suyos, suaves y dubitativos—. ¿Qué campamento?

—Ya no falta mucho —le respondió él.

Pero Asha no quería abandonar ese bosque. Quería quedarse justo allí, a solas con él en la oscuridad.

Torwin parecía desearlo también, porque sus pasos se ralentizaron. Entrelazó sus dedos con los suyos.

—¿Asha?

—¿Hmm?

—Hay... algo que necesito decirte. —El pulgar le rozaba la piel con nerviosismo—. Antes de que bajemos ahí. Por si pierdo el valor.

Ella se detuvo, también nerviosa de repente.

—De acuerdo.

Oyó el bajo sonido que el joven hizo al tragar.

—Me marchó.

Sus palabras cortaron el aire, frías y abruptas.

—¿Que te marchas? —Asha frunció el entrecejo—. ¿Qué quieres decir?

Torwin dio un profundo suspiro.

—Tu hermano me dio dinero suficiente para comprar un pasaje a bordo de un barco en Darmoor. Desde allí me dirigiré al norte, al otro lado del océano.

No debería haberle sorprendido. Era lo que había querido desde que robó sus espadas aquella noche en el templo y la obligó a mostrarle la salida secreta de la ciudad.

Quería escapar. Estar muy lejos de todo lo que alguna vez le había hecho daño.

No lo culpaba.

Aun así, detuvo sus pasos. La idea de que se fuera...

Él también se detuvo y se giró para quedar frente a ella. Seguía oliendo a humo y a almizcle de dragón.

—Si quisieras, podrías venir conmigo.

Asha guardó silencio pensando en la última vez que le había hecho aquella oferta. Entonces la había rechazado y había sido un gravísimo error.

—Piénsatelo, Asha: libertad, aventura, la brisa salobre del mar en la cara... —Percibía su sonrisa cargada de entusiasmo—. Nunca he visto el mar.

Se inclinó y apoyó la frente en la suya.

Ella intentó sonreír, intentó contagiarse de su entusiasmo. Pero de repente sintió el corazón muy pesado.

—¿Cuándo? —inquirió, aunque temía la respuesta—. ¿Cuándo te marchas?

Sin embargo, antes de que pudiera responder, la luz de un candil les iluminó la cara.

Asha no pensó, reaccionó: retiró la mano de la de Torwin, le quitó el cuchillo de la bota y lo empujó detrás de ella, colocándose entre él y el intruso.

Pero lo único que veía era una luz entre los árboles.

—No pasa nada. —Sintió que el calor de Torwin le subía por la espalda cuando acortó la distancia que los separaba—. No es más que el centinela.

—Pues sí —dijo una voz con acento meloso—, sólo soy yo.

—¿Jas? —preguntó Torwin.

Asha entrecerró los ojos para distinguir algo en el resplandor anaranjado de la lamparilla mientras bajaba el cuchillo. El portador del candil hizo lo propio con este, que lo iluminó.

El intruso era un joven, tal vez un año menor que ella. Las empuñaduras de cuerno de dos enormes cuchillos destellaban en sus caderas y llevaba los hombros envueltos con una pañoleta granate.

Todo en él daba a entender que era un baldío.

«Un enemigo».

Asha volvió a blandir el cuchillo. La sonrisa del chico se esfumó.

—Este es Jas —lo presentó Torwin, saliendo de detrás de ella y posando la mano en la suya antes de quitarle el cuchillo lentamente—. El hermano de Roa. Un amigo.

«Roa». La chica que había traicionado a Dax.

—¿Qué está haciendo aquí? —espetó.

Jas soltó una risita nerviosa y miró a Torwin para que lo rescatara.

—Ha venido a ayudar —contestó este, que volvió a meterse el cuchillo en la bota por el lado más alejado de ella—. Jas, esta es Asha.

Al oír su nombre, el joven abrió los ojos al máximo, sorprendido. Le miró la cicatriz.

—La Iskari —susurró. Al parecer, su reputación la precedía, porque Torwin no había dicho nada más—. He oído... muchísimas cosas sobre ti.

Levantó el puño hasta el corazón y luego, como si el hecho de dirigirse a ella un segundo más fuera a despertar de nuevo sus ganas de coger el cuchillo, se giró hacia Torwin.

—No has visto a mi hermana, ¿verdad?

Torwin negó con la cabeza.

—Acabamos de llegar.

Jas se mordisqueó el labio.

—Dax y ella han discutido, y no la encuentro por ninguna parte.

Asha puso cara de confusión.

¿Dax estaba allí? ¿Con Roa?

Se giró hacia Torwin.

—¿Qué está pasando?

—Hay... muchas cosas que no sabes —le respondió él—. Vamos. Te lo mostraré. —Miró a Jas—: ¿Vienes?

El muchacho negó con la cabeza.

—Tengo que encontrar a mi hermana. —Entonces, mirando a la Iskari, añadió—: Encantado de conocerte, Asha.

Ella asintió y a continuación siguió a Torwin por entre los árboles.

A medida que el bosque se fue aclarando, unas voces se mezclaron con el sonido del viento en las hojas y, cuando los árboles desaparecieron por completo, se vio en lo alto de una colina cubierta de piñas de pino con un campamento de miles de tiendas a sus pies. Había docenas de hogueras encendidas, rodeadas por grupos de personas sentadas que bebían. A su alrededor se levantaban tiendas de lona de todos los tamaños.

—Bienvenida a El Refugio —anunció Torwin mientras se dirigía al valle de abajo—. El nombre fue idea de tu hermano. Aquí es donde está concentrando a su ejército.

«Mi hermano —pensó con el corazón a mil por hora— está planeando una guerra».

¿Era Dax capaz de semejante cosa?

De improviso se aproximaron dos figuras. Cuando se detuvieron, vio que eran draksors, que la contemplaban con la misma mirada recelosa que ella les dedicaba a ellos. Saludaron a Torwin con un gesto de la cabeza y luego dieron un paso atrás.

Torwin le tendió la mano, pero ella, demasiado pendiente de los centinelas que vigilaban la zona, no la cogió, sino que se dispuso a bajar la colina en dirección a las tiendas y las hogueras.

En cuanto puso un pie en el campamento, cientos de personas alzaron la

vista, primero hacia la Iskari y luego hacia el esclavo que había a su lado. Asha no pudo evitar devolverles la mirada. Alrededor de cada lumbre no sólo había draksors y skrals, sino también baldíos.

Enemigos... unidos.

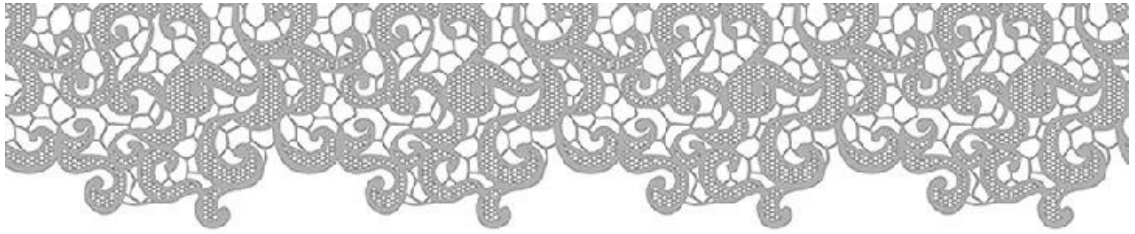
«¿Dax ha hecho esto?».

—Asha —la llamó Torwin a su espalda. En ese instante, se hizo un silencio sepulcral. Asha se detuvo en el sendero trillado y volvió la vista atrás. Era evidente que quería que lo siguiera.

Desvió la mirada de él a las caras iluminadas por la luz de las hogueras. Draksors y skrals sentados codo con codo, compartiendo jarras de vino, aunque los esclavos aún llevaban el collar de hierro al cuello y apenas se atrevían a mirar a los draksors. Aunque todos los ojos se posaban en un mismo joven. En el esclavo que había dicho el nombre de la Iskari en voz alta, como si tuviera derecho a hacerlo.

Se le erizaron los vellos del brazo. Se colocó al lado de Torwin y sus dedos hicieron amago de agarrar un hacha ausente. Se mantuvo pegada a él mientras la conducía a una tienda custodiada por dos baldíos con espadas en forma de media luna y doble filo enfundadas en vainas de cuero. Saludaron con la cabeza a Torwin, que entró en la tienda.

Asha lo siguió.



Treinta y cuatro

Un mapa yacía desplegado sobre una tosca mesa de madera y Dax estaba inclinado sobre él trazando con el dedo alguna frontera que Asha no alcanzaba a ver. A su lado, mirando al mismo sitio y con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba Safire; los cardenales de su cara se iban atenuando. A su alrededor se había levantado con prisas una tienda rudimentaria cuyo techo de lona *beige* era sostenido por unas bastas columnas hechas con ramas gruesas.

El corazón le dio un vuelco al verlos.

Cuando Torwin carraspeó, ambos alzaron la vista y abrieron la boca al unísono.

Safire fue la primera en reaccionar: se apartó de la mesa de un salto y le dio un abrazo que la levantó del suelo. Allí nadie la castigaría por tocarla y aprovechó la libertad de la que gozaba para darle a su prima un fortísimo achuchón.

—Saf —logró decir Asha—. Lo siento mucho.

Safire se apartó y frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Por esto? —Se señaló el rostro amoratado y sonrió—. Tendrías que haber visto cómo les dejé yo la cara. —La soltó y miró a Torwin—. Cuando la luna roja se ocultó y no volviste...

—La tenían encerrada en la mazmorra —explicó él—. No podía entrar solo. Tuve que esperar.

Asha desvió la vista de Safire a Torwin y de este a Dax. Los tres habían planeado su rescate juntos.

—El día de la revuelta te buscamos —dijo su hermano saliendo de detrás de la mesa. Las manos ya no le temblaban. Aún se lo veía muy delgado y exhausto, pero sus ojos eran cristalinos y sinceros—. Pero no te encontramos por ninguna parte. —Evitó mirarla a los ojos—. Así que te dejamos atrás.

Ella casi oyó lo que no se atrevía a decir: «Con un monstruo», y pensó: «Cree que me abandonó».

—Nunca me lo habría perdonado si...

Asha negó con la cabeza.

—Ahora estoy aquí.

—Sí —coincidió su prima estrechando los ojos—. Lo que significa que Jarek ya debe de andar buscándote. —Miró a Dax—. Tenemos que duplicar las rondas de vigilancia.

Él asintió.

—Encárgate tú.

Safire la abrazó una vez más antes de salir de la tienda. En su ausencia, Asha miró a su hermano. Aunque su túnica dorada estaba arrugada y llena de mugre, parecía brillar en ella.

—Cuéntame de qué va todo esto —le pidió, y señaló el mapa, la tienda y la puerta que daba a ese campamento lleno de canallas.

—Vamos a invadir Firgaard para derrocar al rey dragón —le confesó Dax—. Pero todavía necesitamos más hombres, mujeres y armas si queremos

tener alguna posibilidad. Así que he llegado a un acuerdo con Roa: los habitantes de las tierras baldías nos prestarán lo que necesitamos si la hago mi reina.

Asha sintió que el corazón se le hundía en el pecho. La gente de Roa era la que había estado en contra de Dax todos aquellos años.

—Pero...

—Fue idea de ella tomar Darmoor —explicó, anticipándose a su objeción—. Ella nos procuró la distracción que necesitábamos. Sabía que Jarek enviaría allí al ejército, lo que reduciría a la mitad el número de soldados en Firgaard.

Esa era la razón por la que la revuelta había sido un éxito.

Se quedó atónita. Roa era una gran estratega.

—Pero ¿reina de Firgaard? ¿Estás seguro de que puedes confiar en ella?

Él suspiró y volvió a eludir su mirada mientras se pasaba una mano por los rizos castaños.

—No tengo muchas opciones. Sin el ejército de los baldíos, nuestro padre destruirá este reino piedra por piedra.

Piedra por piedra. Hasta que la encontrara.

Miró a Torwin, cuya silueta se recortaba en la abertura de la tienda.

Hasta que los encontrara a ambos.

«Piénsatelo, Asha. —La voz de Torwin resonó en su mente—. Libertad, aventura, la brisa salobre del mar en la cara...».

Era un engaño. Una ilusión. Mientras su padre conservara el trono, Torwin no tendría escapatoria. Por muy lejos que llegara.

El pensamiento le dolió como si le hubieran clavado una flecha en el pecho.

No podía huir. Tenía que quedarse y luchar.

—Se supone que una caravana con armas llegará dentro de tres días —

continuó su hermano—. Cuando lo haga, habrá una boda. Y luego iremos a la guerra.

—Quiero ayudar —se ofreció.

Ella era la única que sabía de lo que era capaz su padre. Por el modo en que le había mentado y la había convertido en una herramienta espeluznante al servicio de su voluntad. Por el modo en que la había entregado a Jarek, como si no valiera nada, como si lo que ella quería no importase en absoluto, como si su corazón y su alma no importasen lo más mínimo.

Dax le sonrió.

—Esperaba que dijeras eso.

—¿Qué? ¡No! —Torwin se adentró un poco en la tienda y lo miró enfadado—. Dijiste que, si te la traía, la mantendrías a salvo.

—Esta también es su lucha.

Torwin se giró para mirar a Asha con los ojos llenos de angustia.

—Acabas de escapar. No puedes volver...

—¿Quién eres tú para decirme lo que puedo y no puedo hacer? Planeaste una revolución con mi hermano sin decirme nada.

La mandíbula del chico se tensó y sus manos se cerraron en puños.

—Planeé una revuelta de esclavos. Planeé la libertad de mi pueblo. Nunca quise participar en esta lucha de poder. —Sus ojos se desviaron hacia Dax durante un brevísimo instante y su voz se suavizó—: Asha, tú eres libre. ¿Y si esto fracasa? ¿Y si vuelves a caer en sus manos?

Ella vio el miedo en sus ojos. Había arriesgado demasiado por salvarla esa noche. ¿Y así se lo agradecía? ¿Volviendo a la ciudad para luchar junto a su hermano?

—Asha. —La voz de Torwin era tensa y sus ojos, suplicantes—. No tienes que hacerlo.

Pero debía hacerlo. Quería —no, necesitaba— que su padre se arrodillara

ante ella.

«Mi padre debe pagar por lo que me ha hecho».

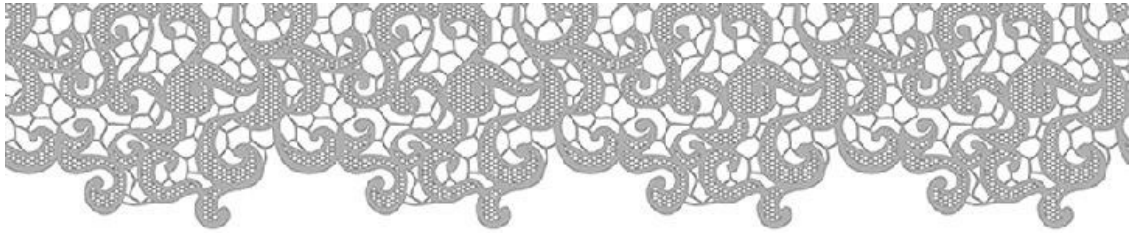
Se giró hacia su hermano.

—Estoy aquí para lo que necesites.

Desde atrás, Torwin murmuró en apenas un susurro:

—Entonces supongo que esto es un adiós.

Cuando Asha se volvió para mirarlo, ya se había ido.



Treinta y cinco

Le siguió el rastro por el campamento y por la oscuridad azulada del bosque, donde de pronto le perdió la pista. ¿Por qué no se había llevado una antorcha? El corazón le golpeteaba el pecho. Necesitaba encontrarlo.

No permitiría que esa fuera su despedida.

Cuando la luz de las estrellas se coló por los cedros, la siguió hasta donde terminaban los árboles y empezaba el precipicio en el que *Sombra* había aterrizado. Echó un vistazo al reino que se extendía a sus pies. Las crestas dentadas del Rift descendían poco a poco hasta llegar al desierto y, más allá, había estrellas hasta el infinito.

Se quedó plantada en el borde, temblando por el frío aire de la noche, oteando los cielos en busca de un dragón rojizo y de su jinete. Con el Rift ante ella y el campamento anidado en el valle a su espalda, hizo lo único que se le ocurrió: contó una vieja historia al viento. Una dedicada al dragón más oscuro que una noche sin estrellas.

Oyó el batir de sus alas en la distancia y vio su silueta atravesar la luna. Se abrazó para entrar en calor mientras esperaba.

Finalmente, *Kozu* aterrizó en medio de una espiral de tierra y hojas, y plegó las alas. Asha buscó la herida costrosa que le habían hecho con la lanza y recordó cómo había perdido el equilibrio y había caído al suelo. Y cómo ella se había catapultado desde su lomo.

Tenía miedo de volver a intentarlo.

Kozu giró la cabeza para quedar frente a ella. Se miraron mutuamente, la Iskari y el Primer Dragón, hasta que al fin Asha dio un hondo suspiro.

Despacio, palpó con los dedos el bulto de la canilla. Tras agarrarse, se montó de un salto en su lomo y se remangó el vestido hasta los muslos. Sentía las escamas cálidas y suaves bajo sus palmas. Inspiró su olor: humo y ceniza.

Si se paraba a pensar en lo que estaba a punto de hacer, seguro que se bajaba, así que no lo pensó. Dio un chasquido con la lengua pegada a los dientes para emprender el mismo camino que Torwin había seguido con *Sombra*.

Kozu saltó al vacío desde el precipicio.

A Asha le dio un vuelco el estómago cuando el viento le azotó la cara y se vio frente a unas crestas rocosas. Se agarró al cuello del dragón con todas sus fuerzas hasta que este remontó el vuelo.

Aquella vez, algo encajó en lo más profundo de su ser. Algo que siempre debería haber estado allí.

Se enderezó y miró por encima de los escarpados afloramientos rocosos, de los campos salpicados de adelfas. Sentía a *Kozu* no sólo bajo ella como una criatura peligrosa que se desplazaba de una corriente de viento a otra, sino también en su mente. Como una sombra oscura. Una presencia antigua. Fija, feroz y suya.

El viento le azotaba las piernas y la cara desnudas. Le revolvía el pelo y le aguijoneaba los ojos. Cuando los dientes empezaron a castañetearle, se apretó

contra *Kozu* para no congelarse de frío. Pero no dio media vuelta: necesitaba encontrar a Torwin.

Necesitaba convencerlo de que se quedara. De que luchara con ellos contra su padre.

Mientras *Kozu* volaba, ella rastreaba el cielo. Temblorosa, contempló las nubes ahumadas que los sobrevolaban, privándola de la luz de las estrellas. Cuando estas pasaron, escudriñó los picos y cumbres que habían dejado atrás, pero no divisó ni rastro de otro dragón.

Los escalofríos se hicieron más violentos y entonces comprendió la razón por la que Torwin iba equipado con abrigo y guantes. Si no lo encontraba pronto, tendría que volver... o moriría congelada.

Fue entonces cuando miró hacia abajo de nuevo y vio una silueta que le resultaba familiar. Chasqueó la lengua para hacerle una señal a *Kozu* y el animal se precipitó en picado, haciendo que el estómago se le revolviera. Un instante después, ambos dragones volaban a la par.

El jinete de *Sombra* la miró. La pañoleta le cubría la nariz y la boca.

«No me obligues a despedirme de ti», pensó ella.

Entonces gritó por encima del viento:

—¿Adónde vas?

Él no contestó.

Asha entrecerró los ojos y, tras dejar atrás dos picos rocosos, distinguió la superficie cristalina de un lago, que parecía de plata a la luz de la luna.

—¡Allí abajo hay agua!

De nuevo, él guardó silencio.

—¡Te echo una carrera hasta allí! —vociferó.

Torwin no tuvo tiempo de responder. Asha se pegó más a *Kozu*, que sabía exactamente lo que quería, y juntos bajaron a toda velocidad.

Una nueva sensación la recorrió mientras caían: entusiasmo, miedo,

euforia, todo revuelto y alojado en las tripas. Pronto, sin embargo, la reemplazó otra más intensa. Miró a un lado y a otro en busca de Torwin y de *Sombra*. No los habían seguido. *Kozu* y ella estaban solos.

Tragó saliva presa de la decepción. El animal, al sentirlo, empezó a estabilizar el vuelo y, justo cuando lo hizo, un dragón rojizo y su jinete pasaron a su lado en una caída en picado. Por un momento, sólo pudo mirarlos: Torwin iba agazapado en el lomo de *Sombra*, mientras este mantenía las alas pegadas a los costados y caían y caían. Como si lo hubieran hecho miles de veces. Como si fuera su juego favorito.

Un instante después, ella también se lanzaba.

Se aferró al cuello de *Kozu* y el viento le revolvió el pelo. Cuando enderezaron el vuelo, iban a la par de *Sombra*.

Torwin miró en su dirección y chasqueó la lengua; su dragón aceleró el ritmo.

Un momento después, casi con pereza, *Kozu* los alcanzó.

Por encima de la pañoleta, los ojos de Torwin se entrecerraron. Volvió a chasquear la lengua, pero *Sombra* ya no podía ir más deprisa. Era más pequeño y más ágil, pero *Kozu* era más fuerte y pesaba más, ganando así en potencia.

Torwin y su dragón se quedaron atrás; Asha volvió su atención al lago.

Creía que *Kozu* aterrizaría en el margen, pero no fue así. Mientras ella tenía la vista puesta en la orilla, el dragón se dirigía derecho al agua. Chasqueó la lengua frenéticamente y luego intentó tirarle del cuello y de las alas para obligarlo a frenar. A detenerse antes de...

La superficie del lago se hizo añicos cuando *Kozu* impactó en ella; Asha cogió aire justo antes de que el agua los engullera.

Una vez sumergidos, se escabulló del lomo del dragón. Cuando sus pies tocaron el fondo, se impulsó y llegó a la superficie, donde escupió agua y

boqueó. Le salpicó a *Kozu* como represalia, pero el animal continuaba sumergido y se alejó nadando. El lago estaba más caliente que el aire de la noche y Asha se demoró un momento: el vestido flotaba a su alrededor y echó la cabeza hacia atrás para mirar el cielo enjoyado de arriba.

Sombra aterrizó en la orilla.

Asha nadó hacia ella mientras Torwin desmontaba, pero las capas del vestido le dificultaban la tarea y tardó dos veces más de lo normal. Perdió ambas zapatillas. Cuando al fin hizo pie sobre las rocas resbaladizas, se dirigió hacia donde se encontraba Torwin.

—Tú ganas —dijo él, tendiéndole la mano desde su saliente seco.

Asha hizo una mueca cuando la agarró y la sacó del agua de un tirón. El empapado vestido se le pegaba al cuerpo y le pesaba. Temblorosa, cogió el dobladillo y lo escurrió.

—Toma. —Torwin se quitó su extraño abrigo y se lo echó por los hombros—. Hay ropa seca en mi tienda si la quieres. —Sí que la quería para, entre otras cosas, poder librarse de aquel vestido. Le señaló una forma angulosa levantada en la arena de la orilla—. Haré un fuego mientras te cambias.

Asha asintió, tiritando, y se dirigió a ella.

Sin embargo, a medio camino, sus pies se detuvieron al recordar los diminutos botones que le recorrían la espalda del forro del vestido.

«No puedo quitármelo sin ayuda».

Se ruborizó sólo con pensarlo. Jarek había mandado hacerlo así precisamente por esa razón: para que necesitara que su marido la desvistiera.

Ante aquella idea, se arrebujó aún más en el abrigo de Torwin. Volvió la vista atrás, hasta donde el skral estaba arrodillado ante la leña crepitante soplando las frágiles llamas. El collar de plata que llevaba alrededor de la garganta reflejaba la luz.

No hacía tanto tiempo, había creído que ese chico y ella no tenían nada en común. Ahora sabía que la única diferencia entre ellos era que él llevaba la marca de su esclavitud alrededor de la garganta, mientras que la suya era invisible. Había creído que su título, Iskari, era su mayor poder. Había creído que cazar dragones en el Rift era su libertad más extrema. Pero la verdad era que aquellas cosas nunca habían sido más que un collar alrededor de su garganta.

Y ahora que ambos eran libres, él iba a escapar del horror, mientras que ella regresaba a él.

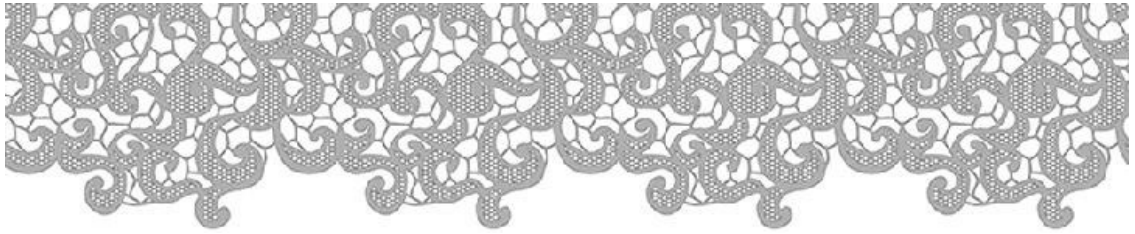
«¿Cómo puedo pedirle que se quede y luche? —pensó—. Esta no es su guerra».

Torwin ya había sufrido bastante. Merecía ser libre.

Apartó la mirada de él. No se atrevía a pedirle ayuda con el vestido. No después de lo que había ocurrido en el campamento. Pero, sin sol, las temperaturas se desplomarían y era peligroso ir vestida de manera inapropiada por la noche en el Rift.

Temblando de frío, se dirigió al fuego con la esperanza de que el calor de las llamas fuera suficiente para secarla. De lo contrario...

No quería ni pensar en la segunda opción.



Treinta y seis

Asha se sentó en un tronco junto a la hoguera reticente, tiritando bajo su vestido. Justo al otro lado del fuego, *Sombra* acechaba a *Kozu*, que estaba dormido. Daba latigazos con su cola bífida y se había arrellanado sobre las patas delanteras, preparado para saltar. *Kozu* abrió su único ojo amarillo, vio que el dragón lo acechaba y lo cerró de nuevo.

—¿Por qué duermes aquí? —le preguntó a Torwin mientras este alimentaba las llamas—. ¿Tan lejos de El Refugio?

Un fuerte gruñido los sobresaltó; aguzó la vista hacia la oscuridad al otro lado del fuego. Las escamas de *Kozu* ondeaban a la luz de la lumbre mientras sujetaba a *Sombra* de espaldas contra el suelo. El dragón más joven le había mordido la cola y no dejaba de agitar la suya juguetonamente.

Asha se volvió hacia Torwin. Los dientes le castañeaban. Acercó las palmas temblorosas al fuego y dejó que el calor le lamiera la piel fría y húmeda.

—¿No hay sitio suficiente en el campamento?

—Me he pasado la vida durmiendo en sitios atestados —dijo él, soplando

las llamas para avivarlas—. Prefiero el cielo abierto.

Asha quería decirle que lo entendía. Dormir a cielo abierto era una de las mejores partes de la caza. Pero los dientes le castañeteaban con tal fuerza que sólo pudo apretarlos y acurrucarse más hacia el fuego.

Torwin echó dos leños más y, sólo cuando estos prendieron, se inclinó hacia atrás y alzó la vista hasta ella. Tenía las manos manchadas de ceniza.

Puso cara de extrañeza.

—Todavía llevas el vestido de novia.

Ella evitó mirarlo a los ojos y se limitó a hacer un gesto de desdén con la mano.

—Estoy bien. —El cuerpo le temblaba cada vez más—. De verdad.

—Te prometo que la ropa está limpia. Puede que no te quede bien, pero al menos no te morirás de frío.

Como no respondió, se levantó malhumorado.

—Bien. Haz lo que quieras. Al fin y al cabo, siempre lo haces.

Asha miró en su dirección y se fijó en que trataba de quitarse el anillo de su madre del dedo meñique. Cuando al fin lo consiguió, le espetó:

—Toma. Esto es tuyo.

Ella contempló el círculo blanco de hueso en la palma de su mano.

Durante todos aquellos días que habían pasado en el Rift, no había querido que lo tuviera él. Pero las cosas habían cambiado tanto desde entonces... Ahora que se lo devolvía, no quería que lo hiciera. Era como si al arrepentirse de llevarlo se arrepintiera también de todo lo demás.

—Me voy por la mañana —le dijo—. Y lo más probable es que nunca vuelva a verte, así que cógelo.

Al oír esas palabras, Asha apartó las manos del fuego y las apoyó en el tronco húmedo donde estaba sentada.

—No puedo aceptarlo. —Había vuelto la cara y evitaba mostrarle la parte

de la cicatriz—. Teníamos un trato. Yo prometí llevarte a Dar Moor y no lo hice, de modo que ahora es tuyo.

—Eso me da igual —replicó, acercándose y alejando el anillo de él todo lo posible—. Era de tu madre, Asha. Creo que a ella le gustaría que lo tuvieras tú y no un esclavo cualquiera.

La rabia la invadió. ¿Cómo se atrevía a decirle eso... a ella, que había arriesgado su vida por salvarlo, que había arriesgado mucho más que su vida?

Se levantó y lo miró con los ojos entrecerrados.

—He dicho que no puedo aceptarlo.

Él buscó su mano y le plantó el anillo en la palma helada, pero, cuando hizo ademán de retirar la suya, los dedos de Asha permanecieron inmóviles y el aro cayó en la arena a sus pies.

Durante unos instantes, los dos lo observaron fijamente.

Hasta que Torwin se dio la vuelta.

A Asha le hirvió la sangre.

—No te atrevas a marcharte.

Él hizo caso omiso.

—¡Cógelo!

Entonces se detuvo, casi fuera del alcance de la lumbre, y, sin girarse siquiera, murmuró con una voz apenas audible:

—¿Es una orden, Iskari?

A ella se le hizo un nudo en la garganta.

—Torwin...

Él se dio la vuelta, pero no la miró. Como un skral obediente, mantuvo la vista gacha, clavada en el sitio donde el anillo había caído.

—Mírame —le pidió ella con voz temblorosa.

Sus manos se cerraron en puños y sus hombros se encogieron, pero siguió sin levantar el rostro.

La rabia volvió a invadirla. No tenía que hacer eso. No en el Rift, donde no había reglas. No después de todo por lo que habían pasado.

Se movió rauda como el viento.

Justo antes de que lo empujara, Torwin alzó los ojos y su mirada angustiada se encontró con la furiosa que ella le lanzaba.

En ese momento, bajo la fuerza de sus palmas, se tambaleó hacia atrás. A su espalda, ambos dragones dejaron de jugar y los miraron.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Asha, encendida por el calor de su propia furia.

Él exhaló.

—Creí que te estaba poniendo a salvo.

Ella paró y abrió los puños.

—Y de pronto te he conducido directa hacia el peligro.

Asha lo miró de hito en hito. Por encima de sus hombros hundidos, el lago brillaba; los reflejos de las estrellas eran como plata que ondeara sobre un fondo negro.

—Y lo peor de todo es que no te importa. Estás encantada de ser un peón en el juego de otros. —Se pasó las manos por el pelo en un gesto de frustración—. Es como si les dieras la razón cuando te miran como si sólo sirvieras para que te utilicen. Como si sólo sirvieras para destruir cosas.

Ella frunció el ceño entre su pelo chorreante.

—Tú no eres así, Asha. Y no deberían verte como si lo fueras.

A su alrededor sólo se oía el suave murmullo del agua en la orilla del lago. Asha se cruzó de brazos. Las palabras del joven habían removido algo en su interior. Algo que tenía que proteger a toda costa.

En voz muy baja, susurró:

—¿Y cómo deberían verme?

Él bajó la vista a su garganta y dejó escapar un suspiro trémulo.

—Como si fueras hermosa —respondió—. Hermosa, adorable y buena.

Las palabras la resquebrajaron y sacaron a la luz eso que se había removido en su pecho. Le dio rabia que lo hiciera con tanta facilidad. Le enfureció que lo hiciera sólo con sus palabras.

Pero se acordó de la imagen del espejo.

Sabía lo que era.

—Llevo toda la vida creyendo mentiras.

Él alzó los ojos.

—Por favor —susurró Asha—, ya basta.

Torwin no vaciló. Dio un paso en su dirección.

—Si yo llevara toda la vida creyendo mentiras, no confiaría en reconocer la verdad cuando la tuviera ante mis propias narices.

Asha puso cara de incredulidad y lo obligó a mirarla de frente. Esta vez no volvió la mejilla. No escondió la cicatriz. Lo obligó a que contemplara su propia mentira.

—¿Por qué te cuesta tanto oírlo, Asha? Eres hermosa.

Ella abrió la boca para refutar aquella mentira evidente, pero él la interrumpió.

—Eres adorable —dijo, más bajo esta vez—. Eres...

—¡Basta!

Alzó el puño, pero él lo interceptó. Cuando intentó zafarse, él la asió con más fuerza, así que le pegó un codazo en el estómago.

Torwin se quedó sin aliento. Se puso las manos en las rodillas y jadeó.

Pero no era de los que se rendían con tanta facilidad.

—Eso es lo que pensé la primera vez que te vi —continuó cuando se hubo recuperado—. En la biblioteca de mi ama, sacando pergaminos. —Asha volvió a empujarlo y él a tambalearse hacia atrás—. Eso es lo que pensé después de que *Kozu* te quemara, cuando te expusiste ante la ciudad entera.

Eso es lo que pensé cuando te gritaron, te dieron la espalda y te escupieron en los pies mientras tú..., mientras tú te quedabas allí plantada y lo aceptabas. Y nunca, ni una sola vez, he dejado de pensarlo.

A ella le escocieron los ojos por las lágrimas. Tenía la garganta ardiendo.

—Mentiroso.

Él le agarró el puño y la atrajo hacia sí. Ella se resistió, pero los brazos de Torwin la sujetaron. Trató de soltarse usando codos y rodillas, pero el joven enterró la cara en su cuello y la inmovilizó.

Cuando dejó de debatirse, se desplomó contra él. Los dientes seguían castañeteándole y su cuerpo no dejaba de temblar; le pasó los brazos por el cuello y se abrazó a él, rindiéndose a su calor.

—Te vas a congelar —susurró Torwin contra su cuello—. ¿Por qué no te has cambiado?

Ella no respondió, se limitó a abrazarlo con más fuerza, de modo que la apartó, abstraído y en silencio. Casi podía oír cómo los pensamientos se formaban en su cabeza mientras observaba el vestido de arriba abajo.

Era un esclavo doméstico. Los esclavos domésticos sabían ese tipo de cosas.

—No puedes quitártelo —dijo al caer en la cuenta.

Ella bajó la vista al suelo y se envolvió en sus propios brazos con la esperanza de que su cuerpo traicionero se quedara quieto y sus dientes se callaran de una vez.

Torwin le tendió la mano.

Ella la rechazó. No se atrevía alzar la vista, por lo que permaneció con la cabeza gacha. Los dedos de los pies empezaban a entumecerse.

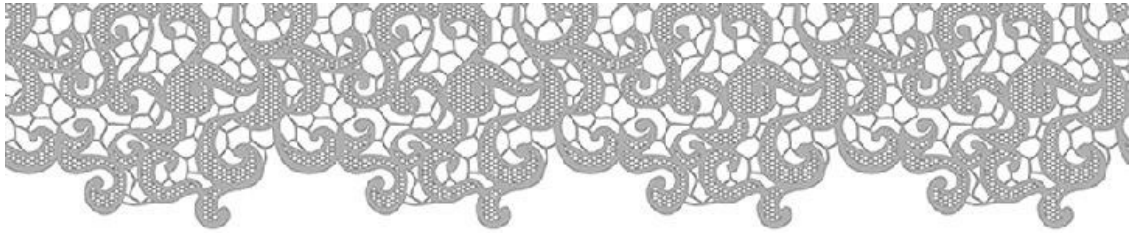
—Asha. —Pronunció su nombre como si fuera algo exquisito y exasperante al mismo tiempo. Curvó el dedo bajo su barbilla para levantarle la cara y obligarla a mirarlo—. No sería la primera vez que te desvisto.

A ella se le aceleró el pulso.

—Me he pasado la vida vistiendo y desvistiendo a draksors —continuó—. Es una tarea como otra cualquiera.

Pero sus dedos trémulos lo traicionaban. Y la oscilación de su voz era similar al traqueteo de su propio pulso.

Con todo, lo siguió.



Treinta y siete

La tienda estaba sumida en la oscuridad. Entonces se oyó el sonido de una cerilla al encenderse y una llama diminuta alumbró las manos de Torwin mientras protegía el fósforo y encendía el farolillo que colgaba de arriba. Este se balanceó y proyectó su luz por toda la tienda, iluminando un saco de dormir, una pila de ropa doblada y el laúd que ella había comprado en el mercado.

Se quedaron frente a frente, Asha castañeteando, temblorosa y goteante. Torwin a la espera, callado y quieto.

A Asha la habían vestido y desvestido esclavos con anterioridad, pero siempre habían sido mujeres. Torwin no lo era. Y el vestido en cuestión era el de su enlace, destinado a que se lo quitara su esposo.

Tenía que darse la vuelta para que él pudiera desabrocharle los botones, pero no lo hizo, por si se le presentaba una mejor opción. Tal vez pudiera llamar a *Kozu*, volver volando al campamento y hacer que Safire la ayudara. Sin embargo, la idea de volar mojada con el viento helado hizo que se estremeciera aún más.

Torwin tocó el nudo de su fajín. Como ella no opuso resistencia, se acercó más; los dedos le temblaron al desatarlo. La seda mojada se le escurrió de la cintura cuando tiró de ella y el vestido se soltó, dejándola respirar.

El fajín cayó al suelo.

A continuación, le sacó la gasa transparente por la cabeza. Con el menor de los esfuerzos, se reunió con el fajín a sus pies.

Como seguía sin girarse, le tocó la muñeca. Sus dedos subieron lentamente hasta el codo y la hizo volverse con delicadeza hasta que estuvo de cara a la basta lona de la tienda. Ella sintió que la sangre le bullía en las venas, se recogió el pelo mojado y se lo echó por encima del hombro.

Los dedos de Torwin empezaron por la parte superior de la combinación y fueron desenganchando los botones en forma de diminutas cuentas de sus correspondientes ojales.

El silencio creció como una tormenta amenazante.

Hasta que llegó un punto en que no pudo soportarlo.

—Gracias —dijo, rompiéndolo.

Su voz lo sobresaltó. Titubeó y los nudillos le rozaron la espalda desnuda; a Asha se le aceleró el corazón como una ráfaga de viento en el desierto.

—Esto no es una imposición —susurró él.

Mientras el vestido se aflojaba y el aire la embestía, sintió que la recorría con la mirada. Las protuberancias de su columna. Sus omóplatos. La curva que describía la parte inferior de su espalda.

—Ya está. —Tragó saliva suavemente y desenganchó el último botón—. Eres libre.

Asha volvió la espalda a las paredes de la tienda. Mantuvo los brazos cruzados contra el pecho, sujetando el vestido desabrochado mientras lo miraba. La luz que arrojaba el farolillo hacía que la piel le resplandeciera. Las sombras afilaban sus pómulos. Bajó la vista hasta su boca, donde la línea del

labio inferior descendía como el manto del Rift.

¿Qué se sentiría al presionarle la boca con la suya? ¿Al acortar la distancia que los separaba? ¿Al hacerlo suyo, allí, en su tienda? Como si le leyera el pensamiento, Torwin alzó la vista hacia su cara y ella la giró para esconder la cicatriz.

—¿Por qué sigues haciendo eso? —Su voz sonó dura.

Como ella no contestó, se quitó la camisa.

Una sensación extraña se apoderó de ella, como cuando se había lanzado en picado con *Kozu*. Torwin tiró la camisa a sus pies y se giró para que su espalda lacerada, con postillas y al fin curada, quedara totalmente visible.

—¿Te dan asco?

Asha se quedó sin respiración.

—¿Qué? No.

Él se volvió a girar hacia ella con una mirada fría.

—Entonces, ¿por qué me iban a dar asco a mí las tuyas?

Sin embargo, Torwin nunca había estado orgulloso de sus cicatrices, mientras que ella se había sentido encantada con la suya porque a su padre le gustaba. La había utilizado para justificar la matanza de dragones. Le había mentado una y otra vez mientras ella le traía sus cabezas. Eso es lo que Asha veía ahora cuando miraba su cicatriz.

Los ojos le ardían por las lágrimas, que le nublaban la vista. Se llevó las manos a la cara en un intento por esconderlas.

—¿Asha...?

Como no lo miraba, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia su calidez. Se quedó con la mejilla apoyada en su pelo, sin mediar palabra. Se limitó a abrazarla mientras lloraba. Su cálida mano fue dibujando lentos círculos en su espalda para tratar de consolarla.

—He estado a punto de matar a *Kozu* —susurró entre las manos que le

tapaban la cara cuando los hipidos se aplacaron—. A punto de destruir las viejas historias.

—¿No era eso lo que querías?

Asha negó con la cabeza. La mano de Torwin se detuvo. La cogió por las muñecas y le apartó las manos de la cara.

—Cuéntamelo.

Se lo contó todo. La verdad acerca del día en que *Kozu* la quemó y todo lo que vino después. Todas las mentiras que había creído. Todos los dragones que había matado. ¿Y por qué? Por un tirano. Por un padre que nunca la había querido de verdad.

Torwin la abrazó con más fuerza.

Después de un rato, volvió la cara hacia su pelo mojado y reluciente.

—Quédate aquí esta noche —le dijo—. Se está tranquilo y podrás descansar. Mejor que en el campamento.

—¿Aquí? —Se secó las lágrimas de las mejillas con las palmas de las manos—. ¿En tu tienda?

—Sólo esta noche. —Se apartó para ponerse la camisa. Se coló entre ellos un aire frío, helándola una vez más. Torwin cogió un montón de ropa seca y se la tendió—. Yo dormiré fuera.

Ella la cogió.

—Torwin...

—Prefiero las estrellas. —Alcanzó su laúd y se dispuso a marcharse para que ella pudiera cambiarse—. Además, no duermo mucho. Tengo pesadillas, ¿recuerdas?

Con todo, antes de salir de la tienda, se detuvo y dio media vuelta.

—No tienes que regresar. No si no quieres.

Ella lo miró extrañada.

Él dio un paso titubeante en su dirección.

—Podríamos marcharnos —sugirió—. Podríamos irnos esta misma noche.

—¿Y adónde iríamos, Torwin?

El chico levantó una de las comisuras de los labios.

—A cualquier parte. Al fin del mundo.

Aquella sonrisa hizo que un diminuto estremecimiento se propagara por todo su ser, aunque logró aplacarlo.

«¿Huir? No».

Entendía lo de querer escapar de Jarek, pero él nunca dejaría de perseguirlos. ¿Y los demás? ¿Qué pasaba con Dax y Safire? No podía dejarlos solos en esa guerra.

Dio un paso atrás.

—No puedo.—Negó con la cabeza—. Todas las personas a las que quiero están en ese campamento.

Y un tirano mentiroso gobernaba Firgaard.

—Todas las personas a las que quieres —repitió Torwin.

Se quedó muy quieto. Como si esperase algo.

Pero Asha no sabía qué más quería.

La luz de sus ojos se apagó.

—Descansa un poco —dijo, girándose para marcharse. Sin volver la vista atrás, salió de la tienda y se adentró en la oscuridad.

Asha se quedó mirando la solapa de la tienda hasta que el temblor volvió. Era como cuando lo había dejado en el claro; algo se había quedado a medias entre los dos. Como si fueran un tapiz deshilachado que necesitara de un tejedor.

Se quitó el vestido empapado y lo dejó fuera, amontonado. La ropa de Torwin, aunque demasiado grande, estaba seca y era cálida.

Apagó el farolillo y se metió en el saco de dormir. Se revolvió una y otra vez sin parar de darle vueltas a la cabeza.

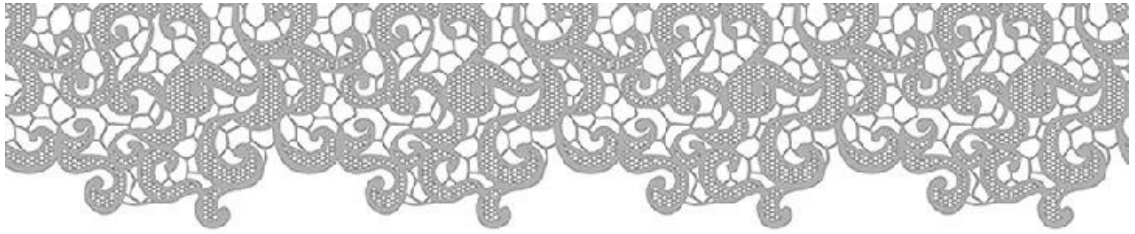
Sólo se quedó quieta cuando oyó una suave melodía. Fuera de la tienda, Torwin rasgaba una canción que le resultaba familiar en las cuerdas de su laúd. La misma canción que llevaba tarareando desde que le dio los puntos en el costado. Era más larga que la última vez, pero seguía incompleta. Seguía callándose a la mitad y volvía a retomarla desde el principio.

Se imaginó aquellas manos, tan hábiles y seguras, rasgando las cuerdas con la misma facilidad con la que habían hecho una cataplasma y le habían suturado el costado. Con la misma facilidad con la que habían desenganchado los botones de su vestido.

Tragó saliva y las imaginó yendo un poco más lejos. Resbalando por su vestido. Deslizándose por su piel desnuda.

Cerró los ojos, tratando de escapar de esos pensamientos, consciente del peligro en el que lo ponían. Aun así, eso no hacía sino encenderlos más aún tras sus párpados.

Mucho más tarde, cuando Torwin al fin se dio por vencido con su canción y se acostó, Asha permaneció despierta, pensando en sus manos.



Treinta y ocho

A la mañana siguiente, cuando Asha entró en la tienda común, se fue directa hacia Jas. Los ojos de este, bordeados por unas oscuras pestañas, se abrieron desmesuradamente al verla. Cuando se recompuso, sonrió y se llevó el puño al corazón a modo de saludo.

—Tienes buen aspecto esta mañana, Asha.

Su amabilidad la sorprendió. Al fin y al cabo, la noche anterior le había sacado un cuchillo. Y la mayoría de la gente que conocía a la Iskari no le sonreía con tanta facilidad.

Torwin entró detrás de ellos.

—Lo siento, llegamos tarde...

Se interrumpió al percatarse de que estaban en mitad de una reunión.

Había unas doce personas sentadas en toscos bancos de leña y Dax estaba en el centro sirviendo té.

Aquello la dejó de piedra: esa era una tarea de esclavos. Pero ahí estaba su hermano, el heredero al trono, sosteniendo la tetera de latón en alto mientras el líquido dorado caía formando un arco y llenaba los vasos dispuestos en

círculo de té espumoso y humeante.

Antes de la Ruptura, cuando imperaban las viejas costumbres, el señor de la casa era quien solía servir el té.

Dax se detuvo para fijarse en la ropa de su hermana, que en realidad era la de Torwin. La hija del rey dragón llevaba la ropa del esclavo de su marido.

La cara de Asha se encendió al darse cuenta de lo que aquello insinuaba, pero estaba rodeada de desconocidos —draksors, baldíos, skrals—, así que no dijo nada. Evitó mirar a Dax, cuyos ojos le quemaban la piel, pasó por delante de un Jas atónito y ocupó el sitio vacío que quedaba junto a Safire en los cojines, mientras esta la observaba con curiosidad.

La mirada de asombro de su hermano se convirtió en una pregunta tácita, que dirigió a Torwin. Al mismo Torwin que se suponía que iba a marcharse aquella mañana.

Este evitó el contacto visual y se sentó al otro lado del círculo, lo más lejos posible de Asha, entre Roa y una mujer a la que no le costó reconocer: la herrera que había forjado sus espadas. La mujer la saludó con la cabeza y ella le devolvió el gesto.

Safire rompió el incómodo silencio y continuó como si nada:

—¿No os olvidáis de algo? —Se pasaba de mano a mano un cuchillo arrojado cuyo borde afilado lanzaba destellos de colores por toda la tienda al recibir la luz—. Tanto en la nueva era como en la antigua, existe una ley contra el regicidio.

Asha se acordó de los últimos tres rebeldes asesinos que habían intentado quitarle la vida a su padre. Se acordó de la daga que les había cortado el cuello bajo un sol abrasador de mediodía. Se acordó de cómo sus cabezas habían caído en la piedra con un repugnante golpe seco. Dax había estado sentado a su lado y ambos lo habían presenciado todo.

Se acordó de Moria, que siglos antes se había arrodillado en aquellas

mismas piedras y había apoyado la cabeza en el mismo tajo manchado de sangre.

La ley contra el asesinato de los reyes era antigua y sagrada. No podía burlarse.

Si Dax mataba a su padre, él también apoyaría la cabeza en el tajo.

Y ella se vería obligada a presenciarlo.

—No estaréis pensando en matar al rey... —dijo.

—No podremos hacernos con el trono si tu padre vive —repuso Safire. *Essie*, el halcón de ojos plateados de Roa, estaba posado en su hombrera de cuero—. No de manera oficial.

Asha contempló a su hermano.

—Pero, si lo matas, lo pagarás con tu vida.

—Ese es un detalle que aún tenemos que resolver.

Dax dejó el té y le sirvió el primer vaso a Roa. Esta lo cogió muy rígida, sin mirarlo a los ojos, como si siguiera enfadada por la discusión que habían tenido. Pero, en cuanto el joven sirvió el siguiente vaso, alzó sus oscuros ojos marrones.

—Déjame ayudar —se ofreció Asha.

Su hermano negó con la cabeza.

—No quiero que estés cerca de Firgaard cuando esto empiece.

—No tengo por qué estar cerca de Firgaard.

Él puso cara de extrañeza.

—Podemos usar a los dragones —sugirió ella—. El rey no se esperará un ataque desde el cielo.

Un murmullo se levantó a su alrededor mientras todos intercambiaban miradas de nerviosismo.

—Si los dragones están de nuestra parte —continuó Asha—, el Viejo también lo estará, así como cualquier draksor de la ciudad que siga siendo

partidario de las viejas costumbres.

Dax volvió a negar con la cabeza, esta vez en señal de incredulidad.

—¿Tú, la chica que ha dedicado su vida a cazar dragones hasta casi provocar su extinción, ahora quieres contar con ellos? Los dragones nos odian, Asha, ¿cómo se te ocurre siquiera pensar que vayan a ayudarnos?

Ella se concentró en el collar plateado que descansaba sobre la clavícula de Torwin.

—Conozco una manera.

Su hermano esperó con cara de escepticismo. Tenía razón en mostrarse receloso, ni ella misma sabía todavía cómo iba a hacerlo..., no del todo. Pero, según *Sombra*, los dragones se habían rebelado contra los draksors porque estos habían esclavizado a los skrals. De modo que si ahora los liberaban...

—Tendrás que demostrar que tus motivos son verdaderos. Que no estás desesperado por subir al trono.

—¿Y cómo lo hago?

Asha miró a Torwin, que estaba absorto en el anillo de hueso que llevaba en el dedo meñique. Las manos le temblaban de un modo casi imperceptible mientras le daba vueltas. Debía de haberlo rescatado cuando ella dormía.

—Quítale el collar a cada uno de los esclavos que hay en este campamento —propuso.

Torwin alzó la vista hasta su cara.

—Y, en cuanto te apoderes del trono, quítaselos a todos los de la ciudad. Eso debe ser lo primero que hagas.

Su hermano la miró como si no la reconociera. Y no lo culpaba. No hacía tanto tiempo, ella misma había pensado que, si se liberaba a los skrals, estos acabarían lo que habían empezado.

Observó a Torwin.

Ya no lo pensaba en absoluto.

De repente, la herrera tomó la palabra y su voz sonó como un martillo sobre un yunque:

—Yo puedo quitar todos los collares de este campamento antes de que caiga la noche.

Asha le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se giró de nuevo hacia su hermano.

—Lo único que necesito son jinetes, y podrás contar con dragones en tu arsenal.

—Yo te los conseguiré —intervino Torwin.

Ella lo miró a los ojos y le preguntó en voz muy baja:

—¿Eso significa que te quedas?

Él apartó la vista.

—Sólo... hasta la boda. Así tendré tiempo de traerte a esos jinetes y entrenarlos para que aprendan a volar.

Asha se mordió los labios para reprimir la sonrisa que amenazaba con aflorar.

En el silencio que siguió, el cuchillo de Safire destelló por última vez al cambiárselo de mano antes de que se lo enfundara en la bota.

—Muy bien, entonces supongo que ya está todo dicho.

Para ayudarlo a acometer su plan, Asha le contó a su hermano lo del túnel secreto que discurría por debajo del templo. Acordaron que el ejército de los baldíos esperaría junto a las murallas de la ciudad con Roa mientras Dax, Jas, Safire y otros refugiados, a los que Dax llamaba su grupo de canallas, tomaban el túnel hasta la ciudad y se dirigían a la puerta norte, que mantendrían abierta hasta que el ejército entrara. El halcón de Roa, *Essie*, sería la señal. Su hermano lo introduciría en la ciudad y, una vez que abrieran la puerta, lo echaría a volar.

Cuando la ciudad estuviera asegurada, el rey dragón encerrado y Dax sentado en el trono como regente, las cosas empezarían a cambiar. Su unión con Roa lo arreglaría todo y traería la paz tanto a los draksors como a los baldíos. Los skrals serían libres de elegir si se quedaban en Firgaard o se buscaban la vida en cualquier otra parte.

Cuando la reunión finalizó y Asha se disponía a seguir a Safire al exterior de la tienda, Dax interrumpió la conversación que mantenía con una rebelde y la llamó para que lo esperase.

La tienda se quedó vacía y el joven se apoyó en un mapa de Firgaard que había desplegado sobre la mesa. Sus manos se aferraron al basto borde de madera mientras miraba a su hermana de arriba abajo.

—¿Desapareces con él anoche y hoy reapareces vestida con su ropa? — Señaló su camisa y sus pantalones—. Piensa en la impresión que eso da.

Asha se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

—¿Preferirías que siguiera llevando el vestido de novia?

Él hizo un sonido de frustración.

—Eres la hija del rey dragón. —Se apartó de la mesa—. Y Torwin es...

«Inferior a mí. Alguien prohibido».

—Un skral. Y, aunque la mayoría de los draksors de este campamento simpatizan con los skrals, hay muchos que no. Y también hay muchos skrals que no dudarían en hacerle daño sólo por cómo te mira.

Las manos de Asha cayeron a los lados.

—Tanto en este campamento como fuera de sus márgenes, si la gente cree que te preocupas por él, lo usarán para hacerte daño. Para convencerte de que hagas cosas que no quieres hacer.

—Me caí en el lago —se defendió—. Y Torwin me dio ropa seca. Sólo estaba siendo amable.

—Asha —insistió Dax, como si él fuera un adulto y ella una niña a la que

acabara de pillar en una mentira.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué?

—Tú mejor que nadie deberías saber cómo acaban este tipo de historias. No quiero que te hagan daño.

Incapaz de mirar a su hermano a los ojos, dejó que los suyos vagaran por encima de su hombro hasta el toldo de la tienda, iluminado por el sol matutino.

—Lillian no habría muerto si Rayan no la hubiera perseguido —continuó Dax—. Si primero la hubiera puesto a salvo y no hubiera pensado sólo en él, ambos seguirían vivos.

«Y Safire no existiría».

El mero pensamiento le rompió el corazón.

El joven se acercó a ella.

—Si quieres mantenerlo a salvo, debes alejarte de él.

Asha clavó la vista en sus pies descalzos. Sus zapatillas probablemente estarían mojadas, en la orilla del lago.

—Lo sé —respondió—. Lo estoy intentando.

Dax suspiró, la cogió del hombro y le dio un cariñoso apretón que la obligó a mirarlo a la cara.

Cualquiera que hubiera sido su aflicción estaba remitiendo, si no lo había hecho ya del todo. Sus ojos volvían a chispear y había ganado peso; estaba llenando aquel saco de huesos en que se había convertido. Casi era el mismo de antes.

Pero había algo que aún la agobiaba. Su plan era bueno; lo de entrar en la ciudad y apoderarse de ella con ayuda de los baldíos podía funcionar. Sin embargo, lo del trono... Mientras su padre viviera, nadie consideraría a su hermano el nuevo rey dragón. Por mucho que lo encerrara en el calabozo de

por vida, mientras siguiera existiendo, sería el legítimo gobernante de Firgaard. No Dax.

Su padre tenía que morir. Y su hermano no iba a dejar semejante tarea en manos de otra persona. Consideraría que era su responsabilidad.

Con todo, la antigua ley contra el regicidio era insalvable. Si mataba al rey, también moriría. Y si aquello ocurría, ¿quién iba a gobernar Firgaard?

Roa era una rebelde, por lo que ningún draksor se sometería a ella si gobernaba en solitario.

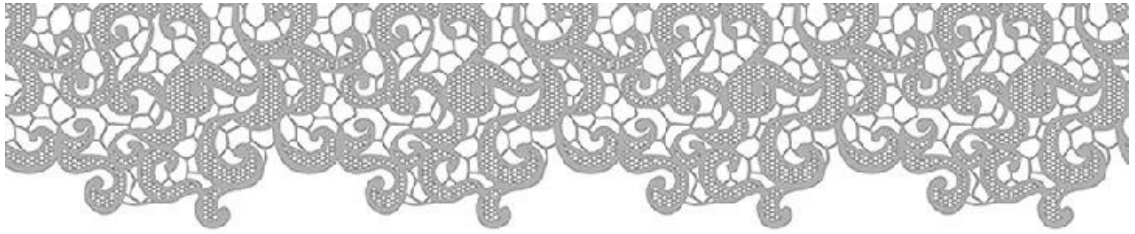
Asha era la anterior Iskari, odiada y temida por su pueblo.

Safire era medio skral y una abominación a ojos de Firgaard.

No quedaba... nadie.

Dax no podía morir. Tenía que gobernar. Pero, si no podía morir, tampoco podía matar al rey.

Lo que significaba que otra persona tenía que hacerlo.



Treinta y nueve

Asha pasó los días antes de que llegara la caravana de armas convocando dragones. Torwin le encontró a una docena de jinetes, en su mayoría draksors y baldíos, así como a dos skrals. Ella enarcó una ceja cuando le presentó a los dos muchachos y él se encogió de hombros.

—Pediste jinetes. Te he encontrado a los mejores.

Contó las viejas historias en voz alta y donde los demás no pudieran oírla, por encima de la línea de los árboles. No quería que envenenaran a los del campamento del mismo modo que habían envenenado a su hermano y a su madre.

Además, desde la noche de su enlace, había notado que a Torwin le temblaban las manos, estaba más delgado y tenía oscuras medias lunas bajo los ojos. Cuando le preguntó al respecto, él lo atribuyó al cansancio.

Pero Asha no podía evitar sentir que era más que eso.

De modo que llamó a los dragones sola y mantuvo las historias bien lejos de Torwin y del campamento; luego le pasaba a los dragones.

Él los emparejaba con sus respectivos jinetes y enseñaba a estos a

estrechar sus vínculos al volar. Reclutó a la antigua costurera de Asha, una chica skral llamada Callie. Su misión era coser abrigos, guantes y pañoletas para proteger a los jinetes de los elementos. Pero era demasiado trabajo y, si pretendía terminar a tiempo, necesitaba ayuda.

Al anochecer del tercer día, Asha encontró a Torwin solo en la tienda que los jinetes habían erigido en lo alto del valle. Estaba sentado y encorvado a la luz de una lámpara, cosiendo la manga de un abrigo. Todavía le resultaba extraño verlo sin su collar. Los ojos se le iban a veces hacia las cicatrices que le surcaban la clavícula, señalando dónde solía estar.

Pero hacía lo que Dax le había recomendado: mantenía las distancias.

Había tanto trabajo que hacer y tan poco tiempo que evitarlo no le resultaba difícil. Aunque pasaban el día juntos, apenas hablaban. Y al final del día, cuando él la esperaba para acompañarla al campamento, ella negaba con la cabeza y le decía que se marchara, que tenía cosas que hacer.

En las reuniones, se colocaba entre Safire y Dax. Cuando Torwin la buscaba a la hora de la cena, se ponía a charlar con Jas, que era un conversador nato con una curiosidad insaciable. Cuando Torwin metía baza en estas conversaciones y quedaba claro que Jas tenía en cuenta su opinión, buscaba a otra persona, la que fuera.

A veces, a lo largo del día, sentía que la observaba. A veces, cuando le daba la espalda en la cena, captaba un foganazo de su mirada herida. Como si supiera lo que estaba haciendo y hubiera decidido ponérselo fácil.

¿Y por qué no iba a hacerlo? Tenía intención de marcharse.

Pronto dejó de esperarla. Dejó de intentar sentarse a su lado. Dejó de buscarla.

Aquello le hizo daño.

De modo que, cuando nadie miraba, fue ella quien empezó a observarlo a él. Desde lejos, veía que sus manos se movían con amable reverencia por los

costados de los dragones para mostrar a los jinetes cómo calmar a sus monturas y conquistar sus miedos. Les enseñó varias combinaciones de chasquidos que podían hacer que un dragón se elevara, girase o aterrizara a voluntad. Les enseñó todo lo que sabía, hasta que las ojeras que ribeteaban sus ojos se hicieron incluso más pronunciadas.

Lo observaba con Callie, la costurera, cuando los dos skrals estaban inclinados sobre sus diseños. Observaba la manera en que Torwin hacía gestos con las manos, señalando lo que creía que podía funcionar o lo que podía mejorarse. Y cada vez que le esbozaba a Callie con su media sonrisa, algo se rompía un poco más en ella. Se descubrió comparando el suave rostro de Callie con el suyo. La chica era bonita como un amanecer en el desierto. Y era una skral, como él. A lo mejor se la llevaba al otro lado del océano.

De vuelta en el campamento, Callie y Torwin tocaban música juntos con un puñado de compañeros más. No se atrevía a seguirlos, pero a veces se entretenía sin que nadie la viera a afilar su hacha ya afilada mientras oía cómo los acordes del laúd de Torwin se entretrejían con los del caramillo de Callie y con los de la pandereta de un baldío, a la espera de que tocara su canción inconclusa..., que nunca llegaba.

«Si quieres mantenerlo a salvo, debes guardar las distancias».

Pero entonces, después de evitarlo durante días, se encontró con él a solas en la tienda de los jinetes.

Dio un hondo suspiro y se dirigió a la mesa, donde había una gran pila de retales de piel y lana cardada. Era la mesa de Callie. Sus herramientas —cuchillos, agujas, carboncillos e hilos— estaban dispuestas en pequeñas filas ordenadas. Junto a la mesa, de una silla bastante labrada, colgaba su propio manto de lana.

—¿Dónde está Callie? —preguntó, manteniendo la voz firme mientras cogía el manto y se lo colocaba sobre los hombros. Haría frío durante la

caminata de vuelta al campamento.

Él no levantó la vista de su tarea.

—Es la primera vez que me hablas en dos días.

Los dedos de Asha se detuvieron en las borlas.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, Asha. —Alzó la mirada. La luz del farolillo le daba de lleno en el pelo y hacía que este resplandeciera—. Ambos sabemos que me estás evitando.

Puede que aquello fuera verdad, pero ella había visto cómo le presentaba *Sombra* a Callie y cómo le mostraba el lugar donde le gustaba que le rascaran, justo debajo de la barbilla. Había observado cómo la joven lo había esperado en la entrada de la tienda dos días seguidos y cómo habían vuelto juntos al campamento.

—¿Y tú qué? —susurró.

Él bajó la aguja hasta su regazo.

—¿Y yo qué?

«Estás perdiendo la fe en mí».

Era ridículo, por supuesto. Necesitaba que lo hiciera.

Terminó de abrocharse las borlas del cuello.

—No importa.

Cuando se dirigía a la entrada de la tienda, oyó que decía:

—Safire tiene razón. Tienes la cabeza dura como una piedra.

Asha se detuvo y se volvió. ¿Safire iba por ahí hablando de ella? ¿Con Torwin?

Aquello le dolió.

—Safire puede irse al cuerno.

El chico elevó una de las comisuras de la boca.

Ella no debería haber mirado. Si no lo hubiera hecho, se habría marchado.

Pero, si se hubiera marchado, no se habría percatado de la curvatura de sus hombros cada vez más delgados ni de la manera tan exagerada en que sus manos temblaban mientras trabajaba. Parecía agotado, allí, a la luz del farolillo, con un abrigo a medio coser extendido en el regazo y agujas e hilo en la alfombra extendida a su lado. Tenía el mismo aspecto que su hermano antes de la revuelta.

El miedo la royó por dentro.

«Pero si he tenido mucho cuidado. ¿Por qué le está pasando?».

Se desabrochó las borlas del cuello. Regresó al interior de la tienda y dejó que el manto le cayera de los hombros mientras se sentaba a su lado en la alfombra de fibra tejida. Se inclinó sobre su regazo y, mientras cogía la aguja y el hilo, estudió sus síntomas e intentó compararlos con los de su madre.

«Rápida pérdida de peso, cansancio anormal, temblores...».

Tal vez debería mantenerlo alejado de los dragones. Ellos también contaban historias, a su modo silencioso. Tal vez, en cierta medida, eran la causa...

—¿Sabes siquiera cómo se usa eso?

Su pregunta la sobresaltó. Era la misma pregunta que ella se había hecho con respecto a él y las flechas, allá en la palestra. Lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo crees que ensamblé toda mi armadura? —le dijo, y enhebró la aguja y se puso a coser la otra manga.

Cuando Torwin apoyó la rodilla en la suya, ella levantó la vista y lo vio sonreír. Algo se encendió en su interior. No debería haberlo hecho, pero dejó que relajara la pierna contra la suya. Sólo por esa vez.

Trabajaron en agotado silencio. Cuando terminaban de coserle las mangas a un abrigo, continuaban con el siguiente. Al cabo de un rato, Torwin empezó a tararear aquella misteriosa melodía. Pero, para entonces, a Asha le costaba mantener los ojos abiertos.

En cuanto él se dio cuenta, le quitó la aguja.

—Hora de dormir, feroz cazadora de dragones.

Asha estaba demasiado cansada como para corregirlo: ya no cazaba dragones.

Ya no quería ser la Iskari.

Apoyó las manos en la alfombra con intención de levantarse y emprender la larga caminata de vuelta por el bosque hasta la tienda que compartía con Safire, pero Torwin le tocó la mano.

—Quédate.

Ella meneó la cabeza.

—No puedo.

—Asha.

Al oír su nombre, algo tiró de ella. Levantó la vista y se encontró con sus ojos, cálidos y febriles. Aquella noche parecía muy frágil. Le preocupaba.

Apartó la mirada.

—Bien. Me quedaré hasta que termines el abrigo.

El chico esbozó una leve sonrisa.

—Despiértame cuando hayas terminado —le pidió. Se hizo un ovillo en la alfombra junto a él y cerró los ojos. Un instante después, él le echó el manto por encima. Un instante después, un sueño la reclamó. Un sueño sobre su tocaya, la diosa Iskari.

Mucho más tarde, Torwin dejó a un lado la aguja y el hilo y se tumbó junto a ella. Asha se despertó. Se giró y lo encontró bocarriba, con las manos por detrás de la cabeza mirando el techo de lona de la tienda.

Con su sueño aún resonando en la mente, se olvidó del peligro.

—¿Torwin? —susurró.

Él giró la cara hacia ella.

—¿Crees que la diosa Iskari se odiaba a sí misma?

No era la pregunta que esperaba. Se notó por el modo entrecortado en que cogió aire, como si le hubiera dado un codazo en el estómago.

—Creo... —dijo después de un rato con la mirada fija en su cara—, creo que la diosa Iskari se vio obligada a ser algo que no quería ser.

Eso no era una respuesta. Estaba a punto de decírselo cuando él continuó:

—Iskari dejó que otros la definieran porque creyó que no tenía opción. Porque creyó que estaba sola y que nadie la quería. —Se puso de lado, se apoyó en el codo y la miró—. La primera vez que los oí llamarte Iskari, busqué la historia; no me importaban ni el peligro ni la ley. Encontré a un viejo mendigo en el mercado que estaba dispuesto a contármela. Y, Asha, cuando la oí, no me pareció ninguna tragedia.

—Por supuesto que es una tragedia —objetó ella arrugando la frente—. Al final muere. Muere completamente sola.

—¿Y ese es el final? —Elevó la comisura de la boca y Asha sintió que se derretía bajo su mirada—. Yo no lo creo. ¿Qué pasa con Namsara? Él va a buscarla. El cielo cambia siete veces antes de que la encuentre. Y entonces, cuando lo hace, cae de rodillas y llora. Porque la quiere. Porque nunca estuvo tan sola como creía. No era sólo una quitavidas. Para él, era su hermana. La adoraba. Es una historia de amor, Asha. Una trágica, cierto. Pero una historia de amor, al fin y al cabo.

Estudió la cara mucho más delgada que se cernía sobre ella. El contorno de su mandíbula. La curva de su boca.

—¿Que si Iskari se odia a sí misma? —Su voz se tornó más tierna—. Por supuesto que sí. —Lo dijo como si acabara de darse cuenta. Como si la pregunta de Asha lo hubiera obligado a comprenderlo—. Yo antes me enfadaba con Namsara por permitir que todo ocurriera. Y también me enfadaba con Iskari por representar el papel que le habían obligado a representar. Por no intentar jamás ser otra cosa.

Le apartó un mechón de pelo y se lo remetió por detrás de la oreja cicatrizada.

—Me enfadaba con Iskari porque nunca miraba a su alrededor. A los que la querían. A los que podían salvarla.

—Pero es que nadie puede salvarla.

—¿Cómo lo sabes? Nunca deja que nadie lo intente.

Esa noche, Asha tuvo una pesadilla.

Soñó que estaba en las sombras de la mazmorra y ante ella se levantaba una puerta de hierro. Del otro lado le llegaban unos sonidos espeluznantes. Sonidos del shaxa que desgarraba la espalda de alguien. Sonidos de huesos que se rompían. Sonidos de un cuerpo que se contorsionaba de maneras imposibles.

Y, en medio de todo eso, oía una voz que suplicaba:

«No..., por favor, no...».

Cuando la súplica se volvió un alarido, se dio cuenta de que conocía al dueño de aquella voz. Y, como lo conocía, se abalanzó contra la puerta. La aporreó con los puños. Buscó la llave..., pero no había cerradura. No había forma de entrar.

No podía salvarlo. No podía liberarlo.

Sólo podía oír cómo lo mataban.

Se despertó empapada en sudor, con la respiración entrecortada. Alguien estaba de pie ante ella y su silueta se recortaba en la luz del sol que lo iluminaba desde atrás. Con la pesadilla aún presente tras sus párpados, se enderezó de un salto. Una oleada de pánico la recorrió. Jarek. Jarek estaba allí. Se giró y descubrió que la alfombra estaba vacía a su lado. Torwin se había marchado.

—Asha.

Ella se alejó gateando hacia atrás. Dio con la espalda en la mesa improvisada de las herramientas de Callie, que se desparramaron y se cayeron. Tanteó el suelo con manos temblorosas, buscando algo que usar como arma.

—Asha.

Aquella voz.

La hizo detenerse. El aire abandonó sus pulmones en forma de ráfaga fuerte y entrecortada. Alzó la mirada. Entrecerró los ojos, cegada por el sol, y descubrió que su hermano estaba acucillado a su lado.

—No pasa nada. Estás a salvo.

Su entorno cambió: ya no estaba teñido por la pesadilla. La voz de su hermano le aportó claridad y perspectiva. Dax la observaba, envuelto en un manto gris con el dobladillo manchado de barro. Juntó las cejas oscuras sobre unos ojos colmados de preocupación. Detrás de él, las paredes de lona resplandecían con el sol de la mañana mientras el farolillo aún encendido reposaba en la alfombra junto a un abrigo de vuelo a medio terminar.

—¿Dónde está Torwin?

Con mucho cuidado, Dax respondió:

—Lo están atendiendo.

A Asha le dio un vuelco el corazón.

—¿Atendiendo?

—Un grupo de draksors y skrals te vieron entrar aquí con él.

Se le secó la boca.

Recordó el momento en que Torwin la había llevado a El Refugio, el modo en que los presentes lo habían mirado al decir su nombre en voz alta... Como si no tuviera derecho.

Recordó la advertencia de su hermano: «Hay muchos skrals que no

dudarían en hacerle daño sólo por cómo te mira».

Se puso en pie a trompicones. El aire frío de la mañana le rozaba la piel, haciendo que se estremeciera.

—¿Dónde está?

Dax la miró como si su mera visión le doliera.

—Te dije que esto pasaría. Te dije que mantuvieras las distancias.

En ese momento, Safire entró en la tienda y sus ojos recorrieron la estancia antes de posarse en su prima.

—Saf —le imploró—, ¿qué ha ocurrido?

—Vamos. —La joven le pasó una mano por el hombro—. Te llevaré con él.

—Como no volvías a nuestra tienda, fui a buscarte —le explicó Safire mientras atravesaban El Refugio—. A medio camino valle arriba, me encontré con un grupo de refugiados en el bosque que maldecían a alguien hecho un ovillo en el suelo al que le daban patadas en el vientre y en la espalda.

Abrió la solapa de una pequeña tienda. Oyó unas voces acaloradas procedentes del interior.

—Intentaron romperle la pierna, pero yo los detuve.

En el interior, encontró una hilera de camastros, un suelo sucio y... un Torwin descamisado que trataba de alcanzar el hatillo de ropa que Callie le escondía tras la espalda.

—¡El médico ha dicho que necesitas descansar! —El índice de la chica cortó el aire al señalar el camastro.

—Dame la camisa —gruñó él. Tenía el pelo empapado en sudor y sus ojos parecían extrañamente hundidos.

—¡Métete en la cama!

Estaba a punto de gritarle una respuesta cuando se percató de la recién llegada. En cuanto la vio, se calmó.

—Asha. —La inspeccionó para comprobar si estaba herida. Al ver que no, sacudió la cabeza y se volvió hacia Callie, aliviado—. Lo haré si Asha se queda conmigo.

Callie negó con la cabeza como si no diese crédito. Luego se resignó y salió de la tienda dejando atrás a Asha y llevándose las ropas del joven.

A pesar de todo, Torwin esbozó una sonrisa victoriosa, dedicada en exclusiva a la chica de la cicatriz plantada en la entrada. Aquello hizo que se preguntase si era consciente del modo en que lo trataba Callie. Si tenía la menor idea.

Con la advertencia de Dax en mente, se limitó a decir:

—Sólo he venido para asegurarme de que estás bien.

Él se le acercó, un poco rígido. Era obvio que estaba herido, sobre todo en la pierna.

—No puedo quedarme —dijo, dando un paso atrás—. Esto es lo que ocurre cuando me acerco a ti. —Se obligó a dar media vuelta, a dirigirse a la entrada—. Te veré esta noche. En el...

—Me han dado algo para dormir.

«Porque necesitas descansar», pensó, mientras hacía amago de alcanzar la solapa de la tienda.

—¿Sabes lo que se siente al estar atrapado dentro de pesadillas toda la noche?

Asha vaciló.

—Pesadillas... sobre ti.

No se giró. Se quedó frente a la solapa de la tienda, al otro lado de la cual la esperaba Safire.

—Siempre son sobre ti —susurró.

Las palabras le envolvieron el corazón y se lo oprimieron.

Torwin le cogió la muñeca con suavidad. Asha dejó que le diera la vuelta. Que tirara de ella. Como no se apartó, él apoyó la frente contra su hombro, como si ella y sólo ella fuera el bálsamo que necesitaba para una herida oculta.

—Una y otra vez, veo cómo te dan caza. —Se estremeció—. Y nunca puedo detenerlos.

Ella entrelazó los brazos alrededor de su cuello y lo abrazó, como su madre solía hacer cuando ella misma tenía pesadillas.

—Estoy aquí —le dijo, apoyando la mejilla contra la suya—. Estoy a salvo.

Le pasó los dedos por el pelo para intentar calmarlo, pero se le enredaron. Y cuando se liberaron, una nauseabunda sensación se le enroscó en el estómago como una serpiente.

Muy despacio, apartó la mano. Dio un paso atrás, alejándose de sus brazos, y se miró la mano.

En la palma tenía un espeso mechón.

El pasado volvió a cobrar vida. De repente recordó haber acariciado el cabello de su madre moribunda. Recordó cómo sus dedos se habían enredado en los oscuros mechones que se le caían.

Ahogó un sollozo de espanto y alzó la mirada hasta el rostro cada vez más demacrado de Torwin.

—No... —susurró. Pero él se limitó a mirarla, confundido.

De pronto la arrasó una rabia feroz y desesperada.

—¿Estás contando viejas historias?

Él puso cara de extrañeza y se mostró aún más confundido.

—¿Qué?

—¡Las historias! —le espetó, cerrando el puño con su mechón dentro—.

¿Las estás contando?

Él meneó la cabeza.

—No me las sé tan bien como para eso.

—Entonces deben de ser los dragones. —Asha empezó a caminar de un lado para otro, intentando pensar—. Traeré a otra persona para que entrene a los jinetes. Puedes quedarte en el campamento...

Él la alcanzó.

—¿De qué estás hablando?

Asha dejó que le cogiera las manos con las suyas, temblorosas, y detuvo sus pasos.

Bajó la vista hasta sus dedos entrelazados. Los del joven estaban llenos de pecas, los suyos, endurecidos por las cicatrices. Él seguía llevando el anillo de su madre.

«El anillo».

Era el mismo que la madre de Asha había llevado en su lecho de muerte, el mismo que el rey dragón había grabado y le había regalado. El rey dragón siempre estaba labrando cosas en hueso para regalárselas a su mujer.

Deberían haberlo quemado junto con el resto de sus pertenencias, pero no fue así. Su padre lo guardó. Y se lo regaló a Dax.

Dax, que había compartido los mismos síntomas que su madre...

... hasta que se lo regaló a ella.

Sin embargo, ella sólo se lo había puesto un día antes de dárselo a Torwin. Y él lo había llevado desde entonces.

Ahora él también mostraba los mismos síntomas.

«Padre lo labró en hueso —pensó—. ¿Por qué iba a...?».

Una historia acudió a su mente. Una historia sobre una reina que envenenó a sus invitados con ceniza de hueso de dragón. Los esclavos encontraron a los huéspedes muertos, con sus cadáveres huecos.

El horror hizo mella en Asha. Agarró a Torwin de la muñeca e intentó sacarle el anillo.

—¡Ay! Asha, que me...

Ella se lo retorció y luego tiró con fuerza.

El anillo salió.

Había pasado ocho años cazando dragones. Sabía cómo derrotar a uno. Sabía cómo desollarlo. Sabía para qué se usaba cada una de sus partes.

Y sabía una cosa por encima de todas: cuando alguien sufría una quemadura de fuego de dragón, el único remedio lo bastante fuerte como para eliminar las toxinas era el veneno del hueso de dragón. Pero, si se utilizaba solo, en pequeñas cantidades, era tan mortífero como el propio fuego de dragón e iba drenando poco a poco la vida de un cuerpo.

Mientras miraba el anillo, se acordó de la reina que había matado a sus enemigos poniendo una pizca de ceniza de hueso de dragón en las cenas. El anillo que tenía en la palma de la mano, el anillo que su padre había tallado para su madre, estaba hecho de la misma sustancia letal.

—La asesinó —dijo en voz alta al caer en la cuenta—. Y luego intentó hacer lo mismo con Dax.

Torwin la miraba como si estuviese hablando en un idioma desconocido.

—Ven conmigo —le pidió, cogiéndolo de la mano.

El joven la complació y le dejó que lo condujera fuera de la tienda.

Asha encontró a Dax y le dio el anillo. Mientras Torwin observaba, se lo explicó todo: no fueron las historias las que mataron a su madre, sino el anillo. Y tal vez algo más que eso. Se apostaba lo que fuera a que todo lo que su padre había labrado para su esposa estaba hecho con hueso venenoso de dragón. Sólo parecía que las historias la estaban matando porque fue entonces cuando empezaron los síntomas.

Gracias a que los esclavos escuchaban a escondidas, todo el mundo sabía que la reina dragón había estado contándole viejas historias a su hija. Todo el mundo sabía que estaba cometiendo un acto delictivo.

—¿Y qué mejor modo de demostrar que las historias eran malas que con la muerte de quien las contaba?

Dax la miró muy serio: tenía la mandíbula y los puños apretados. Casi podía ver los pensamientos que pasaban por su mente. Las piezas de un rompecabezas que empezaban a encajar.

—¿Y si no fue sólo una persona? —susurró, casi para sí mismo.

Asha lo miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Si las viejas historias nunca fueron mortales —continuó, sin apartar la vista de ella—, ¿qué mató a los cuentacuentos?

O, más bien, ¿quién los mató?

La pregunta sacó a relucir algo en ella.

Se acordó de cierto tapiz que colgaba en la sala del trono de su padre. De una mujer que fue reina en tiempos de la Ruptura. Una reina que necesitaba demostrar que el Viejo se había vuelto contra su gente.

—¿Crees que nuestra abuela envenenó a los cuentacuentos?

Dax no dijo nada. No necesitaba hacerlo.

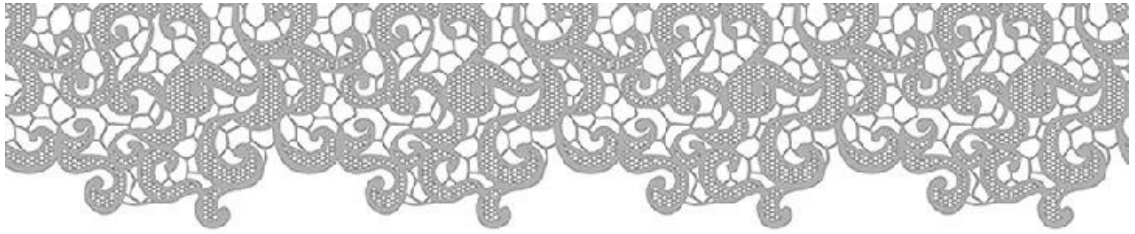
El mundo empezó a girar vertiginosamente a su alrededor.

Si las historias nunca habían sido venenosas, si nunca habían matado a nadie, entonces nunca habían sido malas. Lo que significaba que nunca había hecho mal en contarlas.

El rey dragón no sólo había vuelto a su hija en contra de *Kozu*, del Viejo y de su propio ser..., sino que había matado a su madre. Y luego había intentado envenenar a su hermano.

Había intentado despojarla de todo lo que quería. Aquello hizo que su

nuevo propósito le resultara tan claro como el agua: le pagaría con la misma moneda.



Cuarenta

Asha consiguió atraer a doce dragones en un periodo de cinco días. Para cuando la caravana llegó de las tierras baldías, estaba exhausta. Necesitaba un mes de descanso, pero la boda se celebraba esa misma noche y al día siguiente irían a la guerra.

No había tiempo para descansar.

Al anochecer, ella y Safire se dirigieron al centro del campamento, que habían vaciado de tiendas para la ceremonia. Asha llevaba un vestido del color de la sangre y el fuego. Era sencillo, un vestido modesto que se ataba por la espalda y le llegaba hasta las rodillas. Se lo había encontrado en la tienda y le había preguntado a Safire de dónde había salido.

—Creo que ha sido Jas. Se pasó por allí antes. Dice que espera bailar contigo.

—Pues espero que le dijeras que yo no bailo —respondió ella al tiempo que miraba a su alrededor.

El Refugio, que esa misma mañana estaba lleno de mugre y granujasapestosos, se había transformado en una respetable y educada colección de

baldíos, skrals y draksors. Todos esperaban a que la novia hiciera su aparición en el círculo donde iba a tener lugar el enlace. Había faroles encendidos y colocados en el suelo formando un anillo alrededor de Dax, que, al parecer, iba enfundado en las únicas ropas que se había llevado con él.

Otro burdo círculo de bancos de cedro rodeaba los faroles. Los troncos se habían cortado y ensamblado esa misma mañana y, cuando Asha se sentó en uno de ellos, aspiró el dulce aroma que desprendía.

Desde el otro extremo le llegó una conversación:

—¿Cómo iba a rechazar la oferta? —dijo una skral anciana con el pelo corto y encanecido que estaba sentada junto a una joven draksor con la que compartía una jarra de cerveza.

—Pero si llevas toda la vida viviendo en Firgaard. Es tu hogar.

—¿Ah, sí? —La anciana se inclinó hacia la muchacha—. ¿O es una jaula de la que acabo de escapar?

La draksor le pasó la jarra.

—Así que te irás a las tierras baldías cuando todo esto acabe...

La mujer skral dio un trago y se limpió la boca con la muñeca.

—Creo que la mayoría de nosotros lo hará. Hay mucha tierra ahí fuera y los baldíos dicen que, si la trabajamos, es nuestra. Si nos quedamos en Firgaard, casi todos estaremos sin casa y muertos de hambre antes de que acabe el mes.

—El señorito Dax nunca permitiría que eso ocurriera.

—El señorito Dax tendrá muchas otras cosas de las que preocuparse antes que de nosotros los skrals. Hazme caso, niña, que ya llevo tres revueltas sobre mis espaldas.

—Revueltas fallidas —puntualizó la joven draksor.

La anciana se limitó a encogerse de hombros.

—Aunque el señorito Dax gane mañana, podría fracasar un día, un mes o

un año después. Cuando se haga con el trono de su padre, le saldrán muchos enemigos y esos enemigos querrán desquitarse con alguien. Me he pasado la vida entre los de tu clase y sé exactamente con quién la tomarán. —Se dio un golpecito en el pecho con el dedo índice—. Nadie va a preocuparse por nosotros. Tenemos que cuidar de nosotros mismos.

Le tendió la jarra a la joven, que negó con la cabeza.

—Puede que ahí fuera todo sea peor.

—Prefiero arriesgarme —aseguró la skral, y dio otro buen trago a la cerveza.

De pronto, se hizo el silencio en todo el campamento; Roa había salido de su tienda. Mientras la multitud enmudecida se apartaba para abrirle el paso, Asha vio cómo se acercaba. Llevaba un vestido de algodón sin mangas con un escote amplio pero no pronunciado. Su piel brillaba a la luz de los faroles y sus ojos resplandecían como estanques oscuros.

En cuanto se introdujo en el círculo, algo cambió y le pareció ya una auténtica reina. Roa, hija de la Casa del Canto, era elegante, solemne y... un poco temible.

—¡Que lo que se ha unido aquí esta noche no se separe nunca! —exclamó Jas. No había guardianas presentes para celebrar el ritual, así que el hermano de Roa se había aventurado a hacerlo—. Uno estas vidas creando entre ellas un lazo indivisible. Sólo la Muerte podrá romper sus hilos y separarlas.

Roa fue la primera en recitar las palabras; su voz destellaba como una cuchilla:

—Que la Muerte envíe las peores desgracias: frío para congelar el amor de mi corazón, fuego para quemar mis recuerdos hasta convertirlos en ceniza, viento para obligarme a franquear sus puertas y tiempo para poner a prueba mi lealtad. —Sus ojos estaban fijos en los de Dax mientras las palabras de Willa salían de sus labios, rebosantes de poder—. Te esperaré, Dax, a las

puertas de la Muerte.

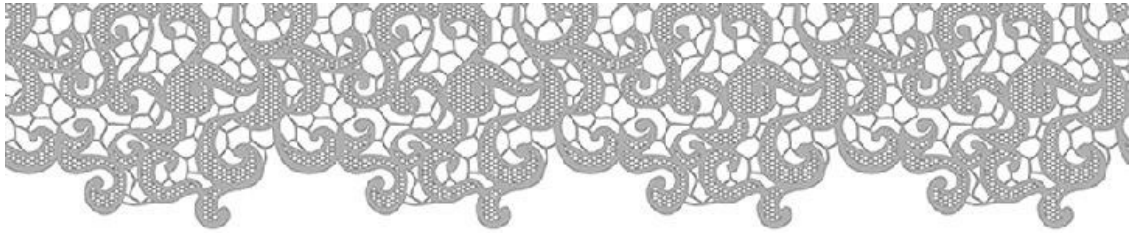
A Asha se le puso la piel de gallina.

Dax repitió las líneas, pero, si la voz de Roa se había mantenido firme, la suya temblaba de la emoción.

—Que la Muerte envíe las peores desgracias: frío para congelar el amor de mi corazón, fuego para quemar mis recuerdos hasta convertirlos en ceniza, viento para obligarme a franquear sus puertas y tiempo para poner a prueba mi lealtad. —Cogió la mano de su prometida entre las suyas con sorprendente delicadeza—. Te esperaré, Roa, a las puertas de la Muerte.

Después de que les ataran las muñecas, levantaron sus manos enlazadas para que todo el campamento fuera testigo de su unión. Se propagaron oleadas de júbilo y se desató el caos cuando los draksors elevaron a Dax por encima de sus cabezas. Los baldíos hicieron lo propio con Roa mientras los coreaban a ambos e intentaban conducirlos a la tienda de Dax.

Asha vio cómo se miraban el uno al otro. Vio que su hermano sonreía con cierto nerviosismo. Y entonces se fueron, desaparecieron en la noche.



Cuarenta y uno

Tras la ceremonia, los músicos tocaron en el interior del círculo de faroles mientras draksors y baldíos bailaban a su alrededor. Asha se sentó en uno de los bancos que circundaban a los bailarines, a la espera de que Safire volviera con comida.

Separada de ella por un mar de fiesteros, cierto laudista seguía el ritmo de la música con el pie mientras sus dedos arrancaban una canción tras otra de las cuerdas del laúd. El baldío que había a su lado, un hombre de hombros anchos con una gran panza y ojos brillantes, lo acompañaba con una pandereta y cantaba mientras Callie tocaba el caramillo al otro lado y se movía al compás.

De repente, alguien se colocó delante y le tapó la vista de los músicos.

Alzó la mirada hasta unos ojos amables ribeteados de gruesas pestañas. Jas, en toda su atractiva gloria, le sonrió. Olía a cardamomo y a cítrico.

—Yo no bailo —confesó antes de que se lo pidiera.

—Eso me han dicho. —Señaló el espacio vacío en el banco junto a ella—. ¿Puedo sentarme contigo?

Cuando fue a abrir la boca para decir que estaba reservado para Safire, ya se había sentado.

Se quedaron un rato en silencio, contemplando a los bailarines, que eran un barullo de color, miembros y caras. Asha observaba cómo el vestido de Callie se bamboleaba alrededor de sus muslos al girar descalza en la tierra.

—Dax dice que te encantan las viejas historias —comentó el chico, con la mirada absorta en una baldía cuyos rizos negros y brillantes le caían en cascada por la espalda.

Asha lo miró.

—Supongo que tiene razón.

—También me ha dicho que quemaste los únicos ejemplares que quedaban en la ciudad.

Asha se encogió ante aquel recuerdo.

Al ver su reacción, el joven continuó:

—Quería brindarte una invitación oficial a la Casa del Canto. —Volvió a mirar a la bailarina de las tierras baldías y, por su afectuosa mirada, Asha supuso que debía de ser su amiga—. Muchas historias se han perdido, pero nuestra biblioteca posee una pequeña colección. Si vinieras a visitarnos, tendrías acceso a ella. Podrías transcribirlas si quisieras.

Asha no alcanzaba a recordar la última vez que un extraño había sido tan amable con ella. Lo que hizo que sonriese. Sólo un poco.

Al verlo, el chico le devolvió el gesto. Una sonrisa radiante que lo iluminaba desde dentro.

—En cuanto a las olvidadas —añadió—, tal vez pudieras encontrarlas.

Asha frunció el ceño.

—¿Y por dónde empezaría a buscar?

—Eres cazadora, ¿no? En lugar de cazar dragones... —hizo una pausa, tratando de dilucidar si la había ofendido—, podrías cazar las historias

perdidas y traerlas de vuelta. Restaurar nuestras tradiciones. Hacer que nuestro reino vuelva a estar unido.

Pero las historias no salvarían el reino. Sólo la muerte de su padre podría hacerlo.

No obstante, Jas estaba tan lleno de optimismo que no lo expresó en voz alta.

—Y ahora creo que deberías bailar conmigo.

Asha lo contempló boquiabierto por la sorpresa. Observó a la chica cuyos rizos se le derramaban por los hombros y que tenía la cara vuelta hacia las estrellas mientras bailaba con otras dos chicas.

—¿Por qué no se lo pides a tu amiga?

Jas siguió la dirección de su mirada.

—¿A quién? ¿A Lirabel? —Se mordió el labio, como si la idea lo asustara un poco—. Ella ya tiene dos compañeras de baile. —Se giró hacia Asha—. Además, te lo estoy pidiendo a ti.

Parecía decidido a ser su amigo. Amigo de ella. De una chica a la que le habían enseñado a despreciar. Porque él era un baldío y ella, una draksor.

Le hizo sentir... extrañamente honrada.

—No sé bailar —admitió.

—En realidad yo tampoco.

Asha esbozó una tímida sonrisa.

—De acuerdo. Un baile. Pero si acaba fatal, no es culpa mía. Estás avisado.

Jas sonrió. Se levantó y la ayudó a hacer lo mismo. Pero, cuando se dirigían al mar de bailarines y faldas acampanadas que le rozaban las piernas, las palmas empezaron a sudarle y recordó por qué nunca hacía aquello: hacía que se sintiese torpe y tonta.

Miró a Callie, cuyos pies se movían al compás del caramillo. Miró a la

amiga de Jas, cuya sonrisa era tan radiante como la luna. Bailar era para otras chicas, no para portadoras de muerte.

Jas le pasó el brazo por la cintura.

—¿Lista? —le preguntó cuando la siguiente canción empezó.

Asha no estaba lista. De hecho, estaba empezando a sentir pánico. Pero, aunque hubiera sido capaz de ponerle voz a ese sentimiento, el golpeteo de la pandereta, el sonido del laúd y el susurro de los caramillos la habrían ahogado.

Y entonces, justo cuando Jas entrelazaba los dedos con los suyos, preparado para guiarla, algo captó su atención.

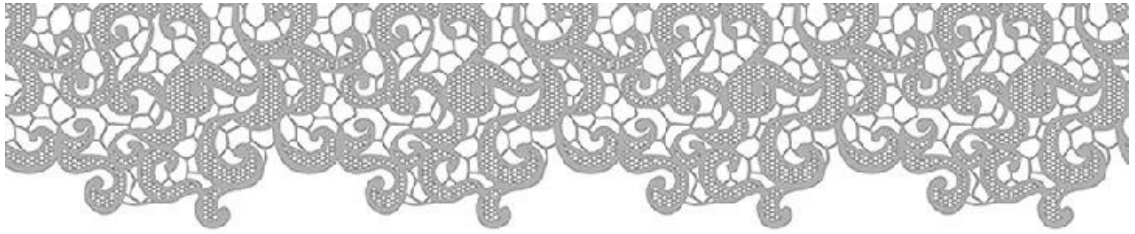
Torwin estaba de pie en el borde del círculo de bailarines, donde ella había estado sentada hacía tan sólo unos instantes. Llevaba una simple camisa blanca desabrochada a la altura de la garganta, lo que dejaba su clavícula perfectamente definida al descubierto.

Al verlo, le dio un vuelco el corazón.

Miró a los músicos. Al lado de Callie, un desgarrado muchacho draksor rasgaba las cuerdas de su laúd.

Volvió la vista hasta él, que la había encontrado y ahora la observaba bailar con Jas, con la boca abierta por la sorpresa y la mirada... herida.

Antes de que cayera en la cuenta del motivo, el joven desapareció por el sendero que había entre las tiendas.



Cuarenta y dos

Asha no esperó a que la canción acabara. Sin soltar la mano de Jas, dejó de bailar y tiró de él por entre la multitud.

—¿Qué hac...?

Lo arrastró todo el camino hasta su amiga.

—Siento interrumpir —dijo cuando las jóvenes de las tierras baldías dejaron de bailar y se giraron hacia ellos. Jas, que intuyó lo que se disponía a hacer, intentó soltar la mano de un tirón y escaparse, pero Asha lo agarró con fuerza—. Me temo que tengo que irme, pero no quiero dejar tirada a mi pareja de baile, así que me preguntaba... —Las miró por turnos hasta que sus ojos se posaron en la chica a la que Jas había estado contemplando. La que había dicho que se llamaba Lirabel—. Me preguntaba si *tú* querías bailar con él.

Los grandes ojos de la chica oscilaron sorprendidos de ella hasta el joven. Se trataba de una muchacha de aspecto agraciado con la cara en forma de corazón y una boca amable. Agachó la cabeza con timidez y respondió:

—Sería un honor.

Misión cumplida.

Sonrió. Jas parecía aterrorizado, pero, cuando Lirabel alzó la vista hacia él, se acercó a ella y tragó saliva.

Asha le soltó la mano, dio media vuelta y atravesó la multitud en la dirección en la que Torwin había desaparecido, por el camino que discurría entre las tiendas.

Se alejó del ruido y del gentío, y al fin lo vio cerca de los límites del campamento.

—¡Torwin! ¡Espera!

Él ralentizó el paso al oír su voz y después se giró.

Ella corrió para ponerse a su altura y se detuvo delante de una estructura inclinada que olía a algo parecido al hierro. No había puerta, sólo una pequeña abertura y, a la luz de las estrellas, divisó la silueta de un yunque antes de que todo se sumiera en las sombras. La forja se encontraba justo en las afueras, donde todo era silencio y oscuridad y donde las estrellas parecían granos de arena que titilaban por encima de sus cabezas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. Se supone que estabas...

—¿Bailando con Jas?

Él desvió la mirada.

¿Estaba... celoso?

—Es raro que alguien a quien acabo de conocer sea amable conmigo y no me tenga miedo, para variar —le explicó mientras se tocaba la tela carmesí del vestido. Era un poco basta, pero tampoco se había sentido nunca cómoda con la bonita seda sabra de sus caftanes, así que no le molestaba—. Me ha regalado esto.

—¿Ah, sí? —Él se esforzó en sonreír, aunque le salió una sonrisa falsa—. Jas siempre ha tenido buen gusto. Estás deslumbrante esta noche. —Miró por encima del hombro—. Seguro que se está preguntando dónde te has metido.

Tal vez deberías...

—Y tú tal vez deberías decirme qué pasa.

Torwin se calló y echó una ojeada por encima de las tiendas bañadas por la noche. Asha lo escudriñó. Ya se había recuperado de los efectos del hueso de dragón y se le veía esbelto, alto y fuerte. No fuerte del mismo modo que Jarek. Su fortaleza era una fortaleza de espíritu.

No había olvidado lo que el muchacho le había dicho en la tienda común unos días antes: que se quedaría hasta la boda. Pero esta ya había terminado.

Y allí estaban ellos.

—Esta noche he oído un rumor. —Se le acercó—. ¿Los skrals planean dejar Firgaard?

Él evitó mirarla a los ojos, aunque asintió con la cabeza.

—Los skrals apoyan a tu hermano, pero la mayoría pretende marcharse de la ciudad después de la invasión.—Suspiró y se pasó los largos dedos por el pelo—. Cuando todo esto acabe, si tu hermano se asegura el trono..., los habitantes de las tierras baldías se han ofrecido a ayudarnos a cruzar el desierto.

«Ayudarnos». Se le cayó el alma a los pies al oír ese plural.

«Pero a ti no —pensó, mirándolo fijamente—. Tú habías planeado huir todavía más lejos».

—Los que se queden... —Se encogió de hombros—. Nadie sabe qué será de ellos.

—Dax ha prometido liberar a todos los esclavos.

Él asintió.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Es más fácil decirlo que hacerlo, Asha.

—No estarás pensando que no va a cumplir su palabra...

—Cuando todos seamos libres, ¿quién va a vestiros y a cocinar para

vosotros? ¿Quién va a construir vuestros templos y a trabajar vuestros huertos? Vuestro modo de vida se derrumbará y, en medio de ese derrumbamiento, ¿se supone que encontraremos nuestro sitio? ¿Que nos tratarán como a iguales?

—Sí —contestó ella enfadada, aunque no estaba muy segura de si lo estaba por las dudas de él o por las suyas propias.

Él negó con la cabeza.

—Muy pocos draksors estarán dispuestos a perder a sus esclavos. ¿Y dónde viviremos ahora que somos libres? ¿Quién nos dará trabajo? —Levantó un poco de tierra de una patada—. Las cosas empeorarán antes de que todo mejore. Los draksors se enfadarán y los skrals serán un objetivo fácil. Será peligroso que nos quedemos en la ciudad.

—Así que te vas —remató ella.

Le hubiera gustado decirlo con mayor suavidad.

Torwin se limitó a observarla.

—¿Cuándo? —quiso saber. Llevaba días rumiando la pregunta—. ¿Esta noche? ¿Mañana?

Él tragó saliva.

—Cuando el ejército salga para Firgaard por la mañana, yo partiré hacia Darmoor. Ya he recogido mis cosas.

Algo se quebró en su interior.

—Haces bien en irte. —Escupió las palabras como si estuvieran amargas, como si le disgustara su sabor. Sólo pensaba en lo que acaba de decirle, en lo que deseaba por encima de todo: la libertad. Contempló el centenar de tiendas que se dispersaban por el valle—. Estarás más seguro lejos de aquí.

Lejos de ella.

Torwin no respondió. Al cabo de un momento, dio un paso al frente.

—¿Más seguro? —Sus ojos la atraparon—. ¿Es eso...? —Casi podía oír

los pensamientos girando en su mente—. ¿Intentas mantenerme a salvo, Asha?

Si lo miraba se delataría, de modo que se concentró en su clavícula; se fijó en cómo sobresalía ligeramente y se curvaba con elegancia hacia su garganta por ambos lados.

Para evitar la tentación de tocarla, cerró los puños y los mantuvo firmes en los costados.

—Asha, mírame.

Como ella lo ignoró, él alargó la mano. Con el dorso de los dedos le acarició la piel cicatrizada, primero por el nacimiento del pelo y después por la mejilla y el cuello.

Ella alzó la vista. Se quedó sin aliento. Era como contemplar el corazón de una estrella: brillante y ardiente.

—¿Sabes lo que se siente al verte bailar con otra persona sabiendo que esa persona nunca podré ser yo? —Dejó caer la mano—. ¿Sabes lo que se siente al saber que ni siquiera se te ha pasado por la cabeza que el regalo que has encontrado en la tienda... podía ser mío?

Asha bajó la vista hacia aquella prenda que le sentaba como un guante.

—¿El vestido?

Él asintió.

—Sabía que no tendrías nada que ponerte y Callie me debía un favor; le pedí que lo hiciera para ti.

—¿Por qué no me lo dijiste?

En ese momento, se oyeron unos pasos en el sendero.

Ambos se apresuraron a apartarse; Torwin se giró para mirar al intruso, mientras que Asha retrocedió.

El músico que lo había sustituido estaba delante de ellos, un muchacho larguirucho y lleno de granos de no más de quince años. Llevaba el laúd en

una mano y su mirada vagaba de la hija del rey dragón al skral y viceversa.

—Vengo a decirte —se distrajo al ver la cicatriz de Asha— que te reclaman. —Le lanzó el laúd—. Dicen que no hago más que desafinar.

«¿Sabes lo que se siente...?».

Claro que sabía lo que se sentía.

Torwin cogió el instrumento.

—Diles que ya voy.

El chico draksor asintió y se fue por donde había venido.

—Debería volver —dijo Torwin—, antes de que...

—Es como verte a ti con Callie —le confesó— sabiendo que ella nunca te pondrá en peligro sólo por estar cerca de ti.

Él se volvió y la miró sorprendido.

—¿Qué?

—Me has preguntado si sabía lo que se sentía.

Ya le daba todo igual. Casi todo. La boda, la guerra o el hecho de que él fuera un skral y ella, una draksor.

Alzó un dedo hasta su clavícula y recorrió las duras cicatrices. Él inspiró trémulamente cuando sus dedos le rozaron el hueco de la garganta y se detuvieron allí donde el pulso le latía frenéticamente.

—Asha...

Quería llevárselo lejos de allí. Quería oírlo pronunciar su nombre una y otra vez.

—Asha...

Sus dedos siguieron por el arco de su garganta y subieron despacio hasta posarse en su mandíbula y después en el pómulo.

Él soltó el laúd y se acercó más. Tanto que Asha casi pudo saborear la sal de su piel.

Le hundió los dedos en el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Entonces,

con los ojos fulgurantes clavados en los suyos, la besó. Al principio con delicadeza y luego con mayor intensidad, como si estuviera sediento y ella fuera la única que podía calmar su sed.

Ella lo agarró por el cuello de la camisa y le devolvió el beso, más sedienta y torpe que él. Torwin la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí.

La forja se hallaba justo detrás de ella. El joven la guió por la oscura entrada hasta que su espalda chocó con una pared dura y caliente. Sus palmas le recorrieron el pecho y los hombros mientras él le acariciaba el pelo y le besaba la garganta.

Asha hizo un leve sonido. Quería auparse y envolverle las caderas con las piernas, pero él la agarró por las muñecas y la frenó al oír otro ruido de pasos que se aproximaban.

Se quedó petrificada. Torwin apoyó la frente en la suya y permaneció a la escucha.

—¿Torwin?

Era otra vez el muchacho.

A Torwin se le escapó una sonrisa.

Más pasos.

—Te juro que estaba justo aquí...

Una segunda voz gruñó a modo de respuesta.

Torwin no se movió y continuó sujetándola con la frente contra la pared recalentada. Le soltó las muñecas y, sin ninguna prisa, le acarició el labio inferior con el dedo pulgar. Cuando los pasos volvieron a acercarse, se detuvo. Cuando se alejaron, empezó de nuevo. Asha hizo ademán de besarlo, pero él no la dejó y continuó con su dulce tormento. El pulgar le recorrió la mandíbula y bajó por su garganta. Luego trazó la línea de la clavícula y el hombro.

Ella cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y dejó que la explorase.

Le pareció que transcurría una eternidad antes de que los pasos se alejaran. Cuando por fin dejaron de oírse, soltó una exhalación.

Torwin le besó la garganta.

—Cuando acabe de tocar..., Asha, ¿puedo ir a tu tienda?

—¿A mi tienda? —La idea la aterró—. Te verán.

Por no decir que la compartía con Safire.

—No.

El riesgo era demasiado alto. Lo pondría en un grave peligro.

«Se suponía que tenía que alejarme de él. Para protegerlo».

—Por favor —murmuró contra su piel—. Tendré mucho cuidado.

Asha pensó en todas las veces en que lo había puesto en peligro con anterioridad.

El joven dejó caer la frente de nuevo contra la suya y le posó una mano en el cuello con ternura.

—¿Qué te parece si vienes tú a la mía?

Ella apretó los ojos y pensó en esa tienda a la orilla del lago. En escabullirse hacia allí en mitad de la noche. En tumbarse a su lado bajo las estrellas.

Por la mañana irían a la guerra. Una guerra que tal vez no ganaran.

Y él se marcharía. «Para siempre».

Aquella era su última noche juntos.

«Di que no».

Su relación no tenía ningún futuro. Nunca podría estar con aquel chico. Tenía que cortar cualquier sentimiento que estuviera creciendo en su interior. Cortarlo de raíz. Él se iba y ella se quedaba, y aunque las cosas fueran distintas...

Se acordó de los padres de Safire: un draksor y una skral; de cómo habían quemado viva a su madre y habían obligado a su padre a contemplarlo todo.

La idea de que Torwin muriera la desgarró por dentro. Pero tuvo el efecto contrario. No dijo que no. En vez de eso, se puso de puntillas y le dio un beso.

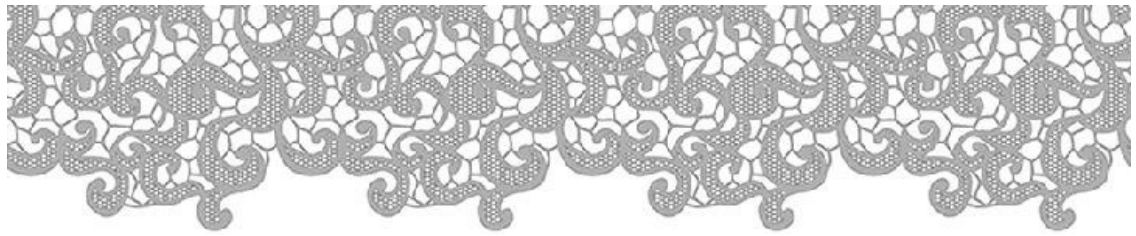
Él esbozó una extraña sonrisa, una que puso en movimiento toda su boca en lugar de sólo la mitad.

—¿Eso es un sí? —susurró, y se separó de ella.

Ella asintió.

El joven retrocedió y salió de la forja sin dejar de mirarla, como si quisiera memorizar su imagen y llevársela consigo.

—Entonces te veré esta noche, fierrecilla.



Cuarenta y tres

Asha permanecía tumbada en su tienda mucho después de que la música hubiese parado y de que las voces se apagaran. Mucho después de que El Refugio se sumiera en el silencio y la quietud. El cuerpo le pedía a gritos que se levantara y se marchara. En ese momento, mientras los demás dormían. En ese momento, mientras nadie la viera.

Pero tenía que estar segura. Así que siguió esperando.

Demasiado.

Un grito quebró el silencio del campamento. Le siguieron dos más. Gritos de advertencia, frenéticos y desgarrados. Unos instantes después, se desataron más aún cuando el choque de metal con metal estalló como el primer trueno de una tormenta.

Asha y Safire se levantaron a la vez de sus sacos de dormir. Safire le pasó un cuchillo. Juntas, salieron de la tienda y se encontraron con un caos.

El emblema de su padre estaba por todas partes, adornando los escudos de los soldados que arrasaban El Refugio. Safire lanzó sus cuchillos y ella empezó a gritar viejas historias al cielo para llamar a todos los dragones que

había convocado durante los últimos cinco días. La mayoría de ellos ya iba de camino, pues los vínculos que se habían forjado entre ellos y sus jinetes les decían que algo iba mal.

Al ver las figuras oscuras que los sobrevolaban en círculos, los soldados titubearon. Más refugiados se despertaron y se armaron. Roa estaba al frente de la batalla y con su espada de media luna acuchillaba y perforaba mientras su halcón blanco, *Essie*, se abalanzaba en picado sobre el enemigo, profiriendo chillidos. Con cada avance, Roa gritaba una orden y, un instante después, flechas ardientes salían volando de algún lugar detrás de ella y pillaban a los soldados por sorpresa.

Para cuando Asha llegó a la linde del campamento, los soldados se estaban retirando hacia los árboles, perseguidos por Safire y Jas, que estaban flanqueados por cientos de refugiados.

Miró a su alrededor para comprobar las bajas: eran pocas. Vio que Dax se había acuclillado para ayudar a un compañero que se desangraba por una herida en la pierna. Se agachó por debajo del otro brazo del hombre y juntos lo llevaron a su tienda, donde un amigo esperaba para cortarle la pernera del pantalón y comprobar la lesión.

Oyó que Safire gritaba una orden en la distancia para organizar una búsqueda en el bosque.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé.

Dax se detuvo cuando vio que Jas se les aproximaba. Enfundó sus cuchillos.

—Ahora lo sabe todo —dijo este último cuando los alcanzó—. Cuántos somos. Dónde estamos. Lo más seguro es que sepa de cuántas armas disponemos. —Señaló las sombras posadas en los precipicios que se erguían por encima de ellos—. Por no mencionar el número de dragones.

El príncipe heredero frunció el ceño.

—Convoca una reunión. Evaluaremos los daños y luego decidiremos qué hacer.

Jas asintió. Antes de que se marchara, Asha lo agarró del brazo.

—¿Has visto a Torwin?

Él negó con la cabeza.

—Duerme lejos de El Refugio —contestó antes de marcharse a hacer lo que su hermano le había ordenado—. Se encuentra más a salvo que nadie.

—Le enviaré un mensaje con *Essie* —añadió Dax al ver la preocupación reflejada en su cara—. Ve a la tienda común. No tardaré mucho.

Cuando la campana tañó, los refugiados se dirigieron a la tienda. Asha fue una de las primeras en llegar. Uno tras otro, todos fueron entrando. Safire y Jas. La herrera. Una chica baldía con cinco pendientes de oro en una oreja. Dax y Roa fueron los dos últimos en llegar.

El único que faltaba era Torwin.

En cuanto su hermano entró, empezaron a sonar preguntas como reclamos de pájaros al amanecer, a todo volumen y a la vez. Mientras las contestaba una a una, Asha se quedó mirando las solapas de lona de la tienda, urgiendo a Torwin a atravesarlas. Tardaría más que nadie. No sólo tenía que recibir el mensaje, sino que debía volar hasta la linde del bosque y bajar caminando hasta el campamento.

«Ese es el motivo por el que aún no ha llegado».

—Deberíamos atacar enseguida —propuso Safire—. El rey dragón no se esperará un ataque inmediato, seguro que cree que vacilaremos. Deberíamos perseguirlos y atacar ya.

Las solapas de la tienda se agitaron y a Asha le dio un vuelco el corazón, pero sólo se trataba de *Essie*, que entró volando y se posó en el hombro de Roa. Observó cómo le picoteaba la oreja.

—¿Lo ha encontrado? —le preguntó.

Roa desató el mensaje de Dax de la pata del ave.

—Parece que no.

El pájaro salió volando del hombro de Roa y se posó en el de Dax, donde dio un agudo chillido que interrumpió la respuesta que le estaba dando a Safire. Roa se levantó y se llevó al halcón lejos del heredero, fuera de la tienda.

Asha se lamentó de no haber ido en persona a buscar a Torwin.

—Seguimos teniendo el túnel —dijo Dax—. Sólo debemos extremar las precauciones.

Las solapas de la tienda volvieron a agitarse y a abrirse, pero en esa ocasión fue Jas quien entró, flanqueado por dos soldados baldíos, uno de los cuales tendió un rollo de pergamino sellado con cera.

—Para la Iskari.

Todas las miradas de la tienda se posaron en ella, que se puso en pie. Cogió el pergamino y rompió el sello. Un sello que reconoció como el del comandante. Los dedos le temblaron al desenrollarlo y leerlo:

«Si quieres verlo con vida, entrégate esta noche».

Iba firmado como «Tu querido esposo».

El pergamino cayó al suelo.

—¿Asha?

Esta se dirigió a la abertura de la tienda. Dax la detuvo y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Qué ocurre?

—Suéltame.

A su espalda, Safire recogió el mensaje y lo leyó.

—Tiene a Torwin...

Aquellas palabras la sacudieron. Sabía mejor que nadie lo que significaban.

Apartó a su hermano de un empujón y salió corriendo. Jas hizo amago de detenerla, pero fue demasiado rápida para él. Corrió con todas sus fuerzas hasta la linde del campamento y empezó a subir a través del bosque. Safire la seguía; reconocía el golpeteo rítmico de aquellas pisadas. Pero ella corría más deprisa y llamaba a *Kozu* al mismo tiempo.

Ya conocía el camino y, para cuando llegó al otro lado de los árboles, el Primer Dragón la estaba esperando, resplandeciente a la luz de las estrellas. Se subió de un salto a su lomo.

Safire salió dando traspiés del bosque detrás de ella.

—¡Asha!

Esta se detuvo.

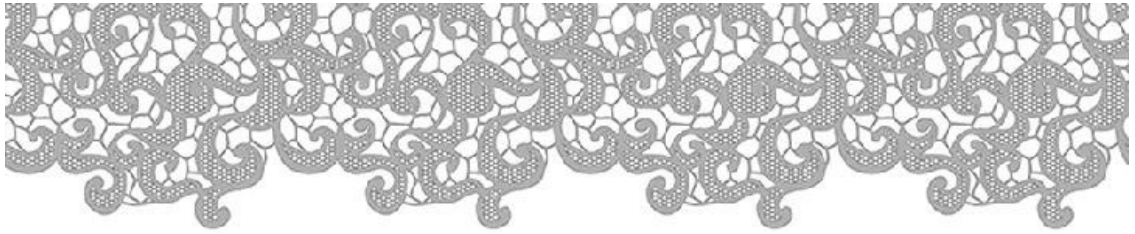
—Por favor. No vayas sola.

Volvió la vista atrás. Su prima levantó la cara. La luz de las estrellas se reflejaba en su piel y vio que tenía las cejas juntas por la preocupación.

Al sentir un movimiento en los árboles, ambas giraron la cabeza. Entonces Asha alargó el brazo, agarró el de su prima y la subió de un tirón.

—Agárrate fuerte.

Safire le rodeó la cintura justo cuando *Kozu* se elevaba en el aire.



Cuarenta y cuatro

En cuanto el lago apareció ante su vista, rutilante bajo la pálida luz de la luna, divisó la piedra quemada. Había habido un incendio; la tienda de Torwin estaba calcinada.

Pero eso no era lo peor.

Kozu aterrizó y *Asha* saltó sobre el peñasco mientras *Safire* la seguía. Ambas contemplaron el bulto en la oscuridad.

—¿*Sombra*? —lo llamó en voz baja.

No se movió.

Su prima se quedó rezagada cuando ella se acercó al animal. Pisó un charco de sangre que brillaba en la roca a su alrededor y que se había acumulado al manar de una cuchillada profunda. El dragón rojizo se dobló sobre sí mismo. Tenía los ojos cerrados.

—¿*Sombra*?—Su voz adquirió un deje metálico.

Aquellos ojos claros se abrieron despacio, pero sólo a medias.

Asha dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Ay, *Sombra*...

Cayó de rodillas y le buscó el hocico. El dragón volvió a cerrar los ojos.

—No —le suplicó. Tenía que averiguar dónde se encontraba la herida y si era muy profunda para poder curársela—. Vamos. Arriba.

Los ojos del animal temblaron y acabaron por abrirse del todo. No levantó la cabeza; se limitó a observarla, como si estuviera demasiado cansado, como si su chispa juguetona se hubiera apagado. Su mirada le recordó a Torwin, retrocediendo y observándola con fijeza como si quisiera memorizar su imagen antes de marcharse.

—¡Arriba! —Le temblaron la voz y las manos.

Se puso en pie y lo rodeó. El pecho de la criatura subía y bajaba muy lentamente, de un modo casi imperceptible.

—Asha... —la llamó Safire en voz baja desde atrás.

Ella la ignoró y se subió sobre los cuartos traseros del animal. Elevó la voz:

—¡Arriba, *Sombra*!

En esta ocasión, lo intentó. Irguió la cabeza y, al cabo de varios instantes, se levantó sobre las patas delanteras, aunque sus garras patinaron por culpa de la sangre y se resbaló.

Fue entonces cuando le vio la cuchillada en el pecho. Muy profunda, justo al lado del corazón, que se iba ralentizando por momentos.

Se le inundaron los ojos de lágrimas.

Sentía que el pobre lo intentaba con todas sus fuerzas... porque ella se lo pedía. Porque la quería y era lo último que podía hacer por ella.

—Está bien, *Sombra* —le susurró mientras le apoyaba la mano en el corazón, que latía ya muy débilmente, como un eco moribundo a través del Rift—. Muy bien, bonito. Ya puedes tumbarte. Venga, tumbate...

El dragón se derrumbó. Asha se arrodilló a su lado. Tenía todo el vestido empapado de sangre negra.

Safire fue a sentarse con ella.

Cuando la estrella de *Sombra* estaba a punto de apagarse, se puso su cálido hocico en el regazo y, al ver que cerraba los ojos, le contó una última historia. La historia de una chica que cazaba dragones para aliviar el dolor de su corazón. La historia del dragón que la había cambiado por completo.

Cuando terminó de contarla, el pecho del animal había dejado de subir y bajar. Y sus ojos claros ya no se abrían temblorosos.

Sombra había dejado de respirar.

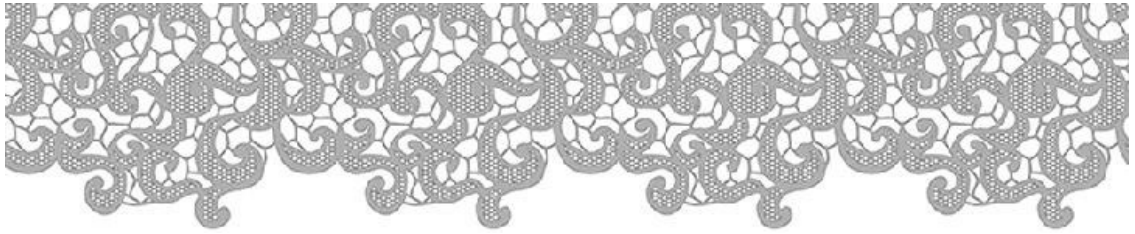
Se había ido.

—Oh, Asha —se lamentó Safire.

Mientras ella dejaba escapar entre sollozos toda su pena y su rabia, su prima la rodeó con el brazo y la estrechó contra ella para consolarla.

Entonces, *Kozu* salió de la oscuridad y le dio un leve empujón con el hocico al dragón más joven. Y después otro. Al ver que no respondía, un sonido rasgó la noche en dos y se unió a los sollozos de Asha. Un lamento bajo y plañidero.

Un elegía dragontina.



Cuarenta y cinco

—Voy a matarlo.

Safire sacó a Asha de un tirón del charco de sangre de dragón y se la llevó a la orilla del lago para intentar lavársela de las rodillas y las piernas.

—Lo destriparé con mis propias manos y utilizaré sus entrañas como cebo para dragones.

Tenía el vestido hecho un desastre. Empapado en sangre. Cuando Safire terminó de lavarla, se dirigió hacia *Kozu*. Iba a volar hasta la ciudad esa misma noche y arrancarle el corazón a Jarek.

—Asha. —Safire la cogió de la mano—. No.

Ella intentó zafarse.

—Déjame.

—Tienes que calmarte. —Su prima la retuvo. Siempre había sido más fuerte—. Tienes que adelantarte a ellos, no caer en sus redes.

Dos dragones las sobrevolaban. Dejó de forcejear para contemplar cómo circundaban el lago. *Kozu* también los observó. Cuando aterrizaron, el Primer Dragón se confundió en la oscuridad.

Ambos dragones eran jóvenes, de la mitad del tamaño de *Kozu*. El de la izquierda tenía escamas de color tierra y cuernos negros. El de la derecha, cuernos pálidos, uno de ellos roto, y era de color gris pizarra. Plegaron las alas como hojas arrugadas mientras esperaban a que sus jinetes desmontaran.

—Si no voy, Jarek lo matará.

Cuatro jinetes desmontaron: dos se quedaron junto a los dragones, mientras que los otros dos, Dax y Jas, avanzaron hasta ellas.

—Jarek necesita que Torwin siga con vida para atraerte —continuó Safire, apoyando la cabeza en la suya mientras el heredero se acercaba—. Espera que vayas. Te quiere enfadada e imprudente; no le des lo que quiere.

Iluminado por el farol que Jas llevaba en la mano, su hermano parecía haber envejecido diez años en una sola noche. Sus palabras fueron un eco de las de Safire:

—En cuanto pongas un pie dentro de las murallas de la ciudad, no tendrá motivos para mantenerlo con vida. Cuanto más tiempo te mantengas alejada, más tiempo vivirá él.

Asha meneó la cabeza al recordar el sonido del shaxa en su espalda. Se acordó de la única diosa en la que Torwin creía.

En la Muerte Misericordiosa.

—Hay peores cosas que la muerte —susurró.

Safire aflojó su abrazo. Asha miró la silueta de *Sombra*.

Si Torwin hubiera partido hacia Darmoor cuando tenía intención de hacerlo, ahora estaría en un barco rumbo a tierras lejanas. A salvo.

Para evitar que las compuertas del llanto se abrieran, apretó los puños con fuerza.

—¡Ojalá hubiera estado aquí!

—Si hubieras estado aquí, Jarek habría matado a Torwin delante de tus propios ojos y te habría llevado con él —le explicó Dax con amabilidad y

prudencia—. Os superaban en número. No habrías podido hacer nada.

—No. Tú no habrías podido hacer nada. Yo soy la Iskari.

Miró a su hermano, retándolo a contradecirla, pero no lo hizo.

Lo que sí hizo fue cogerla por los hombros.

—Vamos a sacarlo de allí. Pensaré en algo, Asha. No te precipites. Prométemelo.

No podía prometer eso. Sabía que su hermano tenía razón: Jarek estaba esperándola. Le tendería una trampa. Pero si no iba...

Escrutó la oscuridad en busca de *Kozu*. Podía sentirlo en su mente, inquieto en presencia de enemigos. Si él no iba a ella, ella iría a él.

Hizo amago de rodear a su hermano, pero él le cortó el paso.

—Apártate de mi camino.

—Si me aparto, volarás hasta Firgaard y nos pondrás a todos en peligro —le dijo—. Lo siento, pero no puedo permitir que lo hagas.

El Refugio al completo se desmanteló a la mañana siguiente. No podían quedarse, el comandante sabía su ubicación exacta. Así que empaquetaron las tiendas y prepararon a los dragones. Debería haber sido Asha quien los liderara a ellos y a sus jinetes hasta el bajo Rift, cerca de la entrada a su túnel secreto, pero Dax le prohibió volar, por si decidía dirigirse al palacio. De modo que ella eligió a la mejor amazona que encontró y la puso al frente.

Una vez que volvieron a reunirse en el bajo Rift, el príncipe heredero convocó una reunión. Se congregaron en una tienda improvisada donde él y Jas trazaron el plan. Dax iría solo, como cebo. Cuando entrara por la puerta norte, Jas, Safire y un puñado de refugiados se adentrarían por el túnel situado bajo el templo. Mientras él negociaba con el rey dragón, Jas y Saf se encargarían de la puerta y la mantendrían abierta el tiempo suficiente para que el ejército que esperaba al otro lado de la muralla pudiera entrar. *Essie*

seguía siendo la señal para avanzar; Jas llevaría al halcón y, en cuanto la puerta se abriera, lo soltaría para que surcara el cielo.

Asha no pondría un pie cerca de la ciudad. Se jugaba demasiado y nadie confiaba en que se atuviera al plan.

—Sé que parece injusto —reconoció Dax después de que todo el mundo menos Asha, Safire y él hubieran salido de la tienda. Ella se sentó en el suelo, apoyó la parte baja de la espalda en un poste de madera y la frente en las rodillas dobladas. Safire se sentó a su lado y se dispuso a afilar sus cuchillos. Dax se dejó caer entre las dos—. Pero necesito que esperes aquí con el ejército hasta que sea seguro.

Sin mirar a su hermano, respondió:

—Querrás decir hasta que hayas matado al rey.

Se hizo el silencio. Cuando alzó la mirada hasta los cálidos ojos de su hermano, vio que las lágrimas los hacían brillar.

—Tengo que hacerlo, Asha.

Safire dejó de afilar los cuchillos.

—No —dijo ella—. Lo que tienes que hacer es seguir con vida para que puedas ser mejor rey que él.

El joven negó con la cabeza.

—Mientras nuestro padre respire, nadie me considerará rey.

—Entonces piensa en Roa. ¿Vas a dejar que una baldía ostente el trono sola? Firgaard la devorará.

—Confía en mí —dijo, apretando la mandíbula—. Roa sabe cuidar de sí misma.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero? —preguntó Safire—. ¿Con lo que Asha quiere? —Dax se secó los ojos con el dobladillo de la manga—. Quiero que vivas —continuó, un poco enfadada.

—Y yo quiero que gobiernes —remató Asha.

El joven se apartó de ambas. Asha lo soltó. Dejó que se pusiera en pie.

—Eso es lo que hacen los buenos líderes —explicó, sin atreverse a mirar a ninguna de las dos a los ojos. Parecía enteramente un héroe con sus ropas sucias de baldío y las mejillas surcadas por las lágrimas—. Hacen sacrificios por su pueblo.

Asha se acordó del día en que quemó los pergaminos, cuando le contó que el Viejo los había abandonado, que estaba esperando el momento adecuado, a la persona adecuada.

«Está esperando que el siguiente Namsara enderece las cosas».

Aquel día, Asha lo había tomado por loco. Ahora, sin embargo, cuando su hermano dio media vuelta y salió de la tienda, albergaba una opinión muy diferente.

«Ese. Ese es nuestro Namsara».

Safire se quedó atrás, afilando sus cuchillos arrojadizos mientras esperaba la señal.

—Debes detenerlo —le pidió Asha en cuanto Dax abandonó la tienda.

—Estoy en ello —le respondió su prima sin levantar la vista de su tarea.

Asha echó la cabeza hacia atrás, la apoyó en el poste de madera y se quedó escuchando el siseo arrastrado del acero en la piedra de afilar.

Safire paró de repente y bajó el cuchillo afilado hasta su regazo.

—Pase lo que pase, quiero que sepas que te quiero.

Asha miró a su prima a los ojos.

—¿Qué?

—Por mucho que te quiera a mi lado allí —señaló con la cabeza la entrada de la tienda, en dirección a la ciudad—, no puedo soportar la idea de lo que Jarek te hará si todo esto sale mal.

Asha la miró, horrorizada.

—¿Lo que me hará a mí? Piensa en lo que ya te ha hecho a ti, Saf.

La joven se acercó el borde del cuchillo para examinarlo.

—Lo único que necesito es un tiro certero.

A Asha no le gustaba esa idea. Apartó la mirada, enfadada. Deberían estar en eso juntas. Pero, como la tienda se sumía cada vez más en la penumbra y la partida de Safire se aproximaba, dejó caer la cabeza en su hombro.

Se quedaron sentadas en silencio durante un buen rato, pensando en lo que pasaría si todo salía mal. Seguían allí sentadas, Asha con la cabeza apoyada en el hombro de su prima y el cuchillo en el regazo de esta, cuando unos pasos hicieron crujir la tierra reseca y dura.

—¿Safire? —Jas entró en la tienda—. Es la hora.

Justo antes de levantarse, la joven le dio un abrazo.

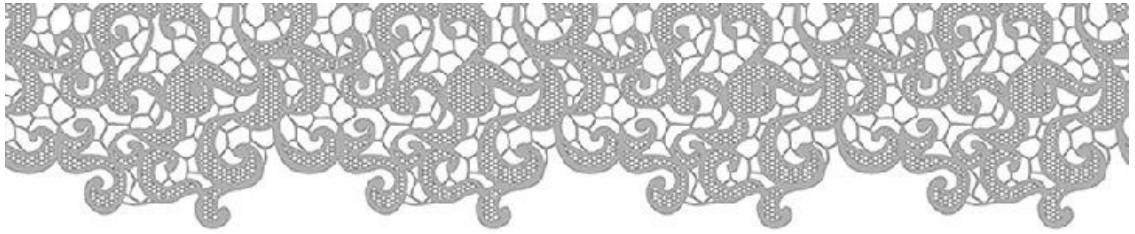
—No te atrevas a hacer nada temerario.

Asha contempló cómo su prima se ponía en pie y se metía el cuchillo afilado en el cinturón.

—Ni tú tampoco —le respondió cuando adelantó a Jas, que sostuvo las solapas de la tienda en alto para que pasara. Cuando lo hizo, el muchacho se volvió hacia ella, se llevó solemnemente un puño al corazón y dejó caer las solapas, ocultándolos de su vista.

Asha alcanzó la piedra de afilar que su prima había dejado y sacó el hacha que llevaba a la cadera. La había cogido de la caravana de armas en cuanto esta había llegado a El Refugio. Estaba hecha de madera de acacia y el mango, sencillo y sin adornos, estaba suave y desgastado.

Despacio y con sumo cuidado, empezó a afilarla.



Cuarenta y seis

Asha no sabía cuánto tiempo había pasado, sólo que había oscurecido poco después de que Safire se marchara con Jas. Y todavía estaba oscuro.

Demasiado oscuro.

Y demasiado silencioso.

De pronto, sonaron unos pasos que hicieron crujir la alfombra de agujas de pino del exterior de la tienda. Se levantó y se remetió el hacha en el cinturón.

«Ya está. Han asegurado la puerta».

Las solapas de la tienda se abrieron y Roa apareció sola en la entrada con una antorcha en la mano. Los faldones cayeron a su espalda y se quedaron a solas.

—Algo va mal. —Su mirada la atravesó—. Essie ha vuelto, pero las puertas permanecen cerradas.

—¿Qué?

—Creo que los han capturado.

El miedo la aguijoneó. Todos sus seres queridos estaban en la ciudad. No

podían haberlos capturado, porque eso significaba que estaban en manos de las dos únicas personas que no dudarían en hacerles daño... para hacérselo a ella.

—Tal vez haya demasiados soldados custodiando la puerta —sugirió. Habría necesitado seguir apoyada en el poste de la tienda; que algo la sostuviera—. Tal vez se estén reagrupando.

—Han tenido toda la noche para volver a por más soldados. Está a punto de amanecer. —Roa levantó la solapa de la tienda y la esperó—. Vamos a entrar.

No podían ir a lomos de los dragones, no cuando el comandante había tomado tantos rehenes. Roa temía que, al verlos, Jarek se pusiera a quitar vidas y empezara por las de menor importancia.

Asha ni siquiera quería pensar en cuáles serían esas vidas.

—¿El túnel, entonces?

La chica asintió; sus ojos brillaban a la luz de la antorcha.

Un impulso familiar se despertó en su vientre. Tenía unas ganas irrefrenables de cazar, pero no a un dragón. Nunca más volvería a cazar dragones. Esa noche iba a cazar a su propio marido.

Roa silbó y mantuvo la antorcha en alto. Dos jóvenes emergieron de la oscuridad, a las que Asha reconoció de la noche del enlace.

—Esta es Lirabel —dijo Roa, y tocó el hombro de la amiga de Jas y a continuación el de la chica que estaba a su lado—. Y esta, Saba.

Lirabel llevaba los rizos negros y lustrosos recogidos en una gruesa trenza sobre el hombro, y Saba lucía dos, una a cada lado de la cabeza. A juzgar por las aljabas que portaban en el cinto y por los arcos que colgaban de sus hombros, eran arqueras.

Tres jóvenes baldías armadas contra una tropa entera de soldados le

pareció una apuesta muy mala, aunque se abstuvo de mencionarlo en voz alta por miedo a que Roa cambiara de opinión y decidiera dejarla atrás. Cogió la antorcha y las condujo al interior del túnel.

El halcón blanco se precipitó tras ellas.

La llama naranja perforaba la oscuridad mientras se iban adentrando en la roca. Cuando se hallaban cerca de la boca del túnel, Lirabel le tocó el hombro para detenerla. Sacó una flecha de la aljaba y la acercó a la antorcha. La punta, envuelta en un trapo que despedía olor al alcohol con el que lo habían impregnado, no tardó en prender y arder con virulencia. La chica lanzó la flecha a través de la cripta; esta iluminó un trayecto mucho más largo del que lo habría hecho la antorcha y que les permitió ver si había alguien esperando en la oscuridad.

Como no era el caso, ella misma fue la primera en aventurarse a continuar. Asha la siguió y las guió a través de la cripta, por la escalera ascendente y hacia el interior del templo. Lirabel continuaba despejando el camino con sus flechas encendidas, asegurándose de que no había ningún enemigo al acecho.

Deberían haberse encontrado con alguien antes de llegar a la entrada principal. Una guardiana o un soldado. Pero el templo estaba vacío y en silencio, lo que le puso la piel de gallina.

Roa apoyó ambas manos en una de las puertas principales con intención de abrirla, pero en ese momento, Asha pisó algo.

—Espera —susurró. Levantó el pie y se agachó. El brillo de la antorcha iluminó un cuchillo con mango de marfil y madreperla.

El cuchillo de Safire. El que había estado afilando en la tienda.

Lo cogió. El mango estaba frío.

Safire nunca dejaba caer sus armas, no por accidente, ni siquiera durante un combate. Lo que significaba que lo había dejado allí a propósito.

Sus ojos se elevaron hacia donde el cuchillo apuntaba: la entrada del

templo. Roa seguía con las palmas de las manos apoyadas en la puerta, lista para empujar. Miró a Asha y esta negó con la cabeza. Se levantó y les indicó a las tres jóvenes que la siguieran. Fuera cual fuera el motivo por el que su prima había dejado allí el arma, tenía que alejarlas todo lo posible de la entrada.

Las condujo a la ventana que daba al granado. La calle de abajo estaba igual de desierta que el templo. Ninguna antorcha ardía en los estrechos callejones; la única luz era la de las estrellas.

¿Dónde estaban los soldados?

—¿Sabes cómo llegar a la puerta de la ciudad desde aquí?

Roa se dio un golpecito en la cabeza.

—El mapa de tu hermano está aquí dentro.

Asha meneó la cabeza.

—No vayáis por las calles principales. —Se agachó y alumbró el suelo con la antorcha mientras dibujaba un plano en la tierra—. Así tardaréis más, pero hay más ramificaciones. —Roa se agachó a su lado y observó en silencio lo que dibujaba—. De modo que tendréis más vías de escape en caso de que las necesitéis. Y nadie esperará que toméis el camino más engorroso.

La joven baldía memorizó el camino que le había trazado con el dedo.

Ella le entregó la antorcha.

—La necesitaréis para las flechas.

Roa hundió la cabeza en un leve asentimiento y dijo:

—Que el Viejo guíe tus pasos.

Asha salió por la ventana, se subió a las ramas del granado y volvió la vista atrás.

—¿Roa?

La chica se detuvo a medio camino.

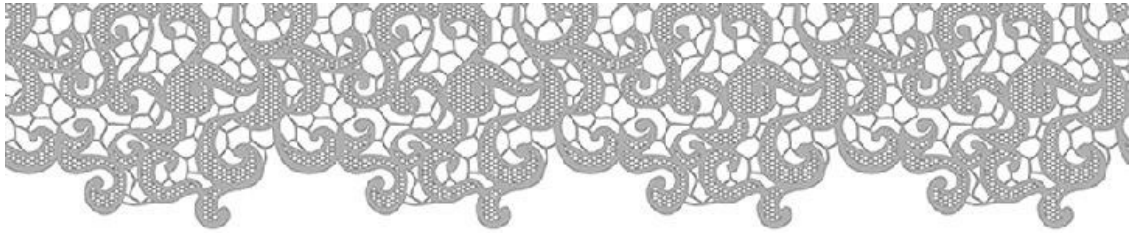
—No le rompas el corazón a mi hermano.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Es una amenaza, Iskari?

Entonces, se llevó el puño al corazón a modo de saludo silencioso.

Asha saltó a la calle. Se envolvió en la oscuridad como si esta fuera una capa y atravesó las sombras con sigilo en dirección al palacio. Y durante todo el trayecto fue sintiendo a *Kozu* en su mente. Inquieto. Paseando de un lado a otro. Preguntándose dónde estaría.



Cuarenta y siete

La ciudad, desprovista de centinelas y del sonido y los olores del mercado nocturno, parecía muerta. No había burros rebuznando. No había mendigos con la palma de la mano extendida. No había aguadores deambulando ni nadie que los llamara. La noche se cernía silenciosa a su alrededor. El golpeteo de sus propias botas en las calles polvorientas y en los tejados resonaba en sus oídos, así que se las quitó, las tiró y continuó descalza.

Tenía la impresión de ir directa a una trampa.

No era la primera vez. En una ocasión en que estaba dando caza a un dragón muy viejo, cayó en la cuenta al cabo de dos días de que había estado andando en círculos. Fue al tercer día cuando reparó en que el dragón la estaba guiando de aquella manera: le estaba siguiendo el rastro y se mantenía oculto en las sombras.

La única razón por la que lo derrotó fue porque fingió no darse cuenta. Le siguió la corriente, se dirigió a su trampa y, cuando el dragón la tuvo arrinconada y sola, le demostró lo poco inconsciente que era... y lo afiladas que eran sus garras.

La trampa que le esperaba ahora no era tan diferente. Lo único que había que hacer era entrar de cabeza en ella.

Se descolgó del tejado y aterrizó encima de uno de los senderos cubiertos del palacio. A continuación se detuvo en la ventana arqueada para observar las sombras. Estaba a punto de saltar cuando el sonido de unas voces la detuvo.

Primero oyó la voz de Dax y después la de su padre. Bajó los pies descalzos hasta el suelo de mármol y las siguió hasta el patio más grande. El mismo patio en el que Elorma se le había presentado la primera vez.

—No lo haré —dijo Dax.

—Entonces, empezaré a matarlos, uno a uno. Y empezaré por este.

Asha se detuvo en la arcada. Las paredes estaban iluminadas por antorchas que ardían en sus soportes. Su luz destelló en una espada negra que le resultaba familiar y que el rey dragón sostenía en la mano: era una de las suyas. La última vez que las había visto fue cuando defendió a *Kozu* en la pradera.

Su padre presionó el filo cortante contra una garganta.

La de Torwin.

—¡Alto!

El rey dragón miró hacia la arcada.

—¡Pero si estás aquí! —Sonaba extrañamente aliviado. Como si, a pesar de todo, ver a su Iskari fuera un bálsamo para su alma.

Dax dio media vuelta. Tenía las manos atadas a la espalda y los dos soldados que lo custodiaban le habían confiscado las armas.

—Asha —le advirtió—, te dije que no...

—Roa te manda recuerdos —le respondió ella, acallándolo con la mirada, una que esperaba que le transmitiera la verdad: «Roa viene de camino».

Pero ¿dónde estaban Safire y Jas? Echó un vistazo alrededor del patio.

Vacío.

Clavó la mirada en Torwin. No parecía desesperado. Ni siquiera parecía asustado cuando sus miradas se cruzaron desde extremos opuestos del patio. Como si se hubiera resignado a aquello. Como si supiera lo que iba a ocurrir y estuviera dispuesto a plantarle cara.

La distancia que los separaba en el patio nunca le había parecido tan vasta e infranqueable como en ese momento.

—Parece que tengo en mi poder algo que quieres, querida.

—¿Y qué es? —Intentó sonar calmada mientras se encaminaba hacia su padre, dejando que la guiaran sus instintos de caza.

«Acércate despacio. No hagas movimientos bruscos».

El rey, al adivinar sus intenciones, empezó a deslizar el filo de la espada por la garganta de Torwin. A este empezó a manarle un hilo de sangre y se tensó.

Asha se detuvo y alzó las manos.

—¡No! Por favor. No me acercaré más.

Su padre aflojó la presión del arma y esbozó una lenta sonrisa. Si antes no estaba seguro, ahora no le cabía la menor duda: realmente tenía lo que ella quería.

Se le aceleró el pulso cuando vio que la sangre manchaba el cuello de la camisa de Torwin. La misma que llevaba cuando lo había besado.

La cosa no iba como había planeado.

«Piensa, Asha».

En la recámara de su mente, se movió una sombra.

Inquieta. Preocupada.

«No», pensó. Su padre sabía que contaban con dragones. Lo que significaba que estaría preparado para ellos.

No podía permitir que *Kozu* fuera hasta allí. Lo matarían.

De modo que hizo lo único que se le ocurrió. Puso sus esperanzas en Roa y se propuso ganar tiempo.

—Intentaste envenenar a Dax con hueso de dragón. Intentaste matar a tu propio hijo. —Desvió la mirada de su hermano a su padre—. ¿Por qué?

Su padre dibujó una sonrisa cruel.

—Lo has descubierto, ¿eh? Siempre fuiste la más lista. Ambos sabemos, querida, que tu hermano nunca llegará a ser rey. Siempre he creído que su afecto por nuestros enemigos era una amenaza para el trono. Y mira: esta noche me lo ha demostrado. —Escudriñó a su hijo con los ojos entrecerrados—. Esperaba que el anillo lo hubiese matado allí. Habría sido la excusa perfecta para declararles la guerra a los baldíos... y finalmente dominarlos.

—¿Matarías a tu propio heredero... para desatar una guerra? —le preguntó Dax, intuyendo lo que Asha pretendía hacer. Ayudándola a ganar tiempo.

—Un heredero muerto es más útil que uno traidor.

Una oleada de rabia atravesó a Asha al oír esas palabras.

—Ocurre lo mismo con una esposa muerta, ¿verdad?

Durante un suspiro, una extraña emoción se reflejó en la cara de su padre. Sorpresa, tal vez. O remordimiento. Fuera lo que fuese, se recuperó al instante y su mano agarró con más fuerza la empuñadura de la espada de su hija.

—Tu madre desobedeció la ley, Asha. Socavó mi autoridad. Debía dar ejemplo.

—Era mi madre.

—Te estaba corrompiendo.

Los dedos de Asha se crisparon en busca del hacha.

El rey dragón miró algo por encima del hombro de su hija.

—Ah —dijo una voz que hizo que un escalofrío recorriera la espalda de

esta—. Veo que habéis encontrado a mi esposa.

Asha se giró y vio que Jarek estaba en la arcada. Llevaba un caftán muy delicado del color de la medianoche. Pero, mientras que sus hilos relucían y destellaban a la luz de la luna, su mirada voraz convirtió lo que podría haber sido una vista agradable en una aterradora.

Algo resonó a su espalda: una marcha de pasos y un golpeteo de metal que aumentaba y se acercaba. Los soldados que, hasta hacía sólo unos instantes, habían brillado por su ausencia aparecieron de la nada y entraron en tromba en el patio.

Asha captó un resplandor anaranjado por el rabillo del ojo. Sobresaltada, miró hacia los tejados, desde donde cientos de soldados que empuñaban antorchas recién encendidas la observaban.

—Es hora de que cumplas nuestro trato, querida. Es demasiado tarde para cancelar el enlace, por supuesto, pero estoy dispuesto a perdonarle la vida al esclavo de Jarek si llamas al Primer Dragón y pones fin a esto.

En cuanto su padre pronunció esas palabras, volvió a sentirlo: una presencia oscura, allí, en su mente. *Kozu* sabía exactamente dónde se encontraba y el peligro que corría. Lo supo en cuanto puso un pie en el palacio.

Y se estaba acercando.

«No», se dijo, pensando en los soldados de los tejados, todos ellos armados con arcos y flechas. Un arquero frente a un dragón no era nada, pero ¿docenas de ellos? Sus propios esclavos de caza la habían ayudado a derribar a muchos dragones con el mero uso de esas armas.

—¿Qué prefieres? —Su padre presionó la espada un poco más en la garganta de Torwin, obligando al skral a levantar la barbilla—. ¿El esclavo o el dragón?

Asha no podía quitarle los ojos de encima a Torwin.

—Ya viene —susurró, odiando el hecho de que, después de todo, aún la tuviera en un puño.

El rey dragón contempló a su hija.

—No creas que puedes engañarme, Asha.

—Sabe dónde estoy. Lo supo en cuanto pisé este patio. —Lo fulminó con la mirada—. Porque yo soy su jinete.

La cara de su padre se ensombreció.

El acero negro de su espada centelleó cuando este se dirigió hacia Jarek. Los arqueros ocuparon sus puestos por todo el perímetro de las murallas, con las alabardas y las puntas de lanza resplandecientes, listas para atacar.

—Si quieres que este esclavo viva, derribarás a *Kozu* en cuanto llegue —dijo el rey dragón—. Si no lo haces, le rebanaré la garganta delante de ti.

Asha sabía que no podía confiar en un mentiroso. Si hacía lo que le pedía, Torwin moriría igualmente. Su padre tendría lo que quería; no habría motivos para mantenerlo con vida. Y, si elegía a *Kozu* y dejaba que Torwin muriese, los soldados matarían al dragón antes de que pudiera escapar.

Iba a perderlos a los dos.

—Que la Muerte envíe las peores desgracias —murmuró Torwin, interrumpiendo sus pensamientos. Asha desvió la mirada hasta él, que tenía la suya clavada en ella, como si fuera el único punto firme en un mundo que no paraba de dar vueltas.

—Frío para congelar el amor de mi corazón...

—Silencio —siseó el rey.

—Fuego para quemar mis recuerdos hasta convertirlos en ceniza...

El rey dragón presionó la espada con más fuerza en un intento por sofocar la voz del joven. Pero, si apretaba demasiado fuerte, lo mataría. Y no podía matarlo, no antes de que llegara *Kozu*.

—Viento para obligarme a franquear sus puertas...

Eran las palabras de Willa. Votos de compromiso. Y algo más.

«La Muerte es una libertadora», le había dicho una vez.

—Y tiempo para poner a prueba mi lealtad...

—No.

Asha dio un paso hacia él.

—¡Atrás! —le advirtió su padre.

Se detuvo y siguió con la vista clavada en la de Torwin.

—No te atrevas.

Él no dejó de mirarla en ningún momento; sus ojos reflejaban una tristeza plateada.

—Te esperaré a las puertas de la Muerte, Asha.

Ella se acordó de cuando la Muerte pronunció el nombre de Willa.

Apretó los puños.

—La Muerte no es tu diosa.

Una sombra los sobrevoló, haciendo que las estrellas se ocultaran durante un instante. Los soldados se movieron inquietos mientras su padre miraba al cielo. Se produjo un sonido como de suspiros y Asha sintió un viento familiar en la cara.

Una llamarada abrasadora cruzó el cielo, quemando a la mitad de los arqueros de los tejados, que gritaron e hicieron aspas con los brazos envueltos en llamas resplandecientes antes de encontrar la muerte.

Kozu aterrizó junto a su jinete. El suelo tembló bajo su peso. Sus escamas negras brillaron a la luz de las antorchas y su ojo amarillo se fijó en el rey dragón mientras su cuerpo se curvaba en actitud protectora alrededor de Asha.

—¡Ahora! —ordenó Jarek.

—¡No! —gritó ella.

Kozu rugió cuando las puntas de las flechas se clavaron en su cuerpo y le

perforaron las alas.

—¡Atacad! —ordenó el rey dragón.

Kozu siseó y se revolvió, consiguiendo que las puntas de las flechas se desprendieran de su piel. No sabía a quién atacar primero. ¿Eran los arqueros la mayor amenaza o lo era el rey?

—¡Atacad ya!

Asha miraba por turnos a Torwin y a *Kozu*, petrificada.

Volaron más flechas. El Primer Dragón rugió de dolor y rabia; la sangre le manaba de las alas y le corría por los costados.

Finalmente se decidió. Rodeó al padre de Asha y dejó a esta indefensa.

Por el rabillo del ojo, la joven vio que Jarek desenfundaba su sable y sintió que se dirigía hacia ella.

El rey dragón, presa del pánico, se giró y dejó al esclavo entre él y el monstruo escope fuego para utilizarlo como escudo.

Asha clavó la vista en la espalda de su padre. En apenas un instante, el pasado, el presente y el futuro se entrelazaron como un tapiz.

Su madre fría como una piedra en su cama.

Su hermano incapaz de ganarse la lealtad de su pueblo.

El chico que amaba, franqueando las puertas de la muerte. Solo.

Ese rey tenía que morir.

Sus dedos se aferraron al mango de su hacha de caza. La sacó del cinturón y la balanceó hacia atrás para coger impulso. Conocía el castigo por regicidio. Sabía que, en cuanto el hacha abandonara su mano, su vida estaría acabada.

Y pese a todo, la lanzó.

—¡No! —gritó Dax.

El arma surcó el aire en dirección al rey dragón, silbando antes de clavarse con toda facilidad en la carne y el hueso. Se hizo un silencio sepulcral.

Jarek se detuvo a escasos metros de ella y bajó su resplandeciente sable a

un lado mientras contemplaba a su rey.

Una mancha carmesí caló la túnica dorada de este. Dejó caer la espada estrepitosamente al suelo de piedra mientras él se tambaleaba, liberaba al skral y se giraba para encarar a su hija, con la punta del hacha sobresaliéndole por el pecho, donde le había rebanado el corazón.

Se tocó el emblema, manchado con su propia sangre. Tragó y tragó saliva. Pero la sangre no hizo más que extenderse.

—¿Asha...?

Su voz resonó en las paredes del patio, pero no tan fuerte como dentro de la caja torácica de su hija, donde se instaló para acosar a su corazón.

El rey dragón cayó a sus pies y su cuerpo se contorsionó mientras la sangre formaba un charco a su alrededor, como todos los dragones que Asha había matado en su vida. Sus ojos inertes se quedaron clavados en ella, que fue incapaz de apartar la mirada.

Hasta que la oscuridad la envolvió. Torwin le apretó la cara contra su pecho para evitar que viera el cadáver de su padre. Le acunó la cabeza, se la sujetó con fuerza mientras ella se estremecía y se aferraba a la tela de su camisa con los puños apretados.

—Apártate de ella, skral —gruñó Jarek.

Torwin la estrechó aún más fuerte.

Y entonces el chillido penetrante de un halcón colmó el aire.

Torwin la soltó cuando una ráfaga de flechas encendidas los sobrevoló; todas y cada una de ellas alcanzaron su objetivo y se hundieron en el pecho de los arqueros de las murallas.

El patio se convirtió en un hervidero cuando el ejército baldío entró en tromba junto con los draksors y los skrals, todos ellos armados hasta los dientes. Los lideraba Roa, que escudriñaba a la multitud con su espada curva de doble hoja teñida ya de sangre. A su lado estaba Safire, con los ojos

encendidos de ira.

Roa dio una orden y su halcón voló hasta Dax.

—¡Matadlos! —gritó Jarek a sus soldados—. ¡Matadlos a todos!

Pero los recién llegados los superaban en número y el rey dragón estaba muerto, por lo que la siguiente vez que llovieron flechas, ya sólo quedaba la mitad de ellos.

Asha se giró hacia *Kozu*, que sangraba y estaba salpicado de flechas. El Primer Dragón la contempló con su ojo sereno y hendido, y arqueó el cuerpo a su alrededor mientras ella se las sacaba, con la mente puesta en *Sombra*. En la sangre que manaba de su pecho.

Pero las heridas de *Kozu* eran superficiales. Él iba a vivir.

Torwin le quitó el arma a un arquero muerto y fue recogiendo flechas por el camino y disparándolas rápidamente de vuelta, haciendo caer al resto de las galerías, uno a uno. Cuando los soldados cargaron, el golpeteo de metal contra metal se hizo más evidente y Asha percibió el nauseabundo sonido de los cuerpos al recibir las cuchilladas.

Dax se hallaba junto a Roa. Luchaban espalda con espalda mientras *Essie* los sobrevolaba describiendo un círculo cerrado y protector.

Y, en la distancia, se oyó un intenso batir de alas.

Un instante después, los tejados se iluminaron con fuego procedente del vientre de los dragones, que enjambraron el cielo como nubes de tormenta; los arqueros habían desaparecido. El aleteo de los dragones al aterrizar levantó una ráfaga de viento en el patio. Cuando los tejados se llenaron del todo, los demás los sobrevolaron en círculos.

El patio se sumió en el silencio y la quietud. Los soldados, abrumados y vencidos, empezaron a deponer las armas y a rendirse. Todos salvo Jarek, que miraba a Dax con el sable aferrado con ambas manos.

Este último se aproximó y sus pasos sonaron a victoria.

—Estás acabado.

El comandante escupió a sus pies.

—Si voy a morir, lo haré defendiendo al verdadero rey.

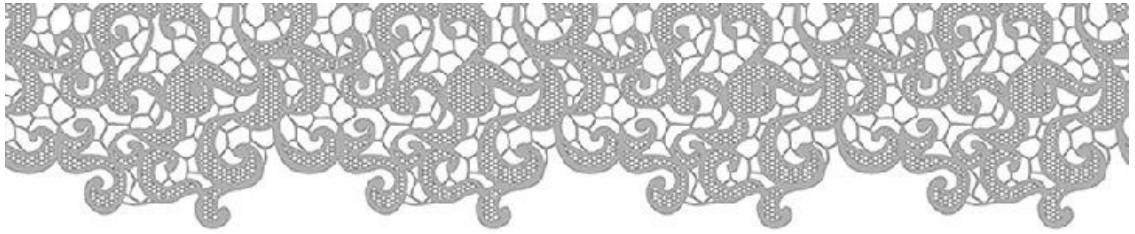
—Que así sea —dijo una voz. Un cuchillo surcó el aire, seguido por otros dos. Salieron de las manos de Safire y se clavaron en el pecho de Jarek.

El sable de este cayó al suelo de mármol con gran estrépito. Echó mano de las empuñaduras de los cuchillos en un intento por sacárselos, hasta que unos soldados baldíos se precipitaron sobre él, lo derribaron y lo encadenaron de pies y manos.

Safire se plantó ante él, con la respiración acelerada y el último cuchillo arrojado en la mano.

—Debería haber hecho esto hace mucho tiempo.

Y le clavó el cuchillo en el corazón.



Cuarenta y ocho

Quemaron el cuerpo del rey dragón en una pira. Asha no lo vio, pues estaba encadenada a las húmedas paredes de la mazmorra. Safire le contó después cómo el fuego había consumido su cuerpo. Cómo el humo había colmado el aire. Cómo todo Firgaard había acudido a llorar por él mientras *Kozu* observaba desde la muralla.

Safire iba a verla a la celda siempre que podía, pero, cuando Dax la ascendió a comandante, dejó de hacerlo casi por completo. Había mucha gente a la que no le gustaba que su hermano hubiera subido al trono. Y todavía más a la que no le hacía ninguna gracia que su esposa fuera oriunda de las tierras baldías. Así que, cuando presentó como su comandante a una joven con sangre skral, hubo revueltas. Los draksors la tomaron con los skrals, que empezaron a huir de la ciudad en oleadas. Y, cuando ya no quedó ninguno a quien usar como cabeza de turco, se pelearon entre sí.

Lo que tenía a Safire bastante ocupada.

Los dragones eran una ayuda. Tanto ellos como sus jinetes actuaban como pacificadores y vigilaban desde los tejados. Pero poco más podían hacer.

Mientras Dax, Safire y Roa intentaban mantener el control de una capital que se iba desmoronando por momentos, Asha, de la que casi se habían olvidado, aprendió a averiguar la hora por el cambio de guardia y recabó algo de información de lo que escuchaba desde la celda. De ese modo se enteró de que los soldados que se negaban a acatar las órdenes de la nueva comandante eran cesados de sus puestos y de que el ejército había quedado reducido a la mitad. Y también de que la pérdida del trabajo de los esclavos había dejado a mucha gente buscando algún medio de subsistencia.

Pero lo más importante de lo que se había enterado era de que quedaban tres días para su ejecución.

El día antes de que la enviaran al tajo, nombraron rey a Dax.

Cuando un nuevo gobernante ascendía al trono, lo normal era que desfilara por las calles seguido de trompetas y un constante redoble de tambores mientras los ciudadanos de Firgaard le arrojaban pétalos de rosas y cantaban las canciones de la coronación. La de Dax no fue así en absoluto, sino algo más modesto, y tuvo lugar en el patio más pequeño del palacio, cerca del olivar. Por la tarde llovió y, a última hora, el palacio olía a yeso frío y húmedo.

Fue la única ocasión en que la dejaron salir de la celda. La mantuvieron custodiada en todo momento, con los tobillos encadenados y confinada en las terrazas superiores, lejos de las multitudes, que, al verla, la señalaban y se ponían a cuchichear.

—Quitavidas —decían.

—Portadora de muerte.

—Iskari.

Al ver cómo la miraban, le entraron ganas de volverse a su celda y encerrarse bajo llave. Los había salvado de un monstruo y seguía dándoles

miedo. Nunca había tenido ninguna oportunidad de redimirse: a ojos de su pueblo, siempre sería la Iskari.

Aunque dentro de poco ya no tendrían que volver a verla; muy pronto estaría muerta.

Torwin también había desaparecido. Al notar su ausencia, se agarró con fuerza a la balaustrada. No sabía si estaba vivo o muerto, si residía en la ciudad o hacía mucho que se había marchado a las tierras baldías. Durante las últimas semanas, siempre que los guardias mencionaban otro ataque skral, se le encogía el pecho y se le tensaban las manos en las cadenas. No lo había visto desde la noche en que su hermano la había llevado a la mazmorra y, con los ojos llenos de lágrimas, la había encerrado en una celda.

Ahora, por mucho que contemplaba el patio, no hallaba ni rastro de él.

Por encima del estruendo de las voces, al otro lado de los muros del palacio, el canto de los pájaros anunciaba la llegada de la noche. Se inclinó sobre la balaustrada y dejó que el duro y frío mármol la sostuviera mientras oteaba el recinto iluminado por faroles en busca de Torwin, aunque lo único que vio entre los tiestos de quinotos y los setos de hibisco fueron coloridos grupos de baldíos y de skrals sin collar que se mezclaban apaciblemente con los draksors. Era una visión del futuro. De aquello en lo que Firgaard era capaz de convertirse.

Dax se encontraba en la terraza de baldosas blancas. A su lado, Roa deslumbraba con un caftán azul y dorado ceñido por un fajín ancho, y se movía como el agua incluso cuando estaba quieta. Lucía una flor carmesí detrás de la oreja, una de siete pétalos, y parecía haber nacido para reinar. Eclipsaba al mismísimo rey, que permanecía junto a ella vestido con los mismos colores y el medallón de su padre colgado en el pecho. Se lo veía cansado y un poco triste, pero el porte de sus hombros y su pecho elevado parecían indicar que tales sentimientos no tenían demasiada importancia en

comparación con el trabajo que se les avecinaba.

Al verla, su sonrisa se quebró y una inmensa tristeza se apoderó de él cuando sus ojos se encontraron. Se llevó el puño al corazón en un solemne saludo propio de los baldíos y ella le devolvió el gesto.

El patio enmudeció y todo el mundo miró adonde el rey miraba. Se le puso la piel de gallina cuando todos los draksors, skrals y baldíos posaron sus ojos en ella. Cuando, con sus fastuosos caftanes y sus túnicas de seda, contemplaron boquiabiertos sus cadenas y sus sucios andrajos.

Aquel ya no era su sitio. Y nunca más lo sería.

Era una mancha en el nuevo reinado de su hermano.

Entonces, una débil sombra se cernió sobre ella. Al darse la vuelta, se topó con el más anciano de los guardias que la custodiaban, uno que tenía el ceño siempre fruncido y una barba canosa que necesitaba un buen corte.

—Hora de marcharse, Iskari.

Ella asintió y dejó que la cogiera del brazo.

Mientras los demás guardias se desplegaban en abanico delante y detrás, la condujo por las escaleras hacia el patio de abajo.

Cuando atravesaron las arcadas y la alejaron de los invitados mirones, se levantó una oleada de susurros. Asha se fijó en la alta entrada y en sus arcos ribeteados de mosaicos rojos y amarillos.

A medio camino de allí, los guardias se detuvieron y la obligaron a hacer lo mismo. Por el hueco que quedaba entre ellos, su mirada recayó en unos pies con zapatillas y después se fue elevando por un caftán azul y dorado hasta la cara de la reina dragón.

Roa les había salido al paso y bloqueaba el camino del patio.

Los guardias hicieron una leve reverencia con la cabeza.

—Apartaos —les ordenó.

Los dos guardias que se interponían entre las dos intercambiaron una

mirada.

—Mi reina..., es peligrosa.

Roa enarcó una ceja elegante.

—¿Tengo que repetirlo?

Ambos lo sopesaron, no muy seguros de cuán a prueba podían poner a su nueva reina, hasta que al final menearon la cabeza y se hicieron a un lado.

—Y tú también. —Roa señaló con la cabeza al anciano canoso que se hallaba justo al lado de Asha.

Este obedeció sin rechistar: le soltó el brazo y se apartó. Un instante después, ella era la única que se encontraba ante la hija de la Casa del Canto.

Consciente de que todo el mundo la miraba, la reina dragón se inclinó en una reverencia ante la criminal que se situaba ante ella.

—*Kozu* sobrevuela la ciudad noche tras noche en tu busca. Echa de menos a su Namsara.

Una oleada de murmullos y gritos ahogados se propagó por el patio. A Asha se le erizó la piel.

¿Ella? ¿La Namsara? ¿La portadora de vida?

Imposible.

Se había pasado la vida matando. Era odiada y temida. Era la Iskari, todo lo contrario de lo que Roa creía.

—Te equivocas —dijo Asha observando a la reina inclinada—. Mi hermano...

—Tu hermano dice que conoces las viejas historias mejor que cualquiera de nosotros. —Se levantó—. Lo que significa que sabes a quién manda el Viejo para que señale a su Namsara.

Asha entreabrió los labios. Las historias revoloteaban por su mente. Rebuscó entre ellas.

El Viejo había enviado a *Kozu* a visitar a Nishran. Igual que lo había

enviado a Elorma. Y a... ella misma, hacía tantos años.

Creía que había sido su maldad la que había atraído al Primer Dragón siendo una niña. Igual que le había permitido contar las viejas historias en voz alta sin ser envenenada por ellas.

Pero las historias no albergaban maldad alguna. Y ella tampoco.

Y la prueba residía en las propias historias: *Kozu* era la marca de los Namsaras. Y ella era su jinete. Ambos compartían el vínculo que lo demostraba.

Sin embargo, aunque todo eso fuera verdad, se había pasado la vida cazando dragones e intentando erradicar las viejas costumbres. No podía ser una Namsara.

Roa dio un paso adelante y toda la corte enmudeció.

—Hay otras señales, ¿verdad?

Asha pensó en Nishran, a quien el Viejo le había concedido la habilidad de ver en la oscuridad para que pudiera encontrar el campamento de sus enemigos. Igual que a Elorma, al que le había concedido a una *Hika*, una chica que había salvado la ciudad de un rey impostor.

Y, del mismo modo, a ella le había hecho entrega de regalos para acometer las tareas que le iba encomendando: las espadas, el dragón, la capacidad de ser ignífuga.

Se había esforzado tanto en suprimir las viejas historias y había estado tan obsesionada con cazar a *Kozu*, que no había atado cabos. Esa vez hacía tantos años en que se había adentrado en lo más recóndito de la cueva tras la muerte de su madre...

—¿El Viejo me estaba eligiendo? —susurró mirando fijamente a Roa.

Pero ¿y qué pasaba con Elorma? Si ella fuera la Namsara, Elorma se lo habría dicho.

O... ¿no era eso lo que había tratado de hacer todo el tiempo?

«Soy la Namsara».

Apenas se atrevía a creerlo.

Los ojos de Roa brillaron cuando se sacó aquella flor parecida al fuego de detrás de la oreja. Siete pétalos sanguinos se curvaron sobre sí mismos mientras un estambre amarillo dejaba caer una rociada de polen que salpicó los pétalos de motas naranjas. Se trataba de la misma flor de los mosaicos del suelo de la enfermería. La misma flor tallada en una de las puertas del templo.

Una flor tan rara que era casi un mito.

Roa se le acercó y se la colocó detrás de la oreja.

—Las viejas historias dicen que el Namsara es una aguja que cose el mundo.

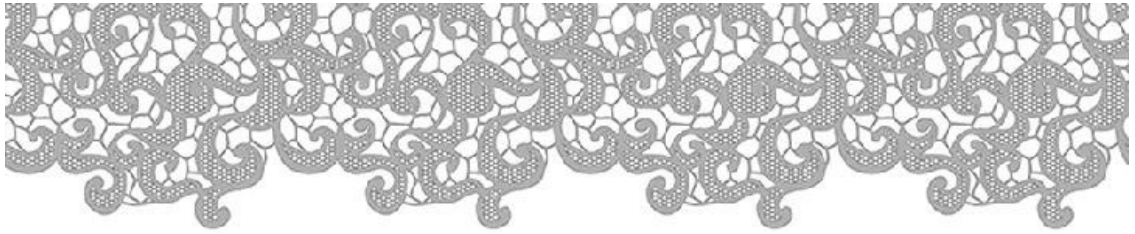
Asha estaba demasiado sorprendida para responder.

—Y nuestro mundo necesita desesperadamente que lo cosan.

Después se apartó de ella e hizo un gesto a los guardias, que retomaron sus posiciones y la separaron de la reina. Toda la corte seguía mirando boquiabierta cuando esta regresó al lado de su marido, quien parecía más impactado que nadie.

El silencio continuó. Cuando los guardias se recuperaron, la cogieron de los brazos y la condujeron a través de la corte escandalizada por las arcadas y por los pasillos de vuelta a la celda de la mazmorra.

Pero aquella vez sus pasos parecían más inseguros.



Cuarenta y nueve

Asha fue incapaz de dormir aquella noche. Se quedó sentada en la oscuridad, en el suelo frío y húmedo de la celda, mientras las palabras de Roa le daban vueltas en la cabeza. Pero, aunque lo que dijo fuese verdad, ¿qué importaba? Seguía habiendo una ley a la que enfrentarse: había matado a un rey y el castigo por ello era la muerte.

Puede que fuera la Namsara, pero estaba a punto de convertirse en la Namsara muerta.

Se acercaba el alba y, con ella, el largo y solitario camino al patíbulo.

¿Cómo se había encaminado Moria a su propia decapitación con semejante valentía?

Temblorosa, se abrazó y cerró los ojos. Pensó en el Rift con la esperanza de que eso la calmara. Pensó en el susurro de los arbustos y en el silbido del viento entre los pinos. Pensó en las estrellas, como palabras en un pergamino desplegado en el cielo, y en el sol, brillante y feroz.

Pensó en los que más quería.

«Safire».

Las lágrimas le empañaron los ojos.

«Dax».

La vista se le nubló.

«Y...».

El sonido de unos pasos resonó en la distancia, sacándola violentamente de sus pensamientos. Volvió la cara para aguzar el oído; alguien le traía el desayuno.

El último que comería.

Pareció pasar una eternidad hasta que el guardia buscó entre sus llaves y metió una en la cerradura. Una eternidad hasta que esta giró, hizo clic y la pesada puerta de hierro se abrió, permitiendo que la luz anaranjada de una antorcha inundara la celda.

En el rectángulo de luz apareció un sirviente doméstico cubierto por un manto de lana, con la cara bien escondida bajo la capucha, que lo ocultaba de la mirada mortal de la Iskari. La bandeja de plata con tapadera que llevaba en las manos resplandecía a la luz de la antorcha.

El guardia retiró la llave.

—Toda tuya.

En cuanto las palabras salieron de su boca, el sirviente le dio un golpetazo en la cara con la bandeja que resonó en las paredes; las llaves aterrizaron en el suelo un segundo antes que el propio guardia.

De la bandeja no cayó comida alguna, sólo un trapo ondeante.

Al ver que su camarada había sido abatido, el segundo guardia desenfundó su sable. Lo blandió contra el sirviente, que lo bloqueó con la tapadera de plata, le dio una patada en la entrepierna y volvió a utilizar la tapadera para estampársela en la cabeza.

El hombre se desplomó como una piedra.

Con ambos guardias inconscientes, el sirviente de cocina recogió las

llaves del suelo y entró en la celda.

Asha se arrastró hasta la pared fría y húmeda repiqueteando con los grilletes de las muñecas y los tobillos mientras el corazón le aporreaba el pecho.

—¿Quién eres?

El desconocido recorrió el espacio que los separaba en tres zancadas y se acuclilló. Le cogió la muñeca y le pasó el pulgar por la protuberancia del hueso. Sus dedos tenían callos, pero la acariciaban con suavidad.

Una ola de calor la invadió; conocía aquel tacto. Escudriñó la oscuridad de la capucha: conocía la cara que escondía aunque no la viera.

El sirviente fue pasando las llaves una por una con el pulgar hasta que encontró la que encajaba en los grilletes de las muñecas. La insertó en la cerradura. Con un rápido clic, las pesadas cadenas cayeron serpenteando al suelo. Cuando se concentró en las que le cercaban los tobillos, ella lo agarró del manto de lana y, con dedos temblorosos, le retiró la capucha.

La luz de la antorcha le iluminó el pelo y la piel, revelando multitud de pecas y unos ojos dulces colmados de preocupación.

—Torwin...

Al oír su nombre, el joven levantó la vista. Cuando sus miradas coincidieron, dejó las cadenas —sólo por un momento— y la atrajo hacia sí; enterró la cara en su pelo e inhaló su aroma. Asha le echó los brazos por los hombros y lo abrazó con fuerza, sin querer soltarlo.

Él volvió a la tarea y lo intentó con varias llaves más hasta que dio con la correcta, desesperado por liberarla. Se oyó un clic, tras el cual la desprendió al fin del peso de las cadenas. Cuando el gélido aire de la mazmorra rozó los tobillos desnudos de Asha, esta se separó de él.

Torwin se quedó acuclillado, mirándola a los ojos.

—Asha...

En esa sola palabra, oyó mucho más que su nombre.

Oyó todas las noches que había pasado en vela recorriendo las murallas, preguntándose qué le estarían haciendo. Oyó todas las discusiones que había tenido con su hermano, que estaba obligado por una antigua ley a sentenciar a su propia hermana a muerte. Oyó todas las cosas que lo habían conducido hasta allí, a las entrañas del palacio, con dos guardias inconscientes a su espalda y las llaves de la celda en la mano.

—Estás loco —susurró.

Torwin dibujó su sonrisa favorita, le rodeó el cuello con las manos y la besó.

Asha, que se había acostumbrado al intenso frío de la mazmorra, metió los dedos en su pelo y tiró de él, ansiando su calor.

—Puede que sí —susurró él, interrumpiéndola—. Vamos.

La agarró de la mano y la puso en pie. Acto seguido, se agachó para recoger algo del suelo: la prenda que se había caído de la bandeja de la comida, un manto verde pino. Se acercó y se lo echó por los hombros, le abrochó las borlas del cuello y luego le puso la capucha para ocultarle la cara.

Juntos, salieron a los corredores de las mazmorras iluminados por antorchas. A través de las largas sombras que se extendían de pared a pared, Asha vio más guardias inconscientes. Algunos estaban tirados en el suelo; otros, medio apuntalados en las paredes. Uno de ellos ya estaba volviendo en sí y emitía suaves gemidos.

—¿Has hecho tú todo esto?

—Me han ayudado.

Avanzaron deprisa entre las sombras y la luz de las antorchas, y tomaron las escaleras que subían al palacio. Corrieron por pasillos aletargados y jardines recortados en la noche. Dejaron atrás a soldados que hacían sus rondas nocturnas. Para cuando estos se daban cuenta de quiénes eran, Asha y

Torwin ya iban por el final de un pasillo o habían atravesado el patio o el jardín.

A su espalda se oían gritos frenéticos y pesadas botas en movimiento. Asha creía que se dirigían a la puerta principal, pero, cuando Torwin se metió por corredores que se adentraban aún más en el corazón del palacio, se detuvo, pensando que no sabía hacia dónde se dirigía, e intentó arrastrarlo en la dirección contraria.

—No —la contradijo él—. Por aquí.

Cuando tres soldados salieron corriendo en su dirección a unos veinte pasos de donde se encontraban, decidió confiar en él.

Justo cuando llegaron a un callejón sin salida, Torwin le dio un tirón y franquearon una puerta de madera sencilla. Tras cerrarla, se vio en un pasadizo estrecho y polvoriento que olía a moho.

«Un pasadizo secreto».

Asha había crecido rodeada de rumores acerca de los pasadizos secretos del palacio, pero nunca había localizado ninguno, y siempre había pensado que sólo se trataba de eso: de rumores.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Dax me lo mostró.

Asha se sorprendió. ¿Qué otros secretos le había ocultado su hermano durante todos esos años?

—Vamos.

Tiró de ella para que siguiera adelante en medio de la oscuridad enmarcada por la piedra hasta otra puerta aún más antigua, una con goznes herrumbrosos y medio sueltos y madera podrida. Entonces acercó el ojo al rayo de luz que trazaba una línea en la oscuridad y observó la habitación al otro lado para comprobar si estaba ocupada.

Asha se recostó en la pared fría y húmeda. Cuando su corazón se apaciguó

y volvió a respirar con normalidad, fue realmente consciente de la situación. Estaban rodeados; todos los soldados de la ciudad los estaban buscando y, una vez que los atraparan, volvería a perderlo.

—Torwin, no hay adonde ir.

¿Es que no se daba cuenta? Se encontraban en el centro del palacio y cada uno de los soldados estaba en guardia y los buscaba.

El joven, que seguía con el ojo pegado a la cerradura, no dijo nada.

—Aunque consiguiéramos despistarlos, aunque hubiera un lugar seguro al que escapar, mi hermano se vería obligado a darme caza. No puede dejarme ir sin más.

Entonces Torwin se giró para quedar frente a ella.

—Escúchame. —La agarró por los hombros—. Ahora estamos juntos en esto. Así que podemos rendirnos y entregarnos o podemos huir. Pero, hagamos lo que hagamos, lo haremos juntos, ¿de acuerdo?

Asha alzó la mirada hasta su cara sumida en las sombras. Levantó la mano y recorrió su pómulos y su mandíbula con los dedos.

—De acuerdo —aceptó—. Supongo que huiremos.

Él le cogió la muñeca y le besó la palma de la mano. Acto seguido, volvió a la puerta.

—¿Lista? —le preguntó, quitando los pernos oxidados de los goznes y tirándolos al suelo.

—¿Lista para qué?

—La puerta está cerrada con llave. Tenemos que romperla para abrirla. Se quedó petrificada.

—¿Qué?

—A la de tres —dijo, y se reunió con ella contra la pared.

—Una...

—Torwin...

—Dos...

Entrelazó los dedos con los suyos.

—No creo que...

—¡Tres!

Corrieron hacia la puerta y cargaron contra ella con los hombros; se rompió a la primera. Los goznes oxidados cedieron y la madera podrida se desprendió de la cerradura. La puerta cayó de lleno en el suelo: Asha se desplomó encima y Torwin sobre ella.

—Por todos los santos, ¿habéis venido gateando o qué?

Una silueta que le resultaba familiar estaba apoyada en la pared cruzada de brazos y con una rodilla doblada.

—Te dejé en esa mazmorra hace siglos.

Torwin sonrió a Safire mientras se ponía en pie de un salto, agarraba la mano de Asha y la ayudaba a levantarse de un tirón.

—Vamos. —La nueva comandante se apartó de la pared—. Hay que darse prisa.

Estaban en uno de los huertos. Safire los condujo por entre los árboles, cuyas ramas retorcidas se erguían para alcanzar el cielo iluminado.

Despuntaba el alba.

—Roa ha convencido a los baldíos de que eres la nueva Namsara —le explicó mientras se aproximaban a una puerta al otro lado del huerto. Metió una llave en la cerradura, que se abrió emitiendo un chirrido—. Te han ofrecido asilo. Allí estarás a salvo..., al menos de momento.

Torwin fue el primero en acceder a la escalera. Asha lo siguió, y Safire, que cerró con llave la puerta a su espalda, fue a la zaga. Juntos subieron los escalones hasta una habitación oscura, donde Torwin cogió una especie de paquete y se lo echó al hombro.

Cuando salieron a una azotea, vieron a un dragón negro como la noche y

un solo ojo amarillo que deambulaba de un lado para otro. A la espera. Desde hacía mucho tiempo. Sus garras negras resplandecían con la luz del amanecer.

—*Kozu*.

El dragón le contestó con un gruñido.

Torwin abrió el paquete y sacó dos abrigos de vuelo, dos pares de guantes y dos pañoletas.

Asha se giró hacia su prima.

—Torwin tiene todo lo que necesitas —le informó esta. A continuación, le dio un fuerte abrazo, tan fuerte que la dejó sin aliento. Asha le correspondió y la vista se le nubló por las lágrimas.

—Ya te echo de menos —le susurró. Safire la estrujó aún más.

Unos sonidos en la distancia las separaron. Se giraron para mirar la ciudad, donde se veían unas antorchas flotando por las calles, asidas por los puños de unos soldados que ya buscaban a la Iskari prófuga.

—Debo marcharme —dijo Safire—. Antes de que se den cuenta de que os estoy ayudando.

Asha se giró y vio que Torwin ya se había vestido para el vuelo y que le tendía un abrigo. Ella metió los brazos por las mangas, se lo abrochó rápidamente, se envolvió el cuello con la pañoleta y luego se la echó por la cabeza. Se subió primero en *Kozu* y Torwin la siguió.

—No hagas nada temerario, Namsara —le advirtió su prima desde tierra.

Asha no sabía si reír o llorar.

—Ni tú tampoco.

Un grito sonó mucho más cerca. Safire se dio la vuelta para mirar mientras Torwin rodeaba a Asha por la cintura con un brazo.

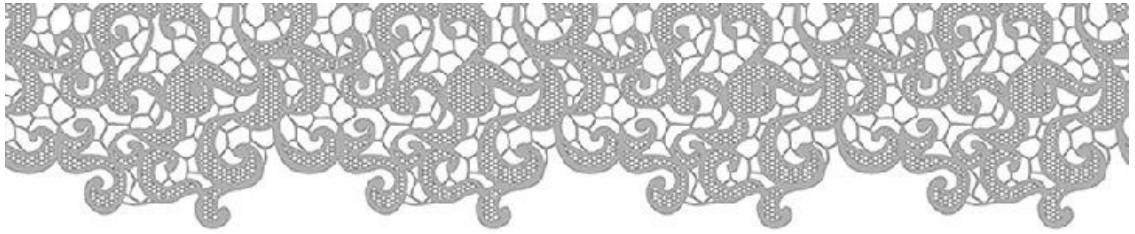
—Debo marcharme... —repitió Safire, que ya veía a sus soldados abajo.

Asha, que aún no estaba lista para despedirse de ella, le tendió la mano. A

pesar del miedo, su prima se la agarró con fuerza.

—Te quiero —dijo Asha.

Cuando Torwin chasqueó la lengua para darle la señal a *Kozu*, sus dedos se separaron. El dragón desplegó las alas. Safire dio un paso atrás y se ocultó en la arcada de la azotea. *Kozu* cogió carrerilla y se precipitó al vacío, lo que provocó que Asha diera una sacudida hacia delante mientras el viento silbaba en sus oídos. Entonces echó una rápida ojeada atrás. A los tejados planos y las cúpulas cobrizas del palacio, y después a las dependencias reales, donde había un farol encendido en una de sus ventanas. De haber aguzado la vista, habría divisado a alguien con la mirada puesta en la noche que contemplaba cómo una delincuente y un skral escapaban por el temprano cielo del amanecer.



Cincuenta

No se detuvieron hasta que el cielo volvió a oscurecerse aquella noche y las constelaciones brillaron por encima de sus cabezas. Incluso entonces, Torwin parecía nervioso, como si quisiera volar directamente hasta las tierras baldías sin hacer ninguna parada. A pesar de los surcos de cansancio que habían aparecido junto a su boca, de sus profundas ojeras y de cómo se encorvaba sobre una cena insignificante que consistía en apenas unas nueces y un pan durísimo, quería seguir avanzando, poner tanta distancia como fuera posible entre ellos y los horrores que habían dejado atrás.

Cuando Asha lo miraba, se acordaba de Sombra. Tenía que haber visto cómo Jarek le asestaba aquel golpe mortal. Tenía que haber sentido el momento en que la vida se le escapaba. Y seguir sintiendo ahora la ausencia de su compañero rojizo.

No sabía cómo curarle aquella herida. Ni siquiera sabía si tenía cura.

Se sentó cerca de él mientras comían y apoyó el muslo en el suyo. El la miró y esbozó una sonrisa.

Pero incluso cuando él entrelazaba los dedos con los suyos, le acariciaba

la mejilla con el pulgar o la miraba como si no pudieran creer que fueran libres, el silencio seguía imperando entre ellos. Y el espacio que los separaba fue llenándose de hilos sueltos. Hilos que se escapaban de un tapiz inacabado.

—Me quedaré de guardia —dijo ella después de que hubieran montado la tienda.

Torwin negó con la cabeza.

—Yo no voy a dormir de todas formas, así que vete a descansar. —Cogió el laúd y le dio un beso en la mejilla cicatrizada antes de dirigirse a una duna cubierta de hierba—. Mañana será otro día largo.

Asha lo vio alejarse hasta que la oscuridad se lo tragó.

Se metió en la tienda.

Al cabo de un momento, oyó un sonido familiar: el sonido especial y deslumbrante de su laúd. Se quedó quieta, escuchando, hasta que el cansancio la venció.

Se tumbó, cerró los ojos y dejó que la melodía de Torwin la arrullara hasta quedarse dormida.

El olor a humo y ceniza la despertó. Cuando se incorporó, vio a Elorma agazapado sobre una hoguera que sólo alcanzaba a iluminarle la cara.

Demasiado cansada para protestar por lo que esta vez pretendiera exigirle, se sentó junto a él.

—¿Todavía no habéis terminado conmigo? —Se llevó las rodillas al pecho y se las abrazó con fuerza para dejar de temblar—. Ya he hecho lo que el Viejo me pidió. ¿Qué más quiere?

Elorma sonrió y el fuego se reflejó en sus ojos. Las sombras oscurecieron los huecos de su rostro.

—Me temo que mucho más. Tu trabajo no ha hecho más que empezar,

Namsara.

«Namsara».

Le llevaría un tiempo acostumbrarse a ese nombre.

Él se crujió los nudillos y se levantó.

—He venido a darte tu último regalo. A concederte un *Hika*.

Asha aflojó la presión alrededor de las rodillas. Un *Hika*. Como Willa lo era de Elorma.

—¿Q-qué? —tartamudeó.

Él la ignoró.

—Un *Hika* concebido sólo para ti. Igual que tus espadas fueron concebidas sólo para tus manos. Igual que el cielo fue concebido para la tierra. Ven a ver su cara.

Ella se quedó donde estaba y volvió a abrazarse con fuerza las piernas.

—Soy una fugitiva —repuso—. Soy culpable de regicidio. A quienquiera que elijáis lo condenaréis a una vida llena de peligros. Sería mejor que lo dejarais en paz.

Bajo aquellas excusas, sin embargo, residía una verdad más profunda: estaba enamorada de otra persona.

Se puso de pie.

No tenía intención de fijarse en el fuego. Sólo pretendía marcharse.

Pero su vista recayó por casualidad en un rostro visible entre las llamas.

Se acercó más. Un chico la miraba. Tenía estrellas grabadas en la piel y unos ojos penetrantes como sus propias espadas.

El corazón le dio un vuelco en el pecho y se le estampó contra las costillas.

Retrocedió.

El Viejo sabía tan bien como ella lo que ocurría cuando los draksors se emparejaban con los skrals. Esas historias sólo acababan en tragedia.

—No podéis hacerle eso —le espetó—. Es una sentencia de muerte. Estar con ella significaba poner en riesgo su vida.

—La muerte no es ninguna novedad para él. —Elorma se levantó para mirarla—. ¿Y acaso él no tiene nada que decir?

«No —pensó—, si es el Viejo quien lo ordena, no tiene nada que decir».

Además, a Torwin se le había negado aquello durante toda su vida. Nunca había podido decidir por sí mismo.

—No puedo —susurró—. No me convertiré en otro amo a quien tenga que servir.

Se dio la vuelta y sus pasos se hundieron en la fría arena.

—¡Pregúntale con quién sueña por las noches! —le gritó Elorma—. ¡Pregúntale con quién lleva soñando los últimos dieciocho años de su vida!

Asha se detuvo en seco.

La voz de Torwin resonó en su mente.

«Pensaba que era una especie de diosa —le había dicho en la sala del templo al explicarle lo de su pesadilla recurrente—, que me había elegido para realizar un gran propósito».

Y después, en el campamento de guerra de su hermano: «Siempre son sobre ti».

Elorma estaba ahora detrás de ella. Sentía su sombra en la espalda.

—¿Sabes por qué reconocí a Willa la primera vez que la vi?

Asha se giró y miró a los ojos al Primer Namsara.

—Porque me había pasado la vida soñando con ella. —Elorma sonrió y fue como si dos soles ardieran en ellos—. Al final, Willa eligió el amor. —Le apoyó una mano en el hombro con delicadeza—. Ahora eres tú la que debe elegir. Porque, a pesar de lo que creas, tienes elección. Y él también.

Asha se acordó de una cosa que le había dicho su hermano una vez. Si Rayan no hubiera pensado sólo en él, le había dicho, si no hubiera perseguido

a Lillian, ambos seguirían vivos. Pero al decir eso se le negaba a Lillian la capacidad de elegir por sí misma. Se le negaba su poder. Y todavía peor: al decir eso se daba por hecho que la única enseñanza que se extraía de su historia era que la muerte es más fuerte que el amor.

Y ella no lo creía.

—Todavía queda trabajo que hacer —explicó Elorma—. Historias que buscar. Y un reino que reconstruir desde los cimientos.

El fuego crepitó tras él mientras le sonreía con ternura.

—Tú y yo volveremos a vernos pronto, Namsara.

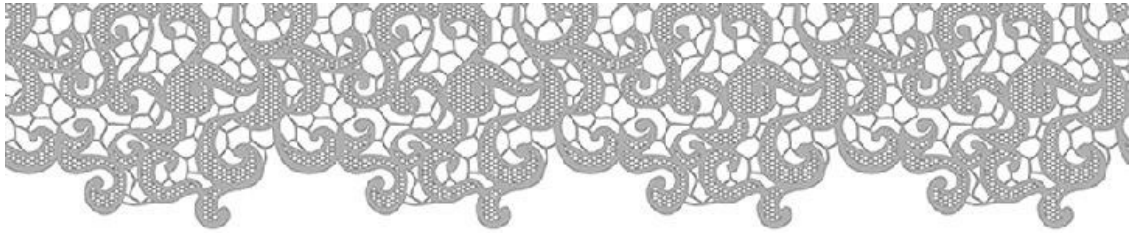
La hoguera se apagó y la dejó sumida en la oscuridad.

Se quedó quieta durante un buen rato, perdida en el huracán de sus pensamientos.

«Namsara».

Esa flor del desierto tan poco común que podía curar cualquier herida.

Eso era ella.



Cincuenta y uno

Asha se despertó con el sonido de una canción que cobraba intensidad en el aire. Se quedó tumbada unos instantes más, dejando que el sonido se fundiera en su interior y la llenara de anhelo.

Con las palabras del Primer Namsara en el corazón, se levantó y siguió la melodía.

Encontró al artífice de esta en la arena, una silueta recortada contra un cielo tan lleno de estrellas que parecía de plata. Contempló la curvatura de sus hombros, su cabeza gacha.

Su visión la dejó paralizada.

El joven debió de sentir que alguien lo observaba, porque la canción paró y él alzó la mirada de las cuerdas y la fijó en la oscuridad.

—¿Asha? ¿Eres tú?

Ella permaneció donde estaba.

Él comenzó a tocar de nuevo. Una canción diferente. Su melodía familiar la sobresaltó. Era la misma canción inacabada que había estado tarareando en el Rift. La misma a la que había estado intentando poner letra mientras ella se

quedaba dormida en su tienda.

En algún momento, la había terminado y ahora la estaba tocando. Mientras lo hacía, podía sentir que miraba hacia donde ella estaba.

—Greta solía decir —le comentó a la vez que tocaba— que cada uno de nosotros nace con una canción enterrada en lo más profundo del corazón. Una canción propia. Y nuestra misión en la vida es encontrarla.

Su canción era afilada como un cuchillo y tierna como sus dedos al suturarle las heridas. Se sumergía en la oscuridad y luego emergía hacia la luz. Se trataba a su vez de una especie de historia, una que la había atraído sacándola de las sombras.

Lentamente, Torwin se le fue acercando.

—Cuéntame otra vez lo de tus pesadillas —le pidió.

Él dio otro paso, todavía rasgando las cuerdas, y la complació.

—No siempre fueron pesadillas. Una vez fueron simplemente sueños. — Sintió que sonreía en la oscuridad al pensar en ellos—. Sueños sobre una chica con una cicatriz que montaba un dragón negro.

La música paró y él bajó su laúd, que cayó a la arena produciendo un sonido sordo.

—Y entonces te quemaste. Fue entonces cuando supe, con toda seguridad, que la chica con la que había estado soñando eras tú. Fue entonces cuando los sueños se tornaron pesadillas.

Asha tragó saliva.

—Sé lo que significa —confesó—. Siempre lo he sabido.

Sentía que las lágrimas le quemaban en los ojos.

—Te pondré en peligro —dijo, admitiendo así su miedo más profundo.

—¿No hemos pasado ya por eso? Me encanta el peligro.

—Torwin.

—Asha. —Habló en voz baja y cautelosa—: Sólo he querido tres cosas en

la vida: un laúd propio con el que hacer música, una vida propia que vivir a mi antojo y la chica con la que he estado soñando desde que tengo memoria. Una chica que siempre estuvo fuera de mi alcance...

Estiró la mano para tocarla y sus dedos se curvaron alrededor de sus brazos, eliminando el espacio que los separaba, atando sus hilos sueltos y deshilachados.

—Podrías morir —susurró.

—Todo muere —le susurró él a su vez—. Hay cosas a las que temo más que a la muerte.

A Asha se le hizo un nudo en la garganta.

—Entonces, que la Muerte envíe las peores desgracias.

Torwin le ahuecó el cuello con la mano y apoyó la frente en la suya.

—Frío para congelar el amor de mi corazón.

Le acarició la mandíbula con el pulgar, aún caliente por haber estado tocando el laúd.

—Fuego para quemar mis recuerdos hasta convertirlos en ceniza.

Presionó la boca contra su garganta, haciéndole balbucir sus palabras.

—V-viento para obligarme a franquear sus puertas.

Fue encadenando besos por el cuello y Asha tuvo que cerrar los ojos ante su ímpetu.

—Y tiempo para poner a prueba mi lealtad.

Los besos cesaron.

—Te esperaré, Torwin...

Las palabras finales se perdieron en la suavidad de su boca.

Unos instantes después, Asha se separó, pues necesitaba terminar.

—Te esperaré a las puertas de la Muerte.

Y allí estaba el tapiz: sus hilos ya no estarían deshilachados.

Allí estaba el tapiz: terminado, completo.

—¿Lo prometes? —susurró, agarrándola por las muñecas y acercándola más.

Ella asintió.

—Ah, pero una vez me hiciste otra promesa y nunca llegaste a cumplirla, así que ¿puedo confiar en ti?

Asha hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué promesa?

Él le colocó las manos alrededor del cuello y luego deslizó los brazos alrededor de su cintura mientras un tarareo meloso nacía en las profundidades de su garganta. Era la canción que acababa de tocar. Mientras la tarareaba, la guió en los pasos de un baile lento de tres tiempos.

—¿Torwin?

—¿Mmm?

—¿Qué estás haciendo?

—Bailar contigo.

—No sé.

—Bueno, estás a punto de aprender, ¿no?

Asha sonrió mientras la canción del joven colmaba el aire que los rodeaba. Rió al tropezar con él cuando intentó enseñarle los pasos. No obstante, sus pies pronto encontraron el ritmo y no tardó en estar girando por la arena.

Él volvió a tirar de ella hacia sí.

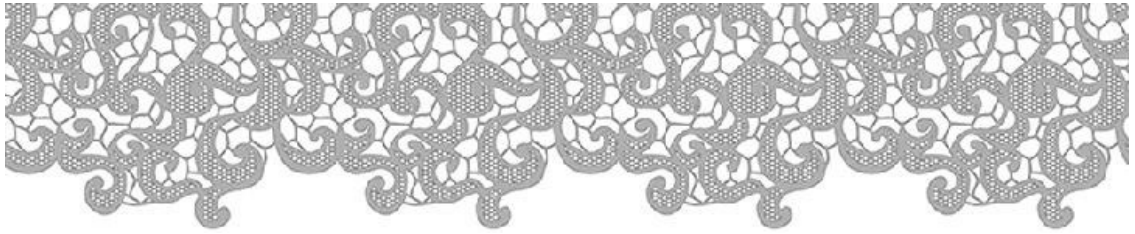
—Eres hermosa, adorable y buena —le susurró—. Y te quiero.

Asha alzó la mirada hasta él, allí bajo las estrellas, y descubrió que empezaba a creer que esas cosas fueran verdad.

Tal vez Greta tuviera razón. Tal vez todo el mundo portase una canción en su interior... o una historia. Si eso era así, había encontrado la suya.

Y allí estaba ella, dispuesta a vivirla.

FIN



Agradecimientos

Empecé a escribir este libro cuando tenía diecisiete años. Por aquel entonces estaba enamorada de personajes femeninos como Mulán, Eowyn, Xena y la princesa Mononoke. Me encantaban las historias en las que las chicas tenían que blandir armas, ir a la guerra o ser valientes. En ese momento no me daba cuenta, pero lo que buscaba eran mujeres que se salieran del guión cultural que les dictaba quiénes o qué podían ser. Estaba cansada del discurso que decía que las mujeres eran débiles por naturaleza, víctimas por naturaleza. Yo no me veía a mí misma de ese modo ni tampoco a las mujeres que me rodeaban.

Quería algo diferente, así que empecé a escribir esta historia.

Pero escribir la historia en sí es sólo el principio. Algo que no ves cuando coges un libro de la estantería es cuánta gente está implicada en ponerlo ahí. Aunque venga mi nombre en la cubierta, *Iskari* no ha sido ni mucho menos una hazaña solitaria. También está la gente que me ha ayudado a conseguir hacerlo realidad.

En primer lugar, Heather Flaherty, la luz de mis días y la agente más

optimista que uno pueda imaginar: gracias por luchar tanto por mí y por este libro. Creo que te estábamos esperando.

Kristen Pettit, mi dulce e inimitable editora: te adoro. Gracias no sólo por hacer que mis libros sean mejores, sino por ser un apoyo para mí.

Al increíble equipo de la agencia Bent, incluidas Jenny Bent (por hacer realidad tantos sueños míos), Victoria Cappello (por tener una paciencia infinita conmigo y con mis preguntas incómodas) y, sobre todo, a mi agente del Reino Unido, Gemma Cooper, por encontrar allí la casa perfecta para mis libros.

También gracias infinitas a todo el equipo de HarperTeen, que ayudó a convertir este libro en una hermosa realidad, y en especial a Renée Cafiero, Allison Brown, Martha Schwartz, Megan Gendell, Vincent Cusenza, Audrey Diestelkamp, Olivia Russo, Michelle Taormina (sería imposible contar las horas que me he pasado admirando la cubierta) y Elizabeth Lynch (por ser increíble en todos los sentidos, pero sobre todo por escribir un texto de contracubierta tan bonito que me hizo llorar).

A todo el equipo de Gollancz, pero sobre todo a Gillian Redfearn y a Rachel Winterbottom: estoy superemocionada y superorgullosa de ser parte de la familia de Gollancz.

A mis agentes internacionales y editores extranjeros: ni en mis mejores sueños imaginé que mis historias serían traducidas a otras lenguas y se venderían en países tan lejanos del mío. Gracias por creer en este libro.

A mis primeros lectores (de varios borradores): Cassandra Roach, Kayli Kinnear, Shannon Thomson, Leslie Morgenson, Amber Sundy, Andrea Brame, Rachel Stark, Emily Gref, Franny Billingsley, Traci Chee, Renée Ahdieh, Chris Cabena, Joan He, Michella Domenici, Hope Cook, Merrill Wyatt, Kamerhe Lane, Heather Smith, Amy Mathers, Tomi Adeyemi, Isabel Ibáñez, Kit Grant, Leila Siddiqui y Geoff Martin. Puede que me olvide de

alguien. Si es así, ¡lo siento!

Gracias muy especiales a:

Franny Billingsley, por enseñarme todo lo que sé sobre el arte de contar historias.

Leila Siddiqui, por tu opinión sincera y tu amable ayuda en el último momento.

Art y Myrna Bauman, por dejarme usar la casita siempre que necesitaba aislarme del mundo y ponerme a escribir.

Leslie Morgenson, por decirme durante todos estos años que soy escritora. Me diste el valor para seguir mis propios intereses.

Heather Smith y Nan Forler, por el café, la amistad y todo lo que tramamos.

Mis compañeros de Pitch Wars: nunca esperé enamorarme tanto de todos vosotros, pero lo hice. Es una alegría embarcarme en este viaje conjunto.

A mis mentoras de Pitch Wars, Traci Chee y Renée Ahdieh: gracias por sacarme del hoyo en el que me había metido, creer en este libro y apoyarlo. Vuestra orientación es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Mucho mejor que los contratos.

Brenda Drake: gracias por trabajar sin descanso y de manera tan ingrata entre los bastidores de Pitch Wars. Eres capaz de cambiar vidas.

Michella Domenici y Joan He, por vuestra amistad, *fangirleo* y disposición para dejarlo todo cuando necesito unos ojos frescos y una nueva perspectiva (un abrazo a ambas).

Isabel Ibáñez, por nuestras conversaciones triviales de Charleston a Orlando. Por devorar este libro «como un lobo hambriento». Pero sobre todo por tu amor y apoyo. Querida amiga: eres un sol.

Hope Cook, por estar a sólo un mensaje de móvil de distancia siempre que necesitaba a) compadecerme de mí misma hasta la saciedad o b) montar en

cólera. Te quiero, oh, sabio.

Chris Cabena, por las partidas de ajedrez, por los recuerdos de los cómics de *Saga* y por escuchar con paciencia mis divagaciones acerca de los giros de la trama. Te aprecio más de lo que crees.

Tomí Adeyemi, por tu amistad, sabiduría y apoyo. Por convencerme con palabras sabias y traerme de vuelta a la esencia de las cosas. Pero especialmente por estar tan orgullosa de mí.

Joanna Hathaway, no sé cómo habría sobrevivido este año sin ti. Contigo soy mucho más valiente que sola.

Asnake Dabala, hermano y amigo querido, por dejarme abusar de todos tus privilegios de impresión. *Nilimuuliza Mungu kwa ajili ya rafiki na akakuleta wewe*. Gracias por estar siempre ahí para lo que necesito.

A toda mi familia Cesar: no sería quien soy sin todos vosotros. Gracias especialmente a Nancy McLauchlin, Mary Dejonge y Sylvia Cesar, por enseñarme todo lo que sé del amor, la valentía y la fidelidad a uno mismo; a Larry Dejonge, Brian Baldoni y Jim McLauchlin, por convertir mi infancia en una aventura feliz; a mi abuelo, por llevarme a la cama todas las noches durante casi una década (te echamos de menos); a Bobbi, por hacerme la comida, llevarme a las citas, enseñarme a hacerme trenzas en el pelo... Siempre has sido mucho más que una abuela. Pertenecer a vuestra familia es una de las mayores alegrías de mi vida. Gracias por criarme.

Jordan Dejonge, por ser mi cómplice en todo mientras crecíamos, pero, sobre todo, a la hora de escribir, de vivir aventuras y de aprender a ser personas. Te quiero.

Papá, por apoyarme y defenderme siempre. Estoy muy orgullosa de ser tu hija. Jolene, por estar siempre orgullosa de mis creaciones artísticas. Nathan y Graeme, por ser dos rayos de luz en mi vida.

Mamá, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Tu amor es férreo y

brillante, y el mejor regalo que me han hecho nunca.

Joe, por no pensar siquiera en dudar de mí. Por guiarme en esto y en todo. Por hacer que siempre, *siempre*, vuelva a ser yo misma. Ahora te toca a ti perseguir tu sueño, amor mío.

Y, por último, gracias, querido lector, por llegar hasta aquí. Nunca lo olvides: no eres lo que te han dicho que eres, sino lo que albergas dentro de ti.



Xzofrenick



*El que lee mucho y anda mucho,
ve mucho y sabe mucho.*

Miguel de Cervantes

